

## BIBLIOTECA RIVADENEYRA

### Clásicos Rivadeneyra.

Selección de obras desde los orígenes hasta fines del siglo XVIII. Tomos lujosamente encuadernados en tela y estampaciones en oro, 5 pesetas.

### Ediciones selectas.

Obras notables de la literatura universal, antiguas y modernas. Tomos primorosamente encuadernados en tela, con estampaciones en plata, 6 pesetas.

### Escritores modernos.

Obras de los más célebres escritores nacionales y extranjeros del siglo XIX. En rústica, bajo artísticas cubiertas, 5 pesetas.

### Escritores contemporáneos.

Obras de los más ilustres escritores contemporáneos nacionales y extranjeros. En rústica, con elegantes cubiertas, 5 pesetas.

### Lecturas para mi hija.

Colección de novelas escogidas que pueden leerse por todas. En rústica, con primorosas cubiertas, 4 pesetas.

### Viajes y aventuras.

Viajes célebres y novelas de aventuras, con ilustraciones, 5 pesetas.

### Biblioteca novelesco-científica.

Colección de todas las obras del ilustre escritor D. José de Elola, *Coronel Ignotus*, ilustradas, a 4 pesetas.

### Tomos publicados.

VIAJES PLANETARIOS EN EL SIGLO XXII

I.—*De los Andes al Cielo.*

II.—*Del Océano a Venus.*

III.—*El Mundo Venusiano.*

LA DESTERRADA DE LA TIERRA

IV.—*El Mundo-Luz.*

V.—*El Mundo-Sombra.*

VI.—*EL AMOR EN EL SIGLO CIIEN*

LA MAYOR CONQUISTA

VII.—*Los Vengadores.*

### En prensa.

POLICÍA TELEGRÁFICA

### En preparación.

LOS MODERNOS PROMETEOS

• • •

ALVAREZ PUENTE (M.) *El naviero Mas;*  
*I, Los signos*, novela; 4 pesetas.

ALVAREZ Y SOTOMAYOR (J.).—*Rudezas*,  
poesías regionales; 4 pesetas.

BRANDAO (R.).—*Los pobres*, novela; traducción del portugués; 4 pesetas.

GABRIEL Y GALÁN (J. M.<sup>a</sup>).—*Obras completas*; dos tomos: rústica, 10 pesetas; tela, 14 pesetas.

LÓPEZ MARÍN (F.).—*Blasco Jimeno*, drama premiado por la Real Academia Española; 4 pesetas.

—*El rebaño*; drama; 4 pesetas.

MATA (P.).—*Irresponsables*; 5 pesetas.

TORAL (J.).—*Flor de pecado*; 5 pesetas.

### En prensa.

MAS (JOSÉ).—*El rastrero*; novela castellana.

VILLASPENA (F.).—*Vasos de arcilla*; poesías inéditas.

### BIBLIOTECAS PARA NIÑOS

(Encerradas en artísticos estuches.)

#### Serie Liliput.

40 cuentos; 200 dibujos en colores, por los más populares dibujantes humoristas; 400 páginas; 2,50 pesetas.

#### Serie Velázquez.

Método simplificado de dibujo y colorido, por el popular dibujante «Karikato»; 100 dibujos; 1,50 pesetas.

#### Serie Mignon.

Celebradas aventuras de la popular Mariquita; una peseta.

#### Serie Rosa.

Cuentos escogidos: El gaitero de Hameling; Viaje a Marte; El Rey del Río de Oro; Ratoncita Blanca; 1,50 pesetas.

#### Serie Blanca.

Cuentos para niñas: Corazoncito del Bosque; Flor de Almendro; El vestido de baile; Las dos amigas; 1,25 pesetas.

#### Serie Maravilla.

En colores, ocho cuadernos de interesantes cuentos de aventuras, caza y viajes; una peseta.

#### Serie Fantasía.

Alicia en el País de las Maravillas; original presentación con artísticas ilustraciones, encuadernada en cartón; 2 pesetas.

#### Serie Oro (en prensa).

Buby encuentra un tesoro; Buby se convierte en pájaro; Buby escribe a los Reyes.

# LA MAYOR CONQUISTA

PRIMER EPISODIO

# LOS VENGADORES

POR

# EL CORONEL IGNOTUS

## BIBLIOTECA NOVELESCO-FANTÁSTICA

LA MAYOR CONQUISTA



LIBRERIA Y EDITORIAL  
RIVADENEYRA



BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

---

LA MAYOR  
CONQUISTA



Es propiedad. Prohibida la reproducción, incluso la "cinematográfica", sin permiso del autor. ✎

LA MAYOR  
CONQUISTA

POR

EL CORONEL IGNOTUS

JOSÉ DE ELOLA

PRIMER EPISODIO

LOS VENGADORES



MADRID, LIBRERÍA RIVADENEYRA

1922

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 309

LECTURE NOTES

BY

JOHN H. COOPER

1962-1963

# ÍNDICE

	Págs.		Págs.
I.—Un tren extraño.....	7	XVI.—En donde Bertier cree estar sonámbulo .....	66
II.—Las primeras alarmas.....	10	XVII.—Una madeja de pistas en- redadas .....	70
III.—Una cita en el desierto.....	15	XVIII.—Cabos sueltos que el tiem- po teje en tramas.....	74
IV.—Un viajero que preocupa a los demás.....	19	XIX.—Voz-luz y Luz-palabra.....	79
V.—Quién es el argentino y cuál su portentoso invento.....	22	XX.—La emboscada.....	82
VI.—Lo que busca Lobera en el Sahara .....	26	XXI.—El crimen de Tadelaka.....	87
VII.—Una idea de Duvery.....	30	XXII.—Al fin habla Emma.....	92
VIII.—Lucha de astucias.....	33	XXIII.—La cobardía de una mujer enamorada .....	96
IX.—Lo que puede leerse en el blanco revés de un pasa- porte .....	37	XXIV.—Duvery va pensando que su hija ha visto claro.....	99
X.—Un importante y proteico personaje .....	40	XXV.—La peluca del camello con- tinúa dando juego.....	104
XI.—Dos interesantes telegra- mas .....	45	XXVI.—Una entrevista interesante... Gustavo .....	109
XII.—Un armadijo telegráfico.....	48	XXVII.—La indiscreción de don Cassín .....	113
XIII.—La cólera de Abd-el-Gahel.	54	XXVIII.—Cassín paga la que hizo en Tadelaka .....	116
XIV.—Tres días después.....	58	Paréntesis .....	122
XV.—Las dos barajas de Moýfsk.	62		





---

---

## UN TREN EXTRAÑO

"Bir-el-Charama (Pozos de Charama), veinte minutos", gritó el bereber negro que hacía de mozo de estación en la del pequeño oasis de aquel nombre, al parar en ella, a las nueve de la mañana del 1.º de abril de 1996, el tren que, salido de Tánger a las diez de la noche de la antevíspera, y pasando sucesivamente por Fez, Tafílete, El Touat e In-Salah, se dejaba ya atrás 2,100 kilómetros, 1.500 de ellos de desierto, al parar resollante en el trozo citado.

Desde que, vencido el Atlas, salió al Sahara, fué saltando (sin detenerse entre uno y otro) de oasis en oasis: los mismos antaño utilizados como etapas de las antiguas caravanas, de largo en largo organizadas para cruzar el *mar de arena*, y utilizados en la época de la presente historia para establecer las estaciones del ferrocarril transahárico; es decir, de uno de los de este nombre, pues a fines del siglo XX son varios ya los que salvan la inmensidad del Gran Desierto; siendo precisamente el recorrido por el tren donde vamos a entrar el más atrasado, pues su vía sólo llega a Agadés, capital de la montañosa región del Air o Asben, y todavía distante 800 kilómetros de Kouka, sobre el lago Tchad, donde acabará la línea cuando sea terminada.

Dicho tren no se parece a los que en Europa y América estamos acostumbrados a ver. En primer lugar, las enormes distancias entre las estaciones donde puede tomarse carbón y hacer aguada obligan a emplear grandes locomotoras con grandísimos depósitos de agua, para alimentarlas en marcha, y tónders con provisión de combustible adecuada para poder correr, sin detenerse, hasta 300 kilómetros: trayectos en los cuales, no solamente ha de engendrar la máquina fuerza para el arrastre, sino la exigida por la refrigeración de los vagones de primera al atravesar durante el día, las inacabables llanuras, donde el asfixiante calor suele llegar a 60 grados. Y todavía a más cuando el tren corre encajonado en valles formados por arenosas dunas o peladas rocas calci-

nadas por la lumbre solar, cuya reflexión en las desoladas laderas hace subir el termómetro hasta bordear, a veces, los 70 grados.

Esto de día, pues por la noche la misma locomotora ha de proveer a la calefacción de los propios vagones de lujo.

¡Calefacción en el Sahara!...

Sí; no es ningún disparate, aunque alguien pueda suponerlo; pues la falta de vegetación en la tierra, de humedad en el aire y de nubes en aquel cielo siempre despejado, son causa de que la irradiación calorífica del terreno y de las capas de aire en contacto con él a las altas regiones de la atmósfera sea tan intensa durante las noches, que no es raro baje la temperatura hasta *dos y tres grados bajo cero*.

Según eso, cualquiera pensará que quien en el Sahara viva habrá de tener en alternado uso constante variado guardarropa, con trajes de batista para el día, y abrigos de pieles para usarlos de noche... Y no es así; porque cuando el sol quema, excede en mucho la temperatura ambiente de la normal (37 grados) del cuerpo humano, no siendo buen sistema combatirla usando trajes ligeros, sino, al contrario, recios, que preservan la piel del contacto con el aire más caliente que ella mejor que los livianos. De aquí que lo más fresco sea abrigarse bien con lana o algodón blancos.

¡Valiente frescura!

Verdad es, porque lo más a que usando tal ropa puede aspirarse es a no sentir calor superior a 37 grados: temperatura que nadie tendrá por fresca fuera del Sahara, pero que lo es muchísimo para quien la compara con las que allí pueden padecerse.

Los trenes de la línea Tánger-Agadés, todos mixtos de mercancías y viajeros, no circulan, desde Tafílete a la segunda de aquellas poblaciones, sino un día sí y otro no, y llevan solamente dos clases de coches de viajeros: de lujo y para jornaleros indígenas.

Los destinados a los últimos, gentes curtidas por las inclemencias de un abrasante

sol, no son sino plataformas cubiertas y rodeadas de barandales, donde en bancos sin respaldos, teknas, tuaregs, slimans, tibous, kelovis y demás representantes de numerosas tribus mezclas de árabes, berberiscos y negros, se consideran perfectamente instalados; pues para ellos hasta los bancos sobran, por bastarles para encontrarse a gusto que les quiten con un sombrero el sol de plano, y hueco donde sentarse en el santo suelo con las piernas cruzadas a lo moro. En cuanto al traqueteo bárbaro de tales plataformas sin ballestas, intolerable para cualquier cristiano, no es nada para quienes están hechos a las tremendas sacudidas del trote del camello.

Los vagones de lujo, merecedores de este calificativo con mayor motivo que los más suntuosos de los rápidos europeos y americanos, llevan doble acristalado en las ventanas y además un pasillo que rodeando salones, *sleepings* y comedores, tiene dobles paredes al exterior, entre las cuales quedan cámaras huecas y rellenas de serrín de corcho, para aislar los coches de las extremas temperaturas exteriores.

La calefacción nocturna se obtiene por medio del vapor sobrante de la locomotora, y la refrigeración de los salones y comedores, durante el día ocupados por viajeros, con bloques de hielo de 300 kilogramos, que, en el centro de los coches, se colocan en bandejas situadas sobre irradiadores semejantes a los usuales en los edificios caldeados con vapor o agua caliente; mas con la diferencia de llenarse los tubos de estos radiadores de frío con el agua recién deshelada de los bloques, que al gotear, de las bandejas a ellos, se calienta poco a poco con el calor substraído al aire del vagón, aventado con abanicos eléctricos hacia los tubos.

El agua permanece en los refrigeradores hasta que su temperatura sube a 26 grados, siendo entonces automáticamente desaguadaos aquéllos y reforzada la provisión de hielo de las bandejas.

Como el calor para licuar los helados bloques y el necesario para elevar después el agua de los tubos hasta 26 grados, se toma de aire ambiente de salones y pasillos, la temperatura se mantiene en ellos alrededor de 28 grados, la cual acaso no parezca muy agradable a los lectores, pero que la encontrarían deliciosa como hicieran un viaje, el cual no les deseo, por el Sahara.

Pero ¿de dónde se toma el hielo en el Desierto? De ninguna parte; porque en las aldehuelas de aquellos oasis, casi todos de

vegetación raquífica, y misérrimas ellas en recursos, no lo hay. Entonces lo cargará el tren antes de salir de Tánger o de Fez... Tampoco: eso constituiría sobrecarga enorme para la locomotora; y además, cuando fuera a emplearse en los vagones ya estaría casi totalmente deshelado, porque no ha de olvidarse que este tren viaja a través de una atmósfera de fuego, caldeada de día a temperaturas cambiantes entre 55 y 70 grados, salvo en escasos tramos recorridos a la precaria sombra de las palmeras de algunos oasis, en los cuales suele mantenerse entre los 45 y los 50.

Desciframos de una vez la charada: el frío para congelar el agua de los radiadores lo proporciona la locomotora, sacándolo del *fuego de su hogar o del vapor de su caldera, calentado a doscientos y pico de grados.*

¡Hielo de fuego!... No hay de qué asombrarse: la cosa es vulgarísima, pues a menos de disponer de un salto de agua, que no tiene a la mano toda fábrica de frío, con fuego lo hacen siempre las industrias frigoríficas.

Más aún; hasta las mismas que fabrican hielo empleando motores movidos con electricidad no producida quemando carbón, sino empleando la fuerza de los saltos de agua, no usan en definitiva sino fuego, que en lugar de arder actualmente en terrestres hogares, ardió antes en el Sol: fuego solar almacenado en el agua que cae, y mueve la turbina y la dinamo, pues si el calor del Sol no llegara a la Tierra evaporando en sus ríos y mares millares o millones de toneladas de agua, y levantándola a las nubes convertida en vapor, no habría lluvia en los valles ni nieve en las montañas; y si el fuego del Sol no derretiera luego la nieve de los montes, no correrían los ríos, ni habría saltos en ellos: y a ver, entonces, dónde encontrábamos fuerza hidráulica.

Si con calor solar se transportan las inquietas aguas de los mares a los picachos de las cordilleras para dormir allí sueño de nieve, nadie debe asombrarse de que la lumbré de la locomotora se transforme en los bloques de hielo de los vagones de lujo del tren de Tánger a Agadés.

El cómo es muy sencillo; porque además de la ígnea caldera usual llevan las locomotoras de este tren otra *caldera de frío.* En ella una bomba de succión, movida por la misma biela impulsora de las ruedas, absorbe parte del aire contenido en lo alto

de dicha caldera, en cuyo fondo se vertieron previamente amoníaco o ácido carbónico líquidos, que al evaporarse por efecto del decrecimiento de presión determinado por la succión, producen frío intensísimo, enfriando una salmuera circulante en torno de moldes llenos de agua natural cuya congelación forma los bloques de hielo usados para refrescar el tren (1).

Bien se comprende que el sistema es oneroso, y por ello únicamente personas opulentas viajan en los coches de lujo del transahárico: banqueros, directores, jefes de grandes empresas industriales, ricos *turistas*, etc. etc.; pues el billete de Tánger a Agadés cuesta cinco mil pesetas (2): precio muy justificado porque al gasto de carbón ha de agregarse el del amoníaco o el ácido carbónico líquidos, ingredientes caros: siendo el único económico en la refrigeración la sal de la salmuera, pues la sal sobra por todas partes en el Sahara (3).

Para acabar de dar noticia de las particularidades más salientes de este tren extraño sólo resta consignar tres:

Primera, por ser frecuente, más aún habitual, que el polvillo de arena, siempre flo-

tante en el aire del Desierto, cubra los rieles de la vía, llevan todas las locomotoras aparatos semejantes a los barre-nieves de las usadas en los países muy fríos.

Segunda, para defenderse de las grandes tormentas arenosas levantadas por el viento sur, que unos llaman *strocco* y otros *simoun*, peligrosísimas cuando sorprenden a un tren en marcha, arrojando sobre la vía aglomeraciones de arena demasiado grandes para ser separadas por la barredera de la locomotora, se ha recurrido al expediente de dejar inmóviles las ruedas de aquella y las de los vagones de lujo, comenzando en seguida a funcionar, en lugar de aquéllas, un mecanismo igual al empleado en los tanques de guerra y en ciertos tractores agrícolas.

Llegado este caso, se desenganchan los vagones de mercancías y los de indígenas, re-concentrando sus ocupantes, *ad recalandum*, en los de primera: con lo que aligerado el tren avanza, no sobre carriles, sino sobre la arena que los cubre; pero, en vez de correr a velocidad de 60 kilómetros, no marcha sino uno y medio a dos por hora.

Con semejante paso de tortuga no se pretende continuar el viaje, sino librar a los viajeros del riesgo que, de permanecer el tren parado, correrían de quedar enterrados en la arena, y dar tiempo de que, pasada la tormenta, puedan acudir en auxilio del tren potentes máquinas limpiadoras pedidas por telegrafía sin hilos a las estaciones más cercanas. Estas máquinas de socorro tienen algo de locomóvil y mucho de perforadoras de túnel.

Por último, en previsión de caso, no frecuente, pero sí posible, de que la tormenta sea una de las terribles que alguna vez sobrevienen—por el estilo de la que en el siglo XIX dejó enterrada bajo montes de arena a toda una caravana francesa, salida de Ourgla para hacer estudios de tanteo del primero de los proyectados ferrocarriles transaháricos—, llevan los cerrados vagones de lujo chimeneas extensibles que según las arenas suben por los costados y por cima de ellos van elevándose más y más.

Cinco metros de altura que el tren tiene (pues pensando en estas contingencias se hacen altos los vagones), más siete que como máximo pueden alcanzar las chimeneas, dan doce: suficientes, salvo tormenta excepcional.

Tales chimeneas, en número de dos, y cubiertas por caperuzas cónicas para que la arena no las ciegue, proporcionan aire en

(1) Habiéndose explicado los medios industriales de producir frío en otra obra de esta biblioteca—*El Amor en el Siglo Cien*—no parece oportuno molestar a mis lectores habituales con la repetición de lo ya dicho.

(2) Cada bloque de hielo de 300 kilogramos consume, para pasar de cinco grados por bajo a veintiséis por cima de cero, un número de calorías igual a esos 31 grados multiplicados por 300; es decir, 9.300, las cuales han de sacarse del carbón del hogar, cuyo rendimiento allí no pasa de 10 por 100 en la bomba aspirante, a su vez reducido en la fabricación del hielo en otro 70 por 100: lo cual quiere, en cristiano, decir que, dando cada kilogramo de hulla 8.000 calorías, sencillas proporciones demuestran que cada bloque puesto en los vagones exige quemar en la locomotora 40 kilogramos de hulla.

(3) Así, el agua de los depósitos, tan pronto es hielo en la caldera refrigerante, como vapor en la de la fuerza propulsora, como agua, líquida de nuevo, en los radiadores y en el condensador de la máquina, donde, gracias a la refrigeración, se logra enfriar dicho condensador en condiciones que permiten obtener del vapor mayor rendimiento que el normal en las locomotoras europeas; rendimiento que es bien sabido crece en toda máquina de vapor tanto más cuanto mayor sea la diferencia entre la temperatura de aquél al salir de la caldera donde el agua hierve y la del condensador en donde tal vapor vuelve a liquidarse. Esta es, aunque pequeña, una compensación del elevado coste de la refrigeración.

Quien no vea esto muy claro ahora, tenga un poquito de paciencia, pues siendo calor y frío personales muy principales de esta historia, ya llegará ocasión de ponerlo más claro.

el interior de los vagones mientras los viajeros pueden salir del soterrado encierro.

No son, pues, estos artefactos, en definitiva, sino meros ventiladores cuyo funcionamiento es activado, de rato en rato, mediante aspas giratorias que establecen a través de ambas chimeneas tiro entre el exterior y los cochés enterrados.

El diámetro interior de ellas pasa de un metro, dejando hueco suficiente para escalas que, al caer el huracán, permiten a los viajeros salir al exterior.

Como se ve, están tomadas todas las precauciones para el salvamento, que sólo puede fallar cuando llegue a exceder de doce metros el espesor de las arenas caídas sobre el tren: caso que hasta la fecha de esta historia no se ha presentado en los ferrocarriles del Desierto, los cuales lo hacen todavía más remoto tomando la precaución de no salir de los oasis cuando por indicios, bien conocidos de los indígenas, se barunta tormenta que amenace ser grande.

## II

### LAS PRIMERAS ALARMAS

—Pues si tan extraño le parece viajar por el Desierto sin sentir calor, y se llama usted a engaño, he aquí la ocasión de sentir, si no todo el de las arenosas regiones, puesto que Gharama es un oasis, algo a aquél parecido.

—Sí, hombre, sí: voy a bajar: es casi vergonzoso acabar un viaje a través del Sahara sin conocer su calor: lo más típico de él. Para eso me habría quedado en mi casa de Buenos Aires, o me habría ido a veranear a Suiza.

Quién así hablaba era, según la última frase deja entrever, un bonaerense.

Alto, elegante, esbelto, pero robusto y fuerte, no era, ni mucho menos, un Adonis; pero su rostro vivo y simpático revelaba inteligencia, energía y franqueza. Edad, treinta y cuatro años; nombre, Pepe Lobera.

El que lo invitaba a bajar del tren era un francés de cincuenta y tres años, Monsieur Héctor Duvery, ingeniero jefe de la compañía constructora de aquel ferrocarril, quien, después de una temporada pasada con licencia en Francia, retornaba a su destino en compañía de sus hijos: Emma, de veinticuatro años, y Raúl, de diez y nueve.

Dedicado, al padre me refiero, desde los treinta años a empresas ferroviarias en el Sahara, su tez se había tostado en términos que ya no la aclaraban sus transitorias residencias de unos cuantos meses, cada cuatro o cinco años, en la madre patria, y el color bronceado de su cara parecía todavía más obscuro por resaltar sobre la plata de sus cabellos y su barba, completa y prematuramente blancos.

Los seis lustros de desierto no solamente habían curtido su piel, sino templado y endurecido su organismo: era tan duro a las penalidades africanas como un tuareg o un eulad-sliman; hablaba sueltamente cuatro o cinco lenguas africanas entre idiomas y modificaciones dialectales usadas por las diversas tribus esparcidas en la inmensidad del Sahara; su conocimiento de rutas, aguas, oasis, zocos, y de la meteorología del Desierto le permitía orientarse en él como el mejor guía, conociendo, además de todo esto, algo tan importante o más: caracteres, costumbres, rivalidades y arterías de casi todas las tribus nómadas o seminómadas, traicioneras y crueles, que viven de la rapiña y las violencias que habitualmente hacen pesar sobre las sedentarias, y cuando pueden sobre colonos o viajeros europeos.

A tal conocimiento del país, mejor dicho países, y de sus habitantes, a su serenidad y a su valor a toda prueba, debía haber salido bien, donde muchos habrían fracasado, de no pocos aprietos en que hombres, suelo y clima le habían puesto: sus idas y venidas, sus empresas y aun hazafías, habían hecho conocida de muchos su persona en el Sahara, y familiar su nombre a cuantos viven desde el Erg a Ennedi y de Koufra al Eglab. (1)

Años atrás, no siendo todavía sino uno de tantos ingenieros al servicio de la empresa del ferrocarril argelino de Constanti-

(1) El Sahara no es, cual no pocos suponen, una sola llanura arenosa tendida del Atlántico al Nilo y del Atlas al Senegal, el Níger y las selvas ecuatoriales.

Aun cuando árido y desolado por todas partes,

na a Biskra, concesionaria de la prolongación de él hasta Kouka, en el lago Tchaad, donde se alcanza el límite meridional del Gran Desierto, habíase casado con la hija de un coronel francés del Ejército de Argelia, la cual le había seguido de oasis en oasis: más adentrado cada uno en el Sahara según avanzaba el tendido de la línea, hasta dejarla terminada. En uno de estos oasis, en el de Kawar, había nacido su hija Emma.

Finalizado aquel ferrocarril, pasó, ascendido ya, a cargo de mayor importancia, en la construcción de la vía Tafílete-Agadés-Kouka, viajando en la cual lo encontramos. En el Touat había nacido Raúl, allí perdió Duvery a su esposa; y nombrado a poco Ingeniero Jefe de las obras de la línea, con los progresos de ésta fué avanzando suce-

salvo en los oasis, entre sí separados por grandes distancias, la reunión de algunos de éstos en manchas de variable extensión y la agrupación de verdaderas montañas divide el terreno en llanuras extensísimas, pero que no constituyen todo el Desierto de Sahara.

Del Atlántico, entre el Sahara español—Río de Oro—y las bocas del Senegal, se tiende de suroeste a noroeste hasta el Golfo de las Sirtes, en el Mediterráneo, una inmensa llanura de más de 2.500 kilómetros de longitud, con anchura variable que supera a trechos los 1.000 formada por los desiertos del Iguídi, Ouaran, el Djouf y el Gran Erg (erg significa montaña de arena), arrugada por las colinas de Tamar, montes del Eglab, las dunas del Iguídi y El Erg, y perpendicularmente cruzada al sur de Argelia y Marruecos por la cadena (no continua) de oasis de Tafílete, El Touat e In-Saláh.

Más al centro, otras grandísimas llanuras, mas no tan colosales como la anterior, quedan comprendidas entre comarcas montañosas y cadenas de oasis muy alejadas unas de otras.

Los más salientes de dichos grupos orográficos son El Adrar de los Ifoghas, El Ahagar, más al Norte, y todavía más la meseta de Tassili y la Hamada (zona pedregosa) de Tinguert.

Detrás, es decir, más al este y en la parte meridional del Desierto, se encuentra el país del Air o Asben con los macizos montañosos de Timgué o Tintelloust. Más allá, de norte a sur, se tiende la línea de los oasis de Kawar y Bilma hasta el lago Tchaad, y todavía más lejos se suceden al sur de Trípoli zonas pedregosas, el país de Fezzan y el macizo montañoso del Tibesti con el país quebrado de Borkon, a él ligado.

Por último, al noroeste se extiende el inmenso Desierto Líbico que hacia oriente llega al Nilo, al norte, a los oasis de Aoudjila, y en el cual se hallan enclavados los grandes oasis de Koufra.

Distancia media del Nilo al Atlántico—este a oeste—5.000 kilómetros. Del Golfo de las Sirtes al lago Tchaad—norte a sur—unos 2.000.

En esta vasta extensión, de unos 8 millones de kilómetros cuadrados, poco menor que la de Europa entera, la superficie de los oasis no alcanza sino 200.000, es decir, solamente dos quintos de la de España, y el número de pobladores

sivamente a diversos lugares el de su residencia, para mantenerla en el centro de los trabajos en ejecución. Así pasó a In-Salah primero, a Agadés más tarde, y en el momento de comenzar esta narración tiene ya su casa y su centro de trabajos 230 kilómetros más allá de Agadés, en Techiasco.

Emma es una bellísima muchacha rubia de sosegado y dulce carácter, con apariencia delicada que recuerda el tipo de las Ofelias y Desdémonas: Raúl, un mozo que acostumbrado desde los doce años a acompañar a su padre en sus expediciones y hecho a la dura vida del Desierto, tiene desarrollo superior a sus años. Todavía más curtido de rostro que Don Héctor, habla el árabe como si árabe fuera, y el *temaxec* como un tuareg.

—Pues andando, señor Lobera—dijo Du-

del Sahara entero no llega al medio millón: o sea menos de uno por cada 16 kilómetros cuadrados.

Existen grandes alturas, de las cuales son las más notables el monte Toudidé, en el Tibesti, de 2.500 metros de elevación; el Tengik, el Doghem, el Eghellatt y el Bagsen, en el Air, de 1.350 a 1.880; el Eglab, macizo notable no por su altura, sino por su constitución de granito y pórfido, que en el Sahara occidental sobresale de las líneas formadas por las dunas de arena características de la región del Iguídi.

Rasgo notable o extraño, dados los caracteres generales del Desierto, es la existencia en él de lagos, que se encuentran en la región de Tassili, y los cuales supone Mr. Duveyrier son chascos formados en antiguos cráteres de volcanes apagados.

Von Bary visitó en 1876 unos lagos llamados Miharo, comprobando que no son sino trozos de un desaparecido río (wad), que a veces se juntan en un solo estanque y otras veces se reducen a aislados fangales de agua termal. En este reconocimiento no fueron vistos cocodrilos, pero sí huellas evidentes de una especie pequeña de estos saurios.

El único carácter de unidad entre las diversas regiones del Sahara es la gran escasez o falta absoluta de aguas vivas y la penuria de vapor de agua en el aire: tal que ni las armas se toman de orín ni las carnes muertas se pudren. Las lluvias caen en las regiones más favorecidas por ellas, tal es la inmediata al Níger, en tres o cuatro chaparrones de julio a septiembre, dando entre todos un mísero total de cinco a seis centímetros en el año entero—Capitán A. H. W. Haywood, exploración realizada en 1910—, y por ello, con ser raquítica la vegetación de las estepas que por el sur limitan el Desierto, es menos miserable que la que existe en algunos de otros lugares, escasos y entre sí alejadísimos del Sahara.

Hay comarcas donde la tierra pasa cuatro y cinco años sin recibir una gota de agua, y en las regiones centrales, donde moran los tuaregs, se han registrado hasta diez sin un solo aguacero.

Fuera de los oasis—donde crecen la palmera, pocos cereales, principalmente mijo, árboles de goma y

very—. Voy a hacer a usted los honores de esta inhospitalaria tierra.

—Yo también bajo, papá: estoy harto de encierro. Y tú, Emma, ¿no vienes?

—Sí, bajaré también. Pero, Señor Lobera, ¿adónde va usted tan de prisa, sin *goggles*—nombre inglés, y usual, de los anteojos oscuros con montura de cuero, empleados para preservar los ojos de la reverberación del sol en los arenales y del polvo de éstos—, sin velo y sin abrigo?

—Es verdad. Mil gracias por el aviso.

Pusiéronse los cuatro viajeros los anteojos, cubriéndose las caras con tupidas gasas blancas y las cabezas con cascos *sala-koff* de corcho, echándose sobre sus trajes balandranes, blancos también, de lana y descendieron del tren.

El oasis de Gharama es una faja larga y

aun acacias, en las estepas meridionales lindantes con la Nigracia—, solamente en los lechos de lo que ha muchos siglos fueron ríos, y hoy sólo son cadáveres de ellos, y en las cercanías de algunos pozos, se hallan *mimosas* y unos espartosos, escasos y resecos pastos, que *sin lluvia* viven hasta tres años. Cuando los camellos de una tribu nómada los consumen, tienen a veces que andar ochenta, cien y aun doscientos kilómetros hasta encontrar otros donde aquéllos y sus frugales cabras puedan vivir.

Y, sin embargo, el aspecto del Sahara atestigüa que en remotas edades prehistóricas las aguas contribuyeron a modelar sus formas. Anchos cauces con márgenes todavía claramente marcadas hablan de ríos que por ellos corrieron, y en donde nadañan cocodrilos, tan desaparecidos como las aguas, que llegaban a aquéllos por barrancos profundos, hoy desecados, pero perfectamente visibles: surcando las mesetas o descolgándose en torrenceras por las pendientes de ellas. El viajero puede ver todavía en muchos lugares troncos petrificados, restos de selvas donde corrían el rinoceronte y el elefante, representados por escultóricas tallas en las rocas de las montañas de comarcas donde hace muchísimos siglos no han sido vistos tales animales.

Todo murió, la fauna cual la flora, con la desaparición del agua, que hoy no se halla en toda la inmensidad del desierto, sino en lo hondo de los pozos, y para eso en escasos parajes, siendo muy raro que no sea salobre y muy desagradable para el viajero no acostumbrado a ella.

Los actuales cambios que el Sahara sufre son debidos a los agentes atmosféricos. Las rocas se desgranran para transformarse en movedizas dunas de arena, formadas de polvo, que el viento arrastra y deja caer aquí y allá, quedando los materiales más gruesos en las *hamadas*, para formar extensiones pedregosas con piso de cantos sueltos, que alternan con los arenales y los trozos de pelada roca, por el sol calcinada, y cuyo contacto abrasa.

Se creyó en tiempos que las dunas formadas por los aéreos aluviones de arenas procedentes de dicha disgregación de rocas ocupaban lugares fijos; y no es así, sino que son movedizas, aun cuando estos montículos de polvo no viajen tan rápidamente como puede creer quien, sorprendido por una de las frecuentes tempestades de viento seco propias del desierto, ve las arenas aventadas de modo tal, que, según dicho de los habitantes, hacen *humear las colinas*.

estrecha que rompe la monotonía de la arenosa dilatada llanura—prolongada hasta perderse de vista—con raquíticas manchas de hierba que disputan el suelo a las arenas y en las cuales crecen palmeras, anémicas y ralas salvo en las cercanías de los pozos. En uno de éstos está la toma de agua de la locomotora.

Salpican el paisaje pequeños grupos de ruines casuchas y ranchos míseros, de adobes. En estas viviendas se albergan los seiscientos habitantes de la desolada aldehuela. Unos son negros, otros lo parecen; pues la diferencia entre blancos y negros hijos del desierto son de día en día menores en el del Sahara, donde para diferenciarlos es precisa vista muy hecha a verlos; porque los negros se van de día en día destiñendo con los constantes cruzamientos, que simul-

De estas tempestades de arena dicen las tradiciones, por boca de Herodoto, que han sepultado hasta ejércitos enteros; pero lo cierto es que el número de caravanas que han perecido enterradas en la arena no es pequeño, y el de viajeros, grande.

Pasada la tormenta, el paisaje no parece haber cambiado: las dunas ocupan los mismos lugares que antes de ella; pues un día y una tempestad son poco para hacer cambiar los arenosos montes de lugares; pero días y días y meses y años de tormenta tras tormenta realizan los cambios a la larga. Y así ha sido comprobado por viajeros y guías: comparando el terreno en épocas entre sí alejadas y no mucho, la transformación de las formas del suelo y el transporte de las dunas.

En cuando a estragos de otro orden, la Historia tiene, por desdicha, comprobadas importantes catástrofes, entre las cuales merece especialmente señalarse la de Ouargla, en el Sahara argelino, en la cual pereció entera la caravana francesa que formaba la segunda expedición enviada para realizar estudios de reconocimiento de la venidera vía férrea transahárica.

Sin que la tempestad a que se refiere tuviera caracteres tan terribles como los que entierran caravanas enteras, M. Duveyrier, distinguido viajero, dice de una por la cual fué sorprendido:

“El *sirocco*—nombre italiano del *simoun*—empuja ante sí inmensas trombas de arenas: se ven pasar enormes cantidades de densísimo polvo en ciclónicos giros, que zarandean, cual llamaradas de un incendio, las rojizas masas que corren sobre la haz del desierto con huracanada rapidéz: tan pronto volando por lo alto como barriendo el suelo y flagelando con sus púas de arena cuanto sobre él se halla.”

Contra el ímpetu del vendaval, reforzado por la masa polvorienta en suspensión, no hay más defensa que tenderse boca abajo. Pero esto lleva consigo otro terrible riesgo: el de quedar en poco tiempo sepultado si la tormenta es de importancia.

Aun sin llegar al caso de ser sorprendido por una de éstas, el viajero padece extraordinariamente con viento más moderado, pues el polvo que en ellos vuela casi constantemente se mete, a través del velo, en boca y narices, cae en la comida y se filtra entre las ropas, constituyendo una terrible molestia incesante, a veces días y días.

táneamente ennegrecen a los blancos, obscurecidos además por la incesante acción del sol.

Por de contado, nada de esto pudo ser advertido por el viajero argentino al bajarse del tren, pues cuantos hombres veía en el oasis eran "Ahel-el-litzam"—*gentes del velo*—con las caras cubiertas con telas blancas o negras: usadas estas últimas, según le dijo Duvery, por los tuaregs de sangre pura y las blancas por los africanos de razas menos aristocráticas y por los mestizos. (1) Y no sólo por esto, sino porque aunque tales gentes se hubieran despojado de los velos (o trapos si se trata de pobres que no pueden permitirse tal lujo), tampoco habría podido averiguar Lobera los verdaderos colores de las caras; pues las habría visto teñidas todas del mismo azul oscuro que veía en las manos y los brazos de cuantos pasaban junto a él: por ser costumbre de aquellas tribus embadurnarse la piel con indigo obtenido de plantas indígenas.

La miseria de los tugurios del aduar resaltaba al compararlos con los edificios de buena mampostería destinados a viviendas y oficinas del personal de la línea y a depósitos de mercancías y material de tracción.

En cuanto puso Lobera el pie en tierra le pareció entrar en un horno; pues si gracias a la lana de su abrigo no sintió los 56 grados del sol que, mal cernido entre claras palmeras, caía sobre él, ni aun los 47 del termómetro colgado bajo la cubierta de los soportales de la estación, experimentó bastante más de los 37 de su temperatura personal, teniendo que meter precipitadamente las manos en los bolsillos, porque al caer el sol sobre ellas le produjo sensación muy parecida a quemadura.

Después de dar unos cuantos centenares de pasos a la precaria sombra de las palmeras, preguntó:

—¿Y es esto todo lo que hay que ver en este oasis?

—Todo, amigo mío: sin variación alguna se prolonga este mismo paisaje hasta llegar, al cabo de pocos kilómetros, a las llanuras de arena que dejamos atrás y las que recorreremos cuando de aquí partamos.

(1) El *litzam* en una u otra forma usado es una protección absolutamente necesaria en el Sahara de día, y que la costumbre hace a los indígenas usar hasta de noche, para preservarse de que en la boca entren impurezas. Así no es fácil conocer a las gentes en aquellos países, mientras ellos no quiera descubrirse: Duveyrier, Nachtigal, Bath, Reclus.

—Pues que me devuelvan el dinero... ¡Y que a esto lo llamen un oasis!...

—¿Pero quería usted hallar parques y selvas en el Sahara?

—No pedía tanto, señorita: mas una umbría un poco más espesa, aun siendo pequeña, no vendría mal.

—Cuando nos preguntaba usted por la fuerza del sol del Desierto, pareciéndole poco cuanto de ella decíamos, bien sabía yo que variaría de opinión tan pronto recibiera sus caricias.

—No, amigo Raúl, está usted equivocado: por mucho que el sol queme, nunca ha de parecerme demás—contestó el argentino con vehemencia: tan extraña, dado el asunto que la determinaba, que todos lo miraron sorsorprendidos, diciendo Emma:

—Admiro ese entusiasmo por el sol, pero soy de contrario parecer; pues aun estando bien curada de espantos, como nacida y criada en el Desierto, por poco que caliente me parece mucho.

—Digo lo mismo; y con mayor conocimiento que mi hija, que habiendo vivido siempre en oasis mucho mejores que éste, y no saliendo de casa sino por rarísima excepción antes de ponerse el sol, no lo ha desafiado como yo, en mis trabajos a través de las inacabables planicies de abrasadora arena, sin otro resguardo desde el amanecer a la caída de la tarde que la del sombrero de lona bajo el cual instalaba el aparato.

—Pero no me negará usted la imponente majestad de ese poder del Sol, que es vida de la Tierra.

—Y con frecuencia, causa, en Africa, de muerte, y siempre de la horrible aridez de estas reseca tierras.

A esta respuesta de Don Héctor replicó Lobera con su habitual viveza:

—Sí, claro; mientras el hombre no consiga...—Pero al ir a completar la idea que le pasaba por el pensamiento advirtió que hacerlo sería descubrir propósitos que debía reservar, y en lugar de decir, como la mente le dictaba, "mientras el hombre no consiga apoderarse de ella y hacerla útil", acabó la frase diciendo: "hallar modo de defenderse más eficazmente de sus rigores."

Mas la viveza de Lobera, suficiente a sacarlo pronto del apuro, no logró que su breve pausa y su vacilación entre el comienzo y el final de la respuesta dada a Duvery quedaran recatadas a la perspicacia de éste, haciéndole pensar que lo que su interlocutor decía no expresaba su verdadero pensamiento; y aun cuando la discre-

ción del ingeniero le retrajo de mostrar deseo de inquirir lo que el otro callaba, no pudo evitar que a los ojos le saliera la sorpresa nacida de las ideas, al parecer absurdas, que le pasaban por el pensamiento como interpretación de la fugaz perplejidad de su compañero de viaje, ni que empujadas por dicha sorpresa se le escaparan las siguientes palabras:

—Jamás domará el hombre este sol del Desierto.

—Claro que no: no digo eso—¡qué desatino!—: ni que estuviera loco... Quiero decir..., estaba pensando en que... en que con el tiempo progresarán los medios de defenderse contra él...

—Sí, sí: eso había entendido—repuso Duvery, en quien la insistencia de Lobera en dar innecesarias explicaciones, aumentó la certeza de que algo ocultaba.

—Y ya ve usted que no voy descaminado; porque entre atravesar este desierto sometido, durante semanas y semanas, a los terribles riesgos y penalidades de las caravanas de pasadas épocas, y salvarlo como, gracias a hombres como usted, lo hacemos hoy en un vagón de lujo y en dos días, ya es mucho adelantar. Tras éste vendrán otros progresos.

—Pues mientras llegan me parece que haremos bien en aguardarlos en sitio algo más fresco—dijo Emma.

De acuerdo todos con la proposición de Emma dieron la vuelta, encaminándose al vagón, a la puerta del cual encontró Duvery al jefe de la estación que, enterado por los empleados del movimiento de la presencia en el tren del señor Ingeniero Director, acudía a saludarlo y a ponerse a sus órdenes.

—Muchas gracias, Morlain—dijo don Héctor contestando al saludo de su subordinado—. ¿Tiene usted a quien confiar la estación y el servicio durante quince horas?

—Sí señor. Además que en ese tiempo no ha de pasar más tren que el ascendente de mañana, y el subjefe puede...

—Pues entonces, entréguele una y otro, y véngase conmigo hasta Bir-Asiou: hemos de hablar de asuntos del tráfico, y aquí no hay tiempo, so pena de retrasar la marcha del tren, lo cual no quiero. Bajará usted en Bir-Asiou, de donde podrá luego volverse en el ascendente.

—Pues voy a prevenir al subjefe y en seguida vuelvo, Señor Director.

\* \* \*

Seis horas y media tardó el tren en de-

vorar los 370 kilómetros entre las estaciones contiguas de Gharama y Asiou, lugar, este último, conocidísimo en toda aquella región del Desierto por sus cuatro pozos de agua cuya abundancia hizo de Bir-Asiou nudo muy importante, en tiempos, de las rutas de las antiguas caravanas de Gadamés, El Tibesti, El Touat y El Air.

Durante el trayecto permaneció Héctor Duvery apartado de sus hijos y de su amigo el argentino, encerrándose con el jefe de estación en el reservado, que utilizaba como despacho de trabajo en sus frecuentes viajes en los trenes de la compañía de que era director, entablando con él conversación, que debió ser interesante y hasta grave, pues aunque el ingeniero era hombre acostumbrado a dominarse, tenía al acabar la conferencia aspecto preocupado, que no escapó a Emma cuando, como antes de la llegada a Asiou, volvió su padre a reunirse al grupo de la gente joven, acompañado del jefe de Charama, a quien, como final de la conferencia con él mantenida, dijo poco antes de salir ambos del reservado:

—Como ya nos conocemos hace tiempo, sabe usted, Morlain, que siempre he sido incrédulo respecto a sucesos de la índole de los que teme usted. Esa sublevación general de todas las tribus del Sahara es acontecimiento que hace treinta años vengo oyendo anunciar, sin que nunca hayan pasado del anuncio, o quedando, a lo sumo, en fechorías aisladas, cada vez menos frecuentes, de bandoleros más que de insurgentes.

—Sin embargo, Don Héctor, mis noticias no me dejan dudas de que propagandistas y agitadores recorren el Desierto en todas direcciones, exacerbando los ánimos y aunando voluntades para algo por el estilo de lo que antaño llamaban la guerra santa.

—Sí, sí; pero sobre que entre los árabes puros o semipuros y los tuaregs existen odiosidades que por algo se llaman africanas, sabe usted bien que son muchas las tribus de otras razas o mestizas, que jamás han podido deponer sus odios intestinos al odio a nosotros; y que no pocas tienen más agravios recibidos de tuaregs o de slihanes que de los europeos.

—Es que a medida que el desarrollo de los ferrocarriles va dejando sin medios de vida a quienes antes se la ganaban en el tráfico, cada día más mísero, de las caravanas, nos van odiando más; es que el botín que para estas gentes es supremo aliciente de un alzamiento contra los europeos, nunca fué tan



grande como el ofrecido ahora por nuestros ferrocarriles y nuestros almacenes abarrotados de mercancías que codician, aunque no tanto como la posesión de nuestras mujeres y nuestras hijas.

—¡Nuestras hijas! — exclamó alarmado Duvery, reprimiéndose en seguida—. Ca, hombre, ca. Sigo pensando como siempre; pero en asunto de tal gravedad no ha de guiarme criterio cerrado, que, a despecho de mi experiencia, podría ser erróneo. Y, en cuanto llegue a Agadés, telefonaré a los comandantes generales de Tombuctú y Marruecos, informándoles de estos temores y

pidiendo guarniciones para las estaciones y piquetes para la custodia de los trenes.

—Creo, Don Héctor, que no estará de más; y si no manda otra cosa, como dentro de cinco o seis minutos llegaremos a Asiou, me despido de usted.

—Hasta la vista, y téngame al corriente de cualquier novedad. Yo saldré dentro de unos días de Agadés para volver a instalarme en Techiasco; pero como allí estaré en comunicación frecuente con dicha población, no tiene usted sino pedirle con el capitán de la gendarmería y decirle lo que yo deba saber.

### III

## UNA CITA EN EL DESIERTO

Delante de Morlain se apearon del tren, en Bir-el-Asiou, dos viajeros, que cuando poco antes se encaminaban por el corredor a la plataforma de bajada cruzaron las siguientes frases, en castellano, por creer que nadie allí entendería esta lengua:

—¿Estás seguro de conocerlo?... ¿Cómo te las vas a arreglar si todos tienen tapada la cara con el *litzam*?

—Es que, aunque así no fuera, no lo conocería, pues no lo he visto en mi vida; pero Al-Reshid me dijo en In-Salah que en cuanto ese hombre viera llegar el tren se nos daría a conocer remangándose la manga hasta el hombro, para rascarse en el izquierdo.

A no ser porque el viajero que primero habló le era muy antipático a Lobera, es probable que, al pasar ellos por su lado en el pasillo y oírlos expresarse en español, su abierto y expansivo carácter le habría impulsado a establecer comunicación con quienes hablaban su idioma natal; mas no inspirándole aquel caballero la menor simpatía, se abstuvo de decirle nada. Pero la estrambótica manera como había de darse a conocer el incógnito personaje que, por lo visto, aguardaba en Asiou la llegada de los españoles excitó su curiosidad, haciéndole quedarse en la plataforma del vagón, buscando con la vista si entre los quince o veinte africanos que en el andén estaban daba alguno señales de picarle el hombro izquierdo.

Efectivamente, al extremo del cobertizo que sombreaba la fachada de la estación vió que un moro alto, flaco y apartado de

donde hormigueaban cargadores y mozos, se remangaba la chilaba rascándose con arreglo a lo dicho por el que, en tanto no se demuestre lo contrario, hemos de tener por español. Y no sólo vió esto, sino al más grueso de sus compañeros de viaje, llevarse, como el moro, una mano al hombro izquierdo, y rascarse también, pero por encima de las ropas y sin remangarse.

Aquella concordancia de simultáneas pizcadas sorprendió muchísimo a Lobera.

El que aguardaba a los recién llegados usaba traje que al argentino no le indicaba nada, pero que a los acostumbrados a distinguir castas y calidades de los pobladores del Desierto decían a las claras, si ya no lo dijera la arrogancia de su talante, que el hombre aquel no era un cualquiera; siendo, por tanto, raro se rascara los piojos como un esclavo o un azacán.

El contraste de semejante acto con su orgullosa postura fué advertido, no sólo por Lobera, sino por Morlain, que al apartarse del vagón iba detrás de los españoles y, por lo tanto, en la dirección de aquel hombre, que resultó blanco de las miradas del jefe de Gharama, de los españoles y del argentino.

Los dos viajeros avanzaron rápidamente hacia el africano, mientras el ferroviario se sorprendía de ver en la carne, teñida de azul, que aquél dejaba ver al remangarse el brazo, una parte no teñida de la piel que tenía en blanco la forma de una estrella, tatuaje distintivo de los naturales de uno

de los oasis de Aoudjila (1), al reconocer el cual acortó Morlain el paso con que antes marchaba rápidamente hacia la puerta de la oficina de su colega el jefe de la estación, y dijo para su capote:

—Pues nó viene de poco lejos; porque es un árabe de allá, un jefe *zouiya*, no me cabe duda. ¡Qué raro! ¿Qué se le habrá perdido aquí a ese mozo?... Entre Aoudjila y Asiou no hay tráfico ninguno, ni las gentes de por acá tienen relaciones con aquéllas.

En esto vió a los dos viajeros pararse delante del *zouiya*, extrañándole que los recién desembarcados se dirigieran, no a un empleado de la estación, europeo como ellos, sino a un africano a quien no habrían de entender, y que tampoco los entendería.

Pensando en esto, y aguzada su curiosidad por el grupo que al llegar unos donde aguardaba el otro formaban los tres, se paró Morlain: deplorando que la distancia le impidiera oír la conversación entablada, contra sus presunciones lógicas de que aquellos hombres no podrían entenderse, y avivando su ya despierta desconfianza el cambio de actitud del *zouiya*, que reservada en el momento de acercársele los españoles, se transformó inmediatamente al oírles las primeras palabras.

Agregábase a esto la extrañeza que al francés le produjo ver que, no obstante la cordial actitud del moro, no durara su conversación con los recién llegados sino brevísimos instantes: los precisos no más para que entre uno y otros se cruzaran en purísimo árabe, cual sólo lo hablan mahometanos cultos, las siguientes palabras, desde luego no oídas por Morlain, que no teniendo los antecedentes que Lobera, no hizo alto en la maniobra de los rascamientos de hombres:

—¿Por dónde nace el sol?

—Por el país de donde vengo. ¿Cómo te llamas?

—¿Quién lo pregunta?

—Ben-Casim.

—Entonces, soy Bu-Yahi. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—En las grutas de Doghem, a media noche. Que todos se preparen para estar allí cinco días después de recibir el aviso.

—Al-lah quede contigo.

—Y que contigo vaya.

Dicho esto, se separaron quienes, para cruzar tan lacónicas frases, llegaban al centro del Desierto de opuestos extremos del Africa; y al dar la vuelta los españoles y retornar hacia el tren, donde no entraron sino después de transcurrido un rato, pasaron al lado de Morlain, que los miró con extrema atención, por ellos no advertida a causa de ir muy embebidos en conversación, de la que al paso oyó aquél unas cuantas palabras, sin entenderlas por haber sido dichas en castellano; pero advirtiendo bien la extremada dureza de los sonidos de las pronunciadas por el menos alto de ellos, quien chapurraba aquella lengua con marcadísimo acento árabe y ásperas entonaciones guturales, propias de este último idioma, a Morlain familiar; pues, como todos los empleados de los ferrocarriles de la Compañía del Sahara, lo manejaba sueltamente.

—¿Qué es eso que hablan?—dijose para sí—. Árabe, no; temaxec, tampoco; mas de seguro es una lengua prima hermana... tal vez el dialecto que usen los *zouiyas*, puesto que acaban de hablar con uno... También es raro que europeos sepan eso... Europeos. ¿Europeos con esas caras?... Tan europeos son ellos como yo moro... ¡Y qué corta ha sido la conversación con el otro! Si solamente para cambiar con éstos esas cuatro palabras ha venido ese hombre desde su tierra, ya deben ser interesantes. No me gusta, no me gusta nada esto: aquí hay algo que merece la pena de mirarlo despacio.

Al llegar a este punto de su soliloquio llamó a uno de los negros sudaneses empleados como mozos de estación, y le encargó rogara al jefe de ella que hiciera el favor de salir, pues deseaba hablarle su compañero de Bir-el-Gharama: no yendo el mismo Morlain en busca de él por no perder de vista a quienes le inspiraban vehementísimas sospechas de traer entre manos algo relacionado con los temores de que poco antes había hablado al ingeniero jefe.

\* \* \*

Se ha dicho antes que a Lobera le era particularmente antipático el más alto y de más distinguido porte de los dos españoles—si es que Morlain estaba equivocado al creerlos africanos—; pero faltó agregar que tal antipatía no era irreflexiva, sino motivada por haber observado que aquel hombre no había dejado de mirar a Emma durante el tiempo.

(1) Archipiélago de oasis situado en la zona oriental de la Tripolitania, a no más de 300 kilómetros del Mediterráneo, en la linde norte del Desierto de Libia y cercano al oasis egipcio, de Siouah, conocidísimo como asiento del célebre templo de Júpiter Ammon. *Zouiyas* es el nombre de las tribus árabes de estas regiones.

que una y otro habían estado en el salón: con insistencia tan elocuente, que no era necesario ser lince para adivinar el móvil de las miradas del buen mozo. Pues, a despecho de su atezado rostro, era un hermoso hombre aquel; y por lo mismo más antipático a Lobera, muy receloso de la impresión que su varonil belleza pudiera producir a la francesita.

Con la anterior explicación de aquella antipatía queda ya dicho, aunque no se haya dicho, que por lo menos tanto como el otro miraba a Emma el argentino. De aquí que al oír las frases castellanas al paso sorprendidas involuntariamente, y ocurrírsele que cuando alguien aguardaba al guapo mozo en Bir-Asiou era probable fuera éste el término de su viaje, se alegrara, por no sentir deseo ninguno de continuar teniéndolo por compañero hasta Agadés, o hablando más fielmente, por no desear tal compañía para Emma; y para cerciorarse de si el viajero se quedaba allí, permaneció en la plataforma del coche-salón, desde donde, apoyado en su barandilla, no lo perdía de vista.

Pasados diez minutos, comenzó a temer que su deseo no se iba a realizar, pues los paseos que los dos españoles daban de extremo a extremo del andén cubierto por la marquesina, no eran propios de quienes han terminado un viaje, sino de quienes matan el tiempo mientras oyen la voz de "viajeros al tren".

Cuando tales reflexiones hacía el americano, salió a la plataforma Duvery, y le preguntó:

—¿Qué mira usted con tanta atención, señor Lobera?

—A esos dos compañeros nuestros de viaje, que por el habla, pero no en lo cetrino de las caras, parecen españoles, y a aquel tuareg descomunal que se recuesta en la última columna junto a la que ha parado la locomotora.

—Buen tipo; pero no es tuareg, sino un caíd o un árabe de calidad de Baharieb, Djalo, Aoudjila o algún otro de los oasis que quedan al sur de La Cirenaica (Trípoli) y de la meseta de Libia. Por aquí es raro ver tales gentes, pues su país está sumamente alejado de éste. Pero ¿qué es lo que le choca a usted en él y en los otros?

—Que a todos les pica al mismo tiempo el hombro izquierdo.

—¿Qué rareza!

—Por eso me ha sorprendido.

Seguidamente refirió Lobera a Duvery lo que había oído y visto, y cuando todavía no

había terminado de hacerlo, hubo de interrumpir momentáneamente su narración, pues uno y otro tuvieron que apartarse para dejar libre acceso a la plataforma a los viajeros de quienes hablaban: que habiendo oído la llamada de "viajeros al tren", retornaban a éste.

Reanudado y acabado el relato, cuando ya aquéllos estaban en el interior del vagón, nacieron en el ánimo del ingeniero aprensiones análogas a las que la presencia de un zouiya en Asiou habían inspirado a Morlain: y todavía más fundadas; pues a los motivos que despertaron los recelos del último se juntaban los sugeridos a Don Héctor por lo extraño de que personas que no se conocían se citaran al paso de un tren en medio del desierto, adoptando aquel extravagante medio de reconocerse; pues todo ello olía a complot desde cien leguas. Pero pasados dos minutos se distrajo de estas preocupaciones al darse cuenta de que a pesar de la llamada de "viajeros al tren" y del silbido precursor de la salida, no arrancaba la locomotora, por no haber dado la orden de partida el jefe de estación, que sin parecer acordarse de tal cosa, conversaba animadamente con su colega Morlain a pocos pasos de la plataforma donde estaba Duvery, que le gritó:

—Gudín, ¿porqué no da usted la salida?... Ya ha pasado la hora... ¿Ocurre alguna novedad?

—Nada, nada, Señor Director.— Es que no han acabado de cargar el carbón. En seguida saldrá el tren—contestó el interpelado, que tan pronto hubo dado a voces esta respuesta, se acercó, acompañado de Morlain, adonde estaba el jefe de ambos, a quien el último dijo acercándose y en voz baja:

—No es eso, Señor Director, sino que por razones de importancia, que ya le explicaré, me he permitido tomar el nombre de usted para hacer a Gudín demorar la salida hasta que yo termine de hablar con él de cosas urgentísimas.

—¿Tomar mi nombre!... ¡Sin consultarme!... Me parece Morlain que habiendo usted de quedarse en Asiou, tiempo le sobrará después para hablar cuanto quiera.

—Es que no me quedo; pues, si usted no me lo prohíbe, me voy yo también.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque tengo que comunicar a usted novedades importantes. Si después de conocerlas desapruueba lo que me he permitido hacer, me avengo a ser despedido de la Compañía; mas por lo pronto autorice,

bajo mi responsabilidad, a demorar la salida hasta que yo haga a Gudín un encargo, que después de las noticias que él me ha dado, es importantísimo; y permítanos, entretanto, apartarnos, pues no conviene se nos vea secretando con usted.

—Gudín: no dé usted la salida hasta que Morlain se lo indique.

Al decir esto miraba Duvery hacia el sitio donde continuaba el *zouiya*, lo que advertido por Morlain le hizo decir:

—Por ahí, Señor Director: por ahí, por ahí está la causa de mi proceder. Hasta ahora.

Lobera, que discretamente se había apartado un poco de Duvery mientras con éste cuchicheaba su subordinado, se disponía ya a entrar en el coche, mas se detuvo al oír a aquél decirle:

—No se vaya usted, señor Lobera; hágame el favor de quedarse.

Reanudando su conversación, se alejaron los dos jefes hacia la cabeza del tren; y deteniéndose al llegar a la locomotora, reprendió Gudín al maquinista y al fogonero por la tardanza en cargar el carbón, que desde cinco minutos antes *tenían ya estibado en el tender*: haciéndolo tan descompuestamente, con tan desaforados gritos y dureza tal, que llegaba a insultante: injusticia contra la que no pudieron protestar, por haber sido hecha la reprensión en árabe, no entendido por ninguno de ellos; pero cuyo violento y ofensivo tono fué mentalmente comentado por el *zouiya*, que la oía, en los siguientes términos:

—Estos malditos perros cristianos son siempre los mismos: déspotas y soberbios.

Entre el tiempo invertido por Morlain y Gudín en llegar a la máquina, los dos minutos que junto a ella se detuvieron y el gastado en el retorno hacia la cola del tren, tuvo el primero el suficiente para hacer a su compañero de Asiou los encargos de que había hablado a Duvery. Hecho esto, subió al tren, mientras el otro daba la salida.

Un minuto después arrancaba la locomotora.

—Ya ha conocido usted que el moro es un *zouiya*... ¿No es verdad, Señor Director?—dijo Morlain tan pronto estuvo al lado de su jefe.

—Sí.

—Pues necesito hablar a usted en su despacho, donde nadie pueda oírnos.

—Vamos... Venga, señor Lobera; venga con nosotros.

No lo extraña, Morlain: además de ser

este caballero un europeo, digo no, quiero decir de los nuestros, sabe y ha visto cosas probablemente relacionadas con las que usted quiere comunicarme.

Pasamos por alto los comienzos de la conversación en el reservado, pues en ellos expusieron Morlain y Lobera lo que cada uno había visto, oído y pensado, todo ya conocido del lector.

Cuando Duvery fué enterado de ello, dijo:

—Lo que el señor Lobera ha oído da mucho más valor a lo que usted, antes de saberlo, ha sospechado, amigo Morlain; y aun cuando acaso sean suspicacias nuestras aprensiones, pienso que, por lo pronto, urge esclarecer quiénes son esos viajeros. Para ello, voy a ordenar al revisor del tren que haga nuevo contraste de billetes, y que al hacerlo pida sus pasaportes a esos señores, fijándose muy bien en sus personas y en los datos contenidos en los pasaportes.

—Me parece perfectamente. Pero ¿no será eso darles la voz de alerta: enterarlos de que se desconfía de ellos?

—No, amigo Lobera; porque no vamos a ser tan tontos que se los pidamos sólo a ellos. Precisamente para evitar que recelen nada me va usted hacer el favor de volverse al salón; pues usted será uno de los viajeros a quienes más moleste el revisor con preguntas insistentes, petición de detalles indiscretos y hasta groserías, que yo le encargaré cometa con usted muy ostensiblemente, mientras a ellos no hará sino leerles los pasaportes...

¡Calla, no!: mejor será recogerse a todos los viajeros diciendo que a la llegada a Agadés hay que entregarlos en la oficina de la Gendarmería, en la cual les serán mañana devueltos individualmente. Esto se ha hecho ya algunas veces, no chocará a nadie, y en cuanto yo llegue a Agadés prevendré al capitán.

¡Ah! Señor Lobera, procure no dejar conocer que habla usted castellano; pues no conviene enterarlos de que estamos al tanto de la seña del hombro: sería ponerlos en guardia.

Hasta luego; y en cuanto vea usted que el revisor acaba la recogida de pasaportes haga el favor de volver por acá.

—Hasta luego, monsieur Duvery—contestó el americano, muy satisfecho de volverse junto a Emma: no sólo por el gusto, y no era poco, de su compañía, sino para saber si el otro continuaba mirándola, y más aún, si lo miraba ella: preocupación que le ha-

bía tenido distraído durante toda la anterior conversación.

Corrió, pues, sin pérdida de tiempo al salón, sorprendiéndole en cuanto allá llegó ver a Raúl muy de palique con los dos españoles sospechosos; pues al volver al tren, el que más preocupaba al argentino se las había ingeniado para entablar conversación con el hermano de Emma.

No lejos del grupo formado por los tres, pero al opuesto costado del vagón, leía ésta, y hacia ella se dirigió Lobera en cuanto entró, pensando para sí: "ése empieza a adorar al santo por la peana... Cuando se preocupa de *entablar relación con la familia*, es que indudablemente va a Agadés... ¡Y que yo tenga que marcharme! ¡También es suerte mía!"

## IV

## UN VIAJERO QUE PREOCUPA A LOS DEMAS

Lo primero que, al sentarse al lado de Emma, dijo Lobera, fué:

—Parece que su hermano de usted se ha hecho amigo de *esos dos pájaros*.

—Sí: le ofrecieron un tabaco estando los tres en el pasillo, y al entrar luego y pedir refrescos lo invitaron a acompañarlos... Pero, ¿por qué los califica usted de volátiles?... Parece que no le agradan a usted mucho.

—¿Mucho?... ni poco... ¿Cuánto apostamos a que fué el más alto quien tomó la iniciativa de las finuras con Raúl?

—No sé cuál sería.

—Yo, sí.

—Perspicacia es, no habiéndolo visto.

—Hay cosas que, aun sin verlas los ojos, las adivina el... el... el más torpe, cuando tiene antecedentes y cuando observaciones anteriores...

—¿Antecedentes?—exclamó Emma, apartando sorpresa no sentida y con la cara como una amapola por haber entendido "corazón" cuando Lobera dijo "torpe": traducción muy bien hecha, pues aquella palabra tenía en el pensamiento el argentino cuando dijo la otra, después del balbuceo y de los *el* con puntos suspensivos, por parecerle demasiado correr hablar de corazón a una señorita a la que sólo había tratado en el viaje y en los cinco días que lo precedieron, por ambos pasados en el mismo hotel de Tánger, donde él había presentado a Duvery una carta del Embajador de Francia en Buenos Aires encareciendo al ingeniero lo asistiera con su experiencia del Desierto, dándole las noticias que hubiera menester para el mejor resultado de los asuntos que lo llevaban al del Sahara.

—¿Observaciones anteriores?... No com-

prendo—agregó ella, faltando a la verdad; pues sabía perfectamente que su reciente amigo aludía a las miradas insistentes del que con Raúl hablaba.

—¿No?... Pues la actitud de ese buen mozo... Ya ve usted que mi antipatía no me ciega al extremo de negar que lo es: y de real orden. Y ya él demuestra que se lo sabe. Y en cuanto a su actitud, está tan clara que...

—¿Clara?... Para usted.

—¿Y para usted no?... ¿Usted no ha reparado nada?... ¿De nada se ha enterado?... Perdone mi franqueza, pero no lo creo: dejaría usted de ser hija de Eva si no supiera ver que ese hombre hace cuanto puede por exteriorizar con insistencia, rayana ya en descaro...

—Usted olvida, señor Lobera—dijo ella simulando candidez, desmentida por su sonrisa maliciosa—que soy una salvaje criada en un desierto, y sin la práctica de las muchachas civilizadas que saben enterarse de...

—Se ha vendido usted, se ha vendido... Suponer que algo hay de qué enterarse, es estar enterada de lo que dice no haber visto. Con su contestación me enseña usted algo muy útil para quien, como yo, va a andar entre las hijas del Sahara.

—¿El qué?

—Que no debo fiarme de la lealtad de ellas.

—¡Ja, ja, ja! Por pasarse de listo llega usted a mal pensado; y es muy feo, feísimo, hacer juicios temerarios.

—Ahora veremos si lo son.

—¿Cómo lo va usted a ver?

—Poniendo a prueba esa candidez africana de que alardea usted; pero advierta

que en la prueba se juega su crédito de veraz: a lo menos, conmigo.

—Me asusta usted.

—Vamos a ver: ¿puede usted asegurar, por esa sinceridad salvaje de que presume, que no sabe a quién mira sin cesar ese hombre?

—Antes que ser tenida por taimada, confesaré que ese caballero parece mirarnos mucho.

—¿Mirarnos? Querrá decir *mirarme*.

—Eso no lo puedo afirmar: para saber adónde mira sería preciso que lo mirara yo.

—Entonces, si usted no lo ha mirado, ¿cómo sabe que él nos mira?

—¡Ay, amigo mío, como se ven una porción de cosas sin mirarlas!

—Yo creía que esa era habilidad de las muchachas civilizadas, pero no de las pobrecitas sahareñas.

—¡Ja, ja, ja!

—Vaya, la reputación de sinceras la tienen ya en peligro esas pobres muchachas; pero han perdido por completo la de candidez.

—¡Pobrecitas!

—Y ahora veremos lo que queda de la sinceridad con que pretende usted engalanarse.

—Pero entendámonos: ¿estamos hablando de mí o sólo en general de mis paisanas?

—De ellas, de ellas nada más; pero yo he de juzgarlas por la muestra. ¿Puedo hacer una pregunta indiscreta y temible para usted?

—Venga: soy yo muy valiente, aunque todos digan lo contrario.

—Pues, ahí va: puesto que sabe usted ver sin mirar—es usted misma quien lo ha dicho—, ¿no se ha dado cuenta de las maniobras de ese broncíneo Apolo, que cuando yo llegué nos volvía la espalda, ha estado haciendo con su silla hasta ponerse de frente a usted como está ahora?

—Si mi fama de sincera depende de eso, no la pierdo, pues reconozco que ese caballero estaba antes de espaldas y de frente ahora. ¿Quiere usted mayor lealtad?... ¿Qué más puede pedirme?

—Si no fuera demasiado, que moviera usted un poco hacia este lado su sillón, maniobra más fácil puesto que es giratorio, que las de él con su silla.

—Pues sería demasiado, sí señor—repuso Emma; pero al ver en la cara de Lobera la impresión que le hacía la sequedad de la respuesta, más perceptible por contrastar con el jocoso tono del anterior escarceo,

quiso atenuar lo duro de ella, agregando:—pero no más sino porque no veo motivo para hacer violentas exterioridades parecidas a descortesía.

—Están divinamente educadas las salvajes que por aquí se estilan; además, siempre es grata la admiración de los guapos mozos...

—Señor Lobera, repare que está usted un poco nervioso demás—le atajó Emma, que, no obstante la suavidad y dulzura, habituales en ella, del tono de la frase, dió a ésta gran energía.

—Dígalo usted más claro: inconveniente, incorrecto.

Al decir esto apartó Lobera los ojos bruscamente de Emma, volviéndolos hacia el que consideraba peligroso rival suyo: con expresión de hostilidad tan manifiesta, que apreciada inmediatamente por el objeto de ella, al mismo tiempo que el origen de donde nacía, provocó en él correspondencia con mirada muy en armonía con la que en sí veía clavada.

Emma vió que aquellos dos hombres se contemplaban de hito en hito retadores, que ninguno quería ser el primero en bajar los ojos; y asustada de la feroz expresión de los que miraban a Lobera, y comprendiendo que declarar rápida y categóricamente la escasa simpatía que el otro la inspiraba era el sólo medio que en su mano tenía de atraer nuevamente hacia sí los que de ella se habían apartado, y de evitar sobreviniera el choque, que parecía inevitable si aquellos hombres continuaban mirándose cual se estaban mirando, dijo:

—No mire más a ese antipático mulato.

Entre la destemplada réplica del argentino a Emma y esta súplica de ella, reorzada por los calificativos aplicados a aquel hombre, ni había tiempo, ni ella podía tener calma para formular los anteriores juiciosos raciocinios; y, por tanto, probablemente obedecieron sus palabras a rapidísima intuición, que en la mujer es muy frecuente se adelante al pensamiento.

Fuera uno, fuera otro, el inmediato efecto fué que al oírla llamar mulato y antipático al hombre a quien, por creerlo ya preferido de ella, había vuelto él su rabia, hija de aquella creencia, se sorprendió Lobera; y apartando rápidamente de él los ojos para mirar a Emma y convencerse del alcance de las palabras de ésta, preguntó con ansia:

—¿De veras?... ¿De veras?...

—¿El qué?

--Que le es a usted antipático.

--De usted depende--contestó ella, semi-tranquila nada más, y esforzándose por retener con la suya aquella vacilante mirada combatida por la atracción de los ojos de Emma y por deseo de volverse hacia el otro para probarle que no era temor a él lo que le había hecho desviar los suyos.

--¡De mí!

--Sí: porque me asustan las vehemencias rabiosas, me aterran las violencias, aborrezco a los matones, y porque si vuelve usted a mirar a ese hombre me va usted a parecer tan antipático como él.

Por suerte, fué entonces ayudada Emma por la casualidad, que trajo al revisor, quien al pedir a Lobera el pasaporte se interpuso entre él y el español, impidiéndole ver que éste lo contemplaba con sonrisa de altanero desdén, por creer haberlo acobardado: tan ofensiva, que a enterarse de ella no la habría soportado el americano.

Sacó éste la cartera y de ella el pasaporte, que entregó al revisor, quien, después de mirarlo y remirarlo y de molestar a Lobera con las insistentes preguntas por Duvery anunciadas, de las cuales iba tomando nota, se guardó el documento, diciendo:

--Mañana por la tarde podrá usted recogerlo en Agadés del Capitán de Gendarmería.

--¡Cómo! ¿Se lleva usted mi pasaporte?... ¿Y si yo tuviera que salir de Agadés por la mañana?

--No podría usted marcharse.

--Pues eso es un abuso, un intolerable abuso.

--Es lo que se hace con todos los viajeros. No pretenderá usted que por su linda cara haga con usted una excepción.

--Me quejaré.

--Haga lo que quiera: no tengo tiempo que perder.

Al decir esto con desabrido tono, volvió la espalda el revisor para continuar la recogida de pasaportes.

--Grosero, mal educado--gritó Lobera fingiendo gran enojo, al ver el cual le dijo Emma:

--¡Por Dios, amigo mío! ¿Qué mosca le ha picado a usted hoy? ¿Es que a todo tranche quiere pelearse con alguien?

--No haga caso de esto: la grosería del revisor y mi indignación son comedia, cosa convenida.

--¡Comedia! ¿Qué quiere usted decir?

Cuando Lobera iba a contestar a Emma no pudo hacerlo porque en aquel momento

le hacía Raúl otra pregunta al acercarse a él, después de haber cambiado unas cuantas palabras con el revisor; pues al oír el altercado se apartó precipitadamente de los dos viajeros con quienes departía, para ir a enterar al empleado de que el argentino era amigo del señor Duvery y persona de toda confianza: sorprendiéndole recibir del revisor respuesta que le hizo preguntar a Lobera al llegar junto a él:

--¿Qué embolismos son esos..., Lobera? ¿Qué quiere decir ese hombre?

--Hable usted bajo, Raúl.

--Bueno, pero dígame: ¿a santo de qué se peleaban ustedes de mentirijillas? Eso me ha dicho el revisor, dejándome con la palabra en la boca y con la boca abierta.

--Vaya usted a preguntárselo a Don Héctor.

--¡A mi padre! ¿Qué tiene él que ver?...

--Tiene, amigo mío, tiene: en este tren nadie puede hacer nada sin permiso del Director: él es quien ha dispuesto...

--¡Que se peleen ustedes!--exclamó Emma-- ¡Qué disparate!

--No puedo ser más explícito... Pero, ¡qué cabeza tengo!: lo primero en que debí pensar es lo primero que se me olvidaba.

--¿El qué?

--¿Ha hablado usted de mí con los españoles? ¿Les ha dicho usted que soy argentino?

--No.

--Respiro.

--¿Pero es que le quitaría a usted la respiración que lo hubiéramos nombrado?... ¡Qué raro está usted hoy!

--Tiene razón Raúl. ¿Qué mal habría en que supieran que es usted argentino?

--Que ello habría contrariado al Señor Duvery, que si le parece conveniente ya dirá a ustedes por qué no quiere que esos señores sepan dónde he nacido ni cuál es mi idioma.

--Esto es el juego de los despropósitos... Porque si quería usted viajar de incógnito, como las testas coronadas, habría sido lógico pensarlo al comenzar el viaje; mas no me cabe en la cabeza que a mi padre le preocupe ese incógnito.

--Raúl, ya he dicho a usted que le pregunte a él... Creo que se trata de asuntos de la compañía del ferrocarril--respondió Lobera, haciendo disimuladas señas a Raúl para que no insistiera en sus preguntas; pues no le parecía discreto alarmar a Emma hablando de los temores de sublevaciones que preocupaban a Morlain y al mismo Du-

very, ni de la sospechosa cita de los viajeros con el zouiya. Y dicho esto prosiguió:— Vaya a buscar a su papá, que está en su reservado; cuénteles mi discusión con el revisor, lo que con esos dos viajeros haya usted hablado; y entonces comprenderá usted los motivos de mi incógnito, que le agradeceré me diga luego; pues crea, amigo Raúl, que para mí no están todavía muy claros.

Decía esto el argentino por pensar que en cuanto Duvery se enterase de haber su hijo trabado conversación con los dos sospechosos preguntaría al muchacho lo que de sí dijeran ellos; y en cuanto a la mentida ignorancia de la causa de su incógnito la echaba por delante como preparación para defenderse de las preguntas que suponía iba a hacerle Emma en cuanto su hermano se fuese, y que, efectivamente, apenas éste salió, dijo:

—¿Sabe usted que me parecen muy raros el fingido altercado con el revisor, ese repentino incógnito; y no raro, rarísimo, hasta el punto de no creerlo, que usted ignore los motivos de él?... Ni mi padre es capaz de pretender de nadie que oculte su nacionalidad, ni usted de avenirse a ello sin saber el porqué.

—Es, amiga Emma, que el señor Duvery me dispensa el honor de tratarme con mayores confianza y franqueza que su hija.

—¡Más!... Hace un rato me dijo usted que no me creía, permitiéndose dudar, no, negar en redondo, mi sinceridad; ahora

soy yo quien no cree palabra de cuanto dice usted, y se lo espeto en su cara, tomándome justísimo desquite: es decir, que, dando a las cosas su feo, pero verdadero nombre, ni usted ni yo nos mordemos la lengua para llamarnos embusteros. ¿Le parece a usted poca franqueza? ¡Hombre de Dios! ¿Adónde quiere usted llegar?

—¿Adónde?... No me atrevo a decirlo: va usted a pensar que es pronto.

—Cuando usted lo conoce, debe tener razón: *la confianza* requiere tiempo, conocimiento hondo de las personas: no cabe improvisarla.

—Verdad; mas todo eso resulta inútil, amiga mía, si no tiene una base.

—¿Cuál?

—Simpatía.

—Naturalmente.

—Y si yo me atreviera a preguntar...

—No; no se atreva: hoy estoy ya cansada de preguntas. Ni que fuera usted un juez.

—Pero...

—Nada, que no contesto.

Al decir esto mentía Emma como ya varias veces había mentido aquella tarde, no obstante su innato aborrecimiento a la mentira; pues a tener Lobera más malicia habría leído en sus ojos la respuesta que decía negar.

Mas no lo vió, pues con sus treinta y cuatro años era un inocentón el argentino, que por ser sabio, y no de tres al cuarto, sino sabio notable, sabía de mujeres lo que saben los sabios: es decir, nada.

## V

### QUIEN ES EL ARGENTINO Y CUAL SU PORTENTOSO INVENTO

Cuatro años antes de su viaje a Africa dió Pepe Lobera cima a la resolución del magno problema que había consumido dos tercios de la vida y otros tantos de la fortuna de su padre: quedando todavía suficiente con el resto de la última para que cada uno de sus hijos, Manolo y Pepe, heredaran más de doce millones de pesos fuertes, también comprometidos, a la hora en que con el último hemos hecho conocimiento, en una arriesgada empresa científico-industrial.

Aun cuando muy a la carrera, por no ser ello objeto de este libro, pero sí obligado

antecedente de la historia narrada en él, diremos que aquel fortunón lo había heredado de su padre el que lo fué de Manolo y Pepe.

El potentado abuelo de los últimos, tronco de esta rama americana de Loberas cuyas raíces más hondas se habían nutrido de savia castellana vieja, era un ingeniero de minas español contratado al terminar su carrera por una compañía minera de Mendoza (Argentina), donde tuvo la suerte de descubrir, en Uspallata, unos ubérrimos yacimientos de plata, que a través de largas vicisitudes y durísimas luchas lo hicieron



poteroso. Su hijo único, nacido en la Argentina, era tierra adecuada para que en él fructificara la solidísima instrucción que su padre le dió, sobre la cual edificó él, por propia cuenta, bien ganado crédito de sabio: no ya entusiasta, sino románticamente enamorado de las ciencias físicas, a los progresos de las cuales dedicó vida y fortuna: excepto el tercio aquel que, al resolverse a enfrascarse de lleno en los experimentos costosísimos y en las onerosas empresas acometidas por la gloria de su amada (entiéndase la ciencia), y decidirse a emplear talento, oro y trabajo en bien de la Humanidad, tuvo la previsión de consignar como inalienable patrimonio a nombre de sus hijos.

El principal problema en donde concentró la actividad de los últimos veinticinco años de su vida fué el de capturar la fuerza del Sol para dar a los hombres energía industrial de calor transportable, que con la de los saltos de agua pudiera ayudar primero y substituir después a los combustibles en su tarea colosal de satisfacer necesidades vertiginosamente crecientes de día en día, de la industria moderna, las cuales pesan hoy abrumadoramente sobre las minas de carbón y los pozos de petróleo, que al cabo quedarán exhaustos.

Tal agotamiento que, de sobrevenir antes de hallar los hombres substitutivos a los combustibles hoy usados, sería tremendo conflicto mundial de incalculables consecuencias, llegará en plazo que han tratado de fijar sabios que todavía existen en el mundo con el altruismo suficiente para emplear su vida en bien de sus semejantes y preocuparse de lo porvenir; llegando, como consecuencia de sus estudios, a conclusiones que no dan sino pocos siglos de duración a esas reservas de calor y potencia encerradas al alcance del hombre en las entrañas del Globo. (1)

(1) Acerca de este interesante extremo dice un autor moderno: "Gastamos estos recursos en alarmante proporción, cual si hubiera, que no la hay, razón para suponer que la provisión de ellos en nuestro planeta pueda ser inagotable, o que esos depósitos hubieran de ser reemplazados por yacimientos que se fueran formando al mismo paso que se vacían los existentes. En realidad, vivimos imprudentemente, no de las rentas, sino de nuestro capital de combustibles, vorazmente tragado por máquinas y hornos de todas clases; pero con la agravante circunstancia de que la Humanidad ignora a cuánto asciende realmente dicho capital.

"Se han hecho estimaciones, cuan serias caben en la materia, sobre la probable duración de la

¡Bah!, tres o cuatro siglos dan respiro muy holgado, y no hay motivo de asustarse, dirán quienes no piensan sino en el hoy, que pronto pasa, por no advertir que muchísimo antes de llegar al total agotamiento se dejará sentir la escasez, madre de la carestía, en términos de dificultar la vida de unas industrias, de imposibilitar la de otras, de privar a los hombres de calor hasta en el propio lar de la familia: penuria y carestía que, vislumbrándose cercanas, amenazan ya al mundo con porvenir horrendamente pavoroso; pues la madera se va también, y muy de prisa.

Por eso, hace ya tiempo que una pléyade de eminentes físicos se preocupa y ocupa en buscar prácticos medios industriales de apoderarse en el mar, para transportarla a los continentes, de la fuerza mecánica del flujo y el reflujo de los océanos, de capturar las energías térmicas del calor central terrestre y las que laten en el seno de los rayos de sol.

Dejando para venideros libros de esta biblioteca relatar las hazañas de los sabios (conocidos de Ignotus) que teniendo a estas horas ya resueltos los dos primeros problemas, implantarán sus invenciones el día menos pensado, vamos a relatar en éste, que los lectores tienen ante sí, cómo Lobera había resuelto el último, y los peligros, aventuras y luchas en que se vió envuelto y hubo de sostener hasta dar cima a su magna empresa.

Para formar idea del inmenso tesoro de fuerza que del Sol recibe esta Tierra habitada por hombres, hasta hoy incapaces de aprovecharlo sino en proporción minúscula, es útil y curioso saber que de estudios

riqueza de las grandes cuencas hulleras del mundo, y, aparte naturales discrepancias de algunas opiniones, en conjunto dedúcese de las evaluaciones mejor fundadas que el total agotamiento de todos los yacimientos carboníferos será obra de unos cinco siglos: cuatro en el tiempo de Lobera.

"En cuanto al petróleo y gases combustibles producidos por la Naturaleza, no ha habido ni habrá jamás ojos humanos que puedan ver el fondo de las subterráneas cavidades donde están contenidos: mas no es peligro de mañana, sino hecho de hoy, que el petróleo y sus derivados van comenzando a escasear en el mundo; pues aun cuando de año en año crece la producción, y muy de prisa, esto no es resultado del descubrimiento de nuevas regiones petrolíferas, sino de la perforación de mayor número de pozos en las ya conocidas y explotadas. Además, estos pozos tienen muy corta vida; y como otros nuevos son sin cesar abiertos a la explotación, los campos de petróleo aprovechables hoy quedarán pronto cubiertos de ellos por completo."

realizados por Sir Norman Lockyer en las rayas del espectro solar, correspondientes a la luz con que en la superficie luminosa de aquel astro, llamada *fotosfera*, arde el hierro, resulta que las llamas de dicho metal tienen allí temperatura de *seis mil grados centígrados*; calor del cual no es fácil forme juicio la mente humana, ni siquiera pensando que el hierro se funde a mil quinientos grados y el platino a dos mil.

Y aun los seis mil medidos no son sino los correspondientes al citado metal en la superficie (lo más frío del astro), cuya temperatura absoluta llega, según el sabio polaco F. Biscoe, a siete mil trescientos grados (1).

Pero como la comprensión de estas temperaturas es inasequible a la mayor parte de las personas, confundidas por su enormidad, se ha buscado el ponerla al alcance de todo el mundo, estableciendo diferentes analogías acudiendo, entre otras, a la consideración de los efectos que, concentrados, serían capaces de producir los rayos solares llegados en un año a la Tierra: insignificantisima porción no más de los que el Sol despide. Así, midiendo calorías (2), tomando en cuenta pérdidas, etcétera, se ha llegado a evaluaciones aproximadas, pero seriamente hechas, de las cuales resulta que el calor por dichos rayos engendrado, al tocar nuestro mundo, sería suficiente para licuar una costra de hielo que con cincuenta metros de espesor cubriera todos sus continentes y sus mares (3).

(1) Resultado de concienzudas determinaciones cuyos resultados fueron publicados en 1916 en el *Scientific American*, y realizadas mediante la observación de las radiaciones de las ondas luminosas en diversas regiones del espectro solar.

(2) Caloría, cantidad de calor necesaria para elevar en un grado la temperatura de un kilogramo de agua.

(3) "Todavía me marea un poco el tamaño de esa costra helada y la necesidad de reunir para fundirla el calor recibido en todo un año." Dice el lector calmoso, aficionado a apurar, hasta lo hondo, estas curiosidades que el impaciente salta cuando la explicación de ellas dura lo que ya no tolera su impaciencia.

"Si usted quisiera simplificar la cosa un poco" No puedo desairarlo, pero huyéndole al riesgo de aburrir a los otros, escamoteo el tema del texto principal para esconderlo en esta nota. Y así quien lleve prisa que la salte.

Efectivamente, tiene razón el señor para quien la escribo: el hielo es demasiado grueso y el año excesivamente largo. Por eso, bajo del año al día y reduzca los 50 metros deshielados en los 365 días al deshielo que en cada veinticuatro horas

Como el segundo Lobera (padre del Pepe, a quien con tanta sabiduría había vuelto Emma lelo) estaba bien al tanto de lo que significa esa inaprovechada potencia de tal calor, y tenía confianza en las posibilidades de la ciencia moderna, se puso a la faena de apresarlos; mas sabiendo, asimismo, cuán enorme distancia separa el invento, resuelto, del proyecto en realidad implantado en la fábrica, en el taller, en la vida; y robustecido este convencimiento en sus pruebas y ensayos, que habrían hecho desistir de la empresa a otro hombre de menor tesón, no le arredró ver pasar años y años en que, a despecho de indubitables avances, todavía divisaba lejano el término de su largo camino, haciéndole pensar que tal vez fuera corta su vida para alcanzarlo; por lo que al llegar sus hijos a la edad de la razón y apreciar él en ellos no común inteligencia, decidió prepararlos para auxiliares, por lo pronto, de su obra, y continuadores de ella en lo venidero, si a él no le fuera dado acabarla.

De extremo a extremo de la América Española era conocido este hombre extraordinario, a quien recompensaban todos llamándole *chiflado*: todos menos sus hijos y algunos sabios: tan nobles, románticos y perseverantes y tan persuadidos como él de que el camino por él emprendido llevaba al éxito final: aun cuando algunas piedras en el camino atravesadas impidieran todavía recorrerlo velozmente.

Antes de acabar de removerlas lo sorprendió la muerte, siendo José, el hijo me-

sería necesario para alcanzar aquel total en doce meses.

Hecha la cuenta, bien fácil por cierto, resulta derretido en cada día el hielo de una envoltura de la misma extensión antes indicada, igual a la de la redondez de la Tierra, pero cuyo grueso ya no es sino de trece y medio centímetros.

Supongo que esto ya irá pareciendo más comprensible.

Mirando a los centímetros del grueso del hielo, sí; pero pensando en la extensión de los quinientos y pico de millones de kilómetros cuadrados de la superficie de esa fría corteza que ha puesto usted a la Tierra, todavía me estorban los millones, y los kilómetros: y si me apura usted, hasta la corteza.

La corteza no la puedo quitar, eso es cosa del Sol, pero quitaremos los millones con sólo reducir la cantidad de hielo contenido en ella, multiplicando los perturbadores millones de kilómetros de la superficie por los centímetros del grueso.

¡Pero, señor!: le digo que son muchos y va a multiplicarlos. Vallente modo de...

Calma, calma; en esta multiplicación hay doble taumaturgia, que nos va a dar el resultado por usted apetecido: primera, la que nos ense-

nor, quien, a los pocos meses de falleer el padre, venció el último obstáculo.

Ya no había cuidado de tropezar en científicas chinitas; pero en cambio se hallaba llena de pedruscos económicos la dura senda que es calvario de sabios en cuanto, para *echar sus inventos a la calle*, han de buscar un capital que no se preocupa con la ciencia, sino con el interés de la ganancia, que matará toda empresa bienhechora como no rinda fuerte dividendos.

Era punto flaco del invento, flaco mercantilmente considerado, que tan luego como la fuerza del Sol fuera capturada en grandes proporciones, incomparablemente mayores que las alcanzadas en los pequeños ensayos hechos desde comienzos del siglo XX (1), y tan pronto fuera convertida en electricidad transportable a las ciu-

faron, y usted ha olvidado, de que cuando el multiplicador es menor que uno, el producto obtenido resulta más pequeño que el multiplicando; segunda, que introduciendo un cambio de unidad de medida, que me voy a permitir, hablando, no de kilómetros de superficie helada, sino de toneladas de peso de agua congelada, completo el cubilete que me permite decir a usted que el hielo fundido—el mismo de los perturbadores millonarios—llenaría un recipiente de 68.850 kilómetros cúbicos.

¡Qué atrocidad!

Todavía mayor de lo que a primera impresión parece, porque cada uno de esos kilómetros cúbicos pesa muy cerca de 1.000 toneladas, y el bloque fundido en cada veinticuatro horas:

68.850.000.000.000 de éstas.

O en kilogramos, 68.850.000.000.000.000.

¡Otra vez los números mareantes!

Tropezar siempre con ellos es sino de cuantos sienten curiosidades geológicas o astronómicas. Pero visto que ni aun bajando al día hemos conseguido desembarazarnos de ellos, continuemos descendiendo, no ya a la hora, ni al minuto, sino al segundo, y con igual finalidad de desembarazarnos de unos cuantos ceros, subamos nuevamente de los kilogramos a las toneladas: con lo cual, y sabiendo que un día contiene 86.400 segundos, podremos decir que en cada uno de éstos llega a la Tierra calor solar suficiente para derretir 796.875.000 toneladas de nieve: masa que de estar en un montón y de quererla transportar en trenes, cada uno cargado con 500 toneladas, exigiría un número de ellos que saliendo de minuto en minuto, tardarían en agotarla ¡dos años y nueve meses!

Ahora ya voy haciéndome cargo de lo que es el calor solar de que en la Tierra disponemos.

Sí, pero tenga usted en cuenta que eso no representa sino la energía térmica, pero no toda la energía recibida del Sol, que además nos envía la lumínica, la química, la eléctrica, la magnética y la gravitatoria que sostiene nuestro mundo en el vacío y lo empuja en su carrera en torno del centro planetario. Esta última es de fácil evaluación mecánica; las otras no han sido medidas todavía, que yo sepa.

Está bien, pero todavía queda algo que me ha

dades y a los centros fabriles que habrían de transformarla en fuerza mecánica, calor o luz, el *Trust Internacional del Calor y de las Fuerzas Térmicas*, sociedad anónima dirigida por un consejo, a su vez manejado por cinco financieros nada anónimos, verían en la empresa una temible competidora capaz de dar más barato que aquella el calor y la fuerza, gracias a haber sido ya convertido en hecho el sueño de Tesla y otros célebres electricistas, que empleando métodos en cierto modo similares a los de la radiotelegrafía, propusieron transportar a grandísimas distancias la fuerza, a través de las altas regiones de la atmósfera, sin necesidad de cables eléctricos y con pérdidas de fluido cien veces menores que las ocasionadas por éstos.

chocado en lo que ha dicho usted al afirmar que el calor de los rayos solares que llegan a la Tierra *se engendra al tocar aquéllos el suelo*. Y me choca porque a mí me parece que ese calor fué engendrado *en el sol* que los envía.

Sí, señor; allá se engendraron, pero no salen de él como calor que en el espacio se propague, pues ya usted sabe que en éste reina el horrendo frío sideral, sino como *vibración etérea, que no es calor, sino movimiento capaz de producirlo en cuanto toca a algo*; ese algo es la Tierra y los planetas. En donde resurge como calor actual el nacido en el Sol que entre él y aquéllos no es calor efectivo sino sólo radiante. Del mismo modo que la voz que actúa en un teléfono no es voz sino al llegar al del otro extremo de la línea, no siendo en ésta sino corriente eléctrica.

(1) Las tentativas a que aquí se hace referencia fueron, a grandes rasgos referidas, las siguientes:

Herschel, Pouillet, Mouchot fueron los primeros sabios que pensaron en la posibilidad teórica de utilizar la potencia calorífica solar. En posteriores épocas surgieron no pocos proyectos proponiendo soluciones prácticas, aun cuando no llegaran a positiva aplicación, siendo entre ellos digno de mencionarlo especialmente el *motor helio-dinámico* que el ingeniero Sr. Pérez Nueros presentó en una notable memoria a la Academia de Ciencias de Madrid.

Sobre el problema, sintetizándolo en la forma inimitable que sólo él sabía hacerlo, dijo nuestro Echagaray, de gloriosa memoria, en su preciosa obra "Las Teorías Modernas de la Física":

"Todos los aparatos inventados hasta el día son análogos: una *gran caja de cristal* herméticamente cerrada para que por las uniones no se escape el calor acumulado: bajo ella *otra de hierro ennegrecido* para que la luz que atravesó el cristal se convierta en calor: dentro de la última aire o agua, que una vez calentados pasan a cualquiera de las máquinas térmicas de tipos conocidos y en ella funcionan... Agréguese pantallas o reflectores que concentren sobre el cristal los oblicuos rayos de sol y se tendrá idea de lo que son todas las máquinas solares inventadas hasta el día, etc."

Entre los ensayos prácticos, algunos han lle-

## VI

## LO QUE BUSCA LOBERA EN EL SAHARA

Al darse cuenta Lobera de cuál era el mayor obstáculo económico en que sus planes estaban en riesgo de tropezar, creyó conjurarlos procediendo, no cual competidor presunto, sino como aspirante a asociado del poderoso trust, avistándose en Londres con sus mangoneadores, que allí se dieron cita para oír la proposición presentada por el inventor para constituir la sociedad solar como una filial de la carbonifera: herejía científica—pues es sabido que el Sol es padre del carbón (1)—con la que en este pícaro mundo, que tiene en más el dinero que la ciencia, no había más remedio que transigir.

Claro está que nuestro héroe no estaba dispuesto a revelar su secreto científico; pero ofreció a los reunidos hacerles ver prueba experimental de los resultados industriales de él en la pequeña instalación que a un centenar de kilómetros de Buenos Aires tenía montada y en funciones.

Aceptada la proposición, se verificó la prueba, y la eficacia de ella, que en análogos casos suele orillar las dificultades financieras, fué causa en éste de aumentarlas;

gado a funcionar industrialmente, aun cuando tan sólo como modestas instalaciones de restringida aplicación local, las cuales sólo mencionaremos ahora; pues cuando veamos a Lobera en la faena montando y explotando su Central Solar caerán más a punto noticias más puntuales de tales tentativas.

La primera fué debida a Ericson, el inventor de los barcos llamados monitores, que desde 1865 trabajó durante trece años en la empresa, abandonada al cabo a causa de la pequeñez del rendimiento obtenido.

El doctor Williams Calver, en las áridas comarcas de Arizona, logró, según testimonio de Archibald Williams, producir con calor solar colosales temperaturas, dobles de las del arco voltaico, que es la mayor hasta ahora producida por el hombre, empleando otros medios.

En la granja de avestruces de Pasadena (California) y en las cercanías del magnífico observatorio solar de Monte Wilson funcionan reflectores que concentran los rayos del Sol sobre recipientes donde hierve agua cuyo vapor mueve una bomba elevadora de agua con rendimiento superior a 200.000 litros por hora.

En Argella y en Australia se han hecho aplicaciones para el riego de los campos, de las que no tenemos otra noticia que la de su existencia; pero la instalación más notable de todas las

pues cuando aquellos cinco príncipes de la banca mundial hicieron cuentas, vieron que no queriendo los Loberas hijos sacudirse los nobles estímulos que impulsaron al padre, habían fijado en su proposición precios máximos de venta a la energía solar, que no les convenían, pues perfectamente remuneradores para industriales de conciencia, rendirían utilidad menor de la que los multimillonarios del trust, jamás cohibidos por escrúpulos absurdos en quien no la tiene, obtenían en la venta del carbón y el petróleo, además susceptibles de proporcionar adicional ganancia con sólo adulectrarlos: ventaja con la que no podía contarse al expender rayos concentrados del Sol, pues aquellos señores no veían con qué podrían mezclarlos.

—¿Aumentar capital para disminuir el interés que ahora obtenemos?... ¡Qué disparate!—dijo uno.

—Pero adviertan ustedes que las provisiones de combustible van a agotarse en el mundo, lo cual pondrá a la humanidad en un conflicto horrendo—contestó Lobera.

—¡Ta, ta, ta!... Para entonces ya nos ha-

montadas hasta hoy (1921) es la de Meadi, cerca de El Cairo, por los señores Shumans, Boys y Ackerman que convierte el calor de los rayos solares en fuerza mecánica, produciendo ésta en la cuantía de 100 caballos de vapor, a razón de uno por cada 2,25 metros cuadrados de superficie insolada.

Por último, en discrepancia con los anteriores sistemas, todos los cuales responden a la concepción del problema considerado como lo sintetizan las palabras de Echegaray que encabezan esta nota, existe otro sistema, no aplicado en gran escala, el de Tesla, que transforma el calor directamente en electricidad por medios que más adelante tendremos ocasión de exponer, pues esta nota se ha hecho ya demasiado larga y no podemos decir más ni dar detalles del sensacional procedimiento que revolucionó el mundo en 1996, porque para llenar el presente libro dan sobrada materia la empresa y las aventuras de Lobera.

(1) Y madre la Tierra; pues entre la tierra y el agua de ella y el calor y la fuerza química de los rayos solares hacen crecer los árboles, de donde hoy saca el hombre carbones vegetales, y hace centenares de siglos engendraron las selvas que petrificadas bajo el suelo son hoy minas de carbones minerales.

bremos muerto... ¿Quién se preocupa ahora con eso?

—Yo.

—Bien se ve que no es usted hombre de negocios.

—De modo que la resolución de ustedes...

—Está muy bien pensada: no nos conviene el que nos propone.

—Pero es que la cuestión tiene otro aspecto, en el que acaso no han pensado ustedes.

—¿Cuál?

—Que si establezco la explotación con capital independiente, mis precios obligarán al Trust a rebajar los suyos muy por bajo del que ahora parece a ustedes pequeño.

—Es indudable: sí señor.

—No se nos ha escapado esa consideración.

—Conste que al dirigirme a ustedes he querido evitar me atribuyan propósitos de hostiles competencias, pues mi proposición tiende precisamente a no entablarlas: bien asociándonos en la explotación, bien acordando equitativos precios.

—Por lo cual le quedamos agradecidísimos.

—Obligadísimos.

—Reconocidísimos.

—Y fuera de esa cooperación celebraremos poder serle útiles.

—Y hasta recomendarlo a capitalistas amigos nuestros.

—Y cuando tenga su explotación en marcha mantener con usted las más cordiales relaciones.

.....

.....

De la cordialidad que al retirarse el inventor le fué expresivamente reiterada, y en lo sincero de la cual creyó él cándidamente, podían dar testimonio los acuerdos secretos que en cuanto se apartó de ellos tomaron aquellos cinco pulpos de la gran industria y el alto comercio, que con las incontables ventosas de sus larguísimo tentáculos, extendidos por el mundo entero, hacían presa en todo, teniendo siempre una que alcanzaba a chupar en todo paraje donde hiciera falta un kilo de carbón, un litro de petróleo o un bidón de gasolina. Véanse los acuerdos:

1.º Vigilar por medio de su policía particular cuantos pasos diera Lobera para allegar capital.

2.º Hacer saber a todo banquero o banco que, de prestarle apoyo, le sería declarada guerra financiera, negado crédito y

desacreditada su firma por el Trust Carbo-Petrolífero.

3.º Hacer ruidosa campaña de prensa, basada en la autoridad de pagados hombres con ciencia y sin conciencia, para retraer de comprar acciones de La Solar a pequeños rentistas: propalando que el invento era un disparate científico y un negocio ruinoso.

4.º Que si a despecho de esto se constituyera empresa, no se repararía en gastos ni medios—disimulados, claro está—para provocar accidentes en la explotación, estropear los aparatos de ella, etc., etc.

5.º Que por grandes que fueran estarían bien empleados los sacrificios pecuniarios que impidieran surgiera competencia tan temible cual la de quien, en vez de las míseras reservas de energía de las minas de carbón y los pozos de petróleo de un menudo planeta cual la Tierra, dispondría de las inmensas e inagotables fuerzas almacenadas en el Sol.

6.º Que de los millones que en lo acordado se invirtieran se resarciría el Trust fácil y brevemente elevando en unas pesetejas el precio en todo el mundo de la tonelada de carbón y del bidón de gasolina.

Inmediatamente, en cuanto implicaba des crédito científico y económica guerra, y por etapas sucesivas en lo que eran traidoras asechanzas contra instalaciones y aparatos, fué realizada la campaña de los ilustres bandoleros, honrados y adulados en el mundo como fortísimos puntales del crédito y la industria; porque las ultracivilizadas sociedades modernas califican de imbeciles a quienes disponiendo de fuerza y pudiendo abusar no abusan de ella, limitándose a usarla, e indefectiblemente aplauden a quienes tienen suficientes habilidad y desaprensión para ganar dinero sin parar en la cárcel: donde los negociantes poderosos es rarísimo den, porque negocio y éxito lo justifican todo.

Prescindiendo de circunstanciada narración retrospectiva de las luchas entre los Loberas y los *carbopetrolíferos*, basta al objeto de esta historia hacer saber que por milagro encontraron aquéllos capital que, unido al suyo, completará los cincuenta millones de pesos fuertes necesarios para montar la explotación en gran escala: un milagro debido, entre otras cosas, a que a los ataques técnico-financieros del Trust fueron opuestos, no solamente los artículos por los dos hermanos escritos y por ellos pagados a los periódicos, sino otros muchos cuyo

origen siempre quedó para ellos en las sombras de profundo misterio.

Preocupados estaban con la curiosidad de saber a quién debían ayuda tan oportuna, llegada después de haber sido desahuciados por todos los hombres de negocios, a quienes habían tratado de interesar en la empresa, cuando espontáneamente se les presentó un fuerte banquero sueco, establecido en Chile, manifestándoles que él y *unos amigos* estaban dispuestos a suscribir en firme todas las acciones de la proyectada Anónima Americana de Energía Solar, que gracias a esto fué constituida a poco con el nombre de Panamericana Termoheliodinámica, domiciliada en Buenos Aires.

El banquero y *los amigos* cubrieron de primera intención todo el capital, sin otro trabajo que firmar un compromiso para lo venidero y sin sacar ni una peseta de sus cajas, pues a la hora de ingresar aquél en la de la nueva empresa ya habían vendido casi todas las acciones a sus *clientes*: no a cambio de promesas, como las que ellos suscribieron al adquirirlas, sino en dinero contante y sonante, parte del cual quedó, en concepto de prima, en poder de los capitalistas: que fuera un éxito o un fracaso para los accionistas la venidera sociedad, ya habían realizado un bonito negocio, además de quedarse de mangoneadores de ella, y a la vista de los que pudieran ir cayendo.

Las acciones fueron vendidas, en su mayor parte, a pequeños rentistas hispanoamericanos y españoles, explotando el patriotismo y el sentimiento de fraternidad de razas, por ser hispanoamericanos el inventor y la empresa llamados a poner fin a la intolerable tiranía del Trust de Fuerzas Térmicas, cuyas acciones sufrieron fuerte depreciación en todas las bolsas al divulgarse la noticia de haberse constituido su competidora "La Solar": aun cuando para reponerse a las pocas semanas, cual consecuencia de la vertiginosa baja de las de la nueva sociedad, determinada por alarmantes rumores de que ésta tropezaba con graves dificultades de orden técnico.

Pocos meses después comenzaron las obras de instalación en "Los Llanos de Bolivia", comarca que por su situación en la zona tórrida, donde los rayos del sol llegan con fuerza máxima al terrestre suelo, era muy ventajosa para la explotación de ellos.

Pero las obras hubieron de interrumpirse a causa de dificultades suscitadas por el

Gobierno boliviano, uno de cuyos prohombres fué ganado por los carbopetrolíferos, y vueltas a reanudar al ser aquél derribado del poder por otro político a la devoción de los heliodinámicos

De tumbo en tumbo, y venciendo pequeños pero menudeados accidentes, que los Loberas perjuraban no podían ser sino intencionados, ya se iba entreviendo el día de la inauguración de los trabajos de aquellas vastas fábricas, cuando traidores empleados, sobornados ya se sabe por quién, provocaron hábil y disimuladamente formidable explosión que inutilizó las principales máquinas, segando al paso varias vidas; y pasada una semana del accidente, bien exagerado en revistas industriales y financieras, dieron éstas la noticia de que la empresa desistía de la explotación solar.

Consternados los pobres y modestos accionistas, que habían pagado sus "solares" a cien pesos, los que menos, inundaron con ellas los mercados, no encontrando quien les diera más de ocho; y las "térmicas", que si no tan bajas no andaban muy boyantes, subieron a las nubes, al divulgarse que para no perderlo todo se proponía la fracasada empresa dedicar los aparatos que la explosión había respetado a montar una gran fábrica de vidrio, que aun ignorándose todavía dónde podría establecerse, era indudable habría de ser fuera de América; pues el descrédito de los Loberas les impedía pensar en dirigir fabricación ninguna en el mismo teatro de su ruidosísimo fracaso.

Y, sin embargo, los inventores no habían desistido de sus propósitos, sino resuelto perseguirlos a callandas, después de la siguiente conferencia con el banquero sueco, presidente del Consejo de Administración de la Termoheliodinámica, que pocos días después de la catástrofe, y cuando el pánico de los accionistas los había hecho vender sus acciones por lo que habían querido darles, llegó a Los Llanos, donde halló mustios y cariacontecidos a los dos Loberas, a quienes presentándose como salvador dijo:

—No se apuren ustedes, aquí estoy yo. Sé que todo lo ocurrido es obra de la traidora guerra del Trust Térmico, y como tengo fe absoluta en el invento de ustedes, al éxito de él acabo de jugarme, a cara o cruz, toda mi fortuna.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

—Que la he empleado entera y empeñado todo mi crédito en adquirir cuantas acciones de nuestra sociedad han salido y sal-

gam al mercado; que excepto algunas pocas que por ahí puedan quedar, ustedes y yo somos dueños de la totalidad de ellas y podemos proseguir la empresa por nuestra cuenta, sin dársela a nadie de nuestros socios.

Aquella heroica prueba de amistad y noble confianza del banquero conmovió a los inocentes hermanos que lo abrazaron efusivamente.

Una vez aquietados tales transportes de agradecimiento tomó de nuevo la palabra el *Méroc*, continuando:

—Pero para triunfar de enemigos mucho más poderosos que nosotros no es posible seguir luchando cara a cara, sino suplir la fuerza que nos falta con astucias...; mas para ello es preciso que también ustedes sacrifiquen algo.

—Estamos dispuestos...

—Usted dirá.

—El sacrificio que les pido no es más que de amor propio, y solamente transitorio mientras llega la hora de un ruidoso desquite.

—Explíquese usted pronto.

—Necesitamos engañar a todo el mundo, para que los del carbón crean que *ustedes mismos reconocen haberse equivocado*...

—Eso es muy duro.

—Déjeme terminar. Sólo así cabe pensar en proseguir, y para eso *fuera de América y en secreto*, nuestro plan, hasta que podamos presentarnos en los mercados industriales diciendo a fabricantes y a empresas de tracción y alumbrado: "Mañana podemos poner en su casa de usted los kilovatios o los caballos de vapor que necesite, treinta por ciento más baratos que el Trust de Fuerzas Térmicas."

Ese es el desquite que en plazo de uno y medio o dos años ofrezco a ustedes.

—Bien; pero...

—Para ello es indispensable montar las fábricas en lugar tan lejano y extraviado que nos permita ocultar su real objeto, diciendo ostensiblemente que vamos a explotar negocios diferentes; y para ello es preciso que seamos nosotros mismos quienes confesemos su fracaso, desacreditándonos en términos que inspiren al Trust creencia de que, habiéndonos aplastado definitivamente, ya no tiene por qué cuidarse de nosotros.

Después de discusión no breve, acordaron los tres que, por formar parte de la instalación estropeada elementos de fabricación del vidrio necesario para la captura

del calor solar por el procedimiento de Lobera, se lanzaría la especie ya indicada en anteriores párrafos.

Y mientras Manolo se quedaba en Los Llanos embalando los aparatos que la explosión no había destruído, y los restos que todavía pudieran componerse de los destruídos, y en tanto el banquero sueco se ocupaba en hacer adquirir por segunda mano en diversos países dos grandes dirigibles para establecer ostensiblemente una línea de viajeros entre Valparaíso y Nueva Zelanda, pero en realidad para *hacer la mudanza*, se trasladaba Pepe Lobera en un *aerohelicoptero* de la Heliodinámica, a París, Londres, Madrid y Barcelona; allí encargaba a testafierros con quienes le puso el sueco en relación, de comprar fraccionadamente y en diversas plazas los elementos necesarios para substituir a los destruídos cuando en Africa fuera montada la nueva instalación.

Una vez encauzadas estas adquisiciones marcharía el inventor al Desierto de Sahara, donde había decidido establecer la supuesta vidriera, careta de la verdadera explotación, eligiendo en tal viaje sitio adecuado para ésta.

He aquí porqué nunca le pareciera a Pepe excesiva la fuerza del Sol aunque quemara abrasadoramente.

\* \* \*

Sabido ya a qué iba al Desierto nuestro protagonista, fáltanos, para no dejar coja la narración retrospectiva a que se ha dedicado este capítulo, insertar un diálogo, que dirá quiénes fueron los ignorados pagadores, que los Loberas no habían logrado descubrir, de los artículos en defensa del invento y la empresa, quiénes los autores del milagro de haber el sueco reunido capital para constituir la sociedad, y porqué se ha llamado candidez a la creencia de los dos hermanos en el heroico desinterés de su socio.

Interlocutores, dos de los cinco magnates del Trust de Fuerzas Térmicas; fecha, el día siguiente de haber convenido con sus compañeros de consejo los acuerdos reservados con anterioridad copiados; términos, los siguientes:

—¡Qué soberbios negocios haría en poco tiempo quien pudiera manejar en bolsa las acciones de las dos sociedades, influyendo antes en sus precios—dijo uno de los amigos que pronto pasarían a compinches.

Y el otro contestó, abriendo el ojo:

—Ya lo creo... Pero como la nueva no hemos de dejar que se forme...

—¿Y si, a pesar de todo, se formara?... ¿Quién nos asegura que alguno de nuestros compañeros, viendo lo que nosotros vemos, no la favorecerá bajo cuerda?... ¿Que no provocará alzas y bajas de las acciones de ambas sociedades, aprovechándolas para comprar y vender a golpe seguro, tomándonos de primos, redondeándose a costa nuestra y burlándose de la simpleza de sus compañeros de consejo?

—Es verdad... Y de *esos* no debe uno fiarse.

—La cosa sería facilísima para *quien* o *quienes* dispusieran de un fuerte capital, que movido siempre a tiro hecho no correría el menor riesgo, y que en uno o dos años produciría el sesenta o setenta por ciento, cuando no el cien.

—Cierto, cierto. Conque dos hombres como usted y yo juntaran sus recursos, buscando un testafarro para constituir la nueva empresa, ese *hombre de paja* haría en la Solar lo que quisieran ellos y los tendría al tanto de todas las incidencias de ella; y sabiendo a la par interioridades y proyectos del Trust por ser miembros de su comité directivo les sería facilísimo...

—Ve usted el asunto perfectamente. Estamos expuestos a que en esa forma nos engañen nuestros queridos amigos.

—Hablemos claro. Entre engañar y ser engañados la elección no es dudosa. ¿No le parece a usted?

—Sin duda alguna...

—Pues si estamos de acuerdo en eso, ya no nos falta sino el testafarro.

—¿Qué le parece a usted de Rusk—el nombre de banquero sueco?

—De perlas.

Estos señores pagaron con una mano, como miembros del Trust, la campaña de prensa contra el invento, mientras con otra, por su propia cuenta, dieron lo que costaron los artículos que, con asombro de los inventores, se publicaron en defensa de aquél y de ellos; estos vivos financieros proporcionaron bajo cuerda al sueco los fondos necesarios para constituir "La Solar" y ellos se embolsaron la ganancia, no floja, realizada al colocar las acciones entre modestos capitalistas; ellos vendían acciones del Trust cuando estaban caras, para comprar con su producto las de La Solar, por ellos depreciadas previamente, a reserva de realizar después la maniobra inversa: bonito tejemaneje con el cual sacaron a su capital en dos años no el setenta, sino el ciento treinta por ciento, aunque, eso sí, arruinando a mucha gente. En cuanto a la heroicidad del sueco, a su desinterés, etc., etc., le valía muy regular tajada.

Pero tales maniobras, dice un cándido, son un robo, viles fulleros quienes de tal manera juegan con ventaja.

¡Qué lenguaje! ¡Qué atrocidad! No sabe usted lo que se dice ni entiende de estas cosas.

¿Cómo que no? El catecismo, la caballerosidad...

¡Pero hombre de Dios! ¿Quién se acuerda del prójimo ni de caballerosidades cuando se trata de negocios? Lo necesario es saber no tropezar en ellos con el juez, tropezón raro en quienes entienden los negocios.

## VII

### UNA IDEA DE DUVERY

Una vez terminada por el revisor la recogida de pasaportes, se fué con ellos al departamento donde estaban Duvery, su hijo y Morlain: diciendo al primero al entregarle aquellos documentos:

—Los dos primeros son los de los españoles que interesan a usted, Señor Director.

—¡Ah! ¿Han resultado efectivamente españoles?

—Los pasaportes eso dicen.

—Ya te lo había yo dicho.

—Sí, porque ellos te lo dijeron; mas no es lo mismo que lo digan los pasaportes: y aun así...

—Son personas distinguidas, cultísimas: es decir, uno de ellos, porque del secretario, que no habla francés, nada puedo decir; pero el otro es atento, finísimo, inteligente, agradabilísimo.



—Veo que te ha conquistado. Y usted, Morlain, ¿qué piensa de ellos después de haber oído a mi hijo?

—Que, salvo mi respeto a su opinión, y a pesar de lo que dicen los pasaportes, tan españoles son esos mozos como yo; y estoy seguro que cuando usted se fije con detención en ellos pensará también que sus caras no son de europeos.

—Todo porque son o están morenos. Si por eso fuera, me parece que más morenos que mi padre y yo...

—No es eso, no es eso: no se trata del color, sino de inconfundibles rasgos típicos. En fin, tan seguro estoy de lo que digo, que al fallo del Señor Director me atengo. Ya veremos lo que dice cuando los mire despacio.

—Pero a todo esto estamos perdiendo el tiempo, pues de los pasaportes aún no he leído sino los nombres: Gaspar Núñez, Manuel Pozo.

En esto llegó un camarero avisando que iba a servirse la comida, lo cual hizo a Duvery aplazar el examen detenido de aquellos documentos hasta después de aquella o de la llegada a Agadés, para la que sólo faltaban cuatro horas.

Guardándoselos, pues, dijo de pronto a su hijo, como obedeciendo a repentina idea:

—Tú, pásate por el salón y dile a Emma que venga. En seguida, ve al comedor, y en cuanto veas que *tus amigos* han elegido mesa encarga de mi parte al *maitre d'hôtel* que nos reserve una al lado de la de ellos. Aquí te aguardo hasta que vuelvas a avisarme que ya están allá.

—¿Y si estuvieran ya ocupadas las mesas contiguas a las de los españoles?

—Le dices al *maitre* que indique a quienes ocupen una de ellas que es la reservada para el Ingeniero Jefe de la Compañía, suplicándoles se trasladen a otra.

Salió Raúl a cumplir los encargos de su padre, y como consecuencia del primero llegaron poco después Emma y Lobera al reservado donde aguardaba Duvery, preguntando ella:

—Papá, ¿vamos al comedor?

—Sí, en cuanto vuelva Raúl, a quien he enviado a que reserven mesa.

—Pues yo también me voy a buscar sitio—se apresuró a decir el argentino, deseando no perder tiempo para poder acomodarse en uno cercano al de Emma.

—No, amigo mío: es decir, si usted no

tiene inconveniente en darme el gusto de comer con nosotros.

—¡Inconveniente!... Pero como las mesas no son sino de cuatro plazas, y somos cinco...

—No, yo comeré en otra.

—Tampoco, amigo Morlain. Será Raúl quien se busque acomodo donde pueda.

—Mientras Lobera representaba, aunque sin gran empeño, la farsa de rehusar la invitación para no echar a Raúl fuera de la mesa, volvió éste diciendo que ya estaba una reservada al lado de la de los españoles.

Al enterarse Lobera de que iban a instalarse en mesa inmediata a la de su antipático pseudocompatriota, se le puso cara de mal humor, solamente advertido por su amiga Emma, bien enterada del porqué, y no preocupada con él por estar cierta de que ella sabría desarrugarle el ceño, como efectivamente lo consiguió tan pronto como llegada al comedor se apresuró a tomar asiento, la primera, dando la espalda al hermoso moreno: con lo cual vió iluminarse por ensalmo con plácida sonrisa el sombrío rostro del americano.

Mientras entre ella y él se desarrollaba esta muda escena, Duvery, que en cuanto entró se había fijado en que por estar los viajeros sospechosos solos en una mesa sobrababan plazas en ella, dijo aparte a Raúl:

—A ver cómo te arreglas con habilidad para que te conviden a comer tus nuevos amigos.

—¡Que me conviden!—contestó el muchacho, asombrado de las rarezas que a su padre se le ocurrían aquella tarde.

—No te escandalices, hombre: he querido decir que te ofrezcan uno de los sitios vacíos en su mesa—replicó Don Héctor, que después llamó al camarero, cuélicheó con él e invitó a Morlain a sentarse a su lado, fronteros ambos a los supuestos españoles.

Procurando ser oído de éstos encargaba mientras tanto Raúl al camarero, levantando la voz, que le buscara un sitio, con lo cual obtuvo el resultado apetecido; pues levantándose de su asiento el que Lobera había llamado broncíneo Apolo, se le acercó, invitándolo a comer en su compañía.

Al ver a su hijo ya sentado en la mesa inmediata, se sonrió el ingeniero; encargó en voz baja a Morlain, con gran sorpresa de éste, que no mirara apenas durante la comida a los vecinos, y una vez terminado este aparte, llamó a Lobera en alta voz,

esforzándola bastante para que se enterara Raúl, Monsieur Loubegray.

—Ya tenemos aquí—dijo Emma por lo bajo a éste—su incógnito de usted.

—Que ya ve cómo interesa a su papá, y por culpa del cual me llamó usted embustero.

—Con injusticia que reparo devolviéndole su fama de veraz... en eso.

—Y en todo.

Dicho esto, ya no pudieron los muchachos volver a cuchichear en toda la comida; pues en seguida se generalizó la conversación, sin que ninguno de los cuatro que en la mesa estaban pareciera acordarse de los españoles que a todos preocupaban.

La idea que Duvery había tenido para procurarse medio de examinarlos a conciencia, sin que se dieran cuenta de la curiosidad que despertaban, dió resultado al finalizar la comida; pues al ver Núñez pasar de largo delante de su mesa al camarero, que de una en otra iba cobrando, lo llamó para pagar el gasto hecho en la suya: con profesa de Raúl, que, por estar en aquel tren como en propia casa, alegaba su mejor derecho al papel de anfitrión: quedando amigos iguales al manifestarles el mayordomo que todo lo había pagado ya el Señor Director.

Al oír esto dijo Núñez a Raúl, pero mirando francamente a Duvery:

—Me parece un abuso aceptar esa galletería, aun cuando no por ello la agradezca menos.

Y alegrándose en su fuero interno del incidente que, obligándole a demostrar agradecimiento al padre, le permitía acercarse a la hija, y aun tal vez saludarla, se levantó para ir a dar las gracias.

Pero estando sentado junto al vidrio, en el rincón, para salir de allí hubo de aguardar a que su secretario se levantara y le dejara paso, resultando que, colocado Duvery junto al callejón central entre las mesas, pudo adelantársele al advertir su propósito; y así, en vez de ser Núñez el que llegara a la mesa de Emma, fué el padre de ésta quien llegó a la de Núñez en el momento de salir éste al pasadizo, en donde ambos se encontraron.

—Señor Director, en el conflicto en que su amabilidad me pone de pasar por poco delicado, aceptando su obsequio, o de ofenderlo, rehusándolo, prefiero evitar esto y doy a usted mil y mil gracias.

—Caballero, ¡por Dios! No merece la

pena de hablar de semejante menudencia. Ya antes obsequiaron ustedes a mi hijo, ahora se aprestaban a obsequiarlo nuevamente. La falta de delicadeza habría sido que estando casi en propia casa, como él ha dicho bien, pues este tren es una prolongación de la mía, no hubiera yo correspondido a las atenciones anteriores de ustedes y al honor que han hecho a Raúl invitándolo a comer en su compañía. Aparte que, habiendo yo tratado en Argelia muchos españoles, me es sumamente grato, por serlo ustedes, darles esta pequeña muestra de mi deferencia.

—No es esta la primera vez, pero sí una más, que me deja agradecido la proverbial cortesía francesa: lo cual no quita que en mí sea un abuso...

—Vaya, veo que el rumbo, tan proverbial en españoles cual para usted lo es la cortesía francesa, le deja un amargor que no quiere le quede el día que he tenido el honor de conocerlo. Para quitárselo gustosos aceptaremos, mis amigos y yo, los tabacos y una copa de licor para tener el gusto de brindar por España.

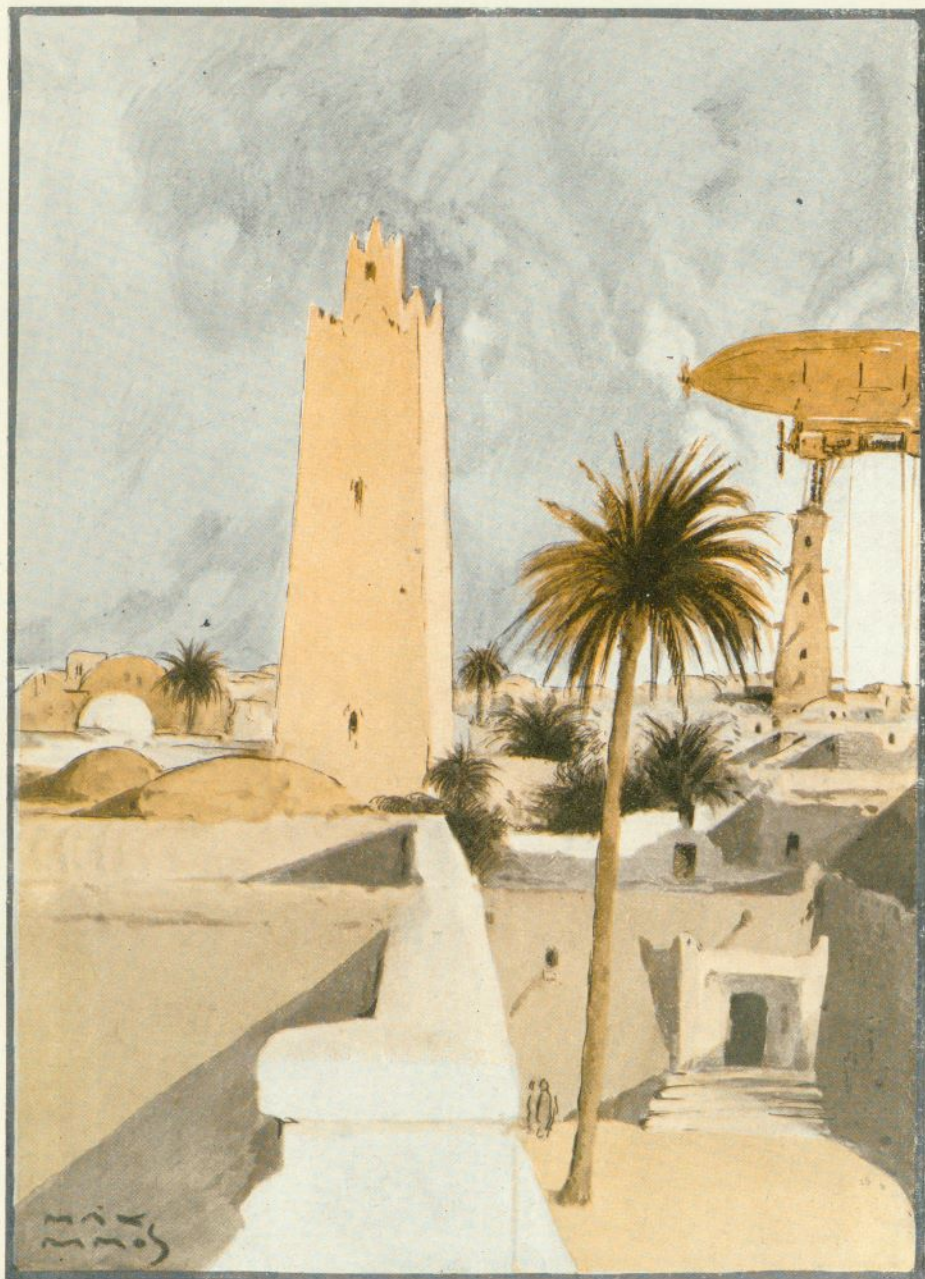
—Encantado y agradecidísimo—contestó Núñez, mientras Pozo continuaba callado.

—Raúl—dijo Duvery al sentarse en el sitio que su hijo había ocupado—, como ya no faltan sino dos horas para la llegada, y prefiero pasarlas en grata charla con estos señores, a irme a recoger los papeles y planos que he dejado esparcidos en la mesa y en el sofá del reservado, ve allá, guárdame los con orden en la cartera de documentos, y cuando lo hayas hecho vuelve a ver si alcanzas una copa. ¡Ah! Llévate de pase a Emma para que recoja sus trebejos y los míos en las maletas.

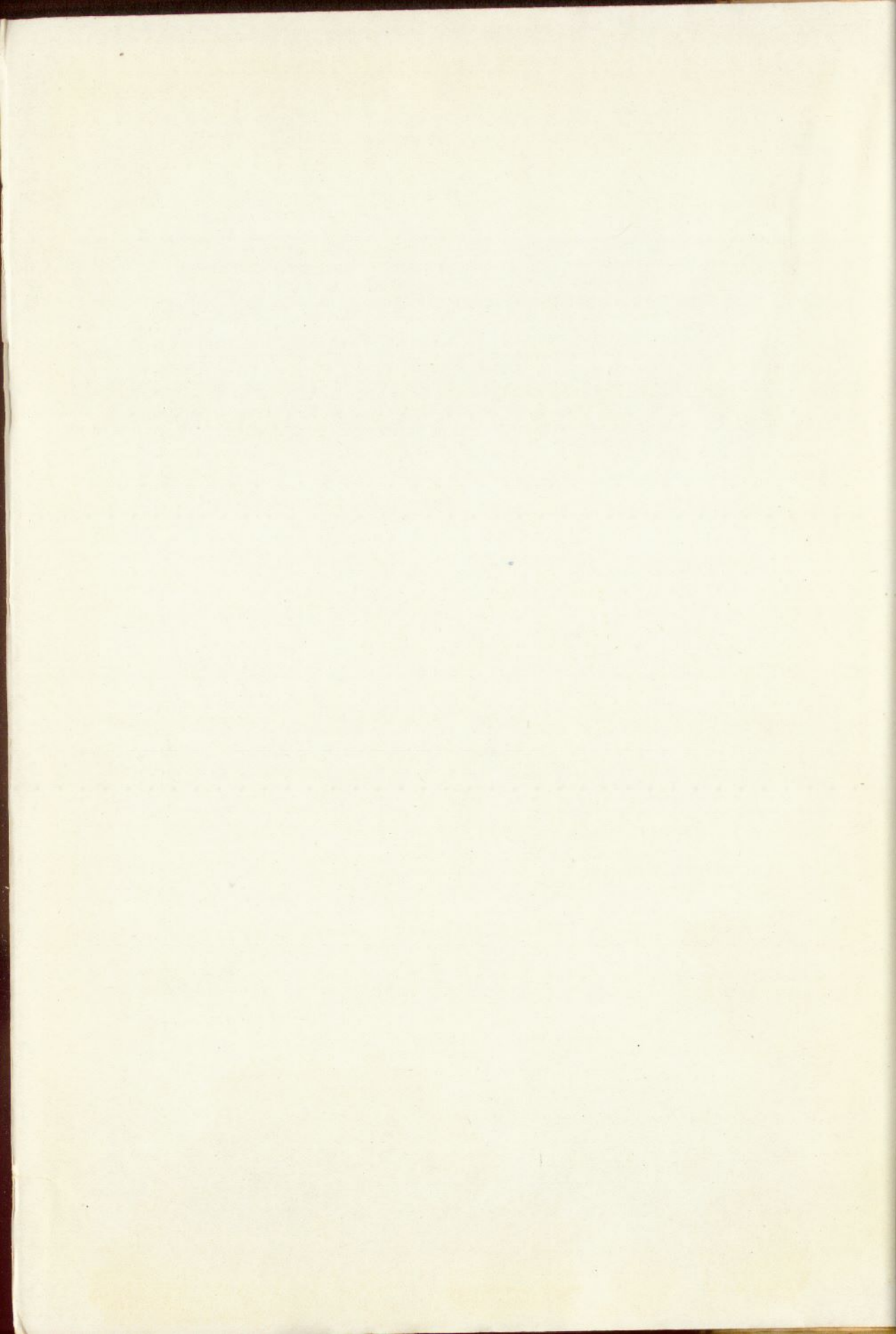
—Morlain, Monsieur Loubegray, vengan, vengan acá: estos señores tienen la amabilidad de invitarnos a tomar los licores.

Morlain se levantó en seguida de la mesa; pero Lobera, demasiado entretenido con Emma, pues ni ella ni él se habían enterado de lo dicho por Don Héctor, tardó bastante más en acudir a la llamada: tardanza y distracción que hicieron muy poca gracia a Núñez, por pensar que él también se habría distraído a tener la suerte de estar hablando con la francesita, quien al darse, al fin, cuenta del encargo de su padre se levantó, y devolviendo muy ceremoniosamente la reverencia con que la saludaba el señor Núñez, dió la vuelta y se fué con su hermano a cumplir dicho encargo.

—Tengo el gusto de presentar a ustedes



... llegó sobre Agadés un dirigible con ochenta gendarmes senegaleses para reforzar la compañía de Bertier.



a Mr. Loubegray, del Consejo de Administración de los Transaháricos, y a Mr. Morlain, jefe de Bir-el-Gharama—dijo el ingeniero a Núñez y Pozo—; y volviéndose luego a los presentados por él, y señalando a sus nuevos conocidos:—Los señores Don..., quedándose parado, cual si ignorara los nombres que poco antes había leído en los pasaportes y recordaba perfectamente.

—Gaspar Núñez, banquero y armador de Tenerife y de Villa Cisneros, pues en Canarias y en Río de Oro tengo casas, que son de ustedes, y factorías, que pongo a su disposición. Mi secretario, el señor Pozo, que no extrañarán ustedes no tome parte en la conversación, pues aunque entiende el francés, no consigue sacudir la invencible timidez que le retrae de hablarlo.

—Entonces procuraré hacerle menos penosa nuestra conversación; pues habiendo vivido muchos años en Argelia, donde el idioma de ustedes se habla más acaso que

el mío, algo se me ha pegado; y aunque lo hablo incorrectamente, creo poder entenderme con el señor Pozo.

Después de decir esto, y aprovechando estar Núñez distraído con el mozo eligiendo los mejores tabacos y licores que pudieran servirles, Duvery recomendó, rápidamente y por lo bajo, al argentino que pusiera atención al modo cómo Pozo hablara el español, e inmediatamente comenzó a conversar con este último en dicho idioma, pidiéndole noticias de Tenerife y Río de Oro, a las cuales contestó el preguntado en un castellano tan incorrecto, cuando menos, como el de Duvery, pero muchísimo más duro, y cuyos agrífos sonidos guturales, capaces de desgarrar las gargantas castellanas, hería el oído de Lobera todavía más que si hubiera nacido en la Península, por estar habituado a la suave pronunciación americana.

## VIII

### LUCHA DE ASTUCIAS

La premiosa conversación de Pozo y Duvery agradaba poquísimo al señor Núñez, porque el desastroso castellano del primero le inspiraba temores, al principio de aquélla, de que el segundo pensara en la imposibilidad de que un nacido en España maltratara de tal modo la hermosa lengua de Cervantes; pero pronto se le desvanecieron al reparar que las dificultades del francés para expresarse en ella lo preocupaban en términos de no dejarle enterarse de los desatinos de su interlocutor. Mas, sin embargo, no estando muy seguro de la discreción de su secretario, procuró cortar pronto el diálogo, tomando él la palabra, y con ésta la dirección del rumbo de la conversación general, sostenida en francés para que en ella no pudiera su compañero meter baza.

Hablaba Núñez como quien nada tiene que ocultar, mostrándose muy comunicativo: sin ser por nadie preguntado dijo que su viaje a Agadés tenía por objeto buscar medio de trasladarse a la región de Baoutch, en la Nigrícia, donde proyectaba montar una gran explotación de cortas de madera en las selvas surcadas por el río

Benoué, afluente del Níger, reunir los derribados troncos en balsas que bajarían ríos abajo, por los dos citados, hasta la desembocadura del Níger, en Akassa, donde aserradoras de gran potencia, movidas por el mismo río, convertirían los troncos en tablazón y vigería, fundando así, en la costa de Guinea, un gran emporio maderero para abastecer los mercados de Europa con los grandes veleros de hasta cinco y seis palos de su flota: beneficiándose a la par con la venta de la madera y con los fletes de ella.

Preguntó seguidamente si podría hallar en Agadés automóviles para la expedición, cuyo recorrido, solamente hasta Bida, pasaría de 1.000 kilómetros, contestándole Duvery que en Agadés no había otros automóviles que los de los ferrocarriles transaháricos, en el número estrictamente indispensable para los servicios de replanteo, explanación y tendido de vía en el tramo en construcción hasta Kano (1); que

(1) Término septentrional del ferrocarril inglés de la Nigrícia, que en Lagos parte de la costa del Golfo de Guinea.

a no ser tan ajustado a las necesidades de la empresa el número de ellos, y a no haber otros inconvenientes para el empleo de tal medio de locomoción en las comarcas que Núñez se proponía recorrer, tendría sumo gusto en ofrecerle alguno; pues los europeos establecidos en países inhospitalarios tienen obligación moral de prestar cordial ayuda a quienes por ellos viajan entre hostiles salvajes o gentes semi-bárbaras.

Respecto a los inconvenientes antes aludidos, dijo que, aparte la carencia de automóviles que poder brindar al señor Núñez, había de pensar éste que una vez salido del Desierto tropezaría con imposibilidad de avanzar en tales vehículos a través de los bosques y terrenos quebrados de la Nigracia; que la total falta de lugares donde adquirir gasolina era otro insuperable obstáculo y, sobre todo, que las tribus cruzadas por su itinerario de Agadés al Baoutch aborrecen de muerte el automóvil y a los automovilistas: siendo verdadera temeridad aventurarse entre sus ignorantes y malévolos pobladores empleando dicho medio de locomoción.

Tal expedición no podía, por tanto, realizarse sino en los clásicos camellos, buscando buenos y fieles guías, cada vez más escasos desde el establecimiento de la vía férrea (1); pero sin esperanza de hallar en

(1) La profesión de guía, que en algunas familias es hereditaria—dice una notable obra geográfica—, viene a ser como una especie de sacerdocio, porque del guía dependen las vidas de cuantos forman la caravana que a su pericia se entregan. Antes de la salida se lo considera, se le ruega, se lo adula; al término del viaje, si es feliz, se le colma de gracias.

Las arenas movedizas o la roca abrasadora; el calor horrendo del día seguido del frío de la noche; el alejamiento de uno a otro de los pozos que forman los obligados puntos de paso de las rutas sin camino trazado entre ellos, que ha de encontrar el guía fijándose en señales apenas perceptibles, sin que para llegar a la mayor parte de aquéllos, meros puntos en la inmensidad del desierto, sea útil el guiarse por las estrellas; las sequías impensadas que los agotan, poniendo a los viajeros frente a frente del fantasma de la muerte por sed, o por lo menos el de semanas de marcha con ración deficiente del agua repugnante de los zaques transportados a lomo de camello, son corrientes peligros que explican el grandísimo cuidado y la solemnidad con que se prepara la organización y la salida de las caravanas, y la autoridad en ellas ejercida por los guías, que, sobre todo en las expediciones árabes, llega a ser verdaderamente despótica.

En la caravana es fundamental la estrecha unión de todos: el que se aparta del grupo y se extravía está perdido irremisiblemente, porque cae

Agadés ninguno capaz de llegar hasta el Baoutch, sino, a lo sumo, a la linde del Desierto con la Nigracia, donde sería preciso buscar otros prácticos en las estepas fronterizas y en las selvas de la cuenca del Níger.

—Y a propósito—dijo al tocarse este punto el jefe de Bir-el-Gharama—, ¿ustedes no conocerán el idioma de las tribus entre las que van a meterse?

—Claro que no—repuso Núñez.

—¿Cómo han de conocerlo?... Pero ya sabe usted, Morlain, que con el temaxec (2) y el árabe basta para bandeárselas aquí, por todas partes, pues siempre se encuentra quien hable uno u otro: mejor o peor.

—Pero es el caso que nosotros no sabemos palabra ni del idioma de los tuaregs ni de árabe—dijo Núñez con tal prisa y tan gran energía cual si negara algo des-

en el más terrible desamparo y en la soledad más absoluta: soledad en el espacio, soledad en el tiempo, soledad en el silencio, donde el viento no encuentra hojas que hacer crujir, donde no hay agua que corra; soledad donde sólo llegarán a hacer compañía al extraviado el hambre y la sed, sobre todo la sed. Inútil que corra, todo está muy lejos; inútil que grite, nadie le oír... Y cuando las fuerzas flaquean y la esperanza se pierde, llegan las alucinaciones, que duran hasta que la debilidad lo rinde... Se echa en el suelo, muere, y el viento va trayendo día tras día sobre su cuerpo fina arena, que a cabo forma un montecillo, bajo el cual yace un cadáver momificado por el calor y la sequía.

El guía ha de conocer además otros enemigos de las caravanas: los ladrones nómadas que infestan las rutas más frecuentadas por ellas; ladrones procedentes a veces de muchos, muchos centenares de kilómetros de distancia; pues hay tribus enteras que solamente del pillaje viven, señalándose entre ellas la de los Ahagar, de raza tuareg.

Dice un viajero—Mister Haywood—que recientemente, en 1910, cruzó el Sahara de Tombuctu a Argelia, refiriéndose a una ocasión en que estuvo perdido:

“Camino ni senda no había ninguno. En el Desierto son caminos y sendas cosas desconocidas en cuanto se aparta uno de los oasis: cada caravana busca su ruta en la inmensidad de aquellas soledades: cada guía tiene sus propias señales y sus peculiares mañas para hallar su camino y salir de apuros, y dos caravanas partidas de un mismo lugar para un mismo pozo van por distintas rutas sin alcanzar siquiera a verse.”

Imagínese la situación del viajero europeo que se vea aislado de su caravana.

(2) El *temaxec* o *temazig*, del cual hay varios dialectos, es el idioma de los tuaregs, siendo notable que la conservación y enseñanza de él está principalmente encomendada a las mujeres, que son las que en esta raza conservan el tesoro de la ciencia y cultivan la poesía y la música.

De este idioma existe una gramática publicada por Monsieur Hannoteaux, que las damas tuaregs conocen, estudian, comentan y divulgan.

honroso, y con resuelto aplomo, que no solamente no engañó a los franceses, sino que, haciéndoles fijarse en la fuerza y rapidez de la negativa, les dió certeza de que mentía y robusteció la desconfianza que les inspiraban quienes ya iban recelando no eran españoles.

—Mal preparados, mal, vienen ustedes para emprender expedición como la proyectada.

—Por eso contamos contratar un intérprete en Agadés.

—No abundan, porque el francés lo hablan aquí muy pocos y el español nadie sino yo. Además, que ya no les basta a ustedes un guía fiel, pues también necesitan fiel intérprete; y la fidelidad es fruta escasa en estas tierras.

—Supongo que un comerciante de Agadés al que vengo recomendado por nuestro común banquero de Dakar podrá hallarme guía e intérprete; pero si él no acertara a servirme, acaso me atreviera a invocar los sentimientos de fraternidad europea de que hace poco hablaba usted, para suplicarle que, con su conocimiento del país y su influencia en él, me ayudara en esa difícil busca de gentes expertas y leales.

—Cuenta con mi ayuda si la ha menester.

Al contestar así, advirtió don Héctor un gesto de asombro, o de susto más bien, hecho por Pozo al oír la petición de ayuda formulada por Núñez, y prosiguió:

—Pero no creo le sea a usted necesario acudir a mí; pues la persona a quien viene recomendado puede servirlo mejor que nadie, por ser quien en Agadés organiza todas las caravanas comerciales de alguna importancia.

—¿Cómo sabe usted quién es esa persona, si aun no la he nombrado?—preguntó Núñez con viveza, reveladora acaso de recelo.

—Ni hace falta; pues no habiendo en Agadés, ni aun en todo el Air, sino un hombre cuyas relaciones comerciales se extiendan más allá del Tibesti, Fezzan y el Djouf (1), en cuanto ha dicho usted que el de que habla las mantiene con Dakar, forzosamente tenía yo que pensar en Isaiás Moyfsk, el hebreo ruso.

—Efectivamente, de él se trata.

—Como que no puede ser otro, ni usted venir mejor encaminado: lo que ese no pueda hacer en su obsequio menos podría hacerlo yo.

.....

Del mismo modo que, por tener mucho que ocultar de Duvery, y más concretamente de las autoridades francesas del Desierto, había Núñez solicitado, audaz y maliciosamente, la ayuda del ingeniero, para hacer creer que no ocultaba nada, cuando espontáneamente daba facilidades para que le pusiera centinelas de vista en las andanzas y correrías que decía iba a emprender, así Duvery evitaba a intento demostrar interés de aprovecharse de la ocasión brindada; pues sobre no creer en la expedición al Baoutch y la Nigricia, por razones que más adelante le oiremos exponer, y aun proponiéndose arbitrar medio de vigilar en lo sucesivo a aquellos personajes, que parecían serlo de cuidado, creyó más importante, por lo pronto, velar su desconfianza: en lo cual acertaba, pues su contestación rehusando inmiscuirse en los asuntos de ellos desarrugó inmediatamente el funcido entrecejo del secretario.

Mientras tanto Morlain, bien percatado de la perspicacia con que su jefe había provocado aquella tertulia, donde a su sabor estaban ambos examinando a los sospechosos, en vez de vigilarlos a distancia con insistentes miradas, expuestas a ponerlos en guardia si ellos las advirtieran, admiraba asimismo la habilidad con que don Héctor rehusaba el burdo medio de espiarlos que con el sólo objeto de hacerse el inocente, le ofrecía Núñez.

Y es que por algo llevaban subordinado y jefe dos tercios de sus vidas residiendo entre areros musulmanes, aprendiendo en su trato que es la doblez la mayor fuerza para luchar con quienes en la falsía tienen la más fuerte de sus armas. "Con los perros cristianos, la mala fe es virtud": tal es la norma de conducta de berberiscos y árabes, y si tan tonto es el cristiano que, cuando entre ellos anda, no vuelve por pasiva en beneficio propio el aforismo, lleva la de perder constantemente en el trato y en los tratos con ellos.

Después de lo dicho derivó la conversación por otros cauces, versando sobre cosas de Francia y España, que Núñez demostró conocer perfectamente. Entonces tomaron parte en ella Lobera y Raúl, atenidos, desde la vuelta de éste, a conversar entre sí, y entonces se presentó ocasión de que se dirigieran la palabra Núñez y Lobera, cruzando las miradas, donde de cuando en cuando relucían chispazos cual los que habían asustado a Emma cuando con el segundo departía en el salón; pero ahora tan

(1) Puede verse nota en la página 11.

fugaces, imperceptibles y disimulados entre cortesés o sutiles frases, que ninguno de los tertulianos se daba cuenta de ellos, aunque los dos rivales los interpretaran perfectamente: Emma no estaba allí, mas el recuerdo de ella se hallaba entre quienes con aquellas ligeras ojeadas se decían que para conquistarla estaban ambos decididos a arrollar todo obstáculo.

Veinte minutos antes de la media noche, hora de la llegada al término del viaje, se disolvió la improvisada tertulia, cruzándose toda suerte de amabilidades entre los viajeros: ofreciendo Duvery a Núñez su casa, en el edificio de las oficinas del ferrocarril, donde residiría el poco tiempo que había de permanecer en Agadés, antes de levantar el campo para el centro de trabajos de Techiasco; poniéndose Núñez a la disposición del ingeniero en el alojamiento, que Moyfsk le habría buscado, y que, según al oírle manifestó Duvery, no podría ser sino la misma casa del judío; pues en Agadés no se estilan fondas ni hoteles propios para europeos, y porque fuera de una escasa docena de casas de personas civilizadas, las demás viviendas del poblachón aquel no son sino inmundas pocilgas.

—Después de lo que me ha oído, comprenderá usted, amigo mío—dijo don Héctor a Lobera, cuando ambos se apartaban de los otros—, que como a usted no le aguarda ningún Moyfsk que lo pueda alojar, he de alojarlo yo.

—Pero eso, que en usted es bondad, en mí sería abuso de confianza.

—Con aceptar mi ofrecimiento no hará usted sino usar, como todos aquí en semejantes casos, de la hospitalidad que cuantos viven en estos destierros, sean cristianos o moros, ofrecen cordialmente a todo transeunte: eso no más es lo que ofrezco a quien me ha sido recomendado por un embajador de mi país, y a quien no puedo mirar como recién llegado; pues hemos convivido siete días entre el hotel de Tánger y este tren, estando ya ligados por simpatía que va tomando visos de amistad.

Cuando se lance usted a sus correrías por esas tierras, ya verá que cualquier desconocido a cuya puerta llegue le ofrecerá, mejores o peores, según pueda, un cubierto en la mesa y una cama que todos damos, no cual favor, sino por costumbre, elevada a deber de humanidad. Se alojará usted en el edificio de la Compañía, donde además de los pabellones de los empleados y del mío, que ahora sólo utilizo como apeadero,

hay tres habitaciones siempre preparadas para los transeuntes. Usted ocupará una, Morlain otra.

—¿Pues qué he de hacer sino aceptar agradecido y satisfecho de continuar en tan agradable compañía?

—De sus cosas de usted hablaremos mañana, o pasado más bien, pues supongo le dará lo mismo uno o dos días antes o después, y yo tengo mañana que atender a algo más urgente.

—Tanto me da un día como otro.

—Pues recoja ya sus efectos, porque dentro de cinco minutos llegaremos.

Efectivamente, poco después se detenía, ya de una vez, el tren, que llevaba corriendo más de sesenta horas, en las que había devorado muy poco menos de tres mil kilómetros: a ojo de buen cubero, la distancia de Constantinopla a Barcelona.

En el andén aguardaban al Ingeniero Jefe todo el personal del ferrocarril y el Capitán de la Gendarmería Sahárica: una extraña gendarmería montada en meharis (1) a veces, en bicicletas otras, y hasta en motocicletas con *sidecars*, armados de ametralladoras ligeras: según la clase de servicios, las distancias a que han de prestarse y la rapidez por ellos exigida.

Hallábase entre quienes aguardaban el tren el judío Moyfsk en espera de Núñez y de Pozo, quien, por no conocerlos, gritó: Monsieur Nunés, Monsieur Posó.

—¿Es usted el Señor Moyfsk?—preguntó Pozo en árabe, acercándose a él.

—El mismo—contestó en el mismo idioma el preguntado.

—Somos Núñez y Pozo—le interrumpió en francés el primero con gran viveza, al ver que se acercaba Raúl, y levantando mucho la voz, agregó:—Pierde usted el tiempo hablando en árabe: no entendemos ni jota.

—¡Ah! Yo creía—contestó en francés el judío...

—Pues creía usted mal—replicó contrariado y con mal modo Núñez.

(1) El mehari o camello de silla y carrera es de raza completamente diferente al de carga; soporta hasta siete días sin comer ni beber en verano, en marcha y cargado.

El de carga no marcha sino a razón de cuatro a cinco kilómetros por hora, y por día, de 25 a 40; el mehari pasa de los 100 por jornada, citándose el caso de 150, no en una, sino en dos repetidas jornadas hechas por un mehari de In-Salah.

Los franceses usan meharis para servicios de correos, y tienen organizadas secciones de tropas en ellos montadas, que llaman *meharistas*.



—Perdóneme.

—Vamos andando. Pronto.

—Poca gracia le ha hecho la indiscreción del judío—dijo a Raúl Morlain—. Y por lo visto, el hombre llega a país conquistado,

pues trata a zapatazos al opulento Moyfsk. Bien se ve que no viene a pedirle dinero; y cuando tan humilde aguanta el viejo los sofiones tiene que ser porque dinero o miedo ande por medio.

## IX

### LO QUE PUEDE LEERSE EN EL BLANCO REVES DE UN PASAPORTE

—Sin embargo, Bertier, estos pasaportes parecen estar en regla, y los retratos concuerdan con las caras de los señores Núñez y Pozo. Voy temiendo haberme pasado de listo.

Las anteriores palabras las decía Duvery en su despacho de la oficina de los ferrocarriles, donde, a las nueve de la mañana siguiente a la llegada a Agadés, conversaba con Morlain, Lobera y Bertier (el capitán de la gendarmería), a quien había llamado para ponerle en autos de sus recelos sobre Núñez y Pozo, que, según noticias dadas por el revisor, habían subido al tren en Tafilete.

—Don Héctor—dijo el capitán—, el estar los pasaportes en regla significa poco, pues que los bribones tienen siempre sus papeles arreglados: lo sabemos bien quienes nos pasamos la vida persiguiéndolos. Ya examinaremos los pasaportes luego; porque antes, y ya enterado del resumen que usted ha hecho, deseo que cada uno de estos señores cuente puntualmente lo que por sí haya visto, oído y observado; pero los hechos solamente, sin comentarios, para no influir con ellos en mi juicio.

Haciendo lo que decía el oficial, repitió Lobera las palabras oídas a Pozo y a Núñez en el pasillo del vagón, agregando que quien hablaba el castellano como el primero de ellos no le parecía posible fuera español.

Refirió Morlain después las observaciones que en Asiou había hecho por sorprenderle que dos europeos se bajaran del tren tan sólo para hablar con el zouiya un minuto, si acaso, no pudiendo decir respecto a Pozo si hablaba bien o mal el español, que bueno o malo le sonaba a él árabe.

Dijo además que si detuvo la salida del tren fué para preguntar a Gudín (el jefe de estación) desde cuándo estaba el zouiya en el poblado, contestándole aquél que ha-

bía llegado la víspera por la tarde: es decir, con tiempo justo para alcanzar el paso del tren; y terminó manifestando haber encomendado a su compañero que indagara quién era aquel hombre y los negocios que en Asiou tuviera, para comunicarlo en cuanto lo supiera.

Duvery, hablando el último, dijo que además de parecerle indudablemente árabes los rasgos fisionómicos de los dos viajeros, le sorprendía que hombre tan inteligente como Núñez no se hubiera enterado, antes de emprender el viaje, de la dificultad de comunicaciones entre el Desierto y la Nigracia, y que tomara Agadés (1) como punto de partida de su expedición: cosa muy rara en quien, teniendo flota propia, forzosamente debía saber que desembarcando en Lagos, y tomando allí el ferrocarril de Kano,

(1) Agadés es población que, como capital de la comarca de Air o Asben, ha prevailecido sobre la antigua Tinchaman, cuyas ruinas se hallan a unos 40 kilómetros al norte de la nueva.

Agadés fué en tiempos la más populosa población del Sahara. Juzgando Barth por la superficie cubierta por los restos de la antigua ciudad, le supone 50.000 habitantes. Su prosperidad mayor fué en el año de 1500; a fines del siglo XVIII fué arrasada por los tuaregs, y con posterioridad resurgió con población compuesta principalmente de mercaderes, miseros en su mayoría, de todas castas, razas e idiomas. Las viviendas nuevas se hallan entremezcladas hoy con las ruinas antiguas. Tiene una torre notable, *más ancha en el centro que en la base y en lo alto*, y erizada de puntas de vigas que al exterior sobresalen como púas de erizo.

Las mujeres son las que cultivan las pequeñas industrias de Agadés: objetos de cuero, esteras y quesos.

El principal comercio es el de la sal, que caravanas hasta de 3.000 camellos van a buscar a los oasis de Bilma para llevarla luego al sur.

Es de notar que hacia mediados del siglo XIX todavía no se empleaba la moneda para las transacciones en el mercado de Agadés, sino granos, telas, sol, cabras, dátiles; y aun hoy mismo la moneda es cosa rara en la población y todavía más en el resto de la comarca.

podría llegar al Baoutch, por Egga y Keffi, sin los tropiezos ni los peligros del extraño itinerario que pensaba seguir.

—Bien—dijo Bertier al acabar de hablar Don Héctor—. Ahora es ya la ocasión de ver con calma los pasaportes: Autorizados, en primer lugar, por el Gobernador General de Río de Oro, a la salida de Villa Cisneros: visados, seis días después, a la llegada a Mogador... Seis días...: esto quiere decir que se detuvieron en el camino, pues ese tren no puede tardar más de uno entre dichas poblaciones.

—Algo más: veintiséis horas—dijo Duvery—. Pero ¿qué diablos podría tener que hacer un banquero del fuste de Núñez en los míseros aduanares, que son los únicos poblados donde se detiene ese tren?

—El lo sabrá—contestó Bertier—. Pero sigamos. Al otro día, llegada y refrendo en Marrakesh, para Taflete y Agadés.

—Sí que es un camino raro para venir de Río de Oro—observó Morlain.

—Y todavía más para ir a la Nigricia: adonde, aun descartado el itinerario de que antes hablé, podía haber ido ese señor por los ferrocarriles de la costa a San Luis y de San Luis a Tombuctú, siguiendo luego embarcado por el Níger: con toda comodidad y en tiempo quince o veinte veces menor.

—Sí, Señor Director; pero en ese camino no habría tenido el gusto de ver rascarse en Bir Asiou al zouiya de Aoudjila: de donde yo deduzco que la rascadura y la conversación debían ser tan urgentes como substanciosas para ellos...: y quién sabe si para nosotros.

—Supongo—dijo el capitán—que sospecha usted que esos pájaros andan metidos en la conspiración de que hay rumores.

—¡Ah! ¿Han llegado también a usted esos rumores, amigo Bertier?—preguntó el ingeniero con viveza.

—Sí señor: va sonando ya mucho ese runrún.

—A mí se me ha metido en la cabeza—dijo Morlain—que el zouiya y estos dos son agitadores, que no han hecho sino comunicarse una orden o un aviso previamente convenidos.

—Aun sin conocer el Desierto como ustedes, lo estudiado de él antes de emprender este viaje me basta para apreciar lo absurdo de los itinerarios que toman esas gentes; y esto, unido a sus extraños modos de reconocerse, me hace pensar como el

señor Morlain. ¡Lástima que esos pasaportes no puedan dar más luz!

—Aguarde, aguarde, señor Lobera: todavía no he dicho yo mi última palabra, porque de que los pasaportes han sido expedidos a españoles no cabe duda; de que los retratos pegados en ellos corresponden a los compañeros de viaje de ustedes, tampoco; pero...

Al decir esto miraba y remiraba Bertier los pasaportes por el derecho, por el revés y al trasluz.

—Pero si están en regla, y los retratos son de esos señores, no veo...

—Señor Lobera, es indudable la identidad de los retratos y de los hombres, pero nada hay en los pasaportes que nos pruebe *la de los retratos y los nombres*.

—¡Ah!

—Es verdad.

—Y de sobra sé yo que si éstos andan en conspiraciones ya habrán cuidado de no ponerse en camino sin ir perfectamente en regla.

—¿Pero qué busca usted con ese examen?

—A punto fijo, no lo sé; pero, como los perdigueros, olfateo, por si mi olfato de perro viejo descubre algún indicio...: una raspadura, una enmienda, que muchos falsificadores hacen preciosamente; si los sellos en seco están hechos a presión o con un estilete, o un palillo mojado...

—¿Y qué? ¿Halla usted algo de eso?—preguntó Duvery con gran interés.

—No: ni enmienda, ni raspadura, ni sello sospechoso: tan bien hecho está, si lo hay, el gatuperio, que no sé descubrirlo.

—¡Qué contrariedad!—exclamó Morlain—. Porque estoy tan cierto de que no me equivoco, que apostaría hasta...

—¡Calla!

—¿Ve usted algo?

—Puede ser. Vamos, vamos a la luz—contestó Bertier aproximándose, seguido de los otros, al balcón. Llegado a éste levantó la persiana, miró atentamente los pasaportes por el revés, y dijo:—Señor Director, ¿tendría usted a mano una lente de aumento?

—Sí, en la oficina de los delineantes. Morlain, hágame el favor de ir a pedirles una de las de mayor aumento. ¿Qué quiere usted mirar, Bertier?

—Perdone, Don Héctor: hasta estar seguro de lo que sospecho, no quiero hacer concebir esperanzas que pudieran desahacerse.

—Pero, ¿qué diablos va usted a ver con la lente en el revés de esos documentos?

—Dispéñseme, señor Lobera, que no conteste por ahora.

Vuelto Morlain con la lente, hizo con ella el oficial un breve examen del dorso de ambos pasaportes, y en seguida afirmó con aire de triunfo:

—Estos retratos no son los de los propietarios de los pasaportes.

—¿Cómo?

—¿En qué lo conoce usted?

—¡Pero si los retratos están en el otro lado!

—Pues en éste está la prueba de lo que digo, y por éste es preciso mirarlos. Vengan y fíjense en el papel de los dos pasaportes: sobre todo en el de Núñez; pues, aunque en los dos se ve lo mismo, está más marcado en el de éste. Miren detrás de las esquinas en donde están pegados los retratos.

—Yo no veo nada.

—Yo, tampoco.

—Ni yo.

—¿No advierten ustedes diferencia entre esas partes del papel y el resto de las hojas?

—No sé...: como no sea que el papel parece estar ahí algo menos satinado.

—En este otro parece más oscuro, o más sucio, en la parte opuesta a la ocupada por el retrato, que en el resto de la hoja.

—Pues, eso es.

—Pero no veo qué importancia pueda tener eso.

—Ni yo.

—Pues la tiene grande; y en eso conozco que éstos no son los retratos que vió pegados en los pasaportes quien los expidió en Villa Cisneros: que no son los de los verdaderos Pozo y Núñez.

—Pero, ¿cómo puede usted deducir todo eso de que una parte del papel esté menos satinada o un poco más sucia que el resto?

—Porque de algo ha de servirme llevar toda mi vida de pelear con bribones y conocer sus tretas; porque estoy viendo claro que estos pasaportes fueron humedecidos por detrás para despegar los retratos primeramente unidos a ellos y substituirlos por éstos.

—Pero entonces—objetó Lobera—se habría emborronado la tinta de lo manuscrito.

—Es que por eso no mojaron las hojas enteras, ni por las dos caras, sino que poco a poco fueron humedeciendo únicamente la del revés con un pincel y tan sólo en las

partes cubiertas por los retratos. Como el papel es gordo, tendrían que poner agua varias veces y con relativa abundancia hasta calar al otro lado, donde estaba la goma que había que reblandecer.

—Ya, ya veo—interrumpió Lobera—. En esa parte se abolsó el papel y se puso esponjoso.

—Eso es; y perdió el satinado, según se ve en éste, donde la parte que fué mojada no aparece sucia, porque al doblar la hoja quedó en el interior del doblez preservada del polvo del bolsillo, mientras en este otro, doblado con dicha parte al exterior, la suciedad se ha agarrado a la superficie del cuadrado correspondiente al retrato, más fofa y áspera que el resto del papel, en cuyo satinado resbala mejor el polvo.

—Es muy curioso, curiosísimo—dijo Don Héctor—. Traiga, amigo Bertier, traiga. Ya puesto en camino con su explicación, quiere mirar todo eso con la lente.

—Fíjese, fíjese, Señor Duvery—dijo el argentino, que por tener muy buena vista no había menester lente para escudriñar el pasaporte que en la mano tenía—; las bolsas que el papel formó al ser mojado se ven todavía, aunque aplastadas al pegar y apretar encima de él los segundos retratos. Estoy seguro de que el señor Bertier tiene razón.

—Además—agregó éste—, con la lente verá usted claro como un fruncido de pliegucillos todo alrededor de los bordes de uno de los retratos, de lo cual no hay señales en el otro.

—Sí, es verdad; pero ¿porqué esa diferencia entre los dos?

—Porque en uno el retrato antiguo era algo más grande que el que lo ha substituído, y al pegar éste quedó en torno de él como una cenefa de papel mojado y abolsado aplastada después con la uña o una plegadera; mientras que siendo en el otro mayor el retrato nuevo que el que ha venido a reemplazar no quedó en torno de él tal cenefa de papel fofa.

—Amigo mío, tiene usted unas dotes de observador y unas facultades deductivas de primer orden.

—No, Don Héctor, la costumbre, no más: saber que en estos casos es preciso fijarse en menudencias, porque las cosas grandes no las descuidan nunca los criminales, y menos los conspiradores.

—Se me figura, Señor Bertier, que con esto ya no puede cabernos duda de que esos mozos lo son.

—Mire, Señor Morlain: visto esto en un solo pasaporte me escamaría, en dos es muchísimo más grave; y siendo éstos los de esos viajeros en quienes hemos advertido tantas cosas extrañas, y cuando corren los rumores que sabemos, sobra para que yo los tenga por tan sospechosos como usted, y me preocupe de que al salir de aquí vayan vigilados, Señor Director, ¿cuándo han de ir esos hombres a recoger a mi oficina sus documentos?

—Ordené al revisor que les dijera que en la tarde de hoy.

—Entonces hay tiempo; pero yo no querría hacerlas fuera de aquí...

—¿Qué no quiere usted hacer? ¿Para qué hay tiempo?

—Para sacar unas reproducciones de los retratos. Había pensado encargárselas al Jefe del Registro de Indígenas, pero es muy charlatán. ¿No tendrían ustedes aquí máquina fotográfica?

—Y fotografía: mi hijo es un aficionado de primera fuerza, mejor que muchos fotógrafos de profesión.

Al decir esto tocó Duvery a un timbre, dando seguidamente orden al criado que acudió de ir a llamar al señorito Raúl.

A poco se presentó el muchacho, oyendo de Bertier que deseaba le hiciera urgentemente reproducciones de los dos retratos, sin clavar chinches ni dejar en los pasaportes señal alguna delatora de la operación con ellos realizada, y devolviéndoselos cuanto antes pudiera.

—Dentro de diez minutos—contestó Raúl—estarán las placas reveladas. ¡Ah! ¿Cuántas pruebas necesita usted?

—Veinte o veinticinco de cada uno, pero hasta mañana a la hora de salida de los correos no me corren prisa.

—¿Va usted a circularlas—preguntó Lobera.

—Sí, a otros tantos puestos de gendarmería, con una nota al pie diciendo: "Vigílese llegada ahí. Seguir disimuladamente pasos. Telegrafiar cuanto se averigüe. No fijarse traje: probable disfraz. Muy altos ambos: esbelto uno, gordo otro."

—Hijo mío, siento darte la mala noticia de que tu culto amigo tiene todas las trazas de ser distinguidísimo, sí, pero distinguidísimo bribón... ¡Ja, ja, ja!

Poniéndose muy colorado, se fué el muchacho, cruzándose en la puerta con un ordenanza que, entregando un pliego a Duvery, dijo:

—Señor Director: esto envía para usted el telegrafista de la estación.

Abierto el sobre resultó contener un telegrama de Bir-Asiou cifrado con la clave de servicio de la Compañía.

—¡Ah! Por lo visto Gudín ha averiguado algo del asunto; porque si fueran cosas del servicio telegrafiaría al jefe de estación y no a mí. Voy a descifrarlo yo mismo. Aguarden un momento: no es largo.

Y se sentó a su mesa de despacho, de un cajón de la cual sacó la clave telegráfica.

## X

### UN IMPORTANTE Y PROTEICO PERSONAJE

Cincuenta años antes del comienzo de esta historia—no hay más remedio que tomarlo de tan lejos—los españoles y los franceses de Argelia, Marruecos y Río de Oro se vieron sorprendidos por una terrible sublevación, acaudillada por un árabe llamado Abd-el-Gahel, que se decía descendiente del Profeta: principal requisito que, para arrastrar masas agarenas, han menester los caudillos africanos a quienes no suele faltarles; pues es sabido que tales descendientes, con autenticidad genealógica bastante problemática, se encuentran siempre a punto en el mundo mahometano en

cuanto se vislumbra posibilidad de matar cristianos o judíos, o de desvalijarlos, cosas que suelen ir unidas.

No obstante su rabioso fanatismo, era el cabeza de aquella insurrección hombre de gran inteligencia, no solamente demostrada organizando la general y simultánea matanza de europeos sorprendidos en un día y una hora, en todas partes, sin darles tiempo a la defensa, sino dirigiendo después la guerra que fué consecuencia de aquella bárbara hecatombe y duró tres años.

Al cabo de ellos fué el alzamiento sofo-

cado, cual era inevitable, por sus poderosos adversarios, y apagados en sangre africana los últimos focos de la rebelión: final etapa de la cruenta lucha, en la que, peleando como león acorralado, se abrió paso Abd-el-Gahel entre sus enemigos, cuando parecía estar ya a punto de caer en manos de ellos, y desapareció sin dejar rastro del lugar donde se había refugiado.

Como el de un héroe legendario, como el de un semidiós, quedó su nombre venerado por la grey musulmana; los poetas glorificaron y perpetuaron sus hazañas en canciones religioso-patrióticas, cantadas por las madres a sus hijos, repitiéndolas éstos en sus más tiernos años, oyéndolas, ya hombres, a santones y muezzines. Y altos y bajos, grandes y pequeños, sabían de memoria el estribillo con que todas terminaban. Helo aquí:

“De Abd-el-Gahel nos vendrá EL VENGADOR; Abd-el-Gahel hará invencible la sagrada cimitarra del Islam.”

Creían los más crédulos que Abd-el-Gahel vivía y viviría, hasta triunfar, por muchos años que pasaran, y los menos inocentes pensaban que no él, sino uno de su raza, sería el anunciado triunfador.

Pero espoleado el talento de aquel hombre por sus odios de raza, que el vencimiento exacerbaba, dió sus mayores frutos en la preparación de nueva, pero aplazada lucha. Véase cómo:

Desde los comienzos del pasado alzamiento había organizado la disciplina de los saqueos en forma que, dejando amplio margen a la concupiscencia de la canalla, reservaba al “Tesoro de la Guerra” el tercio del producto de los latrocinios que, al acabar la rebelión, habían desvalijado los bancos de casi todas las poblaciones y vaciado los bolsillos de casi todos los europeos: arrojando un total de millones y millones que, a medida que eran recogidos, ponía aquel hombre a buen recaudo en el escondrijo del desierto, donde al finar la guerra se refugió en su huída.

Cuando pasaron seis o siete años y los cristianos se olvidaron de Abd-el-Gahel, a quien no pocos daban por muerto y otros por huído a Arabia o a Persia, comenzó él a ir empleando poco a poco la parte amonedada del tesoro en valores de renta de los países civilizados, valiéndose para ello de agentes comerciales, musulmanes o hebreos, residentes en Inglaterra, América, el Japón y Australia; depositó en diversos bancos de dichos países los títulos y accio-

nes robados años antes; y el tesoro, que en la mente del caudillo, vencido pero no domado, era la base indispensable para hacer fructífera la venidera insurrección, comenzó a crecer y crecer.

Entre los hijos de Abd-el-Gahel había uno, Alí, tal vez de igual talento y no menos fanático que el padre, pero en quien no veía éste todas las condiciones requeridas en el héroe anunciado en las canciones, o más bien himnos populares, que él había hecho componer. Además, el tesoro debía engrosar durante largo plazo hasta llegar al mínimo prefijado por su fundador para lanzarse a nueva guerra; y era igualmente preciso que el pueblo de donde había de salir la carne de cañón olvidara el terrible castigo infligido por España y Francia a los rebeldes de la pasada: todo lo cual fué causa de que el papel de aquel hijo se limitara al de auxiliar del padre en la labor preparatoria de la obra que había de realzar su descendencia, y de que transcurrieran veinticinco años antes de llegar a los quince un nieto de Abd-el-Gahel, frisante en los sesenta por entonces.

Criado el muchacho por Alí, el antiguo caudillo y un bastardo de éste, llamado Ben-Cassim, en el más feroz aborrecimiento a los cristianos; hermoso, inteligente, fuerte, duro y no valiente, sino temerario, era el orgullo y la idolatría del padre, y más aún del abuelo, que llamó a hijos y nieto el día en que éste cumplió la edad citada, y en presencia de los primeros dió el último:

—Recítame una de las canciones populares que cantan mis hazañas, las venideras glorias del Islam y la vileza de los perros cristianos.

Y cuando el mozo hubo obedecido, le preguntó:

—Hijo mío, ¿tienes tú fe en la promesa de ese triunfo final de los hijos de Ismael? ¿Crees que esa promesa es voz de Al-lah?

—Sí.

—¿Lo crees firmemente: cual si de labios del mismo Al-lah, o de su Profeta, la escucharas?

—Sí.

—¿Y crees también que el triunfador saldrá de nuestra estirpe?

—Con más fe todavía.

—¡Con más!... ¿Porqué, con más?

—Porque tu sangre corre y hierve en mis venas con vigor que no tiene la floja sangre de los otros africanos que en torno mío veo; porque conozco que esos hervores nacen de ansia de venganza.

—Alí, buen cachorro de león has sacado—dijo Ben-Cassim, volviéndose satisfecho a su hermano.

—No es malo, no, pero me gustaría más de tigre.

—Padre—contestó el mozo—, si el león tuviera la inteligencia del hombre bien pronto juntaría a su valor las astucias del tigre.

—Buena respuesta—exclamó el viejo entusiasmado—. Pero óyeme, hijo mío: ¿crees que nuestros hermanos oprimidos tendrán que aguardar mucho al prometido vengador?

—Lo que yo tarde en llegar a hombre. No, digo mal: lo que los demás tarden en ver que ya lo soy.

—Entonces—dijo Alí—es que crees ser tú quien...

—Sí, padre.

—Repara, hijo, que es mucha presunción.

—Presunción, no; confianza en la empresa y fe en mí mismo.

—Y yo también, rapaz: también yo tengo fe en el temple de tu alma—gritó el abuelo levantándose para abrazar al nieto.—Pero ¿a qué edad piensas tú que estarás en estado de dar cima a esa empresa?

—A los veinte; a lo sumo, a los veinticinco años.

—En eso yerras, hijo mío: para ese empleo se necesita un hombre de cuarenta.

—¿Cuarenta años! ¿Y he de esperar, entonces, veinticinco?... No, no.

—Sí; porque no basta que te sientas hombre si no sabes desconfiar y guardarte de los otros hombres, servirte de ellos, dominándolos con toda suerte de superioridades, que tienes que adquirir; porque has de probar y padecer deslealtades, traiciones, habituarte al disimulo y a la astucia, aprender a vestirte sobre la piel de tigre el vellón de cordero que lo oculte; porque para vencer al europeo has menester saber hacerte su igual por la inteligencia y la cultura; porque hay que dejar tiempo de que los medios materiales que vengo preparando años y años crezcan en términos de bastar a la empresa; porque si antes de acometerla no te pertrecharas de todas esas armas, más fuertes que el alfanje y la lanza, y el valor, y el odio, fracasarías como fracasé yo, que no te voy en zaga en corazón, ni en inteligencia, ni en aborrecimiento a nuestros enemigos.

—¿Y hasta los cuarenta años habré de consumirme en inacción desesperante?

—En inacción, no: de aquí a entonces

trabajarás sin tregua ni descanso: primero en prepararte a conquistar la gloria que por mi boca te promete Al-lah, y luego en preparar a quienes han de obedecerte.

—¿Cómo?

—Ya lo sabrás cuando debas saberlo... Va a comenzar para ti nueva vida, en donde pondré a prueba, no tu valor, sino tu inteligencia, y todavía más tu flexibilidad para plegarte a cuanto ha menester el *hombre necesario*, y tu decisión, no impulsiva, sino fría y tenaz, de convertirte en ese hombre.

Pasados unos años podré decirte si eres digno de la grandiosa obra a la que quieres y queremos consagrarte.

\* \* \*

Quince días después de la solemne conferencia de los dos Abd-el-Gahel, abuelo y nieto, entraba interno en un colegio de Santa Cruz de Tenerife un muchacho moro, hijo, según fué consignado en el registro del establecimiento, de un comerciante árabe de Río de Oro cuya adhesión a España era notoria, lo cual no le impedía ser bajo cuerda valioso colaborador del viejo guerrero.

Dos años más tarde salió el morito del colegio, donde dejaba fama de dulce, humilde y bondadoso, trasladándose a Sevilla, en compañía de un ayo, y recibiendo allí lecciones, espléndidamente pagadas y notablemente aprovechadas, de escogidos **maestros**.

Cinco años después, hablando ya suelta y correctamente el español y haciéndose pasar por nacido en España, pasó a París, matriculándose sucesivamente en varios liceos.

A los doce de su entrada en el colegio de Tenerife, contando veintisiete, se alistaba en la legión extranjera, del Ejército Francés del Tonkín, y al combatir allí una terrible insurrección se distinguió, ascendiendo a oficial de aquélla: con lo cual pudo estudiar a conciencia la táctica de los franceses contra tropas irregulares, y sus procedimientos de política colonial.

El morito del colegio de Tenerife y el hombre de la legión del Tonkín era Abd-el-Gahel, el nieto, que durante estas peregrinaciones hizo furtivamente tres o cuatro escapadas al cubil del abuelo (entusiasmado al ver que en el muchacho iba granando el hombre que él se había propuesto formar), y que al cumplir los treinta y cuatro años, y ya granado por completo,

empleó dos años en viajar por todos los países mahometanos que rodean el Sahara, relacionándose con los más influyentes musulmanes, regresando al terminar tales viajes al Iguidi, donde el anciano tenía su escondrijo en las montañas de El Eglab.

Seguro ya el abuelo (el padre había muerto) de las cualidades excepcionales del nieto, convocó a su residencia a nueve altos caídes, entre ellos su bastardo Ben-Cassim, y santonés de diversos países del Africa septentrional, diciéndoles al presentarles a aquél:

"He aquí a mi sucesor: el anunciado héroe de mi sangre, que terminará la obra que yo no tengo fuerza para acabar. No creo verla, pues la he fijado para de aquí a cuatro años y soy muy viejo ya. Empleados en prepararla sigilosamente, ganando adictos en el pueblo, fundando, como mi elegido os dirá, sociedades secretas a la moda de los países civilizados. Obedecedle, sin sorprenderos de novedades, ni resistirlas, pues si hasta ahora hemos fracasado en nuestras luchas con los europeos ha sido por nuestra terquedad en no emplear sus progresos. Este es desde hoy EL GRAN CAÍD, a quien soy el primero en obedecer porque sabe y puede más que vosotros, más que yo; porque su vida entera se ha consagrado a preparar el triunfo; porque es el enviado de Al-lah; porque al valor de un buen musulmán junta la malicia y la ciencia de los perros cristianos. Vosotros, que hoy lo conocéis por mí, se lo daréis a conocer al pueblo el día que él señale. Obedecedle, como a mí me habéis obedecido, como yo mismo le obedezco desde hoy, y mi maldición acompañe eternamente a quien se atreva a desobedecerle."

Dicho esto se levantó el anciano, y cediendo a su nieto la presidencia se prosternó ante él, jurándole sobre el Corán ciega obediencia: acto de acatamiento que uno en pos de otro repitieron los asistentes al solemne conclave, donde antes de separarse, a propuesta del nuevo jefe, quedó aprobado que en tanto fuera dado a conocer públicamente como tal, en el plazo indicado por el viejo caudillo, ejercería la autoridad como desconocido Gran Caíd de aquella asamblea, que pasó a denominarse Diván Supremo de una sociedad secreta cuyo establecimiento habría de ser la primera labor de los presentes: una terrible *maffia* o *mano negra* cuyo nombre, "Hermanos de Africa Vengadora", basta a dar idea de su fin y sus procedimientos.

En los días siguientes fueron retornando los reunidos a sus residencias diseminadas, desde Marruecos al Sudán, de Río de Oro a Egipto.

Aparte los títulos que su sangre, su inteligencia y su saber daban al nuevo jefe, le había puesto la experiencia de su abuelo en posesión de otro, aun de mayor fuerza, al entregar, no al Supremo Diván, sino a su nieto, el célebre tesoro de la rebelión; pues sabía el viejo que en Africa, como en todas partes, el dinero manda.

Aquel segundo Abd-el-Gahel era el Gaspar Núñez que hemos conocido en el tren de Agadés. Su compañero Pozo era el Ben-Cassim, nacido del viejo Abd-el-Gahel y de una esclava, y quince años mayor que el recién ungido Gran Caíd.

Ben-Cassim, el zouiya encontrado en Bir-Asiou y otros cuantos jefes importantes venían dedicándose a recorrer las diversas tribus del Desierto, a fin de inspeccionar la labor realizada por los jefes de menor categoría de la conjuración y dándoles la voz de alerta para que fueran preparándose por acercarse ya el momento de que Al-lah enviara el héroe vaticinado.

El viaje de Gahel tenía por objeto avisarse en Agadés con los cabecillas del Senegal y del Sudán y transmitirles, pero aun sin revelar su personalidad, la orden de concurrencia de los principales jefes a las grutas de Doghem, para donde habían citado ya al zouiya.

Porque Gahel iba a cumplir los cuarenta años, y en los seis que en Africa llevaba había terminado la organización de los *hermanos africanos* y los preparativos de adquisición de armas, municiones y reparo de ellas: faena esta última en la que había ayudado aquella secreta sociedad y algunos comerciantes judíos que por interés o temor fueron recibiendo poco a poco el armamento oculto entre los fardos de las mercancías de sus tráficos, distribuyéndolos de la misma manera a los comprometidos en la conspiración.

La mina estaba bien cargada y ya presta para reventar en cuanto el Gran Caíd diera la señal.

\* \* \*

Apenas llegado a casa de Moyfsk, que después del edificio del ferrocarril era la mejor del pueblo, pidió Abd-el-Gahel noticias al hebreo doblemente ingerto de ruso y africano, de si estaban allí ya algunas de las personas que en aquella debía en-

contrar, respondiendo el preguntado que con disfraces de camelleros habían llegado aquella tarde de Yatenga uno y de Baggara otro.

—Esta es buena señal—dijo Gahel a Cassin—. No es poco triunfo el haber conseguido hacer puntuales a nuestros indiferentes y perezosos compatriotas. Y en seguida, volviéndose a Moyfsk, le preguntó:

—¿Están ahí?

—Sí.

—Pues llámalos; prefiero hablar con ellos esta noche para que al amanecer se vayan. No conviene sean vistos aquí mientras yo permanezca en Agadés, y a estas horas hay pocos ojos abiertos que puedan enterarse de nuestra entrevista.

Mientras Moyfsk salía a cumplir las órdenes de Gahel, que no obstante la riqueza del judío y su influencia en el Air, eran por él obedecidas con la presteza y humildad de un criado, Ben-Cassim dijo con cara de mal humor:

—Gahel, ¿dices que mientras permanezcas aquí?... Yo creía que vistos esos hombres nos iríamos en el tren de pasado mañana.

—Yo también lo creía ayer; pero hoy pienso otra cosa.

—¿Porqué? ¿Qué se nos ha perdido aquí?

—Nada hasta ahora; mas si no soy prudente perderé la confianza de ese director de los ferrocarriles, lo cual es peligroso; pues es hombre listo, y si recelara de nosotros podría frustrarnos la sorpresa, que es base primordial de mi plan. No quiero que a quienes me han oído hablar de una expedición a la Nigricia pueda ocurrírseles, al verme tomar el camino de Marruecos, que no soy quien parezco, y hacer a la gendarmería curiosear en nuestros asuntos.

—Pues entonces, ¿a qué inventaste esa fantástica expedición?

—Porque al hallarme con personas ilustradas, de algún modo había de justificar el viaje de *dos europeos como tú y yo* al corazón del Desierto.

—Haberles dicho que viajábamos por recreo.

—¡Turismo en el Sahara!... ¡Un viaje

de placer por estos horribles arenales!... No disparates, Cassim: hacía falta decir algo verosímil; y no pudiendo inventar negocio en Agadés, que ellos, conocedores del país, no sospecharan era fingido, inventé una expedición para la cual pudiera ser Agadés punto de partida y en armonía con la clase de tráfico del comerciante cuyo nombre uso.

—Entonces, ¿piensas realmente que salgamos de aquí para el Baoutch? Eso va a retrasarnos.

—Salir, sí, pero llegar, no: en el camino cambiaremos de rumbo, de pellejo y nombre para ir donde nuestros asuntos nos llamen.

—¿Y cuánto tiempo vamos a perder en esta población?

—El necesario para organizar la caravana.

—Eso nos llevará algunos días—objetó Ben-Cassim, cada vez de peor humor—, en los cuales me temo mucho crezca algo que ya he visto nacer y puede ser estorbo...

—No sigas, ya te entiendo: llega tu aviso tarde; y además te prevengo que estoy firmemente resuelto, y cueste lo que cueste, a que la hurí rubia sea mía. En cuanto a los entorpecimientos de mis planes no te den cuidado.

—Ya sospechaba yo que esa maldita perra cristiana tenía la culpa de la prolongación de nuestra estancia aquí.

—Basta, Ben-Cassim. Eso es cuenta mía, y sabes que cuando digo *quiero* no aguantar reparos ni doy explicaciones.

Torció Cassim el gesto y guardó silencio hasta la llegada de Moyfsk, a quien seguían los dos conjurados, que, después de dar cuenta a Abd-el-Gahel de sus trabajos y preparativos, fueron informados por éste del lugar de la cita a que a las cinco fechas de recibir el oportuno aviso habían de concurrir en Doghem los jefes principales de las tribus y comarcas comprometidas en la conspiración.

Después de esto se despidieron para hacer sus preparativos de inmediata partida antes de que amaneciera, porque eran ya pasadas las tres de la madrugada.



## XI

## DOS INTERESANTES TELEGRAMAS

Cuando Duvery terminó de descifrar el telegrama del jefe de estación de Bir-el-Asiou, leyó en alta voz:

"Zouiya llegó tarde anteayer caravana seis camellos, con camelleros Aoudjila. Guía no es de allí, sino un *teda del Ennedi* (él me da estas noticias) contratado en Bir-Hara-Djimma reemplazar el que zouiya traía su país que, herido puñalada pendencia, quedó en Hara."

—¡Hara! Vaya un camino para ir de Aoudjila a Bir-Asiou—interrumpió Morlain.

—No sea impaciente, hombre; aguarde hasta el final...

"Itinerario traído de Hara aquí fué Nim-ro, Dagama, Kouka."

—¡Por el Sur del lago Tchad!—exclamó asombrado Lobera.

—Acortando también: como Núñez para venir de Río de Oro.

—Paciencia, señores, que falta poco ya...

"Djibbela, Bilma, Djebalo. De Djebalo a Asiou marcha forzada, tres camellos reventados camino. Los seis llegados no podían ya tirar cuerpo, llegando casi sin jorobas" (1).

—Claro, para no faltar a la cita en Asiou con esos pillos.

(1) La joroba es la reserva de grasa del camello. Cuando está una larga temporada en el pasto sin trabajar, después de una expedición que lo ha enflaquecido dejándole dicha joroba casi reducida al pellejo, comienza por reponer sus carnes, y después va acumulando grasa a la joroba, que engorda y se alucia hasta crecer al tamaño normal en buen estado. En marcha, y aun cuando reciban la necesaria nutrición, consumen estos animales una parte de la grasa de sus jorobas, quemada en el trabajo muscular de la locomoción y del arrastre de la carga. Cuando los esfuerzos exigidos no son excesivos, la disminución de tamaño de aquel apéndice dorsal es moderada, cuando la alimentación es escasa casi la totalidad de aquellos se hacen a expensas de la citada grasa, reduciendo muchísimo el tamaño de la joroba, y a medida que ésta va disminuyendo pierde la bestia fuerzas muy notablemente, y su capacidad de resistencia decrece con rapidez.

He aquí por qué cuando los prácticos compran o alquilan camellos la joroba es lo primero que les miran y tientan, y he aquí explicada la frase, al parecer extraña, del final del telegrama de Gudín.

—Déjeme acabar, Morlain:

"Por lo oído camelleros, dice guía que zouiya es jefe Aoudjila llamado Bu-Yahi. Quiso marcharse ayer recién salido tren; pero camellos no podían. Se fué hoy madrugada vereda Timisao, pero guía dijo cambia ruta frecuencia, y él casi nunca sabe dónde van hasta estar ya camino. Me he permitido tomar caja compañía trescientos francos sobornar guía. Espero aprobación.—Gudín."

—Esto se pone cada vez más turbio—dijo Morlain al terminar Duvery la lectura.

—Querrá usted decir más claro.

—Tiene razón el señor Lobera: muchísimo más claro.

—Pienso lo que Lobera y Bertier. Vamos, vamos a ver el itinerario de ese mozo—dijo Duvery, acercándose a una ancha mesa de dibujo donde estaba extendido un gran mapa del Desierto, en torno al cual se agruparon todos, y cogiendo un curvímetero para medir con él el recorrido del zouiya entre su oasis y Bir-Asiou.

—No hace falta mapa: está bien claro que el tal itinerario es una maraña de eses y zedas.

—Verdad, Lobera; pero quiero medirlo.

Y después de pasear el curvímetero sobre el mapa, dijo:

—Por la vía directa de Mourzuk y Egue-ri no hay desde Aoudjila a Asiou sino de mil quinientos a mil setecientos kilómetros, mientras que siguiendo esas eses y zedas sube el recorrido a más de cuatro mil.

—¿Y el otro? Ya que tiene usted en la mano el curvímetero, Señor Director, me gustaría saber lo que desde Río de Oro han recorrido sus compañeros de tren.

—Pues unos tres mil quinientos—contestó Duvery a la pregunta de Bertier, después de medirlos en el mapa.

—Es decir, que entre uno y otros se han echado al cuerpo ocho mil mal contados.

—Para no hablarse sino un minuto—recalcó Morlain, a quien no desagradaba veran todos confirmada su perspicacia al dar la voz de alerta—, y para eso escaso.

—Previos los rascamientos de sus similtáneas picazonas.

—¿Y usted que opina, Bertier? ¿Piensa usted hacer algo más que circular los retratos?

—Para mí sería fundamental saber cuáles han sido las pocas palabras que esos hombres han cambiado en Bir-Asiou; pero siendo imposible averiguarlas, las vigilaré cual si tuviera la certeza de que son jefes de la conspiración que viajan para hacer propaganda en favor de ella.

—Es verosímil, es verosímil... ¿Y qué piensa usted de sus relaciones con Moyfsk?

—Ese es un canalla de lo más ladino; pero no viene mal tenerlo como cabo de estas madejas.

—Y respecto a la identidad de esos dos pajarracos, ¿no habría medio de averiguar nada?

—Esa identidad es precisamente el ovillo en que estaba pensando; pero el judío no dará chispas, a menos que yo tenga la suerte de cogerlo con las manos en la masa en uno de sus muchos negocios turbios; pero no es fácil: sabe mucho... ¡Qué idea! Tal vez de nada sirva; mas, por si acaso, hagame el favor de ordenar en el despacho de mercancías que no le entreguen cargamento ninguno a él consignado sino después de avisarme y de haberlo yo visto.

—¡Ah!... Sospecho lo que recela usted; pero sabe Dios los días que eso podrá tardar; y hasta tanto no sabremos quiénes son esos hombres.

—Quiénes son, no; pero sí *quienes no son*; y en cuanto la certeza moral que ya tengo se convierta en positiva convicción de que los pasaportes no son de ellos, eso me bastará para ponerlos a buen recaudo, por supuesta personalidad. Entonces es posible que, asustándose, cante Moyfsk los verdaderos nombres.

—Pero no podrá usted adquirir esa certeza oficial de que no son quienes ellos dicen.

—Puede que sí, señor Lobera. Por lo menos, lo intentaré, telegrafando a nuestro cónsul en Río de Oro.

—¡Ah!

Sentóse a la mesa el oficial, y al cabo de un rato leyó en alta voz:

“Telegrama oficial urgentísimo.—Cónsul Francia en Villa Cisneros: vía Taflete: Tendouf.—Importantísimo seguridad pública me transmita brevedad señas personales banquero esa ciudad Gaspar Núñez y

secretario Pozo.—Capitán Gendarmería Agadés: Bertier.”

—Perfectamente, perfectamente.

—Señor Director, ¿son de toda confianza los telegrafistas de la estación del ferrocarril?

—Desde luego. Pero un telegrama de esa índole iría mejor y más directo por la telegrafía sin hilos del Gobierno, y sin necesidad de reexpedición en Taflete y en Tendouf.

—Si tuviera clave para comunicar con el cónsul, así lo haría; pero no teniéndola, y estando ahora de servicio en la estación radiotelegráfica Morand, que es un perdido y un borrachín, de cuya reserva no me fio para un telegrama de esta naturaleza sin cifrarlo, tendríamos que aguardar a que esta tarde lo relevaran, y esto haría perder más tiempo que la reexpedición por una línea de poco servicio, como la de Tendouf, que con la indicación de oficial y urgentísimo lo cursará rápidamente.

—No sé, Bertier; para mí no compensa.

—Pero es que además tengo indicios, y ese es uno de los motivos que más me inducen a creer en la existencia de una conspiración mejor preparada que ninguna de las anteriores, de que en el Desierto hay establecidas estaciones radiotelegráficas en lugares recónditos: no solamente para comunicarse, sino para interceptar los despachos nuestros que no vayan cifrados.

—Eso sería gravísimo... Pero usted cree...

—Ordenes y noticias dadas a lugares lejanos se han traslucido en otros muy distantes, con detalles, y sobre todo con rapidez, que no bastaría a explicar la infidelidad de algún telegrafista.

—Demonio, demonio: tiene usted razón para transmitir ese telegrama por la línea de la compañía. Démelo y se lo confiaré al telegrafista más discreto.

—Que pida comunicación directa con el gabinete telegráfico de la gendarmería de Taflete: así no se enterarán en las estaciones intermedias.

—No, usted no olvida precaución.

—Ninguna sobra, señor Lobera, pues vivimos rodeados de gentes solapadas, y todo nos es hostil aquí: hasta los mismos indígenas *adictos*, que pagamos y empleamos en diversos servicios, la adhesión de los cuales sólo se debe a circunstanciales conveniencias, pero dispuestos a vendernos en cuanto crean poder hacerlo sin peligro. Si piensa usted pasar algún tiempo en estas

tierras, no lo olvide, señor Lobera: es un buen consejo.

En esto retornó Raúl con los pasaportes, que devolvió al gendarme diciéndole que a la caída de la tarde estarían listas las pruebas pedidas.

Al recibir Bertier los pasaportes los miró y remiró para cerciorarse de que nada en ellos podría revelar a Núñez, cuando a la tarde fuera a recogerlos, la operación a que habían sido sometidos; y tranquilo respecto a dicho extremo, los metió en el montón de los entregados por el revisor, marchándose con ellos a su oficina.

\* \* \*

Aquella misma tarde, a la caída de ella, visitó el *Señor Núñez* a Duvery; no solamente como cortés agradecido a sus atenciones en el tren, sino para dar un golpe de audacia, diciéndole que las dificultades por Moyfsk halladas, no para encontrar guía, pero sí intérprete, lo movían a abusar de la amabilidad del ingeniero en demanda de ayuda en tal necesidad: ayuda que el requerido deploró no poder, por lo pronto, prestar; pues la única persona apta para dicho servicio acababa de ofrecérsela a M. Loubegray para una excursión no tan lejana como la de Núñez, pues no había de llegar a la Nigricia, pero que en la misma dirección iba a verificar en las zonas del Sahara lindantes con aquélla.

Esto, que era verdad, hizo poquísima gracia al fingido español, por pensar que si Lobera recorría aquellas tierras podría enterarse de que él no andaba por ellas, descubriéndole la patraña del viaje al Baouch; y aun cuando procuró disimular la contrariedad que la noticia le causaba, no le fué dado reprimir un leve gesto, nacido de la idea de que si el hombre aquel seguía empeñándose en atravesarse en todos sus caminos, pronto vería que ante Abd-el-Gahel duraban poco los estorbos: gesto visto y solamente atribuido por Duvery a la molestia por la coincidencia de itinerarios, que ya pensaba él no agradaría a su visitante, a quien, haciéndose el tonto, dijo que procuraría buscarle otro intérprete, pero aconsejándole no confiara en su buena voluntad y premiara a Moyfsk para que lo sirviera.

Cuando, sin haber tenido el gusto de saludar ni aun de entrever a la *huri rubia*, y acompañado hasta la puerta de la calle por Don Héctor, atravesaba el árabe el jardín, oyó detrás de un grupo de arbustos la

voz de Lobera, la regocijada risa de la huri y carcajadas de otra voz, que era la de Raúl. Aquellas risas aumentaron, si aumento cabía en ella, la mala voluntad que al argentino tenía Abd-el-Gahel, quien al salir decía: "Yo no me voy de aquí antes que ése: necesito averiguar por dónde irá para saber dónde podré encontrarlo."

\* \* \*

Media hora después de separarse Abd-el-Gahel de Duvery llegaba Bertier a dar a éste la noticia desagradable de que Taflete avisaba tener imposibilidad de cursar el telegrama a Villa Cisneros, porque "unos malhechores habían robado el hilo telegráfico desde Akka a Termassoun"; y que como la reparación de tan extensa cortadura de la línea exigiría varios días, se había atendido la indicación de urgentísimo del telegrama, enviándolo por correo a la oficina telegráfica de Tendouf para reexpedición desde ésta.

—¡Robados por malhechores doscientos... ca, puede que trescientos kilómetros de alambre... Lo dicen para no alarmar con la noticia de que han sido arrancados por rebeldes.

—Pienso como usted; y ante eso, el retraso en el telegrama es la menor de mis preocupaciones, pues mucho temo que esa avería sea el principio de la consabida rebelión, y que pronto nos lleguen noticias de análogas hazafías en la vía férrea. Por eso me he apresurado a prevenir a usted.

—Ha hecho usted bien; pues creo llegado el caso de telegrafiar a los gobernadores y comandantes generales del Senegal, de Marruecos y de Argelia pidiendo fuerzas de protección para estaciones, almacenes y trenes.

—Iba a decir a usted que yo también voy a pedir a mis jefes refuerzos para todos los puestos de gendarmería, y venía pensando solicitar de usted que con la autoridad de su nombre refuerce la de un pobre capitán, para que no se crea que me asusto de fantasmas.

—No hay inconveniente; y favor por favor: para que las autoridades militares no piensen que a mí me mueve únicamente el interés de la Compañía, también usted firmará conmigo mis telegramas.

—Conformes. Pero si le parece no nos daremos por enterados de lo del telégrafo; pues así, cayendo lo uno sobre lo otro, comprenderán que los temores que nos hacen

pedir fuerzas son independientes de aquello y darán mayor importancia a los motivos de nuestras peticiones.

—Completamente de acuerdo.

Inmediatamente se pusieron ambos a redactar y cifrar sus respectivos telegramas, enviándolos en seguida a la estación de la telegrafía sin hilos del servicio oficial.

En los despachos indicaban que era interesantísimo emplear medios rápidos de transporte en el envío de los refuerzos, pues la pronta llegada de ellos haría abortar un alzamiento que por muchos indicios parecía ser próximo, y en el cual podrían perecer muchos europeos indefensos.

Al terminar el ingeniero el telegrama, dijo al oficial, que había acabado ya de escribir el suyo:

—Bertier, desde esta mañana he meditado mucho sobre ese hombre.

—Que por cierto no se ha presentado a recoger el pasaporte.

—No me extraña, porque hace media hora ha estado aquí, diciéndome que no se va en unos cuantos días... He cavilado mucho, y aunque acaso nos equivoquemos en nuestras suposiciones...

—Mucho me sorprendería, Don Héctor.

—... y aun a riesgo de estar equivocados, opino que en las presentes circunstancias debemos proceder cual si fueran certezas.

—Tan en ello estoy, que en cuanto diga a usted... Pero, perdone, creo que no había usted acabado.

—Iba a decir que si ese hombre es lo que creemos, la casualidad nos ha puesto en situación de prestar a nuestro país grandísimos servicios, tal vez de salvar millares de vidas de compatriotas nuestros aislados en el Desierto; pues nos ha traído aquí a quien, de resultar efectivamente jefe de rebeldes, no puede ser una vulgar personalidad entre ellos; pues su inteligencia, su cultura, que jamás he encontrado en ningún africano; su audacia al meterse en Agadés, donde dominamos, por lo menos hasta ahora; su misma osadía de esta tarde viniendo a pedirme, claro que solamente para

adormecer nuestra vigilancia, ayuda para esa embustera expedición, y el hacerlo a raíz de ese atentado contra el telégrafo, me dan el convencimiento íntimo de que no es un conspirador subalterno, ni siquiera un jefe de segunda fila, sino de los más principales y temibles.

—Creo que tiene usted razón.

—Por eso pienso, y continúo tomando por verdades nuestros verosímiles temores, que si, impidiendo a ese hombre salir de aquí, consiguiéramos privar a la rebelión de su ayuda, habríamos hecho mucho.

—Felizmente coincidimos; y mi única duda, que someto a la experiencia de usted, es si debo limitarme a espiarlo estrechamente y a vigilar la casa de Moyfsk, según acabo de ordenar...

—¡Ah! ¿Ha tomado usted ya esas disposiciones?

—En cuanto supe la gatada del telégrafo... O si cree usted que debo liarme la manita a la cabeza y prenderlo con su compañero, como si ya tuviéramos contestación de Río de Oro diciéndonos lo que es seguro han de decirnos.

—No, Bertier, eso no: lo considero, peor que prematuro, inoportuno; porque si han venido a ponerse en relación con otros conjurados, podremos conocer a los de estos contornos con sólo vigilarlos a ellos y espiar a los entrantes y salientes en casa de Moyfsk. Por eso es, sobre todo, esencial para mí que Núñez no sospeche que ha despertado desconfianzas. Pero, eso sí, estando preparados para que si intentan marcharse...

—No hace falta decirlo: a él, a Pozo y a Moyfsk los trinco bajo mi responsabilidad... Y si es una extralimitación, arrosstraré las consecuencias con mis jefes: en estos casos algo ha de arriesgar uno.

—Venga esa mano: así obran los hombres... ¡Ah! Morlain, que se va mañana a su estación, pasará esta noche a ver a usted, por si tiene algo que encomendarle. Ya ha visto usted que es hombre inteligente y cauto.

## XII

### UN ARMADIJO TELEGRAFICO

Cuando Lobera, gran electricista, advirtió lo mucho que preocupaba a Duvery la posibilidad de que resultara cierta la sos-

pecha de Bertier sobre la existencia en el Desierto de clandestinas estaciones de telegrafía sin hilos, se brindó a combinar un

aparato capaz, no solamente de aquilatar el fundamento de aquella sospecha, sino de descubrir, caso de ser fundada, dónde estuvieran instaladas tales estaciones.

Pensaba, al ofrecerse a ello, que sobre hacerse grato a Don Héctor, obtendría la ventaja, en tanto preparara el aparato, de demorar su salida a los reconocimientos necesarios para la implantación de la empresa solar, prolongando su estancia en casa de aquél con tal pretexto, no demasiado transparente, que ocultaba ser la principal causa de su poca prisa de salir de Agadés el deseo de continuar cerca de la hija del ingeniero: de quien, juzgando por la atención que en el hotel de Tánger y en el tren había dispensado a Lobera, iba éste creyendo no andaba lejos de corresponder a los sentimientos que le inspiraba.

Y como entre verosímil creencia de él y confesión explícita de ella había distancia que el americano creía fácil recorrer en cuatro o seis días más de permanencia junto a Emma, se apresuró a agarrar por los pelos la ocasión de ofrecer al padre la colaboración que le permitiría prolongar su estancia en Agadés.

\* \* \*

Por el tiempo en que Lobera se disponía a construir el instrumento en que pensaba, habían progresado mucho los actuales procedimientos encaminados a establecer acuerdo armónico (*sintonización*, en términos técnicos) entre el número de vibraciones de las ondas emitidas por el transmisor de una estación de telegrafía sin hilos y los elementos de la receptora cuya antena las recoge, y vibra a impulso de ellas con forma que para buena transmisión conviene oscile igual número de veces por segundo que las ondas transmisoras. Además, se habían realizado grandes perfeccionamientos en el trazado de los *radiogoniómetros* (1) destinados a averiguar en dicha estación de llegada la dirección en que se encuentra la transmisora de donde procede el mensaje recibido. Y entre uno y otro hacían que a fines del siglo XX resultara posible la solución de un problema que aun cuando, dado el modo cómo a Lobera se lo planteaba la realidad, pueda ahora parecerse extremadamente difícil, creía este hacedero.

(1) De *radians*, radiar; *gonio*, ángulo, y *metro*, medida. Aparato para medir ángulos alrededor.

En síntesis, tratábase de lo siguiente: instalar en un automóvil, que a gran velocidad recorriera los inmensos páramos sahárlicos, un artefacto capaz de capturar al paso las invisibles ondulaciones etéreas portadoras en sus vibraciones de los telegramas inalámbricos—burdamente llamados *marconigramas*—lanzados al espacio por cualquier estación radiotelegráfica situada dentro del alcance de mil kilómetros alrededor de los lugares en donde el automóvil fuera debeniéndose: más todavía, aspirábase a que, sobre delatar el paso de tales ondas, el aparato contuviera mecanismo que, movido por éstas, diera la dirección de la estación transmisora de ellas; constituyendo brújula telegráfica; pero no magnética, sino electromagnética.

Pero como para transmitir y recibir los telegramas de la telegrafía sin hilos se han menester antenas, y existe la idea general de que los alambres o redes como antenas usadas han de estar forzosamente muy altas y por encima de los edificios de las estaciones radiotelegráficas, pensará quien no se halle muy al tanto de recientes progresos de la radiotelegrafía—hablamos en 1921—que Bertier, Duvery y Lobera estaban equivocados al creer en la posibilidad de la existencia de disimuladas comunicaciones de tal naturaleza; pues las estaciones no podrían ser clandestinas, ya que lo elevado y visible de sus antenas delataría la situación de ellas: palmetazo que estaría muy en su punto a no fabricarse ya a estas fechas aparatos que, empleando como antenas alambres arrollados en bastidores cuadrangulares de lados no mayores de un metro, transmiten y reciben a grandísimas distancias; y hasta es posible, y lo será todavía más en lo venidero, esconderlas en cualquier parte, y aun mediante ciertas artimañas hacerlas funcionar bajo techado, siempre que el techo no sea metálico (1).

(1) Por una antinomia no más que aparente los metales, que dan paso franco a las corrientes eléctricas, detienen las ondulaciones de igual nombre, mientras los cuerpos aisladores para las corrientes dejan pasar la ondulación. Esto deja de parecer anómalo en cuanto se sabe que corriente y ondulación son cosas fundamentalmente diferentes, cual diferentes son el *calor radiante* que en el rayo de sol viene, siendo no más que capacidad de engendrar calor, y el calor que se enciende en los objetos a los que toca aquel rayo de sol.

La corriente es un flujo de elementos infinitesimales de electricidad negativa, llamados *electrones*, que para fluir necesitan *cauce* por donde correr como el calor necesita para hacerse *efecti-*

Pero no proponiéndonos contar cómo habían sido establecidas las estaciones subrepeticas, sino cómo intentaba Lobera descubrir las, dejando aquello, vamos a esto: diciendo, en primer término, que para ayudarle en sus trabajos había elegido al primer telegrafista de la compañía ferroviaria, quien, primero y todo, no pasaba de ser un practicion en el cual se podía des-

cansar cuando había mascullado las cosas, pero al que antes era preciso ayudarle a mascarlas; pues no tenía sino modestísimos conocimientos técnicos.

Oigámosles a ambos para enterarnos del modo cómo sería posible fabricar el aparato en que pensaba el americano.

—Señor Lobera, para que, en el procedimiento que yo conozco, pueda un barco

vo algo que calentar: sólido, líquido o gaseoso. A este cauce se le llama conductor: sea alambre, tierra, agua, etc., y por él pasan los electrones, desde el extremo negativo, donde se acumulan grandes cantidades de ellos que entre sí se repelen, hacia el extremo positivo, donde existe otro exceso de *iones positivos* (materiales masas pequeñísimas electrizadas positivamente) que atraen a aquéllos. Al juntarse unos y otros se neutralizan, cesando la corriente, a menos que exista en el circuito conductor de ella un generador eléctrico, o sea una máquina, o causa natural determinante de desequilibrio duradero entre los polos negativo y positivo.

La ondulación, en cambio, no transporta electrones, sino sólo la fuerza de movimientos vibratorios a través del espacio y de los cuerpos no conductores de la electricidad: es una sucesión de vaivenes análogos a los que en un estanque se producen desde el lugar donde cae una piedra a las orillas de él, dando origen a oleadas sucesivas en círculos concéntricos, cada vez más amplios, que a la vista dan la sensación de avances del agua alejándose del centro, cuando en realidad no hace sino subir y bajar sin trasladarse lateralmente, cual puede comprobarse echando en el estanque hojas o corchos que en el agua flotan, los cuales no hacen sino ascender y descender sin acercarse a la orilla ni alejarse de ella.

Pero para levantar esos cuerpos flotantes, quietos mientras la superficie del agua está tranquila, se requiere fuerza, y ésta es la de la ondulación, cuyo movimiento progresa del centro al contorno; mas sin llevar agua hacia éste, sin que el agua viaje, y siendo sólo su *movimiento oscilatorio* lo que viaja y hace moverse a los cuerpos flotantes que en su camino encuentra: con movimiento éstos completamente diferente al advertido en los que sobrenadan en un río y son arrastrados por la masa del agua de él que la corriente impulsa.

De igual modo la ondulación eléctrica, nacida de diversas causas, siendo una de ellas la chispa o descarga eléctrica, hace que en el espacio y en los cuerpos no conductores vibre una inmaterial *substancia* que, llenando el vacío intermedio de astro a astro o encerrado entre los soles y los mundos, y llenando además los huecos vacíos de materia que en gases, líquidos y sólidos, existen entre los átomos de ellos, *mecánicamente* tan astros como aquéllos, se llama *éter*. Esta vibración, similar, pero incomparablemente más rápida que la del agua del estanque, vuela a través del éter con velocidad superior a 300.000.000 de metros por segundo; transporta, como aquella, no masas materiales, sino movimiento, y por lo tanto, fuerza, a cuyo empuje muévense los electrones flotantes en los cuerpos que halla en su camino la *etérea* onda electromagnética, si dichos electrones se hallan en lugar quiere decir pertenecen a cuerpo que no oponga invencible resistencia al movimiento de

ellos; y cuando, en dicho caso, muévense, nace la corriente eléctrica al impulso de la onda.

Pero otros cuerpos, los no conductores de la electricidad, ofrecen resistencia al paso de las corrientes eléctricas, y como la onda que a ellas llega no gasta su fuerza en mover electrones, pasan las sucesivas ondas a través de esos cuerpos y prosiguen su marcha; mientras que cuando llegan a un conductor metálico, la energía vibratoria se emplea en empujar los electrones de la corriente eléctrica, desapareciendo como energía electromagnética para cambiarse en energía electrodinámica. Con esto, claro es, muere la onda allí, por haberse cambiado en otra cosa; como la electricidad desaparece como tal en la estufa y en la lámpara eléctrica al convertirse en calor o en luz; como el movimiento y la fuerza del palillo que golpea un tambor—perdónese lo grosero de la comparación—queda el uno detenido y transformada la otra en cuanto choca aquél con el parche en donde se convierten en movimiento y vibración de éste, que a su vez mueren al engendrar el *ruido del golpe* que hace vibrar con su sonido el aire, por donde viaja hasta el oído que lo escucha haciendo en él vibrar también el tímpano de quien allá lejos oye el redoble. La fuerza de la mano que agitó el palillo está ahora en aquellos oídos, habiendo sido sucesivamente esfuerzo muscular, golpe, oscilación del parche, vibración acústica en el aire, sensación fisiológica en el oído y en el cerebro.

Electricidad es, pues, cosa diferente que ondulación electromagnética. La primera, en el estado estático, es acumulación en un cuerpo o falta en él de los electrones que contiene cuando en su estado normal no se halla electrizado; cuando están en exceso, lo electrizan negativamente, y cuando faltan, positivamente. En el estado dinámico, ya se ha dicho ser la electricidad un flujo real y positivo de electrones; la segunda, quiero decir la ondulación, no es sino impulso capaz de mover los electrones.

Los cuerpos a través de los cuales viaja fácilmente la electricidad se llaman conductores, y a su vez detienen la ondulación electromagnética que atraviesa y pasa más allá de los *dieléctricos* (no conductores) permeables a ella y refractarios al paso de la electricidad. Pero esto es relativo, pues el aire, el vidrio, dieléctricos, pueden ser atravesados por los electrones cuando la tensión de éstos se hace lo suficientemente grande para que a través de ellos salte la chispa eléctrica, desgarrándolos.

Antiguamente el salto de la chispa eléctrica constituía siempre un accidente; hoy, sin dejar de serlo, y grave en ocasiones, el hombre juega ya con el rayo y la chispa eléctrica, al provocar ondas eléctricas. Del mismo modo que las terribles explosiones de antaño han sido domadas en los motores de tal nombre, de los cuales son uno de tantos ejemplos los de los automóviles y los motociclos.

perdido entre la niebla determinar su situación, necesita conocer de antemano en dónde está la estación transmisora de los telegramas que con tal fin utiliza, los cuales son lanzados progresivamente por ella en veinticuatro direcciones radiantes, e igualmente espaciadas en la rosa de los vientos, de modo que los correspondientes a cada dos contiguas vayan sucediéndose de dos en dos minutos.

—Ese, amigo Joubert, es el sistema Tellefunken. Las ondas electromagnéticas impulsadas en él por la antena transmisora se propagan por el espacio en todas direcciones, pero verificándolo con máxima intensidad para cada telegrama en una dirección propia para él, lo cual se logra mediante ingenios especiales: en la del norte para el primer mensaje, que dice, por ejemplo: "Hamburgo, tal longitud de onda. Dirección norte"; el segundo, el tercero, etcétera, no discrepan del primero sino en las direcciones que consignan como especiales de ellos, diciendo sucesivamente: "un sexto norte, cinco sextos este"; "dos sextos norte, cuatro sextos este"; "nordeste"; "cuatro sextos norte, dos sextos este"; "... este"; "... sur"; "... oeste": hasta el vigésimocuarto, cuya indicación es "cinco sextos oeste, un sexto norte".

—Sí, señor: eso es lo que yo sé. Y cuando llegan a un barco que navega dentro del alcance de Hamburgo, su telegrafista los va oyendo con diferente fuerza, que progresivamente crece hasta un máximo para menguar después, o disminuye hasta un mínimo desde el cual comienza a crecer nuevamente: con variación de intensidad muy perceptible entre cada dos consecutivos.

—Claro: los aparatos del receptor de a bordo acusan mayor fuerza en la onda radiotelegráfica llegada en línea recta de la estación transmisora. Y así no hay sino fijarse en cuál es el telegrama más claramente recibido para saber que la dirección en él consignada es la de la recta *buque-Hamburgo*, si de Hamburgo procede aquél: si dice oeste, nordeste, dos sextos sur, cuatro sextos oeste, no habrá sino trazar, a partir de Hamburgo, en la carta marina la dirección correspondiente a dicho rumbo para saber que sobre ella se encuentra el barco.

—Eso es...

—Y como otras estaciones, Bilbao por ejemplo, emiten radiogramas análogos, éstos darán el rumbo *Bilbao-barco*: siendo la posición de éste el punto donde en el

mapa se cruce dicho rumbo con el anterior *Hamburgo-barco*.

Esas señales de las estaciones de las costas, que aunque no emiten luz pueden llamarse faros de los navegantes, salvan hoy centenares de buques que antes habrían naufragado por no llegar a ellos los rayos de los más poderosos fanales y reflectores, impotentes para rasgar a impenetrable y terrible niebla.

—Cuéntemelo a mí, señor Lobera, que yendo de Dover a Santander, envuelto nuestro vapor en la niebla y manteniéndose en la dirección de aquel puerto por la observación de radiogramas transmitidos desde él, un error en la distancia recorrida nos hacía creernos en mar franca, cuando a seguir un cuarto de hora sin variar la derrota habríamos dado contra los arrecifes de Ouessant, en la restinga de Bretaña. Gracias a que con grandísima oportunidad nos llegaron los radiogramas de la estación de Land's End (1) dándonos rumbo, que al encontrarse con el de Santander nos hizo ver que estábamos a una milla de los escollos, que para echarnos a alta mar dejamos inmediatamente a babor.

—¡Y pensar que si uno de los hombres que la gente llama *chiflados*, por cultivar desinteresadamente la que, quienes no ven los frutos que el tiempo saca de ella, suelen llamar *inútil ciencia* de los sabios, no hubiera descubierto la ondulación eléctrica, cuyo alcance no veía entonces nadie, continuarían perdiéndose barcos y más barcos, vidas y más vidas, como antaño!

—¿Habla usted de Marconi?

—No: a ése, cuyos talento y ciencia encontraron el camino de la utilización del descubrimiento, lo conoce el mundo entero; pero a Hertz, que sacando chispas de un carrito de Runkford, y llevando de una parte a otra de su laboratorio unos aros de alambre descubrió las invisibles ondas eléctricas, no lo conocen sino otros cuantos sabios que van descubriendo *bagatelas* por el mismo estilo: *guilladuras* de los *guillados* de hoy destinadas a revolucionar el mundo de mañana.

Pero volvamos a lo nuestro, pues me he descarrilado.

—Señor Lobera, la dificultad que a mí me preocupa es que en cuanto nos echemos

(1) Punta extrema del Cabo Conwal en la península de igual nombre que forma la parte sur-occidental de la isla de la Gran Bretaña. La traducción de Land's End es *fin de la tierra*.

por esos arenales con el auto que quiere usted arreglar no podremos contar, como los barcos, con radiogramas de estaciones conocidas, que sin otro trabajo para las de a bordo que elegir el más intenso dan el rumbo; pues si esos pillos tienen subrepticios transmisores no creo sean tan bondadosos con nuestra estación ambulante como las costeras lo son con los barcos por ellas auxiliados. Los dos casos son para mí, salvo sus respetos, completamente diferentes.

—Por eso, no pudiendo contar con radiotransmisores Tellefunken, usaré el *radio-goniómetro Bellini-Tossi*.

—No sé qué es eso.

—Pues un aparato inventado a principios de siglo para lograr el mismo resultado.

—¿Y en qué consiste?... Ya sabe usted que mi fuerte no es la teoría.

—Procuraré explicarlo sencilla y brevemente. Aun cuando dice usted saber poco, no ignorará que si una corriente eléctrica circula por un aro o rectángulo de alambre que, colgante de un hilo, o montado en su eje, pueda girar sobre sí mismo, así lo verifica cuando se le acerca, o en su proximidad se hace circular otra corriente, cesando su movimiento cuando éste ha llegado a colocar dicho aro o rectángulo en una posición que es siempre la misma con respecto a la de la corriente inductora del movimiento.

—Sí: eso es la inducción eléctrica de una corriente que obra sobre la otra.

—Por ahí, por ahí, pero no exactamente; pues la fuerza directriz del alambre móvil no está en la corriente que se le acerca o se hace correr a su proximidad, sino *en torno de ella*, en el aire, o más bien en el éter que la circunda, siendo algo que, sin entrar en honduras, es en la esencia igual a la invisible ondulación eléctrica lanzada por las antenas de la telegrafía sin hilos. Por eso, si en su viaje a través de la atmósfera (1) encuentran estas ondas un circuito giratorio, como el de marras, y recorrido por una corriente lo hacen también girar hasta que el plano de él quede perpendicular a la dirección de la estación transmisora de donde las ondas proceden.

—No lo sabía... Pero eso no podrá hacerse sino en un gabinete de experiencias, a pequeñas distancias.

(1) Se llama la atención sobre lo ya dicho antes: por el aire cruzan las ondas eléctricas; pero no son movimientos del aire, sino palpitaciones del éter, las que engendran la onda.

—No, señor: si del palo de un buque se suspende uno de estos sencillos y leves circuitos de alambre, de modo que ligeras impulsiones basten a hacerlo voltear en torno del mástil, toda onda radiotelegráfica con alcance suficiente para llegar al barco moverá el bastidor, y con éste una aguja obediente a las atracciones de un electroimán ligado a dicho circuito móvil (1).

—¡Atiza! Entonces, la misma aguja marcará, sin más ni más, y sin tomarse uno quebraderos de cabeza, el rumbo del barco a la estación.

—Precisamente: en un cuadrante sobre el cual se mueve. Pero no es esto lo mejor, sino que las estaciones de la costa no necesitan ser de tipo especial, como en el sistema Tellefunken, sino de las ordinarias, cuyos radiogramas se propagan con igual intensidad en todas direcciones; pues le basta a un buque recibir uno solo para conocer el rumbo en el que se halla la estación transmisora. Los telegramas, todos iguales, salvo la hora, dicen, por ejemplo: "Radiogoniograma de Barcelona a las 3 y 45."

—Y con ése y otro de diferente estación se obtendrá, como con los Tellefunken, la posición del barco. ¿No es eso?

—Ese es, efectivamente, el procedimiento corriente; pero en realidad ni segunda estación transmisora, ni segundo telegrama son indispensables sino en el caso particularísimo de ser el rumbo del buque a la primera norte-sur o muy cercano a tal dirección; pues de haber sensible y no grande diferencia de longitudes geográficas entre uno y otra, basta un sólo radiograma para dar además de la dirección la distancia.

—¡La distancia!... No puede ser... Perdónese usted: quise decir no lo comprendo.

—Muy sencillo (2). Suponga usted que en la estación receptora del barco tiene el telegrafista frente a sí la esfera grande de un reloj eléctrico enlazado al *cronómetro*

(1) En el radiogoniómetro Bellini-Tossi no gira uno, sino dos circuitos móviles, de planos entre sí perpendiculares, siendo la acción definitiva de la combinación de ambos una resultante de las determinadas por la onda sobre cada uno de ellos. La teoría es la misma que siendo uno, y sin duda para simplificar su explicación no mencionaba Lobera sino uno.

(2) No tenemos noticia de que este sistema se haya aplicado hasta ahora con el radiogoniómetro, lo cual pudiera ser, aun cuando Igotus no lo sepa, e ignoramos si es idea de Lobera o procedimiento en uso ya en su tiempo; pero parece perfectamente racional y de empleo no difícil, que desde luego cabe aplicar en la actualidad.



de a bordo y acorde con él; que un segundo grande permite leer cómodamente en dicha esfera los segundos, y que al primer chasquido de la llegada de un radiograma cuyo contexto es "Radiogoniograma de la Torre Eiffel a las 10 y 35 minutos, marca el reloj de la estación las 11 y 57 minutos y 30 segundos.

Como el telegrama llega al barco en el mismo segundo que lo lanza la torre, ya que la velocidad de transmisión es prácticamente instantánea, pues con ella podría darse la vuela entera al Ecuador en menos de un séptimo de segundo, resulta que cuando en el buque son las once con 57 minutos y 30 segundos, no son en París sino las diez y 35: con *diferencia de horas* entre ambos parajes de una hora, veintidós minutos y treinta segundos.

Pero como diferencia de horas y diferencia de longitudes geográficas son en esencia lo mismo, acudiendo a las tablas de conversión ve el oficial de derrota que se halla sobre un meridiano al Occidente y no lejano de las Islas Canarias, la longitud del cual, con respecto a París, es 21 grados, 22 minutos y 30 segundos: minutos y segundos no de tiempo, sino de longitud (1).

—Ya, ya, señor Lobera: ya lo veo: buscando el punto donde en la carta marina se cortan el meridiano así hallado y el rumbo que la aguja del radiogoniómetro marca como dirección en que vienen las ondas del telegrama, se tendrá el lugar donde está el buque.

—Eso es: en vez de la longitud y la latitud geográficas se emplean para situarlo longitud y rumbo a partir de la estación transmisora, que por ser conocida se toma como punto de referencia.

—Pues en eso veo yo la dificultad para nosotros; pues no sabiendo dónde están las estaciones clandestinas que usted quiere descubrir interceptando al paso sus telegramas, nos faltará punto fijo y conocido capaz de hacer con el auto-estación, cuyo papel es del barco de antes, el de la Torre Eiffel, en el ejemplo de usted.

—Pero, amigo mío, si ya supiera yo dón-

de están las estaciones clandestinas, ni habría problema, ni me cuidaría de preparar el auto, ni lo echaría a correr por el Desierto.

—Es verdad; pero sigo a oscuras. ¿Cómo, sin ningún punto fijo, va a ser posible?

—¿Y el auto, que por antena receptora llevará un circuito giratorio radiogonométrico con una aguja indicadora del rumbo?

—Eso, sí; pero la Torre Eiffel no se mueve, sabemos siempre dónde está; mientras el automóvil, como el barco, irá variando a cada momento de lugar.

—Es que teniendo mapas del terreno, al ponerlo a la espera a caza de ondas subrepticias sabré en qué *sitio conocido* lo paro: o donde el mapa no me inspire confianza, un cronómetro me dará la longitud. Además, todos los telegramas que en el mundo se transmiten llevan indicación de su hora; sextante no ha de faltar, ni en el Desierto hay miedo nos estorbe la niebla para pedirle al sol o a la polar que nos den la latitud.

—Es verdad.

—Vea usted cómo, sabiendo siempre la posición de la estación ambulante, con ella, con el rumbo dado por la aguja y la diferencia de longitudes obtenida del radiograma, y el reloj, podré deducir el lugar donde el auto se halle el de la estación desconocida: con error máximo, y me corro, de dos a tres kilómetros; es decir, en zona suficientemente reducida para que puedan registrarla los gendarmes. Aparte que estas estaciones han de estar forzosamente establecidas en lugares dominantes...

—Tiene usted razón... Ahora ya lo veo claro, y es muy sencillo; pero muy ingenioso, porque eso que va usted a hacer no se ha hecho nunca.

—No, que yo sepa: pero lo que a uno se le ocurre puede ocurrírsele a otro.

—Si ese otro no soy yo, puede usted estar seguro; pues todavía me quedan dudas sobre la práctica, que como me ha hecho usted el honor de elegirme para operador, le agradeceré se tome la molestia de aclarar.

—Dejémoslas para cuando ya esté montada la estación en el auto—contestó Lobera, cortando la conversación por saber que era aquella la hora en que salía Emma al jardín, y agradecerle más su compañía que solventar las dudas de su auxiliar radiotelegráfico.

(1) Sin necesidad de tablas se hace facilísimamente tal conversión, sabiendo que una hora, un minuto y un segundo de tiempo equivalen en longitudes geográficas a diferencias de 15 grados, quince minutos y quince segundos, respectivamente, de arco de ecuador o paralelo.

## XIII

## LA COLERA DE ABD-EL-GAHEL

Por ser muy elevada la tarifa de la telegrafía sin hilos, casi nadie la utiliza en el Sahara para asuntos particulares, salvo en casos de grandísima urgencia. Así Moyfsk, que para sus operaciones comerciales hacía gran uso del telégrafo, siendo raro cursara menos de cuatro o seis telegramas diarios, empleaba las líneas del ferrocarril, abiertas al público a precios mucho más económicos que las inalámbricas del Gobierno.

Por tal razón tardó poco en enterarse de la fechoría cometida con el telégrafo en los límites de Marruecos y el Desierto, pues cuando envió sus telegramas a la estación le fueron devueltos dos ellos con una nota del telegrafista de servicio, que decía: "No se admiten por interrupción de la línea entre Akka y Termassoun." Pero sobre lo consignado en ella agregó verbalmente el criado que había llevado los telegramas a la estación telegráfica, que los ordenanzas de ésta habían oído a los telegrafistas comentar alarmados aquella inusitada y enorme avería, habiéndose él enterado por aquéllos de que la interrupción no era *entre*, sino *desde* Akka a Termassoun: noticia dada por el sirviente a su amo con la misma fruición con que los ordenanzas se la habían dado a él; pues, indígenas unos y otros, sentían especial complacencia en todo mal acaecido a los franceses: aun cuando de éstos se vendieran por amigos y vivieran del sueldo de ellos cobrado, en tanto hallaran coyuntura de traicionarlos.

Moyfsk, en quien eran certezas las suposiciones de Duvery y Bertier sobre la conspiración, presumió, como éstos habían presumido, pero con mayor fundamento, que la cortadura del telégrafo era el primer chispazo del alzamiento general: cosa que le asustó; pues si su complicidad en la preparación de él le había valido pingües ganancias, redondeando la respetable cantidad que de antiguo se había él propuesto reunir para levantar de Agadés el campo yéndose a establecer una casa de banca en Odessa, su ciudad natal, también le había de otra parte ocasionado algunas inquietudes, hasta entonces no punzantes por creer

lejano todavía el estallido de la rebelión y confiar en que cuando llegara ya no lo cubriría en el Desierto; pues desde varios meses antes venía preparando la marcha, vendiendo propiedades, liquidando negocios y enviando sus fondos a varios barcos de Europa. Y teniendo ya puestas de tal manera en salvo las ganancias, veía llegada la hora de pensar para cercano plazo en poner también en salvo la persona; pues si la casualidad revelara a las autoridades francesas su intervención en el complot seguramente le costaría caro su bonito negocio.

Este Moyfsk ingerto en africano era hijo de un hebreo ruso también ingerto, pero en bolchevique, que al reaccionar el antiguo imperio moscovita contra la tiranía feroz del bolcheviquismo judío que lo tenía aherrojado y agonizante, tuvo que escapar de Moscú, emigrando al Sahara, pero llevándose una buena pacotilla, fruto de sus latrocinios (1) en Rusia, que había sido la base de la fortuna que después aumentó su hijo. Despreciado éste por los jefes superiores de la conspiración, hasta tenerlo en ignorancia de quiénes fueran ellos, y a obscuras por completo de planes y de fechas, su creencia de tener todavía tiempo por delante para

(1) Es sabido que el crimen colectivo que no doctrinas, sino codicias y odios salvajes, han cometido en el siglo xx, haciendo víctima de él a la nación más populosa de Europa, la desventurada Rusia, inmolada a hordas bolcheviques sin conciencia ni cultura, es hazaña de Judíos; pues de una estadística publicada en 1921 resulta que en dicho año la proporción de éstos en el Gobierno de Rusia, o más bien en la taifa que despóticamente esclaviza e inmoló a todo el pueblo, es la siguiente:

De 503 altos funcionarios del Estado son judíos 406 y rusos sólo 29.

De 41 periódicos autorizados por aquellos tiranos, hay 40 judíos.

Judíos son 17 de los 22 comisarios del pueblo, ¡pobre pueblo!; 45, de 60, en la Comisaría de Instrucción, y en las restantes no hay ni un solo ruso.

Los negocios extranjeros corren a cargo de 19 judíos, un armenio, un alemán y un polaco.

La alta justicia—justicia bolchevique, claro está—, consta de 18 judíos y un armenio.

En el Ministerio de Instrucción Pública prestan servicio 14 judíos y dos rusos.

el traslado de residencia sólo obedecía a suposiciones fundadas en lo que su intervención como correvedile y encubridor le permitía inferir sobre el estado de los trabajos: en su opinión todavía atrasados para cuanto significara inmediata ejecución.

En la fecha de la llegada de Abd-el-Gahel a casa del judío tenía ya éste proyectada su marcha para un mes después, pensando salir de Agadés como para uno de sus viajes comerciales de ida y vuelta a Marruecos o a Argelia, pero del cual no tornaría. Tenía, en consecuencia, en marcha sus últimos, aunque disimulados preparativos, y estaba muy tranquilo; pero si el atentado contra el telégrafo era, cual temió al conocerlo, el comienzo de la rebelión, y llegara en pos de él una verosímil interrupción de trenes, ello podría dificultar o hasta impedir su marcha.

De otra parte, y esto era aún más grave, en seguida que estuvieran deslindados los campos ya no podría mantener su cómoda situación de ostensible amigo de los franceses y encubierto auxiliar de los africanos: pareciéndole, no sin fundamento, que con unos u otros, o con todos, corría grave riesgo el dinero que aun le quedaba en Agadés, y tan grande como el dinero la cabeza: viéndolo claro en las dudas, resoluciones y arrepentimientos que éstos en pos de aquéllas le asaltaron en cuanto supo lo del telégrafo.

Ocurriósele primero ir a congratarse con Bertier, denunciándole lo que traían entre manos los árabes disfrazados que hospedaba en su casa; no poniéndolo por obra porque, sobre la dificultad de justificar sus tratos anteriores con ellos si al oficial le daba tentación de curiosear en tales tratos, le retrajo el terror a la terrible África Vengadora que, como en todas partes, tenía en Agadés muchísimos aliados, y acaso no tardara ni veinticuatro horas en cobrarle la delación en puñaladas.

Por eso optó por continuar amigo de sus huéspedes durante el tiempo que tardara en hallar modo de salir del atasco, y procurar por lo pronto sondearlos para saber si lo de Akka era realmente el primer chispazo de la insurrección. En consecuencia, no habiendo vuelto aún Gahel de su visita al ingeniero, se fué a buscar a Ben-Cassim para observar, al darle la noticia, la impresión que le hiciera; pues, de ser cosa por ellos preparada, no podría sorprenderle.

Ha de advertirse que Moyfsk ignoraba

igualmente el verdadero nombre de éste y el de Abd-el-Gahel, pues la reserva de los altos conjurados era tal, que sabiendo el judío que los dos eran árabes, y conociendo por el despótico modo como lo trataban que indudablemente debían ser jefes importantes de la conspiración, no conocía de ellos sino las personalidades consignadas en sus pasaportes, obediéndolos por habérselo así mandado una orden autorizada con el sello de la Sociedad, muy teatral y terrorífico, según costumbre clásica en las secretas, y habérselo exhibido el señor Núñez, que al tenerlo en sus manos demostraba pertenecer al Supremo Diván; pues los jefes subalternos usaban sellos y distintivos diferentes, conocidos no más en las demarcaciones adonde solamente alcanzaba su poder: siendo el único rasgo común a toda orden, por unos u otros dictada, las siguientes inscripción y viñeta impresas al margen de ellas:

“Aunque en el Paraíso se esconda bajo la chilaba del Profeta, llegaré al corazón (¡maldito sea de Al-lah!) del que delate o abandone a sus hermanos.” Y debajo hacía veces de firma una gumiá goteando sangre: todo tomado a broma por Moyfsk, por creerlo espantajo sin otro alcance que impresionar a las gentes sencillas cuando en los primeros tiempos de su cooperación lo fascinaba el pingüe negocio realizado con ella; mas con lo cual se preocupó bastante tan pronto vió que, no por delaciones ni infidencias consumadas, sino tan sólo por sospechosa intención de cometerlas, caía de cuando en cuando alguno: entre ellos dos *judíos sus amigos* dedicados a los propios oficios en que, tarde ya, se arrepentía de andar metido.

Previos dos suaves golpecitos en la puerta de la habitación donde estaba Ben-Cassim, y otorgamiento por éste de permiso, entró en ella el hebreo.

—Perdone si le molesto, Señor Pozo: vengo a informarlo de un suceso importante, tal vez conocido de usted; pero que por si acaso no es así, creo deber comunicarle.

—¿Qué es ello?

Moyfsk no perdía el menor movimiento de la cara del moro, dándole a intento lentamente la noticia para observarlo bien.

—Un suceso ocurrido entre Akka y Termasioun.

—¿En Akka?... ¿Qué es?... Acaba—dijo Cassim con no fingida curiosidad, que advertida por el otro le hizo pensar que no sabía nada de la avería telegráfica; mas

para cerciorarse bien de esta ignorancia, continuó perdiendo tiempo en circunloquios:

—... En el que deben andar nuestros hermanos.

—Yo no he tenido nunca hermanos de tu casta—contestó el árabe con el brutal desprecio que los de su raza hacen siempre sentir a los judíos.

—Perdone, señor; quise decir...

—Lo que quieres decir ya lo he entendido; pero lo que venías a decir no acabas de decirlo: revienta de una vez; y si no, vete.

—Que ayer han arrancado varios centenares de kilómetros de línea telegráfica.

—¿Cómo! ¿Quién? ¿Pero es seguro?—preguntó el moro con impetuosidad, que convirtió en certeza la sospecha de Moyfsk de que la interceptación del telégrafo no obedecía a órdenes del Diván Supremo de Africa Vengadora.

—Yo no sé sino que me han devuelto unos telegramas para Tendouf y Ghenater; que los franceses están alarmados, y que...

La entrada de Abd-el-Gahel no permitió a Moyfsk acabar su frase, pues Ben-Cassim le quitó la palabra para informar al recién llegado de la novedad, que lo contrarió no menos que en el mismo momento contrariaba a Bertier y a Duvery; pero mostrando su mal humor, mejor dicho, su cólera, no ya con la violencia inherente a su sangre africana, sino con destemplanza mucho mayor; pues la frecuente contención a que aquel hombre impetuosisimo le era indispensable someterse para representar durante largas temporadas su papel de hombre civilizado hacían de su carácter resorte comprimido que, al distenderse, cuando podía dar rienda suelta a su salvaje ira, lo arrollaba todo.

Por eso, al oír la noticia que perturbaba sus planes con un atentado imprevisto realizado sin orden del Diván, y que en su aislamiento podía producir los frutos de la explosión proyectada por él en forma que cual rayo sorprendiera en todas partes y en una hora determinada a los desprevenidos cristianos, su desenfadada cólera se desbordó en un torrente de amenazas, maldiciones y blasfemias que no extrañaron a Ben Cassim, pues ya las esperaba, pero aterraron a Moyfsk.

Pasado aquel primer rabioso hervor de su coraje, que no es para transcrito, prosiguió:

—¡Imbéciles! ¡Imbéciles!... Pero esas bestias quieren estropearlo todo... Ben Cas...

Pozo, oye: ¿quién manda entre Akka y Termassoun?

—Muffi; pero ya sabes que como su gordura no le permite moverse, sólo dirige desde casa, y en el campo lo hace todo...

—Sí, el burro de su hijo: ¡hijo de mala cabra! Ya, ya se ve su mano en eso. El había de ser: ambiciosillo. Ha querido lucirse, hacer una hombrada, obrar por sí, como si fuera alguién; y va a aprender cómo pagan ahora, en el Sahara, su desobediencia los que se creen en los tiempos en que cada uno hacía lo que le daba la gana. Oye, ¿no está ahora en Tendouf Ali-Berkan?

—Sí.

—Ese es bueno, ese es mi hombre. Escribe... No, no te vayas, Moyfsk.

—Creí que por discreción...

—Quiero que aprendas, *por si lo necesitas*, cómo el Diván castiga a los desobedientes y a los desleales. Escribe, Pozo, escribe lo que voy a dictarte:

“Orden a Ali-Berkan:

“Muffi, hijo, declarado traidor por desobediencia. Trasládate Akka para que él y sus seis principales auxiliares en destrucción telégrafo, necesario planes Diván, sean degollados. Ordena a Muffi padre que sea él quien en tu presencia disponga ejecución inmediata.”

Esos estúpidos serían capaces de destruir todos los telégrafos y todos los ferrocarriles, que en cuanto despachemos a quienes hoy los utilizan nos serán indispensables para luchar con los que vengan a vengarnos... ¿Está ya?

—Sí.

—Pues sigue: “Si Muffi se resiste a ejecutar a su hijo, degúellalo a él también. Como importa que cortadura telégrafo no sea achacada a rebelión, llevarás las siete u ocho cabezas al comandante militar de Taflete, diciéndole son de cuadrilla de ladrones que robaron el alambre, y ofrecerás cuanta gente pida restablecer rápidamente línea.”

Como los europeos ya no se fían de sacrificios de terneras y carneros, para tenerlos confiados como necesitamos, hay que darles cabezas de moros: esas me servirán además para hacer este escarmiento; pero las cobraremos con creces en cabezas de perros.

(Ya se entiende que Abd-el-Gahel quería decir cristianos.)

Espantado con lo que aquella fiera hacía con un jefe importante, reflexionaba Moyfsk qué podía esperar un mísero judío a la menor sospecha que su conducta despertara,

aterrándose aun más al recordar aquel "por si lo necesitas" de la invitación que para oír aquello le fué hecha. ¿Sería que ya sospecharan de él, o respondería únicamente la indirecta a la desconfianza añeja que los judíos inspiran a los musulmanes?...

Acuitadísimo se hallaba con estas turbadoras perplejidades, cuando oyó a su terrible huésped decirle:

—Hebreo: supongo que tendrás emisarios y motociclos disponibles para salir en cuanto sea preciso, según se te ha ordenado.

—Sí.

—¿Cuántos?

—Tres.

—Con dos bastan. Conviene enviar la orden duplicada y por diferentes caminos, por si alguna se pierde—dijo Abd-el-Gahel a su tío—. En Ain-Tahena y Tintidín tenemos relevos de motocicletas. ¿No es así, Pozo?

—Sí.

—¿Habrà entre tus ciclistas quienes sepan ir a esos lugares?

—Desde luego señor.

—¿Y seguir a Tendouf?

—No es fácil: está muy lejos.

—Entonces en esos puestos entregarán los pliegos a quienes se les dirá al salir Pozo, quédate con el original que has escrito, y pon dos copias para los correos en la forma que sabes.

Al recibir esta orden salió Pozo, regresando de su habitación a poco con dos mochilas o zurrónes de dril "kaki", de tipo propio para que peatones y camelleros llevaran a la espalda provisiones, y traía además una botella y un punzón de madera.

En seguida que llegó volvió los sacos, y en el revés de sus telas copió la orden usando el punzón, mojado cual si fuera una pluma, en el líquido de la botella, cuyo color amarillo oscuro, que mientras fresco permitía leer, aunque difícilmente, lo escrito, se confundía al evaporarse con el "kaki" de las telas, donde no dejaba huella visible; pero sí huella química, que al bañar el saco, en el punto de destino, en una solución de sulfato de cinc, hacía reaparecer lo escrito en caracteres rojos.

Tal era el sistema de comunicación secreta empleado por los jefes de la conspiración.

Seca la tinta, volvió Pozo del derecho los sacos y se los dió a Moyfsk, diciendo:

—Ahora llénalos con las provisiones, y escribe por tu parte a tus corresponsales de Ain-Tahena y Tintidín sobre asuntos de comercio que justifique los viajes de los emisarios: para que si los detienen les cojan esas cartas—dijo Abd-el-Gahel a Moyfsk.

—Escribiré que me envíen con urgencia unas partidas de *cuscus* o de dátiles.

—Y ahora llama a esos dos hombres.

Salió Moyfsk, volviendo a poco con dos mulatos, que al entrar en la sala y dirigirse Ben Cassim a ellos, frotándose por dos veces con un dedo el párpado derecho, como si algo le molestara en el ojo, repitieron el mismo movimiento, seña de reconocimiento de los afiliados de última categoría de Africa Vengadora; y al ver que aquél se pasaba en seguida la mano por la barba, y luego de la frente a la cabeza, cual para echarse hacia atrás el cabello, se prosternaron con grandes muestras de respeto, por haber reconocido en dicha seña a un miembro del Diván Supremo.

Sucesivamente dijo Ben-Cassim al oído de cada uno el lugar donde iba y el nombre de la persona a quien entregaría la carta de Moyfsk y el zurrón diciendo: "Para enviar a Alí-Berkan, en Tendouf"; y después de hacerles en alta voz varios encargos de carácter común a ambos, les ordenó salieran en seguida, agregando:

—Ya sabéis que "hasta debajo de la chilaba de Mahoma"...

—Descuida, gran señor—le atajó el uno—. "Maldito de Al-lah sea el que"...

—Blen. Idos.

\* \* \*

A las diez y media de la noche, y por distintas rutas, salieron de Agadés en motocicletas los emisarios, siendo en seguida detenidos por los gendarmes de Bertier, que no contentos con abrir y leer las cartas de Moyfsk de que eran portadores, les registraron escrupulosamente ropas y zurrónes. Y tranquilos de que sólo llevaban cartas comerciales que, por no haber correo ni telégrafo a Ain Tahena ni a Tintidín, habían de ser remitidas por propios, dejaron marchar a éstos.

## XIV

## TRES DIAS DESPUES

Tres días pasaron sin que las autoridades a quienes telegrafiaron Duvery y Bertier dieran otras contestaciones que "se proveerá" y "se tendrá en cuenta en lo posible". De Río de Oro no había respuesta.

El primero preparaba su marcha a Techiasco, centro de los trabajos de replanteo del último trozo de la vía férrea, y donde desde un año antes tenía él su casa: a la cual se habría trasladado sin demora a no ser porque las sospechosas novedades encontradas a su llegada a Agadés le hicieron pensar en la necesidad de tomar precauciones; pues la manera confiada como antes de su viaje a Francia había vivido allá, aislado de la protección de autoridades y fuerzas francesas, no era para continuada, en cuanto fué entrevista la posibilidad de una rebelión de indígenas.

El mayor cuidado del ingeniero era Emma; pues no se le apartaba de la imaginación la frase de Morlain al señalar las mujeres e hijas de los europeos como el botín más codiciado por los salvajes sahareños. Así, cuando la conferencia con aquél y Bertier dió consistencia a sus temores, decidió que en el tren del siguiente día saliera Raúl con Emma para volverla a Francia. Pero cuando a la tarde se disponía a decir a una y otro que se aprestaran al viaje y buscaba el modo de vencer, sin alarmar a su hija, la resistencia que de cierto opondría a dejarlo solo, y cuando se devanaba los sesos para justificar, sin descubrir sus temores, lo imprevisto y precipitado de su resolución, llegó Bertier con la noticia del atentado de Akka; y temiendo don Héctor que a éste siguieran otros contra las vías férreas, le pareció temeraria imprudencia exponer a sus hijos a un viaje de extremo a extremo del Desierto en tales circunstancias.

En consecuencia, desistió de su propósito en tanto no aclarara el horizonte, optando por llevarse consigo su hija a Techiasco; mas convirtiendo aquella residencia en un fortín para preservarla de un golpe de mano de los rebeldes, en tanto pudiera recibir socorro, para pedir el cual en caso necesario habría de arbitrase rápido me-

dio de comunicación con los puestos más cercanos de gendarmería. Y no sólo esto, sino que era preciso reclutar disimuladamente gente fiel, que unida a los ingenieros, capataces y unos cuantos criados franceses allí residentes, pudiera dar el número de fusiles indispensables para la defensa.

En la preparación de todo lo anterior, en acopiar municiones, doce ametralladoras que con urgencia pidió a marruecos y en reunir rápidos medios de transporte que en caso necesario le permitieran retirarse adonde hubiera fuerzas, se le habían ido los tres días pasados desde su llegada, y se le irían todavía algunos más: atribuyendo el retraso de la marcha, cuando con Emma hablaba, a impensadas necesidades de la explotación de la línea, que antes de marcharse debía dejar atendidas.

Gracias a que ella no parecía tener prisa en que el traslado interrumpiera sus diarios paliques con Lobera, de quien colegía Emma se marcharía por otro lado en cuanto se fuera ella a Techiasco o, cuando no, se quedaría en Agadés preparando su expedición, no menos misteriosa que la fantástica del señor Núñez.

Parece deducirse de esto que los paliques de la francesita y el argentino habían llegado ya... No, los paliques no eran todavía, externamente al menos, sino los propios de dos buenos, pero muy buenos amigos; mas no por eso dejaban de tener encantos, acaso superiores a los que la amistad suele proporcionar.

Sin embargo, con no irle mal, ni mucho menos, se pasaba Lobera no pocas rabietas, pues aquellas categóricas explicaciones que pensaba obtener de Emma en los días que tardara en acabar su trampa telegráfica no llegaban, y estaba viendo que Don Héctor conocería cualquier día que el auto-estación avanzaba demasiado despacio, a lo cual no podría Lobera contestarle dando como razón que a su hija no había medio de hacerla hablar de un asunto sumamente interesante, pues apenas oía que le iban a plantear explícitas cuestiones, solía escurrirse como una anguila.

¿Cortedad de genio?... ¿Coquetería?... Vaya usted a saber; y no saberlo era lo que desesperaba a Lobera.

Pero, por suerte, en la noche del cuarto día de su estancia en Agadés tuvo una conversación con Don Héctor, la cual le dió el respiro que oyéndole veremos.

—Para esa gran manufacturera vidriera no veo mejor sitio que Azzau; y no estando las cosas, según usted ya sabe, para que un europeo se arriesgue a reconocimientos en estas tierras, creo excusado se meta usted en ellos.

—¿Y no habría en las inmediaciones de Techiasco zonas despejadas donde... donde... abunde la arena?—preguntó Lobera tartamudeando un poco, por venirle a la boca una pregunta sobre la fuerza del sol en tales zonas, que no quiso dejar escapar por razones que el lector ya conoce, no suficientes a quitarle el escozor de engañar a quien debía las atenciones que a Duvery; pero al cual no debía confiar un secreto, que no era únicamente suyo.

Tales tartamudeos no pasaron inadvertidos a su interlocutor, que a haberle oído hablar otra vez del sol del Sahara no habría dejado de sorprenderle la frecuencia con que sacaba a colación tal tema, y aun parecía complacido cuando oía encomiar la inclemencia del temible y constante verdugo de quienes tienen que andar por el Desierto; pero como Lobera se contuvo, el padre de Emma atribuyó la turbación de su huésped a temor de que le adivinaran que en su deseo de establecer la vidriería cerca de Techiasco no influían razones industriales, pues de sobra tenía ya visto el padre lo que al americano le parecía su hija: no molestándole el descubrimiento cuando lo hizo, pues sobre serie muy simpático el pretendiente, tenía de él magníficas referencias por la persona que se lo había recomendado. Que lo adornaba talento y además cultura en grado no frecuente en quien como él no la necesitaba para ganarse la vida, lo había apreciado por sí mismo Duvery, quien, riéndose, contestó a la tonta pregunta que le había sido hecha:

—¡Faltar la arena en el Desierto!... No pase usted cuidado. En cuanto a lo otro, me complacería poder informarle de acuerdo con mi deseo de tenerlo por vecino: no solamente por el gusto que ello me proporcionaría, sino porque en esta época de temores de revueltas no sería desdeñable la posibilidad de prestarnos ayuda.

—En eso precisamente pensaba—contes-

tó hipócritamente el argentino un tanto colorado al recordar su tontería de la arena.

—Pero teniendo en cuenta—agregó Duvery—que es base obligada de los planes de usted usar en su explotación la fuerza de la Hidroeléctrica de Lebezenga, no hay posibilidad de ello; porque a Azzau todavía llegará bien, pero Techiasco está ya demasiado alejado de dichas cataratas.

—¿Y cuánto dista Azzau de Techiasco?

—De doscientos a doscientos veinticinco kilómetros—contestó Don Héctor, volviendo a sonreírse al ver que Lobera no preguntaba la distancia entre el lugar donde había de utilizar la fuerza y la central de donde iba a tomarla, sino la existente entre su verdadera residencia y la de Emma.

—Para lo que son las distancias del Desierto, casi al lado: con motos o autos, y sin correr, tres horas escasas; en dirigible, ni eso, y en aeroplano una hora.

—¡Ah! ¿Es que piensa usted tener aeroplanos en su factoría vidriera?

—Sí... Tal vez.

—Yo creo que lo que a usted más le conviene es unírseos cuando salgamos para Techiasco, con lo cual se evitará los peligros que su pequeña caravana podría correr en esa primera parte de la expedición, que por la índole de las tribus que habría de atravesar es la más arriesgada. Desde Techiasco podrá usted ir después a Lebezenga, no al final de su reconocimiento de localidades, como tenía proyectado, sino directamente; pues estando Azzau casi al paso, puede verlo de camino; y únicamente si después de visto no le conviniera aquel sitio para su fábrica, debería pensar en ulteriores reconocimientos.

No hay que decir que el plan de Duvery pareció de perlas a Lobera, aceptándolo desde luego: terminando con esto la anterior conversación, al acabar la cual no se explicaba el ingeniero que para hacer vidrio tuviera un bonaerense que ir a Africa en busca de la arena, que no debía faltar en la Argentina; y al separarse de él iba diciendo:

—Creo que esa vidriería corre parejas con el emporio maderero del Baoutch, pero a éste se le conoce en la cara la mentira; y algo dice en su abono el no saber mentir... Pero ¿qué habrá detrás de esa mentira?... Cuando él lo calla, será que no puede o no debe decirlo, porque no es un farsante, como Núñez: eso se ve a la legua.

Al lagartón de Moyfsk no podía escapársele que su casa estaba vigilada, no obstante el disimulo con que bertier montó tal vigilancia. Gentes que, por los trotes en que andaban, vivían tan sobre aviso como Abd-el-Gahel y Ben Cassim, y que mediante las consabidas señas se habían relacionado con no pocos hermanos de la masonica secta residentes en Agadés y hasta en la propia casa del judío, no habían menester les diera éste la voz de alarma; pues cuando los previno de que estaban espíados, le contestó Abd-el-Gahel:

—Ya lo sabía, y también que tú no lo ignorabas; y hasta me parecía que tardabas en avisarme de ello.

—Gran Señor—contestó el hebreo aterrado ante la dura y recelosa mirada de Abd-el-Gahel, y poniéndosele carne de gallina al pensar que no era Bertier sólo quien lo tenía estrechamente espíado—, en cuanto me he dado cuenta de ello he venido a decirlo: juro por Moisés.

—Por hoy te creo: no por el juramento, del que no hago caso, sino porque te supongo convencido de que ni te conviene ocultarme nada, ni aun, de intentarlo, lo conseguirías.

—Señor, señor: mi lealtad...

—No digas tonterías. Vete.

—Y mucho ojo—agregó Ben Casim, que al salir Moyfsk dijo a su compañero:

—Quiera Al-lah que tu empeño en permanecer aquí no nos salga caro: quien estando en nuestro caso tuviera dos dedos de juicio no tardaba dos horas en salir de Agadés.

—Ya te he dicho que mientras ese hombre no se marche y yo no sepa dónde lo encontraré seguramente no me muevo de aquí.

—Y mientras, que nos armen una encestona y nos cojan en la ratonera que ya nos van preparando.

—No es tan fácil como crees coger a Abd-el-Gahel.

—No lo era; pero ahora, embrujado por esa maldita hija del diablo que así Al-lah quiera...—exclamó Cassim, pasándole por la cabeza un expedito y feroz medio de desembrujar, como él decía, a su sobrino y jefe: quien, adivinándole los pensamientos, lo interrumpió diciendo:

—Acuérdate de esto, Cassim: si alguien toca a un cabello de esa mujer conocerá a su costa lo que es la ira de Abd-el-Gahel... Ha de ser mía, y como mía sagrada para todos.

—¿Pero es que por ella lo has de olvidar todo: hasta tu personal seguridad?

—No olvido nada: para darme lecciones sabes poco.

—Es que...

—Calla, y ve a preguntar a ese cazurro si tiene ya lo que le encargué buscar; y si lo tiene que venga a traermelo y a darme los nombres de los camelleros.

—¿Qué camelleros?

—Vete y haz lo que te digo.

Salió Cassim. Cuando su sobrino se quedó solo sacó del bolsillo un cuadernito con registro alfabético, bien repleto de notas; buscó Agadés, en la A, y entre los datos relativos a dicha población, leyó: "Tinkert, capataz de motoristas y camelleros de Moyfsk: gran práctico del Sahara meridional, muy conocedor de autos y camellos. listo, valiente y de absoluta confianza. Ben-Ziza." Hecho esto se guardó el cuaderno.

Poco después volvía Cassim acompañado de Moyfsk: aquél con cara de muy pocos amigos por acordarse del réspice poco antes recibido, y éste con un paquete que, abierto, resultó contener dos trajes de *tuaregs ifoghás*: gentes que por tener gran tráfico con El Air no sorprende a nadie verlas en Agadés y sus contornos. Los trajes habían sido buscados de modo que, poco más o menos, fueran de las tallas de los supuestos españoles (1).

—Cassim, vete enterando de cómo se des-

(1) *Tuareg* es el nombre dado por los árabes en su idioma a la raza bereber que ocupa la parte central del Desierto de Sahara (una mitad de él). El significado de esta palabra en dicho idioma es "abandonado de Dios".

Dicha raza, berberisca de origen, y por lo tanto blanca, se halla en la actualidad mezcladísima con árabes y negros. Los individuos de ella no se dan a sí mismos el nombre de tuaregs, sino el de *imohags*, en cuya etimología se halla explicación que a tal palabra une el significado de raza libre, independiente, fiera.

Como tres siglos después de la invasión del África por los árabes adoptaron los tuaregs la religión mahometana; mas no por ello cesaron sus insurrecciones y sus luchas con los dominadores.

Los *imohags*, como se llaman ellos, o tuaregs, como los llama el mundo, constituyen hoy cuatro grandes confederaciones de numerosas tribus: grandes, se entiende, por la extensión que ocupan, pero de población sumamente escasa, pues que las dos del norte, *tuaregs-azdjar* y *tuaregs-hoggar*, limitrofes con Argelia, Túnez y Trípoli, no constan, según Duveyrier, sino de 30.000 habitantes. Las otras dos, al mediodía y cuyos territorios llegan al Senegal, la Nigracia, el Uadai y el Sudán, son las de los *awedlimiden* y las de los *kelovis*: a occidente los primeros y a oriente los segundos. A estos últimos pertenecen las tribus *kelgeres* o



cuida el estúpido embrujado de que hablabas.

—No, yo no te he llamado estúpido; yo no...

—Basta: no puedo perder tiempo. Tú, hebreo, ¿estará ahí Tinkert tu capataz?

—Sí; esta es la hora de...

—Búscalo y tráelo.

Mientras Moyfsk estuvo fuera intentó Ben Cassim hablar con Abd-el-Gahel, que haciendo ostentación de no cuidarse de él más que si fuera un perro, no se dignó contestar a sus preguntas ni despegar los labios hasta que, seguido del capataz, volvió Moyfsk, a quien preguntó:

—¿Cómo se llaman los camelleros que or-

*titanscs*, de que hablamos en otro lugar de este libro.

Altos, fuertes, delgados, su tez permitiría confundir con europeos a los menos cruzados con razas negras, a no ser por lo muy bronceado de la tez a causa de la acción del sol africano, de la cual no basta a preservarlos por completo el velo. Su porte es altanero. Algunos tienen los ojos azules.

Son extraordinariamente sobrios, teniendo por virtud tal cualidad: tanto, que por no poseerla los árabes son despreciativamente llamados *glones* por los tuaregs. Dátiles, higos, granos, entre ellos el *cuscus*, hasta yerbas, son su habitual alimento en pequeñas cantidades. La carne es poco usada por ellos.

Ya se ha dicho que estas gentes usan siempre sobre la cara el velo o *litzam*.

Se afeitan, como los árabes, la cabeza; pero dejando de la frente a la nuca una a modo de cresta, donde sujetan la tela del *litzam*.

Sus armas, que nunca dejan, son: puñal, sujeto al antebrazo derecho por un brazalete de cuero; lanza, javalina, maza y espada; y no hace mucho que han comenzado a servirse del fusil, al cual llaman "arma de traidores".

En general, mas con excepciones, no usan tatuajes; pero sí se pintan cara, manos y brazos, tiñéndose de azul, con polvos de indigo, los hombres, y de amarillo, con ocre, las mujeres.

Nadie se lava nunca, pues dicen que lavándose adquiere la piel sensibilidad perjudicial que hace más duras las inclemencias del clima sahárico. Llevan esto a tal extremo, que ni siquiera practican las abluciones rituales de su religión islámica, reduciéndolas a un simulacro de ellas, hecho con arena.

En general, son casi todos nómadas, determinando los lugares de sus transitorias residencias, no la satisfacción de sus propias necesidades, sino las de sus camellos; viviendo en eterna peregrinación en busca de los míseros pastos, que en el desierto cabe en general hallar para aquellos animales compañeros inseparables del tuareg y sin los cuales no podría vivir éste en el Sahara.

Los *azdjar* son los que más tendencia tienen a abandonar la vida nómada por la sedentaria.

Los más civilizados entre los *azdjar* son los *ifoghas*, que fueron los primeros en trabar buenas relaciones con los franceses, distinguiéndose de las demás tribus de su raza, por ser los mejores criadores de camellos. Los hoggar son mucho más sal-

dené tuvierais preparados para ir a Uad-Tini cuando yo disponga.

—Suko y Taghar. Desde anteayer duermen y comen aquí, sin salir para nada.

—Y a ti, Tinkert, ¿qué te parecen esos hombres?

—¿A mí?—respondió el capataz, tan sorprendido como su amo de que aquel forastero lo conociera por su nombre.

—Sí, a ti: ¿tienes confianza en ellos?

—Desde luego: son muy buenos muchachos.

—¿Buenos, como para servir a Ben-Ziza?

—¡Ben-Ziza!... ¡Ah! Si son para Ben-Ziza puede haberlos todavía mejores—dijo resueltamente el preguntado.

Ignorantes Moyfsk y Ben Cassim de quién podría ser aquel Ben-ziza cuyo nombre producía tal efecto en el servidor del primero, miraban con sorpresa al capataz

vajes y más ladrones, cosa de que todos tienen bastante, y en la cual les hacen especial competencia los *audimidén*, cuyos saltadores, y lo son casi todos los de su casta, viajan semanas y semanas en sus meharís para ir a robar ganado a tribus lejanísimas.

Las ofensas no son jamás olvidadas por estas gentes, que de padres a hijos persiguen la venganza de ellas.

Los frecuentes atentados contra viajeros europeos, entre los cuales alcanzó especial resonancia el asesinato en masa de la expedición francesa dirigida por Flatters, ha dado a esta raza fama de codiciosa, perversa, artera y cruel. Desdennan el trabajo, que consideran indigno, haciéndolo pesar sobre gentes tributarias, a quienes llaman "ganado de carga", siendo para ellos la guerra y el saqueo la más honrosa de las ocupaciones. Además tienen verdaderos esclavos negros.

Aun cuando mahometanos, no practican, en general, la poligamia. La mujer es muy considerada entre ellos e instruída a tal extremo que el nombre que en los hijos perdura es el de la madre, lo cual, por oposición a nuestro aforismo castellano: "En Castilla el caballo lleva la silla", expresan ellos con la frase: "El vientre hace al hijo": que es noble si la madre lo es, aunque el padre sea plebeyo, y esclavo si la madre es sierva, aunque el padre sea noble.

De aquí que en la vida ordinaria la mujer sea igual, cuando no superior, al hombre: disponiendo de sí misma al contraer matrimonio, manejando su fortuna personal después de casada, sin contribuir a las cargas del hogar, educando a los hijos y mandando en ellos. Frecuentemente es admitida a los consejos de la tribu, y hasta ejerce a veces autoridad política en ella. Por último, a despecho del Corán, han conseguido la abolición de la poligamia, y aunque el divorcio está admitido, la nueva esposa no puede entrar en el domicilio conyugal en tanto no esté asegurada la posición de la repudiada.

Y como dato final, las gentes no se escandalizan de que las damas tuaregs tengan "servidores de amor", en honor de los cuales componen versos, que recitan en sus fiestas. ("Nouvelle Géographie Universelle", de Reclus.)

y a Abd-el-Gahel por no explicarse cómo, sin haberse hecho ninguna seña masónica, se entendían al verse, por la primera vez, dos hombres que no se conocían.

—¿Quiénes son esos mejores?—preguntó Gahel.

—Por lo pronto yo, y además Hixem.

—Pues desde este momento habéis de tener preparados en el establo los cuatro mejores meharis de tu amo: dos para el señor y para mí y los otros para ti y tu compañero. Eso, si son de primera, que si no será preciso comprar hoy mismo los mejores que se encuentren.

—No hay necesidad, gran señor; mi amo tiene muy buenos meharis. ¿Cuándo hemos de salir?

—Dentro de ocho días o dentro de dos horas; pero sea cuando quiera, a los cinco minutos de decirlo yo. Ya sabes que por lo pronto iremos a Uad-Tini, y... ¡Ah! Moyfsk, Pozo, idos: necesito hablar a solas con este hombre.

El judío salió inmediatamente, preocupado de que en su casa y en sus servidores mandara el huésped más que el amo; pues lo ocurrido era alarmante indicio de que el tal huésped no se fiaba de él y porque al ver cual se entendían Abd-el-Gahel y Tinker pensaba que éste debía de ser un espía puesto en su misma casa a su servicio por la terrible sociedad, que le iba ya quitando el sueño.

Al oír Ben-Cassim que su sobrino lo despedía a la par y en los mismos términos que al vil judío, sintió encenderse la cara como si en ella hubiese recibido una bofetada; y brillantes los ojos preguntó con voz destemplada por la indignación:

—¿Es a mí a quien dices que se vaya?

—A ti: ya has visto que para hacer cuanto hace falta de *nadie* necesito—replicó Abd-el-Gahel, mirándolo con dura altanería.

—¿Te has olvidado de quién soy, al punto de guardarte de mí para hablar con ese hombre?...

—Más bajo, Ben-Cassim—dijo Gahel en español para no ser entendido por Tinkert, y en voz bastante queda, mas con acento durísimo y vibrante—. Tú eres el que ha olvidado que los hombres no pelean a gritos como mujeres, el que no se acuerda de quién es, de quién soy, y de que cuando manda el Gran Caid lo mismo le obedecen el más ruín de los hermanos que los consejeros del Diyán.

Era tan terrible la mirada de Abd-el-Gahel y había en ella tal autoridad, que, unido esto a la indirecta prueba de consideración por Cassim advertida, dada a éste, a despecho del enojo del jefe, cambiando de idioma para que el capataz no se enterara de la reprensión, bajó los ojos el indómito moro, sin acertar sino a decir:

—¡Gahel!...

—Ahora no soy Gahel, no soy tu sobrino, sino Abd-el-Gahel, el esperado del Islam, el Vengador, a quien juraste obediencia ciega ante tu padre; el Gran Caid, que sabe y puede más que tú... ¿Es que te pesa ya tu juramento y el respeto a quien es cabeza de tu estirpe? ¿Es que ya no te acuerdas de que aquel héroe cuya sangre tienes...?

—No, no.

—Pues lo parece; pues críticas y gruñes cuando sólo te cumple caer y obedecer; y porque teniéndolo yo todo previsto, según acabas de ver, antes de soñar tú en la necesidad de que nos previniéramos, te has permitido creerme descuidado, olvidadizo de la gran empresa que sobre mí llevo.

—Perdón, perdón.

—Yo, que *no perdono nunca*, te perdono hoy porque eres hijo de aquel cuyo inmortal espíritu vive en mí.

—Sí, sí, dispénsame: yo te diré, te explicaré porque...

—No expliques nada. Esta es la primera vez que Abd-el-Gahel perdona, y será la última; pero ahora te ha perdonado tan de corazón que no sólo perdona, sino olvida.

—Gracias, Gahel—contestó ya domada la fiera, a quien su fanatismo y su respeto casi supersticioso al providencial continuador de las hazañas de su padre le impedían revolverse contra la autoridad, sagrada para él, que se le imponía. Pero todo el coraje de aquella humillación, que no podía vengar en Abd-el-Gahel, convertíase en aborrecimiento a la mujer que era la causa de ella.

—Para probarte que del todo he olvidado—agregó el otro—, quédate y escucha lo que voy a ordenar a este hombre... Pero acuérdate de que jamás volveré a perdonar a ti ni a nadie. El perdón es cosa de mujeres, debilidad de almas cobarde.

La conferencia con el capataz debió ser sumamente interesante, pero fué mantenida en voz tan baja que no habiendo podido oír la Ignotus le es imposible transcribirla.

## LAS DOS BARAJAS DE MOYFSK

Morand, el radiotelegrafista mestizo de quien Bertier no se fiaba, no había sido calumnado por éste al llamarle borrachín, jugador y tramposo; pues sobre merecer muy a conciencia aquel ramillete de epítetos, cuadrábale el de desleal.

Nacido de un ex presidiario francés, que en el Desierto llegó a hacer unos cuartejos, a poco de su muerte perdidos por su hijo al juego, y de una negra berberisca, en él se habían juntado la sangre africana de la madre con la moralidad por el padre aprendida en el presidio de Tolón, resultando del cruce un ejemplar digno de ser prohibido por el diablo.

Aun estando inscrito en el registro de la población como francés, su diferencia de color con los nacidos en Francia era para el mulato causa sobrada de envidioso aborrecimiento a sus blancos compatriotas, que bien sabía no lo mirarían nunca como uno de ellos, siendo tal odio el que de hoz y de coz lo había metido en la secreta sociedad.

No sólo por el hecho de pertenecer a ella, sino por tenerlo Moyfsk medio estrangulado con los dogales de diversos préstamos hechos para salvarlo de gatadas que podían llevarlo donde pasó su padre varios años, y de las cuales conservaba el judío en su poder las pruebas, obedecía ciegamente cuanto éste le ordenaba, valiéndose de él por lo común para combinar con ventaja operaciones comerciales aprovechándose de infidelidades por Morand cometidas en el secreto de las transmisiones. Así, el despierto mercader sacaba a los citados préstamos interés incomparablemente mayor que le habrían producido a tipos usurarios; y además seguían las deudas no solamente en pie, sino creciendo con la acumulación de réditos, no pagados a su debido plazo, gracias a tolerancias de Moyfsk, las cuales tenía todavía que agradecerle el telegrafista, quien, además de las noticias comerciales antes mencionadas, tenía a su acreedor al corriente de todo suceso de importancia, o que personalmente pudiera interesarle, de los transmitidos por la estación radiotelegráfica o recibidos en ella durante sus ho-

ras de servicio, y de lo que oíateara fuera de ellas. Recientemente había sido reiterado con muy grande interés que a tales noticias agregara cuantas pudieran referirse a los señores Núñez y Pozo.

He aquí porqué al mismo tiempo que un ordenanza del telégrafo entregaba en el cuartelillo de la gendarmería un sobre con un telegrama para el capitán Bertier, una negra, querida de Morand, leía a Moyfsk, pero sin entregárselo, un papel concebido en estos términos:

"Acaba de llegar el siguiente telegrama: *Cónsul Francia Villa Cisneros a Capitán Gendarmería Bertier.—Banquero Núñez: sesenta y cinco años, alto, barba y pelo blancos, ojos azules.—Secretario Pozo: rubio, pequeño, grueso, bizco.—Salieron tren hace tres días negocio urgente Mogador para volver cuatro después. Cónsul España allí dice salieron dos después regresar aquí. No han llegado aún. Familia alarmadísima. Autoridades temen crimen.—Su telegrama llegó tres días retraso. Para evitarlo en éste lo envío radiotelegrafía.—Jourdan.*"

—A ver, a ver; trae ese papel: es muy importante.

—Ca, no señor—dijo la emisaria echándose atrás—. Esto no sale de mis manos. Si quiere usted lo volveré a leer.

—Sí, sí: necesito fijarme bien en todo.

Leyó la negra nuevamente, y en seguida rompió el papel en menudos pedazos, llevando su precaución hasta quedarse con ellos en el puño cerrado sin tirarlos al suelo; y dando media vuelta se disponía a marcharse, cuando la detuvo Moyfsk, diciendo:

—Aguarda, aguarda. ¿Tu hombre ha enviado ya al capitán ese despacho?

—Claro: ¿qué había de nacer? No iba a comprometerse deteniéndolo.

—Es decir, que dentro de cinco minutos estarán aquí los gendarmes, cogerán a esos hombres en mi casa; tal vez la registren antes de darme tiempo de... ¡Estoy perdido! ¡Estoy perdido!

—Si lo que le asusta a usted es que vengán en seguida los gendarmes, no se apure,

porque el capitán no leera en bastantes horas el telegrama.

—¿Porqué? ¿Qué sabes tú?

—Lo que todo el pueblo: que la noche pasada han hecho un gran robo en la fábrica de curtidos de Monseñor Dureau y que hace tres horas salió para allá el señor Bertier en persona con un cabo y tres pa-

rejas.

—¿Estás segura?

—Y tanto.

—¿Y es en la tenería Dureau?... Entonces por prisa que se dé Bertier no puede estar de vuelta hasta la madrugada... ¡Me he salvado!... Pero, ¿y los otros?... ¿Qué hago?, ¡Jehová!, ¿qué hago?

—¿Quiere usted algo más?

—No: puedes irte.

Mientras, por la calle, iba la negra echando los pedacitos de papel al viento, uno acá y otro allá, para que nunca volvieran a juntarse, quedaba Moyfsk en un mar de confusiones. Fué su primera idea ocultar la noticia a sus huéspedes y enviar una denuncia de ellos a Bertier, para que encontrándola a su regreso no creyera que estaban en complicidad con él; pero pensó inmediatamente que Morand y la negra podrían dar el soplo a los *hermanos vengadores* de que habiéndole avisado del peligro lo había llamado a los amenazados por él; y asustándole los terribles hermanos mucho más que los gendarmes, juzgó lo más urgente ponerse a bien con los primeros: a reserva de buscar luego modo, ya semivislumbrado, de congraciarse con los otros.

En consecuencia, corrió en busca de Abd-el-Gahel y Ben-Cassim, enviando a la par un criado al establo con orden a Tinker de enjaezar los camellos de los señores españoles, que querían salir inmediatamente.

Con la rapidez pedida por lo inminente del riesgo enteró el ruso a sus huéspedes del contenido del telegrama y de la casualidad que les daba unas horas de respiro hasta el regreso de Bertier: suficientes, con los meharis escogidos que iban a llevar, para distanciarse de quienes en su persecución salieran, en términos que les daban certeza de no ser alcanzados; y acabó diciendo que para ganar tiempo había enviado orden a Tinkert de aparejar a toda prisa los camellos mientras ellos se ponían los disfraces de ifoghas.

Con gran sorpresa de Moyfsk y de Cassim dijo Abd-el-Gahel que, siendo aun más importante que la ventaja en la distancia

el engañar a sus perseguidores sobre el traje de los fugitivos, saldrían éstos de Agadés con las personalidades y los trajes de Núñez y de Pozo, mudándose más tarde en cualquiera de las casas de hermanos que encontrarían en el camino de Uad-Tini, por donde iban a escapar.

Resuelto lo anterior, no emplearon los árabes más de cinco minutos en recoger de sus baúles unos cuantos papeles interesantes y en ceñirse cinturones con pistolas de repetición; mientras por encargo de Abd-el-Gahel liaba Moyfsk en sendos paquetes los dos trajes de ifoghas para amarrarlos a las monturas.

Cuando iba a atar el primero se le ocurrió, y dijo a sus huéspedes, que para viajar toda una noche le parecían demasiado ligeros aquellos trajes, agregando que él tenía para enviar a Europa dos hermosas capas de piel de tigre de Abisinia, y mucho gusto en ofrecérselas, en recuerdo del honor que al aceptar su hospitalidad le habían dispensado.

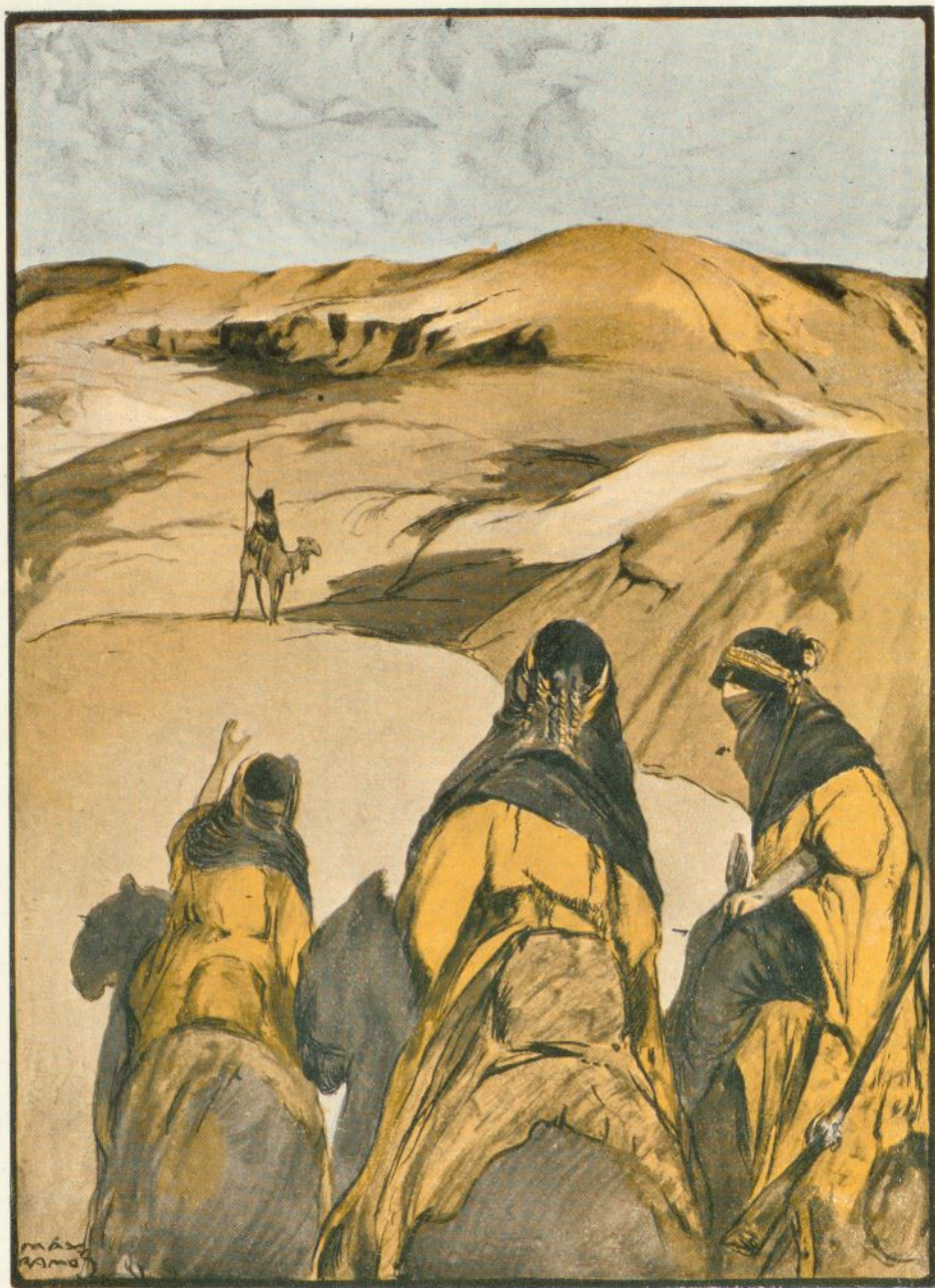
—A nosotros nos da lo mismo el frío que el calor: guárdate tus pieles—contestó rudamente Cassim.

—No, hombre, no: tiene razón el buen Moyfsk. ¿A qué pasar más frío del necesario? Las noches están, efectivamente, muy frías. Te lo agradezco mucho, hombre. Ve por las pieles y bájalas al establo con los paquetes. Nosotros vamos allá a revisar los aparejos de los meharis.

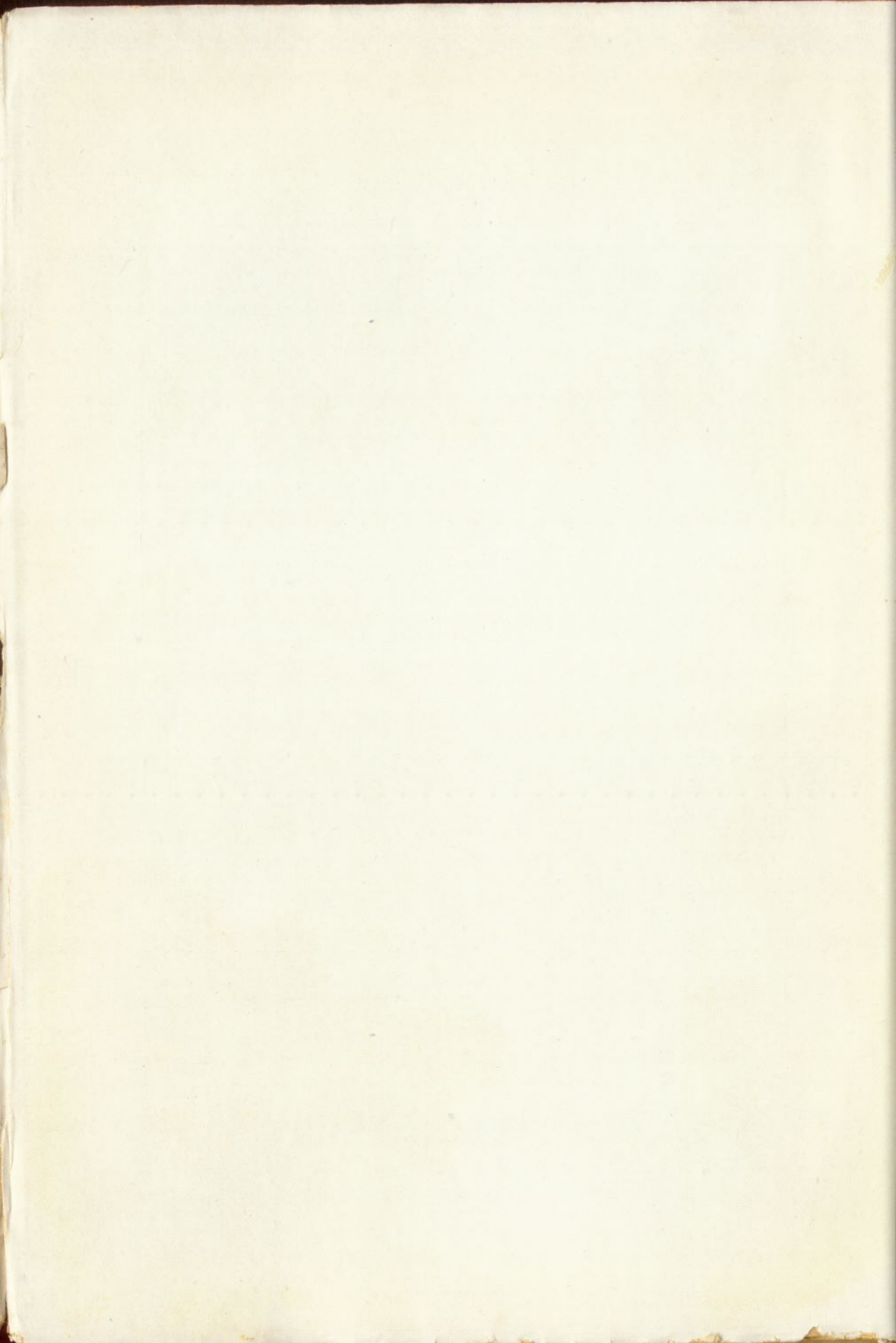
A las nueve y media de la noche, cuando aun no habían pasado veinte minutos desde que por la negra tuvo Moyfsk la primera noticia de haberse descubierto la falsa personalidad de quienes todavía ignoraba cómo se llamaban ni de dónde venían, ni adónde iban, salieron éstos de Agadés a un desenfrenado escape: con gran estrépito, con la mayor ostentación posible y el deliberado intento de hacer pensar a todo el mundo en una precipitada huida: no a uña de caballo, mas sí a pezuña de camello.

Seguíanlos, no dos, sino tres camelleros, jinetes en otros tantos meharis; pues a última hora dijo el capataz, con quien tan bien se entendía el Gran Caíd, que por si alguno de los animales se inutilizaba, o por su menor ligereza retrasara la marcha en la furiosa carrera que iban a emprender, convenía llevar otro de respuesto.

Al verlos desaparecer respiró Moyfsk, muy satisfecho de verse libre del miedo que su estancia le había ocasionado en los pasados días, y por lisonjarse de haber



... en lo alto de un camello y parado en medio del camino lanzó, al divisarlos, dos gritos guturales.



hallado medio de engañar a Bertier; mas cavilando todavía para dar con modo de ocultar a los secretos amigos de los fugados por el camino de Uad-Tini la traición que iba a jugarles, por no ver otro él para librarse de una vez de riesgos y zozobras, escapando a su tierra.

De momento le preocupaba predominantemente el problema de como se arreglaría para que al regresar el oficial de su expedición hallara una fehaciente prueba de su *lealtad*, que no pareciera dictada por el miedo.

¿Lo llamaría él a su casa antes de que Bertier fuera por propia iniciativa a buscarlo como sospechoso?... Temiendo estar espionado en su propio domicilio no se atrevía a escribirle, ni a enviarle recado, pues de nadie se fiaba para llevarlo... ¿Lo avisaría por teléfono al cuartelillo? Tampoco; porque, ¿quién le aseguraba que en la central de teléfonos no hubiera algún hermano, como Morand, que se enterara de su denuncia?

Mas cuando estaba en estas dudas cayó en la cuenta de que antes de todo esto había algo más urgente que hacer, e inmediatamente ejecutó, abriendo una caja de seguridad, sacando de ella un fajo de papeles, apartando de entre éstos los relacionados con su encubierto auxilio personal a la conjuración, y poniendo aparte listas y notas comprometedoras para otros: instrucciones generales para reparto de armas, señas para reconocerse entre sí los conjurados. facsímiles de sellos, etc., etc.

El primer montón lo quemó en una jofaina, arrojando por la ventana al viento las pavesas, y después de lavar cuidadosamente aquélla, se fué con los otros papeles a la habitación hasta entonces ocupada por Abd-el-Gahel, escondiéndolos cuidadosamente debajo de la ropa contenida en el baúl de éste.

Hecho esto tornó a pensar en lo otro, dándose a poco una palmeada en la cabeza como quien ya ha encontrado lo que busca; y bajando al escritorio, a dicha hora desierto, cogió el teléfono, cuya central era de sistema automático, poniéndose por sí mismo, y sin ayuda de telefonista, en comunicación con el cuartelillo de la gendarmería, de donde en seguida preguntaron (1):

(1) En los sistemas automáticos de comunicación telefónica, el abonado a una red no necesita molestár a las señoritas de la central, ni ser por

—¿Quién llama?

—Soy el capitán Bertier, estoy en la tenería Dureau—contestó Moyfsk, engrosando y enronqueciendo la voz—. Que se ponga el sargento Friand al aparato.

—Soy yo mismo: a sus órdenes, mi capitán.

—Bien. Sin perder minuto vaya con una pareja a prender a Moyfsk: llévelo al cuartel y enciérrele ircomunicado hasta mi vuelta; recoja en su casa y lleve asimismo al cuartel cuanto equipaje hayan dejado allí los forasteros fugados por el camino de Uad-Tini: que salgan en seguida dos parejas en persecución de los fugitivos. Son cinco, pero a quienes interesa coger es a Núñez y Pozo, que irán vestidos a la europea o de ifoghas, y llevaran puestas o en los atacapas de las monturas dos pieles de tigre; los otros son camelleros *dagatums*, y todos van en meharis de primera. Como los españoles son muy peligrosos, que vayan los gendarmes prevenidos, pues es probable les hagan resistencia; y si la hacen, matarlos.

—Mi capitán, si esos son los que, según me han dicho, salieron hace hora y media, será difícil alcanzarlos con nuestros camellos, cansados del servicio de todo el día de hoy. ¿Envío las parejas en motocicletas?

—Desde luego, desde luego. Pero todo sin perder minuto.

—Descuide, mi capitán.

Colgó Moyfsk el teléfono, sonriendo muy contento, y se fué a la cama para que en ella lo cogieran los gendarmes cuando llegaran a prenderlo.

\* \* \*

Pensando el sargento que los fugados corrían y el judío se estaría quieto en casa, atendió primero a la persecución de aquéllos, que, aun organizada sin perder momento, no pudo comenzar sino a las dos horas de haber salido del pueblo Abd-el-Gahel y Ben-Cassim: con lo cual mediaba ya la noche cuando el sargento, acompañado de dos gendarmes, aporreaba la puerta de casa de Moyfsk, que tardó en serle franqueada; pues todos menos uno dormían allí y el único despierto se hacía bien el dormido.

ellas molestado para hablar con otro cualquiera abonado, pues desde su casa puede por sí mismo ponerse al habla con otro cualquier abonado. Es

## XVI

## EN DONDE BERTIER CREE ESTAR SONAMBULO

Fingiendo grandísimo espanto, tan embustero como el sueño simulado cuando lo fueron a sacar de la cama, protestó a gritos Moyfsk de la prisión, armando el gran escándalo: sobre todo cuando, al ruido, acudieron criados y mozos de cuadras y almacenes; pues aquella era la ocasión de enterarlos bien de que *él era la primera víctima* de las autoridades, y de hacerles oír los juramentos por todos los profetas y reyes de Israel con que aseguraba a los gendarmes que los señores Núñez y Pozo se habían ido por tenerlo hacia días preparado; pero que ni su marcha era una fuga, ni acaudalados y respetables comerciantes como ellos tenían porqué fugarse.

Sin hacer caso de protestas ni profetas le ordenó el sargento lo llevara a las habitaciones de los españoles; y todavía ante los equipajes y los criados que aquél hizo subir para que los transportaran al cuartel, perjuraba el judío, que el habese dejado los baúles no significaba abandono de ellos por sus propietarios ni huida de éstos, que pensaban volver a los dos días de un breve viaje de ida y vuelta a Tourayet: aldea situada en dirección diametralmente opuesta a la de Uad-Tini; por lo cual los servido-

res de Moyfsk, perfectamente al tanto de haber sido este último el camino tomado por los fugitivos, pensaron que su amo engañaba a los gendarmes para lanzarlos sobre una pista falsa: tanto, que uno murmuró al oído del compañero que tenía al lado:

—¡Qué ladino y qué tuno es el hebreo!

—Sí—dijo el otro—. Que los busquen, que los busquen por ahí.

Un cuarto de hora después, al ser encerrado el espontáneo detenido en un calabozo del cuartel, encargó al sargento dijera al oficial, tan pronto regresara, que era interesantísimo fuera inmediatamente a hablarle; pues podía hacerle revelaciones de gran importancia y explicarle muchas cosas que él no comprendería.

—¿El qué va a comprender?

—Nada: cuando le diga usted eso ya entenderá.

Una vez encarcelado, se sentó en el camastro de su cuchitril, contentísimo de haber hecho creer a los conspiradores que por fidelidad a ellos padecía la prisión; y ya tranquilo en esto, comenzó a discurrir cómo se las bandearía para lograr que Bertier acabara de sacarlo del atasco.

tos sistemas no son ya hoy novedad en las poblaciones donde están establecidos, ni fuera de ellas, para quien sepa telefonía; pues sin necesidad de señoritas que no hay en sus centrales, funcionan con excelentes resultados en no pocas ciudades de Europa y América, y cuando más extensa la red y mayor el número de abonados mejor es su resultado.

El enterado de estas cosas, salte esta nota. El que las ignore podrá enterarse en ella de que aquel resultado, al parecer maravilloso, se consigue por diversos procedimientos, siendo uno de ellos el de los *selectores* ideados por Strowger, aplicados con muy buenos resultados prácticos.

Consideremos, por lo pronto, pues por poco se emplean las más complicadas empresas, una red con cien abonados nada más.

El alambre de la línea de cada uno va en todas las instalaciones telefónicas desde la casa de él a la central, en la que cuando dichas instalaciones son del sistema ordinario, el o la telefonista es prevenido de que un abonado llama al ver caer una chapita que descubre el número de orden de él, o encenderse una bombilla en el lugar correspondiente en el cuadro a dicho número. Entonces se pregunta al que llama con quién desea ser puesto en comunicación, y previa llamada a éste del empleado de la central y un manipuleo

de clavijas, se ponen en comunicación directa las líneas de los teléfonos de ambos.

Pues bien; en el sistema de que hablamos, chapa o bombilla están reemplazadas *para cada abonado* por un selector propio, constituido por un pequeño eje metálico y vertical que, resbalando a lo largo de su montura, puede elevarse sobre la posición normal de reposo al ser atraído por un electroimán que entra en actividad cuando al usar su aparato lanza el abonado a él la corriente de la pila. Dicho electroimán, situado en lo alto del aparatito, hace dar un brinco pequeño hacia arriba al eje citado cada vez que por aquél pasa la corriente: brincos que pueden ser en número de diez. A cada uno de ellos sube con el eje un brazo articulado a él que en su extremo lleva un contacto eléctrico, quedando, según haya sido el número de saltos dados, a la altura de una u otra de diez series sucesivas de contactos, eléctricos también, que formando diez circunferencias rodean el citado eje, situadas a diferentes alturas.

Viene a ser, pues, el citado contacto eléctrico, arrastrado por el eje, como el camarotillo de un ascensor que a brincos sube de uno a otro de los diez pisos del selector. Pero el tal brazo no se limita a llegar al piso, como el ascensor, sino



El desatascó le costaría el valor de los pocos géneros pendientes de venta al emprender su proyectado regreso a Rusia y los doce o trece millares de pesetas que, en metálico y billetes pequeños, tenía en caja; pues los grandes y los libros de cheques de los bancos, ya antes de acostarse, en espera de los gendarmes, había tenido buen cuidado de guardarlos en el balandrán que había de ponerse cuando llegaran a prenderlo. Y como la casa podía venderla desde Rusia, toda la pérdida se reducía a treinta y tantas mil pesetas; que aun arrancándole dolorosos suspiros, eran para él una bicoca. Y más valían la vida y el sosiego.

Como no pegó los ojos hasta que, a las nueve de la mañana, regresó Bertier a Agadés, le sobró tiempo para planear la importante entrevista.

Volvió aquél, acompañado solamente de su ordenanza, pues las parejas las dejó sobre la pista de los desvalijadores de la teniería, y tan pronto llegó le dió parte el sargento "de haber ejecutado, ce por be, sus órdenes", que Bertier no había dado; de que *ése* estaba en el calabozo", y Bertier no sabía quién era *ése*; "de que uno de los gendarmes salidos la noche anterior—salida igual-

mente ignorada del asombrado oficial—se había adelantado a sus compañeros, ya de regreso hacia Agadés, para avisar que había cogido a los *otros*", unos *otros* tan desconocidos como el *ese* del calabozo; "pero que todavía tardaría en llegar, porque con el tute dado a los camellos por los fugitivos—¿Qué fugitivos? ¡Dios mío!, se decía el capitán—en el primer arranque de la escapada, los pobres animales no podían con las jibas, o las jibas no podían con ellos".

Por brevedad se omiten exclamaciones, preguntas y perplejidades del oficial, a obscuras de cuanto se le daba por sabido, contestadas con respuestas para él incongruentes y descabelladas y hablándole de *unas órdenes* que, no habiéndolas dado, le confundían más cada vez. Pero estando en esto, vió en la mano del sargento un sobre, que conoció ser de un telegrama, y se lo cogió, acallándose así, mientras leía el despacho, la curiosidad de averiguar quiénes eran *ése y los otros*, y cuáles las incomprensibles órdenes que constituían para él un logogrifo.

El telegrama era el de Río de Oro, cuya copia había llevado la negra a Moyfsk; y al leer Bertier en él las señas de los auténti-

que al efectuarse el contacto eléctrico, gira hasta ponerse frente a cada una de las diez puertas que hay en cada piso y llamar a ella. Véase cómo:

A los contactos de la primera serie, la más baja adonde llega el vástago al primer brinco, van los alambres de línea de los abonados números 1, 2, 3..., 10; a la segunda, correspondiente al segundo brinco, los de los 11, 12, 13..., 20; a la sexta, los de los que tienen números 51, 52..., 60, y a la décima, los de los 91, 92..., 100; mas sin que todavía el contacto móvil del eje de este selector propio del abonado que quiere llamar a otro llegue a tocar a ninguno de los contactos de la serie frente a la cual haya quedado según el número de saltos dados.

Pero además del electroimán ya considerado hay otro que cuando funciona atrae sucesivamente diez aletas laterales del eje móvil que lo mismo que subir y bajar, según se ha visto, en su montura, puede dar vueltas en sentido horizontal, haciendo girar con él al brazo del contacto eléctrico para apoyarse en uno u otro de los diez contactos correspondientes a la serie a cuya altura haya llegado antes.

Sabido esto, veamos cómo funcionan los selectores de la red telefónica de Agadés. En el teléfono de casa de Moyfsk hay dos cuadrantes con aspecto de esferas de reloj, teniendo en vez de agujas unas manivelas giratorias que pueden encastrarse en agujeros o llevarse al contacto con topes señalados en la esfera exterior, 1, 2, 3... 10, y en la inferior, 1, 2, 3... 10. Llegado frente a su aparato y viéndolo en el indicador que el número del cuartel de gendarmería era 78, movió la manivela de la esfera de los números grandes

haciéndola pasar sucesivamente por el 1, 2... 5, 6, deteniéndola en el 7; con lo cual la corriente de casa de Moyfsk llegó siete veces al electroimán de lo alto de su personal selector en la central, que, atrayendo otras tantas veces a su eje, le hizo dar igual número de brinco hacia arriba: con lo cual el brazo giratorio del contacto móvil se situó a la altura de la séptima serie circular de contacto correspondiente a las líneas particulares de los abonados 71, 72, 75, 78, 79, 80.

Hecho esto, movió la manivela de la esfera pequeña, que enviaba la corriente al otro electroimán encargado de los movimientos rotatorios del eje del selector Moyfsk; y al pasar por los números 1, 2..., fué dando vuelta el contacto de su línea hasta que al dejar la manivela sobre el 8 (unidad del número 78) adónde iba a parar la línea del cuartel, apoyó sobre dicho contacto fijo el contacto móvil del selector del judío. Y la corriente de su línea llegó al teléfono del cuartel, quedando establecida la comunicación.

Ya se ve que, después de haber dado en ella el Señor Strowger, la cosa es bastante sencilla.

Se comprende que cuando el número de abonados pasa de cien, que es el caso corriente, ha de complicarse el sistema, habiendo de acudir a otros selectores auxiliares, llamados *selectores previos* y *selectores de grupo*, que, claro es, no vamos a describir; pues esto no es un curso de telefonía automática, sino meramente una idea del principio y procedimientos generales que la hacen posible; pues dichos selectores complementarios tienen esencialmente el mismo fundamento que el recién esbozado, siendo análoga su manera de actuar a la del *selector de líneas* que acaba de explicarse.

cos Núñez y Pozo, probantes cuando menos de suplantación de personalidad cometida por los supuestos españoles, olvidó todo lo demás, para no acordarse sino de lo más urgente, y por ello dijo con vehemencia:

—Ahora mismo, ahora mismo: usted con dor parejas a casa de Moyfsk a traerme atados codo con codo a Núñez y a Pozo... y también al judío. Deje allá una pareja para que nadie salga, entre ni toque a nada, mientras yo tomo una taza de café y voy allá; pues a estas horas no me he desayunado.

Sólo porque el asombro del sargento al oír tales órdenes, lo tenía enmudecido, pudo Bertier acabar de dictarlas sin ser por él atajado, y aun de agregar:

—Pero, Friand, ¿qué hace usted ahí con esos ojos espantados y hecho un pasmarote?... ¿No me ha oído? Vivo, vivo.

—Pero mi capitán, si acabo de decir a usted que todo eso se hizo anoche, en cuanto recibí la orden.

—¡La orden! ¿De quién?

—De usted.

—¡Mía!!

—... Que Moyfsk está en el calabozo desde las doce; que los otros vienen presos y llegarán dentro de dos horas; que sus baños los tiene usted ahí dentro; que todo...

—Pero entendámonos; porque usted, o yo, o los dos, estamos locos... ¿Son los huéspedes de Moyfsk los que vienen presos?

—Sí, señor; los que se escaparon anoche.

Desde hacía rato creía Bertier tener en la cabeza una grillera, y aun cuando las últimas palabras del sargento no aclaraban todavía el embolismo en que estaba perdido, lo tranquilizaron al enterarle de que lo esencial estaba hecho, pues los dos bribones, de cuya fuga tenía entonces la primera noticia, y el granuja que debía de habérsela preparado habían sido ya presos.

Entonces lo maravilló la sorprendente coincidencia entre aquellas misteriosas órdenes, que él no había dado, así lo juraran todos los sargentos de la gendarmería entera, y las que, a estar en Agadés, habría él dado: con identidad tan evidente, que hizo vacilar su convicción, llegando a preguntarse si tendría razón Friand, y si él habría mandado todo aquello en estado de sonambulismo... Sí, buen sonambulismo, cuando no se había acostado en toda la noche con el crimen de la tenería, que, por más señas, no tenía teléfono con Agadés. Además, si él ignoraba la llegada del telegrama, la fuga, todo, todo cuanto ahora se encontraba resuelto tan a su satisfacción, cual si fuera obra suya, ¿cómo

iba a haber dado órdenes sobre hechos de los que no tenía la menor noticia? Y de nuevo tornó a agobiar a Friand con preguntas y cargos que el hombre no podía contestar, pero que le recordaron el encargo que para su jefe le había dado Moyfsk la noche anterior: con lo cual se evitó que el sargento y el capitán se volvieran locos del todo; pues al oír el último que el judío había hablado de explicaciones se metió inmediatamente en el cuartucho donde Moyfsk lo aguardaba con grandísima impaciencia.

—¿Qué me quiere usted? ¿Qué explicaciones son las que Friand dice tiene usted que darme?

—Las de las órdenes telefónicas de anoche.

—¿Cómo sabe usted?

—Porque fui yo quien se las dió a él.

—¡Qué disparate!

—Fingí que era usted quien le hablaba desde la tenería.

—¡Que tomó usted mi nombre! ¡Bah!... Es increíble que usted mismo...

—Me hiciera prender... Ya lo comprenderá luego. Por lo pronto usted sabe que no dió las órdenes, y como el sargento no ha de habérmelas contado, cuando usted me oiga repetirlas puntualmente ya no dudará.

—Lo que dudo es que usted las sepa, y lo que no dudo, desde hace mucho tiempo, es que es usted un farsante, y algo peor.

—Pues oiga usted.

Repetida por Moyfsk punto por punto la conversación telefónica de la víspera, hubo Bertier de rendirse a la evidencia y a la irrefutable lógica del siguiente argumento:

—He cometido una falta, tomando su nombre para disponer de la fuerza pública; pero reconocerá usted que a no ser por mi extralimitación se escapaban de seguro esos hombres, mientras que ahora, si se escapan, no será culpa mía.

Tenía en Bertier tal fuerza su añeja desconfianza del israelita, que aun haciéndole impresión sus palabras, se mantuvo en guardia por si en el fondo de todo aquello hubiera alguna oculta y torcida finalidad, perseguida con una de las trapacerías en que era Moyfsk maestro. Por eso, mezclando verdades con mentiras, para sacarle de mentira verdad, preguntó haciéndose el inocente:

—¿Y a mí qué me importa que se vayan o se queden esos dos españoles? ¿Ni cómo puede justificarse esa arbitraria orden de arrestarlos sin delito?

—Le importará, y todo quedará justifica-

do en cuanto lea usted los papeles que yo he encontrado en los equipajes—repuso Moyfsk, comprendiendo que la indiferencia del oficial era fingida; pues a causa de los forasteros le había tenido a él vigilada la casa, y porque el telegrama de Río de Oro demostraba que Bertier seguía la pista hacia ya tiempo a los fugados. Viendo, por tanto, claro en dicho fingimiento que el capitán seguía desconfiando, agregó:

—¿Y qué más prueba de mi adhesión a las autoridades y mi deseo de servirles que haberme comprometido al darles señas, indicarles camino y hacerles ganar tiempo para apresar a esos hombres.

—¿Y quién me dice a mí que eso no ha sido sino ayuda a ellos, echando a mis gendarmes por una pista falsa?

Como a Moyfsk le remordía la conciencia de traición a sus huéspedes, que acaso no se dejaran engañar como las gentes de su casa, con la farsa representada cuando fué arrestado, deseaba con vehemencia que fueran aprehendidos; y como, dada la hora de salida de los gendarmes montados en motocicletas, deberían haberles alcanzado lo más tarde, a la una o las dos, al oír hablar de falsa pista temió que los fugitivos lo hubieran engañado a él al decirle el camino por donde iban: siendo tal desconfianza equivalente, en tales hombres, a tremenda amenaza que sobre sí veía suspendida, a la par que se consideraba también perdido con Bertier por haber dado a Friand informes falsos.

—¿Y engañándolo a usted me iba a hacer poner preso?... ¡Ni que estuviera loco!... Pero si cree usted que lo engaño, eso quiere decir que no los han alcanzado, y entonces sí que estoy perdido, perdido sin remedio... ¡Por Dios, Señor Capitán; por lo que más quiera, no me ponga en libertad! Guárdeme encerrado; porque si no, escóndame donde me escondan, me encontrarán, me matarán.

Era tan real el terror del hebreo, vibraba de tal modo en su voz y se leía tan claro en sus ojos espantados, que convenció a Bertier de que, efectivamente, su más ansioso afán era que aquellos hombres fueran presos; y como de otra parte le constaba no ser falsa la pista que había dado, túvole lástima, y dijo:

—No se asuste así, hombre: esos bribones ya han caído.

La alegría en que de súbito se trocó la angustia de Moyfsk fué tal vez mayor que su consternación pasada: al extremo de que antes de interrogarlo con objeto de aclarar

obscuridades en las cuales veía Bertier todavía envuelta la conducta de aquel hombre, hubo de aguardar a que se serenara.

—Pero si usted sabía que sus huéspedes eran gente sospechosa, y no ignoraba que son conspiradores, ¿porqué los admitió en su casa; porqué no los ha denunciado hasta el momento de fugarse, cuando más difícil era el prenderlos?

A esta pregunta contestó el artero moscovita con la siguiente embustera explicación urdida durante la noche para justificarse:

Al recibir a Núñez, conocidísimo banquero español, que le había sido recomendado por su respetable corresponsal de Dakar, no podía sospechar nada malo de aquél, pues venía solamente de paso para Nigricia, donde iba a un gran negocio claramente declarado. Solamente la mañana anterior (adelantaba la hora para que Bertier no sospechara que él conocía el telegrama del cónsul) le había sorprendido que sin contar con él diera órdenes, en su casa, de preparar camellos para la noche, disponiendo como de cosa propia de los que había en el establo, y todavía más verlas obedecidas por sus criados, alarmándole que éstos y los españoles cambiaran misteriosas señas.

A mediodía, cuando al intentar salir de casa se lo impidieron con amenazas, comprendiendo que salía a denunciarlos, crecieron sus recelos de que en aquello debía andar mezclada una sociedad secreta de que hacía tiempo había oído hablar vagamente, afirmándole en sus sospechas las grandísimas muestras de respeto y de obediencia ciega de sus criados a los forasteros, de las cuales dedujo que éstos debían ser jefes importantes de dicha sociedad.

Agregó que, bajo la presión de sus amenazas, les proporcionó trajes de fofogas, y por propia iniciativa las pieles de tigre, pensando fueran seña visible para descubrirlos, de la que no se le olvidó después enterar al sargento, al avisarle del camino por donde iban: el cual sabía por habersele escapado al capataz de camelleros; pues Núñez y Pozo se lo habían ocultado.

La partida la tenían preparada para media noche, pero a las nueve recibieron un aviso, traído por un forastero, que, alarmándolos, los hizo adelantarla: con tal premura, que ni quisieron perder tiempo en disfrazarse. Sin duda por esto se olvidaron de los papeles comprometedores por él hallados luego en los baúles de ellos cuando, después de idos, y escamado con la precipitada huida, le dió idea de registrarles los

equipajes: viendo claro, al leer dichos papeles, que "aquellos pillos lo habían tenido engañado". Entonces, al ir a avisar a Bertier y enterarse de que no estaba en Agadés, se le ocurrió emplear el ardid telefónico, "gracias al cual se había logrado capturarlos.

—Ya ve usted—terminó—que por adhesión a Francia arrostró hasta la muerte, pues si los juramentados de la terrible sociedad llegan a sospechar que los he delatado...

—¿De modo que se ha hecho usted prender?

—Para disimular mi ayuda a ustedes; porque a ellos, les tengo muchísimo miedo, señor capitán; porque si me quedo en Agadés me matan: para pedir a usted que me defienda y me saque entre gendarmes del desierto, del Africa.

—Ya—contestó Bertier en el momento de entrar Friand avisando que llegaban los presos.

—Que no me vean, que no me vean. No

les hablen de mí—exclamó Moyfsk con terror no fingido—. Yo no he dicho nada, no sé nada de ellos...

.....  
.....

Salió Bertier a tiempo de llegar al cuartelillo los gendarmes escoltando a los detenidos, que venían sobre sendos camellos, encima de cuyas jorobas se ostentaban las soberbias pieles de tigre, que al comenzar a calentar el sol se habían quitado los segundos.

Tan pronto echaron pie a tierra, fueron introducidos en la sala donde solían tomarse las primeras declaraciones a los presos, y al quitarse, por orden del oficial, los litzam que cubrían sus caras, lanzó aquél una interjección que no hay por qué insertar, y dijo:

—Pero estos no son Núñez ni Pozo.

—Ya se lo hemos jurado cien veces a los gendarmes, pero ellos no han querido creerlos.

## KVII

### UNA MADEJA DE PISTAS ENREDADAS

Para enterarnos de los laberínticos ardiendes de Moyfsk nos quedamos en el pueblo; mas ya logrado aquel objeto, retrocedamos unas horas para seguir a Abd-el-Gahel y a Ben-Cassim en su fuga, no entorpecida por la vigilancia montada en torno de casa del hebreo, porque el robo de la tenería, conocido cuando estaban en servicio de campo casi todas las parejas de gendarmes, obligó a Bertier a llevarse allá las dedicadas a dicha vigilancia.

Apenas los fugados dejaron atrás las últimas casas de Agadés, intentó Ben Cassim conversar con su sobrino; pero infructuosamente, pues no obstante hablar a gritos, no era oído, a causa de lo violentísimo de la carrera que llevaban.

Iba en cabeza Tinkert, llevando delante de cuatrocientos a quinientos metros; seguían Abd-el-Gahel y Ben Cassim, ambos a igual altura, y cerraban la marcha Hixem y Alf (el camellero incorporado a última hora a la partida). La Luna, pocos días antes entrada en cuarto creciente, alumbraba bien el camino.

A las dos horas escasas de carrera, y corridas otras tantas docenas de kilómetros, vieron, delante y a lo lejos, la silueta de un hombre, que en lo alto de un camello, y parado en medio del camino, lanzó al divisarlos dos sucesivos gritos guturales, contestados de igual modo por Tinkert, que al llegar a su altura se detuvo, cruzó con él unas palabras, y volviendo al encuentro de Abd-el-Gahel, cuando éste llegaba junto a ellos, dijo:

—Este es nuestro hombre.

—¿El tuareg?

—Sí. Dice que está todo preparado.

—Pues echad adelante.

Guiada por el tuareg, la pequeña caravana se desvió de la ruta al norte, hacia Uad-Tini, hasta entonces seguida, continuando a buen paso hacia saltante por una cañada de piso pedregoso, que contorneando una colineja, los llevó a una casucha inhabitada, de detrás de la cual salieron dos hombres que, como el apostado en el camino, eran *hermanos africanos* venidos de Tim-

gué (1) dos días antes, con tres camellos de refresco, con los cuales estaban aguardando desde entonces. Al verlos se detuvieron los recién llegados.

Tinkert y el gufa echaron pie a tierra, hablaron rápidamente a los de Tingué y entraron en la casa, donde encendieron luz: visible por la puerta, único hueco al exterior de aquélla. Entonces pudo al fin Ben-Cassim hablar con Abd-el-Gahel, como venía deseando desde la salida de Agadés, diciéndole:

—¿Es aquí donde nos mudamos de trajes?

—Sí.

—Pero supongo que no pensarás ponerte el regalito del maldito hebreo.

—¡Pobre Moysk!— contestó Gahel, que sabiendo por dónde respiraba su tío le divertía disimular que había penetrado la intención del avaro mercader al desprenderse de dos pieles de gran valor—. Buena manera de agradecerle su valioso obsequio y su solicitud. Ya ves que tenía razón: la noche está muy fría.

—¡Pero estás en tu juicio!... ¿No comprendes que ponerse esas pieles es ponerse un rótulo diciendo: "Somos los escapados de Agadés"?

—Por eso, al darnos esa divisa, nos ha hecho un gran servicio el buen Moysk.

—No te comprendo, Gahel... ¡Ah!

—Parece que empiezas a ver claro... Ya era hora, porque si tú no has desconfiado hasta lo de las pieles, antes desconfié yo de lo lujoso de los trajes de ifhogas... Parece mentira me creas tan inocente que fuera a huir dejando a ese hombre posibilidad de dar mis señas. Su generoso obsequio de esta noche ha convertido en certeza mi recelo anterior de que en cuanto saliéramos de su casa nos haría traición; y ahora me va a servir para demostrarle que a astucia no me gana ni un hebreo. Anda, desata tu lfo y dáselo, con la piel, a Tinkert.

Al decir esto hacía Abd-el-Gahel lo mismo que indicaba a Ben Cassim, diciendo al capataz que en aquel momento salía de la casa.

—Que Hixem y Ali entren ahí, se pongan estos trajes y sobre ellos las pieles. Pero vivo... Oye: ¿están dentro los que los otros han traído?

—Sí, señor.

Cuando a los cinco minutos salieron los camelleros vestidos de ifoghas, y con las consabidas capas sobre los hombros, entraron en la casa los jefes, encontrando en ella dos equipos completos, en cuyos velos, espaldas, lanzas, abarcas y casquetes habían reconocido Bertier o Duvery o cualquier práctico del Desierto, los típicos vestidos de los montafeses de la serranía de Tingué, en cuyas faldas asienta Tinteloust. Con los vestidos hacían juego los jaeces de los soberbios meharis, de allí traídos por los dos tinguetanos de su tierra.

Cambiados los trajes europeos de Abd-el-Gahel y Ben Cassim por los que les habían traído, vertió Tinkert sobre los primeros un bidón de gasolina, y les prendió fuego, fuera de la casa, a fin de que, aventando el viento las cenizas, no quedaran éstas donde pudieran ser principio de una pista para quien las viera.

Los disfrazados camelleros subieron en los meharis hasta entonces montados por Gahel y Cassim; éstos, en dos de los de refresco, y Tinkert y el tuareg, en el tercero, dándose suelta a los tres restantes de los salidos de Agadés para que, al volverlos su instinto al establo, y saber Bertier su regreso, se quebrara los cascos pensando dónde los habrían abandonado el señor Núñez y el señor Pozo.

Una vez hecho todo esto, después de tributar respetuosísimas zalemas a Gahel y Cassim, y pedir para ambos la protección de Alah, fuéronse a pie, a campo traviesa, los que habían traído los trajes y los meharis.

Abd-el-Gahel y sus acompañantes retrocedieron por la misma abra por donde habían llegado a la casa, hasta volver de nuevo al camino (dado que tal pueda llamarse aquel mal trillado entre Agadés y Uad Tini), al salir al cual partiéronse en dos grupos.

Hixem y Ali, los dos camelleros dagatums, disfrazados de ifhogas, y bien adiestrados por Gahel en sus papeles, tomaron hacia Uad-Tini a paso no demasiado vivo, para lo cual encojaron a intento un camello; pues llevaban encargo de dejarse coger si eran perseguidos, y si no, de hacerse atrapar al día siguiente en el citado lugarejo.

El otro grupo, de los cuatro hombres y los tres meharis, marchó en sentido opuesto: con asombro de Ben Cassim, que vacilante y receloso, como quien venía viendo desde hacía varios días proceder en todo a su sobrino cual jefe que resuelve sin pe-

(1) Monte de 1.700 metros de altitud situado en el macizo montañoso de El Air, al norte del importante pueblo—importante en el Sahara—de Tinteloust.

dir parecer ni dar explicaciones, preguntó tímidamente:

—¿Dónde vamos ahora?... Es decir, si no tienes inconveniente.

Gahel, a quien tenía de buen humor el pensar en las caras de Moyfsk y Bertier cuando al día siguiente vieran llegar presos a Hixem y Ali, en vez de los que esperaban, y complacido al comparar aquel humilde "si no tienes inconveniente" con los desplantes de otros tiempos de su levantisco subordinado, sonrió al contestar:

—¿Qué, no lo ves?

—¿Pero de veras volvemos a Agadés?...

—Me has oído que mientras aquel hombre no se vaya no saldré yo de allí; y yo hago siempre "lo que digo". Creía que lo sabías.

—Cuando tú lo mandas..

—Otra te queda dentro.

—Yo no tengo más que obedecer, y obedezco...; con morir a tu lado cuando llegue la hora...

—Que por lo visto crees cercana y de la cual no hay por qué acordarse ahora.

—Cuando tú lo dices, así será.

—No será, es: me has visto adivinar la traición del judío cuando ni tú la sospechabas ni todavía pensaba él en ella; me has visto prepararme a burlarla de antemano, por medio de ese hombre—aludía al capataz—que he sabido encontrar entre los mismos servidores de Moyfsk.

—Verdad es, has estado habllísimo; pero...

—Sigue, hombre, sigue: hoy me coges de temple de oír sin enfadarme lo que quieras decir...: como no sea nombrar ni mezclar en esto a quien sabes.

—¡Ah! Si permites...

—Por cinco minutos no soy el Gran Caíd, sino tu sobrino. Aprovéchate.

—¿Sí?... Pues mi sobrino es un loco de atar; y si los cinco minutos me dieran tiempo para ello, lo amarraría para llevármelo muy lejos de la boca, peor, de la garganta del lobo donde quiere meterse.

—¿Sí, eh?... Pues mira, yo no creía que mi tío fuera tan miope que no viese que en cuanto nos metamos en la garganta de ese lobo no podrá mordernos, porque estaremos ya detrás de sus dientes.

—Eso...

—Vamos a ver: si tú fueras el capitán Bertier, ¿dónde me buscarías?

—En todas partes.

—En todas, menos en Agadés..

—¡Calla!: es verdad.

—¿Lo ves, hombre, lo ves?

—Puede que tengas razón... Pero ¿dónde vamos a escondernos cuando lleguemos?

—Donde queramos; pero también está previsto eso. Ante el Gran Caíd de Africa Vengadora se abren las puertas de todos los hermanos africanos... Se figuran los perros que por suyos ser tierra, ciudades y ferrocarriles, son reyes del Desierto, sin ver que el verdadero rey será, a la postre, el que reina en los hombres... ¿No has visto cómo domino en todas partes, cómo soy obedecido y guiado, cómo, por donde voy, hallo siempre quien de mi paso aparte los peligros?

—Es verdad, es verdad.

—Y esa omnipotente sociedad secreta, sin la cual continuarais siendo los africanos tan enemigos unos de otros como siempre, y tan débiles como hasta ahora fuisteis contra los *perros*, es mi obra.

—Sí, Gahel, sí, es verdad; eres grande, eres grande: a tu lado somos todos burros; siempre tienes razón, llévame adonde quieras.

Iba a contestar Gahel cuando vio serpear en el suelo y avanzar hacia ellos a gran velocidad cuatro luces. Eran los faroles de las motocicletas de los cuatro gendarmes salidos de Agadés para darles caza, quienes, al encontrarlos, preguntaron:

—¿De dónde venís?

—De Tinteloust.

—¿Os habéis encontrado dos europeos y tres dagatums corriendo hacia Uad-Tini en cinco camellos?

—Cinco camellos sí, pero europeos no: son dos ifoghas y tres dagatums.

—Da lo mismo. ¿Y no tenían alguna seña particular?

—Seña particular... No. ¡Ah, sí! Los ifoghas llevaban unas capas de pieles de tigre.

—Esos son, esos son... ¿Llevan mucha delantera?

—Media hora: tal vez menos; pues precisamente al cruzarnos con ellos se les cayó un camello, que les ayudamos a levantar, y que, según cayó, mucho será no se les haya encojado.

—Entonces nuestros son ya —exclamó uno de los gendarmes.

—Nos han dicho en Uad-Tini que han robado hoy una fábrica... ¿Son esos los ladrones, señores gendarmes?

—¿Los ladrones?... Sí, ellos son.

—Pues que Al-lah os ayude a coger pronto a esa canalla. Con los camellos de hie-

ro y fuego que lleváis no podéis tardar mucho en alcanzarlos.

—Pues buen viaje, y gracias.

—No hay de qué, señor guardia.

La tropa de las motos y la pequeña patrulla de camellos siguieron marcha en opuestos sentidos.

\* \* \*

Con los primeros claros del día alcanzaron los gendarmes a Hixem y a Ali, a quienes, por no ser sino dos, no tomaron al pronto por los que buscaban; pero en cuanto, acercándose a ellos, vieron sus trajes y las pieles de tigre y observaron que uno de los camellos cojeaba, los detuvieron.

Protestaron ellos de no ser quienes decían los guardias, manifestando a éstos que los cinco fugitivos a quienes perseguían iban delante con poca delantera; pero al ser interrogados separadamente acerca de sus personalidades se contradijeron, no pudiendo presentar documentos justificativos de las que declaraban; y al encontrarles escondidos, cuando los registraron, los pasaportes de Núñez y de Pozo, ya no dudaron los gendarmes.

Entreverando verdades y mentiras dijeron entonces los detenidos ser camelleros de Moyfsk salidos de Agadés y haber sido con amenazas de muerte obligados por los señores españoles a disfrazarse con sus trajes de ifhogas, después de lo cual se habían aquéllos alejado a la carrera, tomando una senda de travesía hacia Tiguidas; y de los pasaportes manifestaron que estarían en los trajes cuando se los pusieron.

—¿Y porqué en lugar de volveros a casa de vuestro amo, segufais huyendo?... ¿Qué se os había perdido en Uad-Tini?—preguntó el guardia que hacía cabeza.

Y como a tal pregunta no recibiera satisfactoria respuesta, quedó convencido de ser aquellos dos los que el sargento había dicho importaba prender, y embustes torpes de ellos lo de las amenazas y la senda de Tiguidas.

Poco más o menos a la misma hora que los gendarmes amarraban a Hixem y a Ali llegaban Abd-el-Gahel y sus acompañantes a las primeras casas de Agadés, donde no entraron todos; pues en las afueras se apeó Tinkert del camello donde iba en compañía del tuareg; y después de asentir a un "ya sabes lo que tienes que hacer y dónde y cuándo hemos de vernos" de Abd-el-Gahel, desapareció por un callejonzucho, mientras

los otros tres seguían con calma hasta llegar a una de las casas de mejor apariencia de la plaza principal, a cuya puerta llamó el guía con gran estrépito, como quien no tiene porqué ocultar dónde va ni de dónde viene.

Vivía en aquel caserón un moro rico, muy adicto a los franceses, con los cuales hacía magníficos negocios: no solamente por ser contratista de la recaudación de contribuciones en toda la comarca del Air, lo cual le ponía en relaciones muy frecuentes con Bertier, sino además proveedor de traviesas de la empresa del ferrocarril: con lo que estando su adhesión bien explicada por su interés, no inspiraba desconfianzas.

Abierta y franqueada la puerta a los recién llegados, hallaron éstos en el zaguán al susodicho dueño, que, gracias a anteriores buenos oficios de Tinkert, los estaba aguardando; y comenzado el manipuleo de las señas misteriosas, dió éste por inmediato resultado que el ricachón se inclinara, no respetuosa, sino humildemente, ante los que más que como a huésped recibió como amos.

Cuando, pocos días antes, tomaron cuerpo los temores de Bertier a una conspiración en ciernes, había éste dado orden a todos los vecinos de Agadés de darle parte inmediato de toda entrada y salida de forasteros en sus domicilios. Cumpliendo tal mandato, a las once de aquella mañana se presentó el recaudador en el cuartel acompañado de tres *ahel-litzam* de Tinteloust: dos de ellos comerciantes muy amigos suyos, guía el tercero, todos recién llegados a su casa, y que iban a pedir a la autoridad su venia para proseguir, a la tarde, viaje a Okhom y a Zinder, que les fué concedida en vista de la personalidad del fiador: con tanta más facilidad cuanto que los gendarmes recién llegados con los camelleros presos reconocieron a los viajeros de Tinteloust que la anterior madrugada les dieron noticias de los fugitivos.

Cumplidas las formalidades reglamentarias, camino de Okhom salían a la hora anunciada dos forasteros, que eran real y positivamente comerciantes de Tinteloust, desde la víspera escondidos en casa del recaudador: los mismos cuyos trajes habían usado de prestado la pasada noche Abd-el-Gahel y Ben-Cassim, que se quedaban alojados de ocultos por aquél, mientras Bertier daba su señalamiento por telégrafo a los cercanos puestos de gendarmería: con in-

dicación de las rutas que verosímilmente podrían haber tomado al alejarse de la de Uad-Tini; pues para él, dada la enorme delantera que deberían llevar, tenía por vana toda persecución intentada con sus gendarmes.

Mientras tanto, a Moyfsk se le torcían decididamente sus combinaciones; pues Bertier pensaba que lo de las pieles había sido artimaña convenida por el talmado viejo con los mentidos españoles para asegurar la fuga de éstos, haciendo apresar a los camelleros en lugar de ellos; y por tanto lo mantuvo preso: mas no de farsa, como deseaba el judío, sino procesado muy de veras. Y esto era lo de menos para él, pues lo más grave fué que dos días después de ocurrir los sucesos últimamente referidos, y cuando la cocinera negra de Moyfsk arreglaba el portaviandas con la cena de su amo—a quien llevaban a diario a la prisión la comida de su casa—, oyó aquélla a su hijo, rapazuelo de siete años, dar, allá en lo último del enorme corralón, tremendos alaridos; y al asomarse a la puerta de la cocina que al corral abría y ver que un criado estaba golpeando al chico, salió como una fiera a defender a su cachorro.

Mientras fué, vió escapar al criado, antes de llegar a él, lo persiguió sin darle alcance, consoló al pequeño y regresó a la cocina, había tenido Tinkert tiempo de entrar en ésta por la ventana, de destapar y volver a tapar la fiambarrera y de salir un minuto después por la puerta de escape a un pasillo; y a media noche moría Moyfsk envenenado: según dijo su autopsia, con cardenillo de las vasijas de cobre donde le habían hecho la cena.

Aquél era uno de los encargos que, al volver a Agadés, había recordado Abd-el-Gahel al capataz. Los otros irán saliendo en breve.

En cuanto a Bertier, le dió tal muerte mucho en qué pensar, pues él no creía que el cardenillo procediera de los cacharros de la cocina; y aun cuando nada dijo, vió en esto prueba de que en lo rumoreado sobre terribles castigos fulminantes impuestos por una masonería musulmana del Desierto a quienes la traicionaban no eran vagos decires. Y sólo entonces creyó que no habían sido farsa los terrores del judío y que éste era sincero al procurar la prisión de sus huéspedes.

## XVIII

### CABOS SUELTOS QUE EL TIEMPO TEJE EN TRAMAS

Mientras Duvery ultimaba los preparativos de la marcha a Techiasco, Abd-el-Gahel continuaba sus conferencias con los cabe-cillas del proyectado alzamiento: bien en casa del recaudador, donde estaba, y a nadie sorprendía fueran muchas personas influyentes de la extensa región abarcada por sus cobranzas, bien, cuando por ser gentes venidas de más lejos no convenía fueran vistas en Agadés, en poblados cercanos adonde, disfrazados de cobradores del recaudador, iban Gahel o Cassim: ocupaciones que no impedían al futuro caudillo de la proyectada insurrección estar perfectamente enterado por sus espías, que a todas partes llegaban y por doquier sabían filtrarse, de cuanto ocurría en casa de la hurí rubia, a la cual logró ver dos otras veces en la calle y una, de cerca, en su mismo jardín, entrando en él disfrazado de obrero de la compañía del alumbrado.

La mayor de las dificultades con que Don Héctor luchaba era la de asegurar las comunicaciones telegráficas de su verdadera residencia; pues aunque tenía dos pequeños aparatos de telegrafía sin hilos de más de trescientos kilómetros de alcance, sobrado para establecer comunicación entre Agadés y Techiasco, faltábale radiotelegrafista: y le preocupaba la desconfianza de Bertier, ya compartida por él mismo, en dicho sistema de telegrafía; pues a los indicios de que sin puntualizarlos se hizo mención al dar noticia del porqué y para qué fabricaba Libera el auto explorador (ya terminado en el tiempo de que hablamos ahora, y que oportunamente veremos funcionar) destinado a descubrir las estaciones clandestinas, habíase agregado últimamente el muy significativo de haberse fugado los falsos Núñez y Pozo a las dos horas de re-



cibido el radiograma de Río de Oro con las señas personales de los verdaderos.

El propósito de establecer entre Techiasco y Agadés sistema telegráfico cuyos despachos no pudieran ser interceptados por los desconocidos enemigos de quienes importaba guardarse constituía problema al parecer sin solución a no habérsela dado también el argentino, que a no ser por esto, y estando terminada su anterior tarea y listo el auto-telegráfico, no habría tenido más remedio que marcharse a las correrías relacionadas con su empresa solar, dejando la amorosa no tan clara como él apetecía. De aquí que se agarrara a esta segunda oportunidad de dilatar su viaje, justificando la demora con la prestación de nuevo servicio consistente en instalar entre Agadés y Techiasco comunicación *electrolumínica*, no consistente en un vulgar telégrafo óptico de heliógrafo o linternas Mangin, sino un verdadero *lumiteléfono*, donde la voz sería transformada en luz para viajar diluida entre los rayos de ésta hasta llegar a la estación receptora y ser en ella nuevamente metamorfoseada de modo que las oscilaciones luminosas engendraran en los auriculares de un teléfono ordinario sonidos idénticos a los que les habían dado nacimiento (1).

Muy en breve veremos a Lobera instalar este fototeléfono en Techiasco: tan pronto como demos noticia de importantes sucesos: públicos y resonantes unos, privados y sigilosos otros, que no es posible dejarse atrás, pues influyeron grandemente en otros por venir.

Una mañana llegó sobre Agadés un dirigible procedente de Tombuctú con ochenta gendarmes senegaleses para reforzar la compañía de Bertier, sabiéndose por el ofi-

cial que los mandaba que análogos refuerzos habían salido, de Tombuctú también, y también por vía aérea, para Mobrouk, Taoudeni, Arouan y Oualata.

Recibióse noticia telegráfica de que en igual forma habían sido enviados de Libreville a Zinder—importante villa situada 350 kilómetros al sur de Agadés—refuerzos mucho más importantes: acaso por su cercanía a la Nigricia Inglesa; pues contrapuestos intereses franceses y británicos en Africa y reiterados rozamientos entre colonos, protegidos y autoridades de las dos nacionalidades en las zonas fronterizas habían originado agrias notas diplomáticas cruzadas entre París y Londres, de no muy buen augurio para el mantenimiento de la paz entre ingleses y franceses en los límites meridionales del Sahara.

Súpose al propio tiempo que con tropas argelinas, marroquíes y tunecinas habían sido establecidas guarniciones en los principales nudos de comunicación y tráfico del norte del Desierto, y Duvery recibió telegrama de la Compañía del Transahárico participándole que estaciones y trenes serían en lo sucesivo permanentemente protegidos.

Por último, el correo trajo puntual relato de la bárbara, mas por lo mismo indudable prueba de adhesión dada a Francia por los moros *tadjakan* de Tendouf, haciendo sumaria justicia al estilo moro en la "cuadrilla de ladrones de alambre" que ocasionaron la avería telegráfica, *obsequiando* a las autoridades con las cabezas de los delincuentes y restableciendo rapidísimamente la línea mediante gratuita prestación de trabajo: todo lo cual, con ser tan convincente, no acababa de convencer a Bertier de la lealtad africana.

Nosotros conocemos ya, por su cara opuesta, la verdadera causa de tal lealtad y del cruento castigo decretado por el Gran Caíd, quien por aquellos días circuló, empleando el consabido sistema de motociclos y zurrones, el siguiente documento:

"Hágase saber a los cabezas de logias y cabos de taifa, para rápida noticia y saludable escarmiento de todos los hermanos, que degüello de Muffis, padre e hijo—al fin habían caído los dos—con sus auxiliares, y envenenamiento judío Moyfsk han sido ejecutados por decisión Diván Supremo en castigo de extralimitación facultades y desobediencia de los primeros y por traición del último."

\* \* \*

(1) El heliógrafo es un espejo que en el terreno se monta sobre un trípode, situándolo de modo que refleje la luz solar en la dirección del lugar al cual quiere hablarse, en donde dicho rayo es recibido en un antejo convenientemente apuntada, que percibe la luz por el heliógrafo enviada.

Pero mediante un manipulador análogo al de los telégrafos Morse, el telegrafista que maneja el heliógrafo puede comunicar al espejo de él pequeñas oscilaciones breves o largas, interrumpiendo así por corto o largo tiempo la percepción en el antejo. Las interrupciones breves equivalen a puntos y las largas a rayas del alfabeto telegráfico, usando el cual se telegrafía en el heliógrafo, aparato muy antiguo, como en los telégrafos ordinarios.

Mediante eclipses de diversa duración de la luz de las linternas de Mangin se obtiene el mismo resultado de noche.

Tres días después de la llegada de los refuerzos a Agadés salió Duvery con su familia y acompañantes para Techiasco, y al volver de despedirlo hasta unos cuantos kilómetros del pueblo encontró Bertier en el cuartel el siguiente telegrama de su compañero de Zinder:

"Suplico tome disposiciones descubrir y prender si llega esa jurisdicción pareja gendarmes senegaleses de los recién llegados, desertada con equipo y armas."

Al leerlo dijo el oficial, torciendo el gesto:

—Temprano empiezan... Dios quiera que los tales refuerzos no se nos indigesten.

\* \* \*

Una de aquellas tardes se acercó Ben-Cassim al ventanillo de la estación radiotelegráfica, donde Morand estaba a la sazón de servicio, preguntando a éste si había posibilidad de transmitir un radiograma a un poblado insignificante, y hurgándose, al tiempo de hacer la pregunta, el ojo derecho: hurgamiento imitado por Morand en el suyo al contestar que no había comunicación con aquel lugarejo.

—¿Y con In-Salah?—preguntó el otro, pasándose la mano por la parte del velo que le cubría la barba y después por la frente.

—Para In-Salah, o toda otra estación oficial, tendré mucho gusto en servirle—respondió rápidamente el telegrafista con suma finura, donde se traslucía grandísimo y acaso temeroso respeto; pues el recuerdo de los Muffis y de Moyfsk estaba fresco en los hermanos africanos.

—Voy entonces a redactar un despacho.

Se apartó Ben-Cassim de la taquilla, y acercándose al pupitre donde estaban las hojas en blanco usadas para escribir en ellas los telegramas llenó una, y retornando al ventanillo la entregó al mestizo, que leyó en ella:

"O. S. P.—Orden Supremo Diván—. *Dime hora y sitio hablarte reserva asunto urgente.*"

Poca gracia le hizo al mulato aquello; pues sabían los afiliados en la secreta secta que cuando el Diván se acordaba de alguno solía ser para emplearlo en arriesgados menesteres, pero siendo todavía más expuesto desobedecer sus órdenes, puso a mal tiempo buena cara, diciendo:

—Esto no sirve: está mal llena la hoja; revueltas las señas con el texto del telegrama; falta consignar el expedidor.

—Yo no entiendo esas casillas.

—Bueno, aquí tiene uno que hacerlo todo: aguárdate, buen hombre, que ahora te pondré cómo has de hacerlo.

Al decir esto rompía la hoja recibida de Ben-Cassim, tomaba otra en blanco, en la cual escribió despacio, como si meditara al hacerlo, y se la daba al otro cuando hubo terminado. Dicha hoja decía:

"Esta noche tres madrugada, calle Angosta, núm. 32, casa de Zaida. Preguntar a ésta si está su hermano. Llamar nudillos sin hacer ruido oigan vecinos. Hay que ir traje jornalero. Escriba y entrégueme un telegrama que pueda yo realmente transmitir."

Leído lo anterior por Cassim, simuló copiarlo en otra hoja; arrugó la recibida, metiéndosela en el bolsillo, y entregó a Morand la nueva con un despacho para In-Salah concebido, como encargo hecho al destinatario, en esta forma: "Di Zaida que hoy mismo haré lo que me dice." Pero debajo de esta hoja iba otra con la siguiente orden: "O. S. D. Lleva esta noche casa Zaida lista personas que en Agadés hayan recibido o cursado radiotelegramas desde el tres del corriente."

Cuando Cassim salía de la oficina telegráfica quedábase pensando Morand que habría preferido no se hubiera acordado de su nombre el Diván Supremo; pero como no había sino obedecer, a menos de afrontar las consecuencias que no quería arros-trar, en seguida cogió los registros de recepción y expedición de telegramas y tomó nota de lo que le pedían: apresurándose a terminarla antes de la llegada del compañero que había de relevarlo. Por suerte suya, y según ya se ha dicho, tiene poco servicio la radiotelegrafía del Desierto; así que no pasaron de veinte los nombres de la lista. Entre ellos estaba repetido varias veces el de Lobera como remitente y como receptor.

No Ben-Cassim, sino Abd-el-Gahel, con un velo tupidísimo tapándole la cara cuanto era posible sin impedirle el uso de los ojos, y con el turbante calado hasta las mismas cejas fué quien, a la hora indicada, se avistó con el mestizo en casa de Zaida, que era la negra ya conocida nuestra por haber llevado a Moyfsk la copia del telegrama de Río de Oro.

La conferencia fué tan breve que el mejor medio de referirla pronto es transcribirla:

—¿Traes la lista?

—Aquí está.

Pasó los ojos Abd-el-Gahel por ella, hizo un movimiento de sorpresa, y con un lápiz señaló los nombres de Bertier, Duvery y Lobera, diciendo al devolvérsela al telegrafista:

—Necesito pronto copia de esos once telegramas. ¿Cuándo vengo por ellos?

—¡Pero eso es peligrosísimo para mí!... Necesito revolver los archivos; pueden sorprenderme.

—Es orden del Diván.

—Sí, sí, haré lo que pueda; pero no sé si me será posible.

—¿Te has enterado de lo de los Muffis y Moyfsk?

—Sí, sí—contestó Morand temblando.

—Fué por desobediencia: así que tú verás.

—Lo haré, lo haré; pero si me sorprenden, si...

—Eso es cuenta tuya. Pero te advierto que los listos que se vuelven torpes se parecen mucho a los traidores. ¿Cuándo vengo por las copias?

—Pasado mañana a esta misma hora.

—¿Porqué no mañana?

—Porque eso no lo puedo hacer sino de noche, después de cerrada la estación, y hasta pasado mañana no me toca el último turno.

—Pues entérate de que si te sorprenden o me falta uno solo de esos telegramas, al día siguiente te daremos un recado para Moyfsk.

Cuando, dicho esto, se marchó Abd-el-Gahel sin aguardar respuesta, quedó Morand cual es de suponer.

Al pedir la relación de telegramas pensaba el Gran Caíd del Supremo Diván solamente en Bertier y en enterarse de los cruzados entre las autoridades; pero al ver varias veces repetido en la lista "Lobera en casa de Mr. Duvery", y en otros "Manuel Lobera. Compañía Anónima Solar. Buenos Aires", comprendió que aquel Lobera era el Loubegray a quien él conocía; y uniéndose a los sentimientos que por otra causa le inspiraba el argentino la sorpresa de tal duplicidad de nombres, la de su nacionalidad y la de su abundante correspondencia radiotelegráfica, no obstante lo costoso de ella, le hizo señalar su nombre en la lista.

Al otro día, al entregar Morand el servicio al compañero que lo relevó, dijo a éste que el variómetro (1) funcionaba torpemente,

pero sin impedir en absoluto la transmisión, lo cual comprobó por sí mismo el entrante de guardia, arreglándose con artimañas de practicón para hacerlo ir tirando.

En tal estado seguía dicho aparato al otro día cuando Morand entró a cubrir el último turno, de cinco de la tarde a las diez de la noche, durante el cual solamente le llevaron tres radiogramas. Los dos primeros fueron transmitidos con dificultades cada vez mayores, según dijo, a Taflete y Constantina, adonde iban dirigidos, y el tercero no había sido posible ser cursado a la hora de cerrar la estación (de servicio limitado de siete de la mañana a diez de la noche), porque el variómetro ya no funcionaba: ni bien, ni mal.

Por ello cuando el ordenanza avisó ser hora de cerrar le ordenó el telegrafista que se acostara dejándole la llave, pues iba a ver si reparaba la avería para que a la mañana siguiente no fuera preciso poner el cartelón de servicio interrumpido, y que él lo llamaría, cuando fuera a marcharse, para que cerrara la puerta.

Ya sin testigos, se encerró Morand por dentro, desarmó en dos minutos el variómetro para que, si por evento inverosímil, llegara el jefe, hallara justificada su estancia a aquella hora en la estación; abrió luego el armario de matrices de los despachos transmitidos y el de los duplicados de los recibidos, sacando rápidamente copia de los marcados por Abd-el-Gahel en la lista que él le había llevado.

Antes de las doce había ya terminado las copias y vuelto a los armarios todos los documentos. Después armó el variómetro, poniéndolo en un periquete en perfecto estado de servicio; pues sabiendo divinamente en qué consistía el entorpecimiento por haber sido él mismo quien a intento lo había

diversos medios, pero en todos ellos juega la inducción eléctrica que en un alambre no ligado a generador eléctrico hace nacer una corriente de diferentes características que la que pasa por otro alambre en el cual circula la corriente generadora: nacimiento que tiene lugar en el primer alambre cada vez que en el segundo se establece o queda interrumpida a intervalos cortísimos la corriente del generador.

Los alambres están arrollados separadamente y sin tocarse en punto alguno, y la posición en que uno se halla con respecto al otro hace variar la *cuantía de la inducción*, con lo cual varía la frecuencia con que, mediante elementos intermedios, lanza la antena al espacio las sucesivas ondas telegráficas.

El *variómetro* es un aparato que hace girar uno de los circuitos de alambre con respecto al otro, modificando así la frecuencia de las ondas.

(1) Las ondas eléctricas transmisoras de la palabra en la telegrafía sin hilos son producidas por

desarreglado, sencillísimo le era componerlo, con sólo disminuir la resistencia eléctrica del circuito, que, mediante contacto con una espira adicional de alambre, al parecer fortuito había aumentado él la vispera. Y todavía le sobró tiempo para estar a las tres de la madrugada en el tugurio donde vivía Zaida y entregar las copias a Abd-el-Gahel, que amplió sus órdenes, previniéndole que en lo sucesivo sacara las de todo telegrama recibido o puesto por el americano o el capitán.

—Será de los cursados durante mi servicio.

—De todos.

—Pero, ¿cómo me las voy a arreglar con los transmitidos y los recibidos por mis compañeros?

—Eso es cuenta tuya: para eso eres telegrafista y pillo.

—Pero...

—... y para eso te necesitan tus hermanos. Además, al juramentarte vengador juraste no decir nunca "no puedo" a nada de lo que te pudiera ser mandado. Las copias se las envías al recaudador bajo doble sobre, escribiendo en el interior: "Para D. S. de A. V." (Diván Supremo de Africa Vengadora), y encerrándolo en uno de los que usáis corrientemente para remitir los despachos a sus destinatarios. Los enviarás siempre por Bu-Kelal, el ordenanza de la estación.

—¿Pero Bu-Kelal?...

—Es también *vengador*.

—¡Ah!

—Y por él y por otros que no tengo por qué decirte quiénes son estarás constantemente vigilado y sabremos si dejas de sacarme alguna copia.

.....

Tan pronto Abd-el-Gahel regresó a su alojamiento en casa del recaudador se puso a examinar los telegramas, siendo el primero leído, por hallarse encima de todos, el relativo a la desertión de la pareja de la gendarmería de Zinder, exclamando al leerlo:

—Ese Tinkert es una alhaja.

Y una vez dicho esto continuó leyendo.

\* \* \*

Pues a cabos sueltos se ha dedicado este capítulo, no sobra en él decir, aunque sea a la carrera, que mientras el pobre inventor argentino se sentía cada vez más preso entre los que a Emma lo sujetaban, parecía que ella seguía demasiado suelta; y no se eche a mala parte el calificativo, sino que por muchos esfuerzos que él hacía resultábanle todos infructuosos para obligarla a adquirir compromiso explícitamente formulado.

Y, sin embargo, ni esto significaba que ella le hubiera dado calabazas, ni siquiera temor en él de recibirlas, pues parecía evidente que Emma se complacía en las frecuentes conversaciones con él sostenidas sin intentar siquiera disimular tal placidez que dejaba leer en sus dulces ojos, sin asustarse de la viva elocuencia de las miradas de Pepe ni aun de sus transparentes indirectas: que si la ruborizaban, no llegaban a ahuyentarla cual los intentos de poner con palabras puntos sobre las íes.

Así, Lobera, con gran deseo de oír lo que creía ver, se desesperaba de que tan pronto intentaba hacer derivar sus coloquios del festivo y alegre tono, al que correspondía ella con sonrisas, carcajadas y hasta miradas cariñosas, para cambiarlo en otro rueltamente apasionado o francamente categórico, Emma pareciera no huírle, pero sí retraerse: como si la turbaran los apasionamientos o los considerara innecesarios.

Entonces lo miraba con asombrada expresión cual si dijera: ¿a qué huracanes cuando tan apacibles son las brisas?; ¿a qué incendios cuando tan grato es el calor del hogar?; ¿a qué palabras nunca tan dulces ni tan intensas como los sentimientos más dulces y más hondos de cuanto aquellas puedan expresar?; ¿qué frases son capaces de decir lo que dicen los ojos de dos enamorados cuando mirándose hablan, sin palabras, las almas?

Y sin embargo, Lobera, que creía entender todo esto, tenía empeño de oír lo que veía; pero hasta la salida de Agadés no había logrado salirse con la suya.

Por eso mientras iban camino de Téchiasco se decía: "Veremos si lo consigo al fin en los pocos días que ya me quedan de estar allá antes de marcharme."

## XIX

## VOZ-LUZ Y LUZ-PALABRA

Duvery, tan perro viejo como Bertier, sabía que la adhesión a los cristianos de los musulmanes nunca nace del corazón, sino de conveniencias, no siendo la lealtad de hoy obstáculo a la traición de mañana, si entre hoy y mañana varía el barómetro de tales conveniencias. Por saberlo, pensaba que los degollados de Tendouf podían muy bien ser víctimas sacrificadas voluntariamente al deseo de los conspiradores de adormecer la vigilancia de las autoridades: al modo que, en una parte del campo de batalla, un general inmola muchas veces una tropa, en un parcial combate, al éxito final de la jornada.

De aquí que, aun a despecho del aumento de guarniciones, continuara preocupándole el aislamiento de su residencia de Techiasco y persistiera en su anterior propósito de convertirla en un fortín capaz de defenderse de cualquier golpe de mano mientras desde los puestos menos alejados llegaran tropas en su socorro.

A esto se dedicó tan pronto llegó allá, en forma cuyo relato aplazaremos hasta dar cuenta del curioso modo cómo Lobera establecía la indispensable comunicación *fototelefónica* con el cuartel de Agadés.

Cojamos un espejo de mano, y después de exponerlo a la luz del sol o de una lámpara—no, no nos apartamos del asunto—, movámoslo suavemente, con lo que el resplandor al espejo arrancado por los rayos de luz que sobre él caen irá iluminando sucesivamente diversos puntos de las paredes y diversos objetos de la habitación en donde estemos, según adonde lo envíe el espejo al reflejar la luz; y si en lugar de lentas son vivas las oscilaciones de la mano serpeará el fulgor con relampagueante rapidez: como relampaguea por las paredes de una habitación el resplandor reflejado en la luna de un armario al abrir rápidamente la puerta de éste.

Esto lo sabe y lo ha visto todo el mundo. Pero ahora voy a mover muy despacio el espejo. Veamos lo que ocurre. En el techo del salón donde me hallo veo, en este instante, la mancha luminosa que, lentamente,

va corriendo hasta llegar al ángulo del techo con un muro, por el cual comienza a descender: ahora alumbra el copete del marco de un retrato al óleo; ahora llega a la cara del señor retratado y continúa bajando hasta los pies. Doy un movimiento lateral al espejo, el resplandor desaparece del cuadro, y escapando por una puerta del salón se cuele en el gabinete contiguo.

—¡Qué atrocidad! ¿Qué es esto?

Al mismo tiempo oigo esta exclamación y ceso de oír el piano, tocado en el gabinete por mi mujer, que se ha tapado la cara con las manos al recibir en los ojos el rayo de luz.

.....  
.....

Ahora vuelvo a tener quieto el espejo, y la claridad reflejada por él baña la frente de una estatua. Le doy levisimos vaivenes, y a compás de ellos veo la luz brillar y apagarse alternativamente en la estatua: en los rápidos se ilumina su marmórea frente un instante no más, en los lentos permanece alumbrada durante mayor tiempo; y al advertir tal diferencia se me ocurre que combinando oscilaciones pausadas y veloces podría constituirse un sistema óptico de señales entre el lugar donde muevo el espejo y aquel donde su reflejo llega.

No es novedad tal ocurrencia, pues tiempo ha que se usa tal procedimiento de comunicación a distancia empleando el *heliógrafo*, del que ha poco se ha hablado en una nota; pero perdónese la falta de originalidad tomando en cuenta que la manera más comprensible de explicar cosas nuevas es compararlas con las viejas.

Dicho esto en mi descargo, vámonos a Techiasco, donde a un tiro de fusil de la aldea y sobre una colina elevada sobre la comarca circundante se alzan los edificios de la colonia ingenieril que, con la excepción del principal y más amplio, que es de mampostería, son de madera y desarmables al estilo americano.

En lo alto de aquél, y en un torreón que lo corona, encontramos a Pepe haciendo experimentos de facha más científica y di-

ferentes al parecer, pero en esencia iguales a los míos de hace un rato con mi señora esposa, el retrato y la estatua.

La diferencia estriba en que el espejo empleado por el argentino no es de cristal, sino formado por una delgada lámina metálica bruñida (lo mismo podría ser de estirada tripa de cerdo) y movable, aunque la vista no perciba su movimiento, cual yo veía los de aquél. La causa de ello es tratarse de diferentes clases de movimientos: con diferencia que en seguida va a comprenderse. La lámina, metálica y muy delgada, está fija por su contorno al extremo de una pequeña bocina (a la cual sirve de cerramiento o tapadera) igual poco más o menos a las empleadas para hablar ante ellas en los teléfonos ordinarios.

Es sabido que las placas elásticas de estos últimos vibran cuando por el tubo de sus bocinas llegan a ellas las modulaciones de la voz, que las sacude en forma equiparable a la vibración del parche de un tambor golpeado. Así, la placa telefónica plana (1), cuando no es influenciada por sonidos, pasa, al ser por ellos herida, a convexa a cóncava, y viceversa: con curvaturas o bombeamientos más o menos pronunciados y rapidez variable según la naturaleza e intensidad de dichos sonidos: *cambiando, en suma, de formas con la variada sucesión de éstos.*

En la telefonía usual, los temblores y cambios de forma de la membrana o lámina oscilatoria del micrófono Bell (2) se convierten en variaciones de intensidad de la corriente eléctrica de un electroimán, uno de cuyos polos se halla próximo a la placa vibrante, cuyos continuos y rapidísimos cambios de distancia a él convierten la vibración acústica de la voz parlante en oscilaciones de corriente eléctrica. Por procedimientos inversos son éstas a su vez transformadas en vibración acústica de la membrana del auditivo del teléfono receptor que reproduce la voz vertida en la bocina transmisora, en cuyo interior vibra la placa, mientras que en la trompeta (trom-

peta silenciosa) montada en el edificio de Techiasco, también cerrada por una lámina oscilante, no queda ésta dentro de un aparato telefónico, sino al exterior del torreón, dando frente a Agadés y orientada como si fuera una bocina marina con la cual se quisiera hacer llegar a allá las palabras por Lobera pronunciadas en lo alto del torreón.

Pero como para que dichas palabras salvaran tal distancia había la doble dificultad de los 240 kilómetros de ella, y la de no poder salir la voz de la trompeta, por estar su boca siempre obturada por completo con la membrana vibrante, preciso era idear otro modo de hacérselas oír a Bertier en aquel pueblo: tal modo fué encargar a la luz que las llevara.

Cada palabra, cada sílaba, cada letra por el americano dichas a un extremo de la bocina equivaldría a una de las pequeñas oscilaciones con que mi mano movía el espejo frente a la estatuilla, el lugar de la cual suponemos ocupado ahora por el capitán Bertier; pues la cambiante forma, ahora ahuecada, bombeada luego, con curvatura más o menos acentuada de la placa, originaría cambios de situación con respecto al Sol de la superficie de ella expuesta a los rayos de éste, y por lo tanto, correlativas variaciones de la inclinación con que la hirieran dichos rayos: de donde habría de resultar inestabilidad incesante en el número de éstos recibidos por la lámina, y variabilidad continua en las direcciones en que ella los enviara al reflejarlos: cambios de forma de la placa y de dirección en los rayos muy pequeños, pequeñísimos, cuan infinitesimalmente pequeños puedan suponerse, pero suficientes para el objeto perseguido, porque es característica de las fuerzas y los fenómenos naturales que los efectos enormemente grandes sean resultados de la acumulación de impulsos o de acciones infinitesimalmente menudos. De aquí que el cálculo integral, que da medio de sumar en infinitamente grandes los infinitamente pequeños, haga tan gran papel en la Física Matemática.

Consecuencia de lo anterior, ya fácilmente comprensible, es que, en vez de hacer temblar una corriente eléctrica, como en los teléfonos corrientes, la voz oída por la bocina transmisora de Techiasco se transformara en rapidísimo temblor, de la intensidad y de la dirección del haz de rayos luminosos enviado al cuartel de Agadés por la lámina vibrante. El efecto de este aparato transmisor había de ser, por tanto, di-

(1) O con una curvatura determinada correspondiente a la posición de reposo.

(2) Se cita éste especialmente por haber sido Bell el padre de la telefonía, inventando el micrófono, es decir, el *oído eléctrico*, que convierte en movimiento y en intermitencia eléctrica la voz de quien junto a él habla, así como el teléfono parlante realiza la metamorfosis inversa.

Es curioso saber que hay micrófonos de sensibilidad tan exquisita que oyen el andar de una mosca sobre su placa vibrante.

solver la voz, y consiguientemente el pensamiento humano, en luz que, a través del espacio, transportara una y otro a la velocidad de 300.000 kilómetros largos por segundo del volar de la luz, hasta que en su camino tropezara ésta con ingenio capaz de deshacer la disolución, separando de los rayos luminosos las ideas en ellos diluidas.

¿Será posible esto?...

¿Por qué no?...

Si la Naturaleza deposita, aquí y allí, en superpuestas capas sedimentarias, levísimas partículas de polvo mineral disueltas en las aguas de los manantiales, para formar con ellas, al cabo de centenares de centurias, enormes y durísimas rocas; si la evaporación saca, en las salinas, sal de las aguas del mar; si vaporizando una solución recoge el químico, en forma de cristales, los materiales sólidos antes escondidos entre moléculas del líquido evaporado, ¿por qué no han de poderse substraer de la luz enviada de Techiasco a Agadés las palabras, que entretejidas con sus rayos viajen de uno a otro punto con las prestadas alas de una velocidad 924 veces más rápida que la del sonido? Compárese el cansino rastrear de la babosa con el raudo vuelo del vencejo, y todavía no se tendrá idea de tal aumento de velocidades (1).

Si la electricidad engendrada por reacciones químicas en la pila, por la fuerza del agua en los saltos de ésta, por el carbón en las dinamos movidas a vapor, vuelve a trocarse, cuando llega a receptores apropiados, en fuerza mecánica, calor, luz, ¿por qué, en la vibración luminosa nacida de vibración acústica, no ha de poder recuperarse esta vibración originaria?

Como Lobera conocía la posibilidad de ello, gracias a una idea original de Bell y de Tintier, perfeccionada por Ruhmer, y apicada con éxito, a principios del siglo XX, entre Grunau y Berlín (15 kilómetros), no hubo de inventar nada, sino perfeccionar, y no fué poco, tal sistema para obtener de él el alcance que Duvery necesitaba.

Véase cómo se arregló (2).

En lo alto de un cerro inmediato a Aga-

dés hay un reducto donde está establecido el cuartel de gendarmería. Entre el reducto y el torreoncillo de Techiasco desciende el terreno de tal modo, según testimonio topográfico de los trabajos hechos por los ingenieros del ferrocarril, que colocando un antejo de adecuada potencia en el torreón, debería, con él, verse el cuartel.

Claro es que el tal antejo habría de ser grandísimo y muy bueno; lo cual no era cosa que hubiere de preocupar en este caso; pues no necesitándose hacer ver, en Agadés, sino tan sólo hacer oír la luz allí enviada, era innecesario antejo: del cual sólo se ha hablado para hacer constar la mutua visibilidad de torreón y reducto, en el último de los cuales había dejado Lobera establecida al salir del pueblo otra laminilla metálica, sobre la cual caería, en cuanto él montara la estación transmisora de Techiasco, el tembloroso haz de rayos lumiacústicos reflejados, en el torreón de aquel lugar, por la placa vibratoria de la bocina parlante.

Al cuidado y observación de la *lámina receptora* del reducto había quedado Raúl, constituido en ayudante de su amigo el argentino.

—Es decir, que en el cuartel se montó una segunda lámina vibrante.

—Sí; pero con vibración no acústica, como la de Techiasco, sino electrolumínica.

—Y eso ¿qué es?

Ya en otros libros de esta biblioteca se ha hablado del *selenio*, y para no caer en repeticiones, pesadas para mis lectores habituales, sólo diré que unir, o con más propiedad, intercalar, un pedazo de tal cuerpo entre los alambres por donde pasa una corriente eléctrica, a la par circulante por él y éstos, es poner a dicha corriente en condiciones de que su intensidad varíe a tono con las oscilaciones de la luz con que el selenio esté alumbrado, el cual consume en sus resistencias interiores tanta más electricidad de la que a él llegue cuanto más obscuro. Sabido esto en general, conviène ahora, en concreto, decir que la placa dejada en el reducto de Agadés para que sobre ella cayeran los rayos de luz enviados de Techiasco, era de selenio, y estando interpuesta en los alambres del circuito de una pila eléctrica, engendradora de electricidad dejaría pasar ésta en gran cantidad por dicho circuito cuando sobre el selenio cayera mucha luz de la enviada por la placa vibrante de bocina de aquel lugar, en cantidades menores cada vez, según disminuyera el número de rayos de aquel haz luminoso, y nu-

(1) Proporción entre la velocidad de la luz, 308 millones de metros por segundo, y 333, que es la del sonido en el aire a cero grados en igual tiempo; y algo mayor con el crecimiento de la temperatura.

(2) Quien quiera conocer más detalles de los que aquí se dan y expuestos en diferente forma, puede hallarlos en la obra *Modernas brujerías de las ciencias*, J. de Elola, y en el artículo en tal libro titulado "Alas de luz para la voz humana".

las cuando la cápsula de selenio quedara obscura por no llegar ninguno.

Tales pulsaciones de la corriente llegarían por el alambre por donde ésta fluía a un teléfono del cuartel intercalado en el circuito de ella, convirtiéndose dentro de este teléfono en vibración acústica de las membranas de los auriculares: que con sus chasquidos reproducirían las palabras dichas por quien hablara desde el centro ferroviario. Y ya tenemos de nuevo convertida en palabra la luz por la palabra capturada allá para esconderse en sus destellos. Pero dirá cualquiera: estando la laminilla reflectora del torreón en constante vibración, por la voz producida, la luz reflejada en ella saldrá en cada momento en direcciones diferentes, y sólo alguna que otra vez podrá llegar a la cápsula receptora.

Efectivamente, así sería a no hallarse la placa emisora en el foco de una gran lente situada delante de ella; es decir, entre ella y el lejano selenio, con lo cual los rayos de luz reflejados por la lámina en diferentes direcciones torcerán sus caminos al atravesar la lente, saliendo todos de ella en una misma: la necesaria para llegar al receptor selénico de Agadés: del propio modo que los rayos de luz de una linterna de cinematógrafo no se esparcen por todos los ámbitos del salón, sino que refractados en la lente establecida delante de la lámpara, salen todos paralelos en la dirección necesaria para caer en la pantalla.

Así hablaría Techiasco, y Agadés oiría; pero otro par de ingenios, exactamente iguales a estos de que se acaba de dar ramplona idea, pero instalados con la bocina transmisora en el cuartel y el receptor selenotelefónico en la residencia de Duvery, permitiría oír en ésta lo que de allá dijeran.

Después de puesto el Sol, harían sus veces arcos voltaicos o fanales de acetileno: a reserva de utilizar, si conveniente fuera, focos de la invisible luz de los rayos ultravioletados: siendo substituído entonces el selenio por películas fotográficas, que tienen ojos químicos para ver dicha luz, físicamente invisible a los ojos humanos, y convirtiendo así el *fonotelefoto* en *ultravioletofono*.

Algo largo resulta el terminacho; pero compénsalo lo rápido de la comunicación con él lograda.

Para resolver el problema en esta última forma no tendría Lobera sino...

Bueno, lo que tendría que hacer no cabe en la presente historia, que no es un índice de posibilidades, sino relato de sucesos. Además, es de creer que alguna vez conseguiría hacer hablar claro a Emma, verdadera culpable de que los escarceos radiogoniométricos y lumitelefónicos le tuvieran demasiado olvidado del Sol y de la empresa heliodinámica que al Sahara lo había traído, y a la cual es de creer volverá en breve.

## XX

### LA EMBOSCADA

A los pocos días de la llegada al centro de trabajos ocurrió un hecho que, llegando antes de estar terminado de montar el lumiteléfono, dió feaciente y triste prueba de cuán poco de fiar era la comunicación por emisarios en motocicletas, a que hasta entonces había que atenerse.

Estando ya terminados el transmisor y el receptor de Techiasco, iguales a los que en el reducto de Agadés quedaban bien enfilados a aquella Residencia, en dirección exactamente conocida por los trabajos del ferrocarril, fueron establecidos ambos aparatos en el torreón, previniendo a Raúl, por propio, de la hora precisa a que Lobera le ha-

blaría al día siguiente y de las en que desde Agadés debería hacerlo él para verificar las primeras pruebas.

Llegadas tales horas, ni uno ni otro oyeron nada; y comprobado el buen estado de los instrumentos eléctricos, acústicos y ópticos del cuartel y el torreón, y comunicándose los operadores por dos ciclistas en constante ir y venir, el buen resultado de tales comprobaciones aisladas, indicó a Lobera que el no llegar los rayos luminosos de una a otra estación habría de obedecer a que en el camino entre ambas tropezaran con algún altozano, rocas o árboles en donde quedarán detenidos.



Examinando Lobera y Duvery el plano del terreno y el perfil del relieve de las alturas de él, advirtieron que la cumbre del cerrete de Tembella queda, en el perfil, solamente dos metros por debajo de la recta trazada entre el torreón y el reducto: diferencia tan pequeña que, de haber algún error de cierta importancia en la nivelación, podría haber inducido a equivocación, haciendo creer que la visual Agadés-Techiasco quedaba por cima de la cumbre de dicho alto de Tembella, cuando en la realidad fuera por éste interceptada, imposibilitando el funcionamiento del fototeléfono.

Llamado al ingeniero que había nivelado aquel perfil, respondió de su exactitud, con error a lo sumo de centímetros, siendo imposible, por lo tanto, que la visual cortara ni aun rozara el suelo.

—Y, sin embargo, amigo mío—dijo Duvery—la luz no pasa.

—¡Ah!—exclamó el ingeniero consultado—. Ya sé lo que es: tropieza en algo, pero no en el terreno, sino tal vez en los paredones de una casa derruida que hay en la cumbre.

—Entonces bastaría levantar sobre el torreón un castillete de madera de tres o cuatro metros.

—Imposible, Don Héctor: ese castillete vibraría con el viento haciendo oscilar la lente dirigida a Agadés, con lo cual perderíamos la puntería del haz de rayos lumiacústicos, que no caerían en el receptor del reducto. No hay más remedio que ir al cerrillo para ver si derribando los paredones damos paso a la luz—dijo Pepe.

—Ya que allá se ha de ir, no estaría de más hacer de paso una rápida nivelación barométrica.

—Completamente de acuerdo, Don Héctor. Raúl y yo, con aneroides, iremos a encontrarnos en Tembella; este caballero allí, usted aquí, y en Agadés el capataz que allí ha de quedarse observará en barómetros fijos a horas convenidas.

—Yo puedo además aprovechar mi ida al cerrete para determinar, con un teodolito, el punto exacto donde la alineación del torreón al cuartel corte a los muros.

—Perfectamente. Ya no nos queda sino comparar entre sí, durante veinticuatro horas, los cinco barómetros (1).

Efectuada al día siguiente dicha comparación y puestos de acuerdo los relojes de Duvery, Lobera y el ingeniero que había de operar en Tembella, se llamó a un ciclista para que llevara a Agadés el aneroide del capataz que allí había de observarlo, y el que Raúl emplearía en la nivelación del tramo desde allí al cerro, mientras Lobera hacía la de Techiasco a éste.

El capataz citado estaba en el pueblo con Raúl para que éste lo impusiera en el manejo del transmisor y del receptor fotoacústicos, y cuando dicho empleado pudiera ya desempeñar las funciones de *fotofonografista* se quedaría sólo en Agadés, yendo Raúl a reunirse con su padre en Techiasco. Entonces realizaría Lobera su aplazada expedición a Lebezenga y Azzau.

Además de los barómetros, era el ciclista portador de instrucciones que, para evitar dudas y olvidos, redactó a última hora Lobera, marcando la hora de la salida de Raúl y las de las lecturas que simultáneamente habían de efectuarse en los dos aneroides en movimiento (el suyo y el de Raúl) y en los fijos de Agadés, Techiasco y Tembella: instrucciones de las que, por haber salido de mañana el ingeniero que en el último punto había de trazar la alineación, se sacó una copia que, al paso para Agadés, le entregaría el ciclista portador de las de Raúl y de los barómetros.

Era éste uno de los tres *dagatums* empleados cual correos, pues aunque recientemente, y por los buenos oficios de Bertier, habían llegado de Borku 160 negros *dazas*, en quienes se tenía superior confianza que en los *dagatums*, no se les empleaba como correos, por desconocer todavía los caminos de la comarca.

Estos negros habían sido ostensiblemente contratados como jornaleros para intensificar las obras del ferrocarril; pero con intención secreta de constituir con ellos y los europeos la guarnición de seguridad del centro de trabajos; pues, por causas que

---

cumbre y en el pie de un cerro marcan diferentes lecturas barométricas, pues sobre la cresta queda menos aire hasta el límite superior de la atmósfera que sobre la falda.

De aquí que comparando en los mismos momentos las alturas que el barómetro acusa en diversos puntos de un terreno, puede nivelarse no con alta precisión, pero muy suficiente para tanteos y anteproyectos, dicho terreno: siempre que se tomen precauciones y se opere en forma demasiado técnica para explicada en libro de la naturaleza de éste.

(1) Como la altura barométrica equilibra el peso de la altura de la atmósfera que queda por cima del lugar donde el barómetro se halla, sabe todo el mundo que dos barómetros situados en la

oportunamente se dirá, inspiraban mayor confianza que los *dagatums* (2).

\* \* \*

A la caída de la tarde salió el emisario, que en hora y media escasa podría llegar a Tembella, y en poco menos de tres a Agadés; pues su motocicleta hacia 80 kilómetros en normal marcha. Pero tardó algo más, porque al llegar a Tadelaka, lugar situado veintitantos kilómetros antes de donde debía entregar el primer pliego, se apartó de la ruta directa para encaminarse a una casa aislada, distante como una legua del camino de Agadés, y rodeada de unas cuantas mimosas, en donde lo aguardaba una pareja de gendarmes, a uno de los cuales entregó los dos sobres, diciendo:

—Esto me han mandado llevar al ingeniero que sabéis y al hijo del director.

El gendarme miró los sobres, pensando en que allí le faltaba medio de abrirlos en forma que, al recibirlos, no conocieran los destinatarios la fractura de ellos.

—Por lo que hablaban Duvery y el ame-

(1) Antes de que los franceses se posesionaran definitivamente, a mediados del siglo XX, de las comarcas del Air, antes llamado Asben, eran éstas dominadas por subrazas de origen berberisco y saháríco cruzadas con los negros sudaneses. Estas razas son los *kel-gheres*, los *itisan* y los *kel-ovis*, a los cuales llaman esclavos los tuaregs puros: no porque vivan sometidos a servidumbre, sino por el gran número de cruzamientos con los negros del sur, que han adulterado la raza.

Es notable que entre estas gentes no sea el marido el que se lleva la mujer a su casa y a su aldea, sino a la inversa, teniendo el matriarcado gran importancia entre ellos, y siendo el orden de transmisión del mando y la propiedad por herencia no el de padre a hijo, sino de tío a sobrino nacido de la hermana del titular o propietario.

Además de estas razas principales viven en la parte meridional del Air los *tagamas* y los *dagatums*. Los primeros, berberiscos, se visten de blanco y se arreglan el cabello en trenzas largas, siendo rasgo distintivo y repugnante de ellos el de hacer objeto de tráfico con los viajeros la prostitución de sus esposas.

Los *dagatums*, que no son islamitas, y se afirma forman restos de una raza aborigen, hablan el mismo idioma, el *temazec*, de los tuaregs; tienen el cutis poco obscuro, y se casan exclusivamente entre sí por ser considerados inferiores a las demás razas de que se ha hablado, en las cuales buscan quienes, mediante el pago de un tributo corriente, ejerzan con ellos oficio de *patrón* o *escudo*, a fin de tener quienes los defiendan de los atropellos de que, si no, son víctimas. En las expediciones guerreras, los *dagatums* son la carne de cañón, pues sus patronos los colocan siempre a vanguardia.

ricano—agregó el infiel emisario *dagatum*—sé que las dos cartas son copia una de otra, con órdenes para no sé qué operaciones del replanteo de la línea, que van a hacer mañana.

—¡Ah! ¿Sí?—dijo el gendarme—. Entonces no hay que andar con remilgos.

Y desgarró el sobre dirigido a Raúl, leyendo atentamente las instrucciones, fijándose en las horas de salida de Raúl y de Pepe de Agadés y de Techiasco y de las de llegada de ambos a Tembella.

Y volviendo a meter el pliego en el sobre roto, devolvió éste y el intacto al ciclista, diciendo:

—Listo. Lléalos ahora a sus destinos.

—Pero ¿qué digo al Señorito Raúl cuando vea...

—Muy sencillo: que como era ya de noche cuando llegaste a Tembella se confundió el ingeniero que está allá y abrió ese sobre en vez del suyo... Raúl es un chiquillo sin malicia y no sospechará nada.

—Sí, pero cuando hable de esto con el ingeniero verá que he mentido.

—No te preocupe eso: ellos no se han de ver hasta mañana a las nueve; tú estarás dentro de seis horas de regreso en Techiasco, donde darás cuenta de haber entregado los pliegos; y con que mañana levantes el vuelo yéndote donde no puedan echarte la vista encima...

—Pero ¿adónde me voy?... y que así me quedaré sin empleo.

—Todo eso está pensado, hombre: de madrugada sales de la Residencia cómodamente, en tu moto, y te vas a Korao; llegado allí, buscas al capataz de las salinas, que es hermano y se llama Morzuk y le dices, fíjate bien: "El gendarme de Tadelaka te manda que me des en seguida colocación lejos de Techiasco y de Agadés." ¿Te enteras?

—Sí, señor.

—Pues hemos acabado. Vete a tu comisión.

\* \* \*

Acampado en una tienda de campaña para él y sus dos topógrafos auxiliares europeos, mientras al aire libre vivaqueaban seis negros dazas, todos, claro es, armados, recibió el ingeniero el pliego de Lobera quince minutos después de separarse de los gendarmes el emisario, que hora y media más tarde entregaba en Agadés a Raúl el otro: dándole por excusa de que llegara abierto la sugerida por el gendarme; sin que, como

éste había adivinado, sospechara nada el inexperto y franco muchacho, pues conocía al ciclista como antiguo empleado en el ferrocarril y lo tenía por hombre de confianza.

A media noche entregaba éste a Duvery la respuesta de su hijo y el ingeniero, manifestando quedar enterados de las instrucciones.

Al amanecer, cuando los obreros salieron a sus tajos, tomó el ciclista las de Villadiego, sin que hasta el regreso de ellos, al fin de la jornada, echara de ver nadie su falta. A dicha hora llevaba muchas ya de acaecido el suceso preparado por la infidencia del que se hallaba ya en Korao.

\* \* \*

A las siete de la mañana, hora convenida, partieron Raúl y Lobera de Agadés y Techiasco, respectivamente, para encontrarse en Tembella. Iban en motocicletas y escoltados: el primero, por una pareja de gendarmes que le dió Bertier, y el segundo, por cuatro negros dazas puestos a sus órdenes por Duvery.

A la salida anotaron ambos las alturas de los aneroides en sus registros respectivos, repitiendo durante la marcha iguales operaciones, de diez en diez minutos, a horas coincidentes: las mismas en que Duvery, en Techiasco, y el ingeniero y el capitán, en Tembella y Agadés, efectuaban lo propio.

Siendo la distancia de Techiasco a Tembella poco diferente, pero menor la que había de recorrer Lobera que la que Raúl debía andar, sorprendióse éste, cuando al cerro llegó, de no hallar a aquél allí, diciendo al ingeniero que a los dos los aguardaba:

—¿Cómo? ¿No ha llegado aún Lobera?

—No.

—Me choca: habrá tenido alguna avería en la moto.

Una vez dicho esto, mostró el ingeniero al muchacho el lugar preciso donde él suponía debía quedar interceptada la comunicación entre Techiasco y Agadés por los paredones de que había hablado a Duvery y a Lobera. Una vez visto esto, con derribarlos desaparecería toda dificultad.

.....

—Me sorprende que tarde tanto; porque de haber tenido alguna avería pesada de reparar, y siendo importante la rapidez en la nivelación, habría seguido en la moto de uno de sus acompañantes.

O nos habría prevenido por alguno de ellos para que continuáramos haciendo lecturas de diez en diez minutos—contestó Raúl al ingeniero, que era quien había dicho lo anterior— ¿Me habré yo equivocado de hora?... Voy a repasar las instrucciones. Haga usted el favor de ver también las suyas:

—Por complacer a usted; pero es innecesario: estoy seguro de ellas...; es decir, de las mías, pues las de usted mal puedo conocerlas.

Al oír esto, cruzó por la imaginación de Raúl, con fiado por ser leal, mas nada lerdo, una idea alarmante, y preguntó con gran viveza:

—¿Entonces anoche se enteró usted de su equivocación antes de leer mis instrucciones

—¿Qué equivocación?... ¿Cómo había de leerlas?

En un instante se descubrió el embuste del correo. De esto a pensar en deslealtad, que no podía nacer de buen propósito, no había un paso. Y dado ya, y unida esta certeza al recelo por la tardanza inexplicable de Lobera, ya inquietó a quienes lo esperaban, no una avería de la moto, sino la posibilidad de un accidente ocurrido a la persona. Y no cabiendo continuar en tal duda, resolvieron salir camino de Techiasco en busca suya, cual lo efectuaron sin perder minuto, acompañados de la gente que en Tembella estaba, del sargento Friand y el gendarme con Raúl venidos: todos en motos y *side-cars* y forzando los motores de las máquinas.

\* \* \*

Tal vez no habrían pasado diez minutos de la salida de Tembella de la patrulla exploradora, cuando Friand, que marchaba en cabeza, gritó "alto", por haber visto una motocicleta caída en el camino, en el paraje donde apartaba de éste una senda tan polvorienta como él, encajonada entre raquíticas mimosas: la misma por donde la noche anterior había tomado el *dagatum* para ir a enseñar los pliegos a la pareja de gendarmes.

Por pronto que el pelotón, lanzado a toda marcha, pudo detenerse, ya estaban quienes delante iban a cuatro o cinco metros de la moto caída, por lo cual gritó el sargento:

—Quietos: todos quietos donde están.

—Pero, Friand, vea que no podemos perder tiempo—replicó la impaciencia de Raúl.

—Como lo perderemos será borrando, con

las ruedas o los pies, las huellas que ha de haber en la arena.

—¡Ah!

—No se mueva nadie hasta que acabe yo de verlas.

Con gran precaución de no poner los pies sino donde no borrarán los rastros de diversas clases de que aquel arenal estaba lleno, avanzó Friand camino adelante cosa de cincuenta metros, con la cabeza inclinada al suelo y muy despacio; retrocedió después, deteniéndose en el entronque con la senda; siguió dos minutos por ésta para tornar al cruce, al cabo de ellos, retrocediendo luego por el camino para mirar atentamente, cual si buscara algo entre los surcos en el piso dejados por las motos recién llegadas de Tembella. Ese algo que no hallaba en la parte de camino de donde venía era pisadas de camello.

Tornó de nuevo al arranque de la senda, y otra vez se metió por ella, hasta que a los ocho o diez minutos de comenzadas sus pesquisas, dijo:

—Ya pueden ustedes acercarse. Dígame, Don Raúl, ¿podría usted conocer si esta moto es de la Compañía?

—Creo que sí... A ver. ¡Anda, si es la mía! No la usa nadie sino yo, porque no quiero que me la estropeen. Lo que me choca es que mi padre se la haya dado a nadie... ¡Calla! Como no haya sido a Lobera... Y al estar aquí tirada y sola debe de ser que le haya ocurrido un accidente. ¿Estará herido? ¿Se lo habrán llevado otra vez a Techiasco?

—No, Don Raúl. Si la moto hubiese volcado habría ido resbalando algún trecho, arañando el suelo fuertemente con el timón y los pedales, y aquí no hay señal de eso. Quien la montara la ha parado y se ha apeado... Vea usted aquí la honda huella que el pie ha dejado al caer con la fuerza del peso de todo el cuerpo al desmontar.

—Entonces, ese hombre, ese hombre, ¿dónde está, y qué se ha hecho de los otros? Corramos, Friand, corramos.

—Por aquí—dijo el veterano montando en su moto—. Pero no lo estropeemos con las prisas: no siempre llega antes quien más corre... Yo iré delante; pero para seguir la pista que ya tengo no puedo ir a carrera ciega. Tenga paciencia, don Raúl, y que no se me adelante nadie.

Para ganar tiempo se abstuvo el sargento de dar explicación de lo que había observado en las huellas examinadas, y los demás de preguntarle, aun cuando de ello no les fal-

taran buenas ganas, que, por lo pronto, se aguantaron; pero como el lector no pierde tiempo en oírlos, vamos a anticipárselas.

Hasta pocos metros antes del origen de la senda se veían, muy marcados sobre el espeso polvo que cubría el camino, los surcos de las motos venidas de Techiasco; en la cercanía de dicho origen había huellas de varios pies de hombres y y de pezuñas de camellos, estando revuelto el polvo por las ruedas de las mismas motos, como si allí hubieran *virado* para volverse por donde habían venido; y como desde el arranque de la senda hasta el sitio donde Friand había hecho detenerse a quienes lo seguían desde Tembella no había huellas de bicicletas, inducía todo ello a pensar que las procedentes de Techiasco habían hecho alto y dado la vuelta junto al entronque de la vereda para retroceder todas por el mismo camino que habían traído: con la excepción, claro es, de la que allí estaba abandonada.

Además, las pisadas de camellos que el sargento vió patentes en la senda correspondían a dos pistas: una indicaba que dos de aquellos animales la habían seguido viniendo hacia el camino hasta llegar a la desembocadura de aquélla en éste, sin que ni a un lado ni otro de ella se vieran en dicho camino rastro ninguno de tales animales; y como, en cambio, la segunda pista impresa en la vereda conservaba las huellas de las pezuñas de los mismos dos camellos, pero al revés de las correspondientes a las del primer rastro, dedujo de todo ello el experto veterano que después de llegar los camellos por la senda al entronque de ella con el camino, y deteniéndose en tal lugar, habrían dado la vuelta para volverse por aquélla; pero no solos, cual vinieron, sino precedidos de un hombre cuyas pisadas estaban bien marcadas delante de las de los dos rumiantes.

Para Friand era tan claro cual si lo hubiera visto que aquel hombre no podía ser sino el de la moto caída, abandonado o entregado por sus acompañantes a los jinetes de los camellos, que se lo habían llevado; y si el señor Lobera fuera quien montara la moto, él habría de ser el secuestrado.

\* \* \*

Dos kilómetros llevarían avanzados Raúl y sus acompañantes en pos de Friand que los guiaba, yendo él conducido a su vez por el rastro marcado en la vereda, cuando al

salvar un otero divisaron al frente la solitaria casa donde la noche anterior se enteraron los gendarmes, en el pliego dirigido a Raúl, de las horas prefijadas a la salida de Techiasco de Lobera y a su llegada a Tembella.

Dicha casa, a unos tres kilómetros del ribazo, transpuesto el cual la vieron, quedaba al extremo de un llano despejado, que al mismo tiempo que la casa les permitió ver, a pocos metros de ella, a un gendarme jinete en un camello, con otros dos del diestro, apostado sin duda como vigilante para otear entera la llanura; pues al aparecer en lo raso la patrulla se acercó rápidamente a la puerta con las cabalgaduras, lanzando gritos que antes de transcurrir medio minuto reiteró precipitadamente.

Al ver aquello ordenó el sargento:

—Apretar, apretar. A toda marcha. Preparen armas.

A los pocos segundos el gendarme de la casa, que había hecho a los camellos arrodillarse delante de la puerta, gritaba:

—Que no hay tiempo; que llegan; que nos cogen.

A esta tercera y apremiante llamada del vigía aparecieron otro gendarme y un *ahel-litzan* en la puerta y saltaron sobre sus monturas, a las que hicieron levantarse rápidamente: no sin tener que vencer la frecuente pereza de ellos para alzarse al ser montados, pinchándolos reiteradamente con los cuchillos-bayonetas (1).

Una vez levantados los meharis partieron los gendarmes y su acompañante a gran velocidad, desapareciendo en un momento detrás de la casa, utilizada por los fugitivos cual reparo que los ocultara a sus perseguidores.

—Nos hemos equivocado: son gendarmes—exclamó Raúl.

—Si lo fueran no huirían de nosotros—contestó Friand—. Y agregó a gritos, dirigiéndose sucesivamente a los paisanos y al guardia que lo acompañaba:

—Ustedes a la casa, que ahí debe estar el señor Lobera. Tú conmigo detrás de esos granujas.

## XXI

### EL CRIMEN DE TADELAKA

Cuando el americano y los dazas que con él salieron de Techiasco para Tembella llegaron al lugar donde del camino se aparta la vereda a la casa, les echó el alto una pareja de gendarmes senegaleses montada en meharis, que hallaron apostada en el sitio citado, preguntándoles, tan pronto su orden fué obedecida, si entre ellos iba un señor Lobera, a quien, al darse a conocer, le fué ordenado se entregara preso.

Inútilmente protestó él, pues a sus argumentos contestaron los guardias que cumplían orden del Capitán Bertier, quien ya sabría si era o no un atropello aquel arresto, como decía el detenido, cuyos acompañantes dieron vuelta a Techiasco obedeciendo mandato de los gendarmes, y cumpliendo encargo de Lobera de informar de lo ocurrido a Don Héctor.

Una vez idos éstos, y cuando la pareja los perdió de vista, ordenó al preso que echara delante de ella: mas no camino de Agadés, sino senda adelante.

Quiénes eran los que escapaban es cosa

que ya el lector sospecha acaso; pero no siendo fácil sepa, si no se lo decimos, lo acaecido desde el momento en que, cual

(1) Montar un camello del Sahara no es cosa sencilla. Para efectuarlo se le hace arrodillarse, lo cual efectúa el animal gruñendo y protestando, compelido por tirones del anillo que lleva atravesado en la nariz, la cual hay que tenerle sujeta mientras se sube a la silla, manteniéndola, mediante flexión del cuello, casi en contacto con el pecho. Cada movimiento del jinete determina uno o varios rugidos del animal, cual si lo degollaran, siendo de aconsejar que se monte de pronto y por sorpresa.

El camello *suele* levantarse violentamente, dando una sacudida violenta y rapidísima de vaivén adelante y atrás, que si el jinete no está muy en guardia, puede derribarlo; pues el camello del Sahara no es un animal domado, como el de Egipto o de otros países.

No se le guía con riendas, sino únicamente por la presión de los pies del jinete, que no a horcajadas, sino sentado en la silla sobre la joroba, descansa cada uno de los suyos a uno y otro lado del pescuezo del animal, haciéndole volver a una u otra mano, según con qué tacón golpea al animal.

De aquí que en los combates entre africanos del Sahara montados en camellos sea muy frecuente

Friand había adivinado, fué Lobera secuestrado, hasta la llegada de los que a liberarlo corrían, preciso es referirlo.

Varias veces, durante el tiempo que el argentino, escoltado por los gendarmes, tardó en llegar a la casa, insistió en sus protestas, por parecerle imposible, más todavía absurdo, que Bertier ordenara arrestarlo, y no haber sospechado pudieran no ser gendarmes sus aprehensores; pero en vista de que éstos callaban como si hablara a sordos, o le oían cual si fueran mudos, enmudeció él también.

Llegados a la casa, a cuya puerta estaban Ben-Cassim sin disfrazar y su camello amarrado a una argolla empotrada en el muro de aquélla, se apeó uno de los gendarmes, dejando su mehari al cuidado del otro guardia que con él venía, el cual se quedó afuera, mientras él entraba, echando por delante al secuestrado y seguido de Ben-Cassim, en quien no pudo aquél reconocer a Pozo por tener cubierta la cara, cual los otros, con el litzam; pero una vez dentro todo se le aclaró instantáneamente al ver al falso gendarme quitarse el suyo y oírle decir:

—Ya se acabó la farsa, y ha llegado la hora de hablar de hombre a hombre.

—De hombre armado a nombre desarmado—replicó el americano.

—Para hablar no hacen falta armas... Más adelante, ya veremos. Supongo que me habrá usted conocido.

—No es fácil saber quién pueda ser el

que los adversarios dirijan sus primeros golpes a los pies para dejar al enemigo imposibilitado de gular su montura:

Si el camello no tiene humor de levantarse y echar a andar, lo cual ocurre algunas veces con estas tercas y estúpidas bestias, procura el jinete convencerlo a taconazos en el pescuezo; pero a veces es preciso armarse de paciencia, porque la obstinación del camello no tiene par en la de animal alguno: latigazos y palos son inútiles, porque el cuero del camello es insensible a ellos.

Si por la violencia se le quiere convencer, no hay más remedio que pincharle bárbaramente; pero tomando la precaución de agarrarse con fuerza al vástago vertical y alto de la silla que se alza entre las piernas del jinete para evitar ser derribado por la violentísima sacudida que al levantarse, así hostigado, da el animal.

Puede estar hasta una semana sin beber; mas cuando bebe ingiere inverosímiles cantidades de agua, que no de una vez, sino en dos o tres sucesivas y cercanas abrevaduras, llegan hasta la de 40 a 45 litros.

El camello sahárlico es un extraño animal que, como sus ordinarios dueños los nómadas del Sahara, aborrece, y no lo disimula, al hombre, tanto, que no pasta a gusto sino cuando está solo.

que siempre se esconde tras robadas personalidades; pero deduzco que debe avergonzarse de su propio nombre.

—No me insulte: tengo poca paciencia.

—Ayer se disfrazaba usted con la de Núñez, cobardemente secuestrado como yo; hoy con ese uniforme que a traición habrá robado.

—Gahel: si tú aguantas los insultos de ese hombre, yo no estoy dispuesto a...

—¿El digno secuestrador del verdadero Pozo? ¿No es verdad? Y, sin duda, teniente de la cuadrilla de bandoleros que por lo visto capitanea usted.

—¡Perro maldito! Ahora verás.

—Quieto, Cassim. Pero usted, por su bien, debe acordarse de que está en mi poder, pues no presumo de paciente.

—Ni lo olvido, ni ignoro lo que puedo esperar de dos valientes que, no bastándoles ser dos y bien armados, han tenido la prudente precaución de desarmarme.

—Pero ¿cree usted que yo le tengo miedo?

—Las muestras de eso son.

—¡Señor Lobera!

—Señor salteador de caminos: si desarmado no me asustan sus armas, no pensará espantarme con sus voces.

—Basta. Las armas se le devolverán, si es que las necesita, en cuanto...

—¿Qué disparates dices?. ¿Estás loco, Gahel?

—¿Callarás de una vez?... Pero antes de devolvérselas a usted necesito hablar con calma del motivo por que lo he traído aquí.

Lobera comenzaba a sospechar cuál era aquel motivo; mas la violencia de su indignación por el villano proceder de que era víctima lo exacerbaba, al punto de que a falta de armas con que dañar a su enemigo quiso abofetearlo con la lengua, y dijo:

—Acabemos. ¿Cuánto dinero vale mi rescate?

Gahel, que al decir sus últimas palabras se había sentado junto a una mesucha desvencijada, sobre la cual había tintero, pluma y unas hojas de papel, se levantó frenético al oír la insultante pregunta, con propósito de arrojarla sobre el que se la hacía; mas reprimiéndose inmediatamente, dijo:

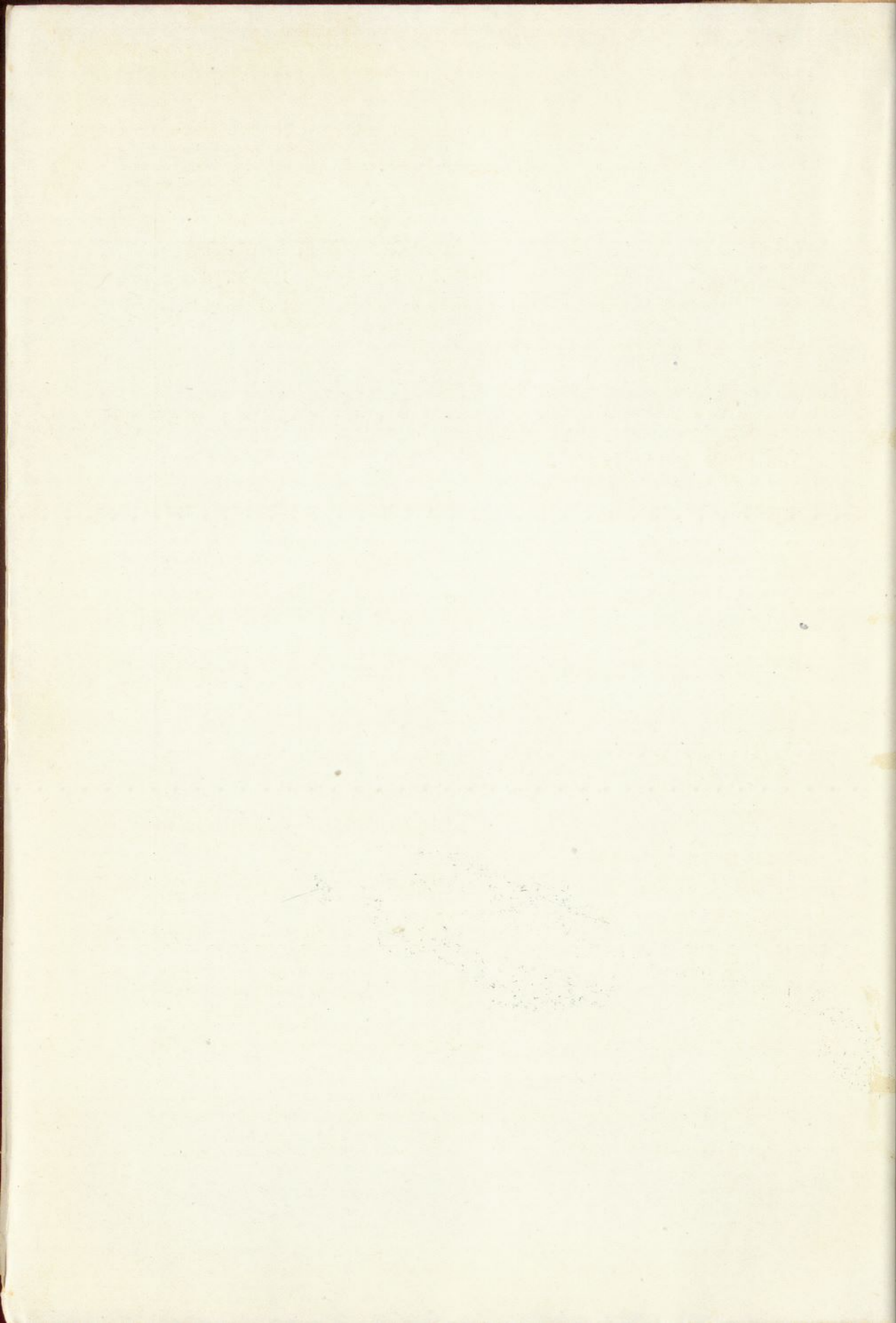
—Dé gracias a que aún está usted desarmado; porque si no ya le habría arrancado la lengua... No es eso... Su libertad y su vida tienen otro precio.

—¿Cuál?

—Su escrita y firmada promesa de mar-



Dale, dale, Cassim—gritó Abd-el-Gahel al ver brillar el arma.





charse inmediatamente de Africa, sin volver a Techiasco, y de renunciar a todo plan sobre la Señorita de Duvery.

—A quien usted se apresurará a enviar mi firmado compromiso para consolarse de la repulsión que usted la inspira con el desprecio que por mí sentiría ella al recibir tal documento.

—No tengo que dar a usted explicaciones.

—Pues sepa usted que aunque mi cobardía llegara a firmar esa vergüenza, la Señorita Duvery no será nunca de un bandido como usted. Pero no firmo, puede usted asesinarme.

—Está usted equivocado en las dos cosas: esa mujer, que he jurado sea mía, lo será, puede usted estar seguro, y voy a ganarla matándolo a usted antes, pero no asesinándolo, sino de hombre a hombre, como al entrar aquí le dije.

Al decir esto desenvainó Abd-el-Gahel el cuchillo-bayoneta de gendarme que llevaba al cinto; y cogiendo el de monte de su rival, que con la pistola que le habían quitado estaba sobre la mesa, se lo alargó a Lobera, agregando:

—Tenga usted su cuchillo, y gánela si puede.

Rápido se abalanzó el americano a coger el arma; pero, antes que él, ya Ben-Cassim se la había arrancado de la mano a Abd-el-Gahel, gritando:

—Si tú estás loco, yo no lo estoy, gracias a Al-lah.

—No está mal la comedia—gritó Lobera, lívido de coraje al perder la esperanza de poder defenderse.

—No es comedia. Cassim, da inmediatamente el cuchillo a ese hombre, y apártate. Lo mando.

—Ni en esto puedo obedecerte, ni por una mujer tienes derecho de arriesgar la vida, que no es tuya, porque ofreciste consagrarla a más altas empresas.

Estas palabras hicieron gran impresión en el predestinado caudillo de los vengadores, muy convencido de su providencial papel y de la superioridad que lo ponía por cima de las demás criaturas. Y cual volviendo a sí después de haber estado en riesgo de descender de su olímpica altura, dijo:

—Tienes razón, lo primero es lo otro: haz lo que quieras: ese hombre no merece que sea yo mismo quien...

—¡Farsante, cobarde, cobarde!—rugió Lobera antes de que Gahel acabara la frase, en donde adivinaba su sentencia de

muerte—; y enardecido por la inminencia con que le amenazaba ésta, se arrojó sobre el grupo formado por sus dos enemigos, gritando:—Pero, a lo menos, no moriré como un cordero.

Tan impensada fué la acometida, que los otros se dieron cuenta de ella cuando ya Lobera había arrebatado su cuchillo de la mano de Ben-Cassim y asestado con él rabioso golpe a Abd-el-Gahel, que sólo consiguió librar el pecho levantando el brazo y recibiendo en éste la cuchillada dirigida a aquél.

—Guárdate, Gahel. ¿Lo ves, lo ves?—gritó Cassim.

Unos cuantos segundos osciló a un lado y otro el grupo de los tres hombres enracimados.

Al sentirse Abd-el-Gahel herido y que la puñalada le hacía caer de la mano armada el machete, todavía tuvo presencia de ánimo para sujetar con la otra la de Lobera, que esgrímia el cuchillo con intento de dar un nuevo golpe. La izquierda de Ben-Cassim se aferró al mismo tiempo a la parte trasera del cuello de la chaqueta de aquél dando un tirón de él hacia atrás, mientras con la derecha sacaba de la vaina la guma que llevaba al cinto.

—Dale, Cassim, dale—gritó el Gran Caíd al ver brillar el arma, que inmediatamente hundió aquél en la espalda del argentino, a quien siguió sujetando por el cuello el poquísimo tiempo que tardó en desplomarse, diciendo:

—¡Cobardes, cobardes!... A traición me habéis muerto.

—Ya tiene bastante. Pero tú, ¿dónde estás herido? ¿Dónde te ha dado este maldito?—preguntó el asesino, alarmado con la sangre de que Gahel tenía manchado todo el pecho.

—No es nada, nada. Toda esta sangre no es sino del brazo.

—Sí, pero es mucha.

—Quema unos trapos y luego me vendarás con tu pañuelo y con el mío.

Según decía Gahel, púsole su tío en la herida cenizas de unos trapos que cortó de la funda de un jergón relleno de las duras hierbas que casi secas crecen a lo largo de los exhaustos *uad* (ríos sin agua) del Desierto, que estaba en un rincón de la casucha, y quemó después: con lo cual no se atajó del todo, pero se aminoró mucho la hemorragia. Vendó seguidamente el brazo con los pañuelos y con jirones desgarrados de una camisa que sacó del morral de gen-

sa sanitaria con lo necesario para hacerlas darme que Abd-el-Gahel llevaba, sin cesar, mientras lo curaba, de reprenderle su imprudencia.

—Sólo me pesa—contestó después de largo rato de silencio el reprendido—que ese hombre no haya muerto por mi mano y cara a cara... Muchos y grandes eran los sacrificios que ya llevaba yo hechos para dar libertad a mi patria y vengar a mis hermanos; pero ninguno me ha dolido como el de haber dejado de un valiente haya muerto llamándome cobarde... Era preciso que le hemos de hacer...

Cuando faltaba poco para acabar de ceñir el improvisado vendaje, se oyeron los gritos de Tinkert, que, ignorante de lo ocurrido adentro, gritaba:

—Afuera, afuera: que vienen los gendarmes.

—Vamos, vamos, Cassim.

—Déjame que siquiera acabe de anudar este nudo.

—Si os descuidáis nos cogen.

—Así se tiene ya, Cassim. Vámonos, vámonos—dijo Gahel, saliendo precipitadamente seguido del otro; y viendo, cuando afuera estuvieron, que Tinkert no exageraba, pues no faltaban a sus perseguidores sino un kilómetro para llegar a ellos, montaron sin perder instante en los meharis y escaparon a cuanto éstos podían correr.

\* \* \*

Mientras Raúl y los demás entraban en la casa, dieron vuelta a ella el sargento y el gendarme, confiados en que con sus motos pronto podrían alcanzar a los que huían en camellos; pero no habían contado con que el terreno de más allá de aquella era una cuesta sumamente agria, de piso desigual erizado de pedruscos que aquéllos bajaban a un trote velocísimo y por el cual era imposible que rodaran las motos y que corrieran muy pocos meharis a no ser, como aquéllos, criados en la serranía.

—Pie a tierra; fuego, fuego—gritó rabioso Friand.

El y su compañero dispararon tres tiros cada uno, pero inútilmente; pues sobre que la agitación de la pasada carrera y lo precipitado de los disparos dificultaban hacer buena puntería, contribuyó además a privar de eficacia a los tiros el estar los fugitivos lejos ya y ser muy difícil atinar en blancos violentamente zarandeados por el típico balanceo del trote del camello.

Tendió la vista Friand en torno suyo, buscando terreno practicable a las motos por donde fuera dable rodear la cuesta para cortar la retirada a los fugitivos; y al convencerse de que lo amplio del rodeo anularía la ventaja de la mayor velocidad de las máquinas, dió una patada de coraje, soltó un taco y dijo después de éste:

—Por esta vez se van... Esa es, de fijo, la pareja senegalesa desertada... ¡Que no me habría gustado poco ser yo quien la pescara!... Ea, vamos con los otros. Por lo menos creo que habremos encontrado al señor que busca Don Raúl.

Cuando éste y sus acompañantes entraron en la casa quedaron espantados al ver en el suelo, tendido boca arriba sobre un charco de sangre, a un hombre, muerto al parecer, en quien por el traje, antes que por la cara, reconocieron a Lobera, suponiéndole herido en la espalda por no verle herida en cabeza, pecho ni vientre.

Para enterarse de si vivía o no se arrojaron a ambos lados de él Raúl, el ingeniero y los ayudantes.

—Creo que hemos llegado tarde—exclamó el primero con voz ahogada al no sentir las pulsaciones que con ansia buscaba en la muñeca del americano.

—Aguarde—dijo el ingeniero, desabrochando la chaqueta, rasgando la camisa e inclinándose sobre el pecho de aquél para poner el oído sobre el lado izquierdo—. Quietos: no hacer ruido, no moverse... No me atrevo a responder de ello, pero me parece que aunque muy débilmente late el corazón.

—A ver, a ver—dijo el muchacho.

En esto entraba el sargento, quien, ante el cuadro que se ofrecía a su vista, dijo:

—¡Ah, canallas!... Bien han sabido aprovechar el tiempo... ¿Está muerto o vivo?

—De esa duda tratamos de salir.

—A ver, a ver... Déjenme: en eso tengo alguna práctica... Está vivo; pero como nos descuidemos no lo estará mucho tiempo; porque sin contar lo que la herida pueda ser, dentro de cinco minutos se nos muere si no cortamos la hemorragia. Tú, muchacho, trae la bolsa de mi moto.

Los gendarmes del Sahara, que no es raro sean heridos a muchas leguas de los lugares donde médico o practicante puedan asistirlos, reciben, como parte de su instrucción militar, enseñanzas relativas a las primeras y más elementales curas de urgencia, y de su equipo forma parte una bol-

bastante más completas que los paquetes de curación individual reglamentario en los ejércitos civilizados. Cada guardia es, por lo tanto, casi un practicante. En cuanto al veterano, con veinticinco años de servicio, que se disponía a asistir a Lobera, no lo era casi, sino por completo, y apreciando la urgencia de no perder segundo, comenzó a actuar con gran celeridad: dando órdenes a todo el mundo y procediendo con pasmosa expedición, a la cual no estorbaba el no tener la lengua quieta un solo instante: verbal incontinencia en él característica siempre que se veía en apurados trances, de los cuales no se desenredaba sino pensando en alta voz.

—Traigan, traigan aquel cántaro y aquella cazoleta... Quite: está que es una porquería: buena la iba usted a hacer, don Raúl; sabe Dios los microbios que tendrá el cacharro ese: es mejor una de nuestras fiambreras... Tú, dame la de tu mochila—dijo al gendarme que venía con el cántaro—y límpiala muy bien con sublimado del frasco de la bolsa, pero deja bastante para lavar la herida... Pero ¿qué haces ahí? Dale el cántaro a este señor... y saca y trae los otros trebejos de la bolsa... Esta vez me figuro que van a hacer falta todos y más que hubiera. Ustedes, echen aquí una mano para volver boca abajo a este hombre.

—Pero aquí, ¡en el suelo! Estaría mejor en aquel jergón...

—Bueno está el pobre para zamarrearlo: antes que lo pensáramos se le había ido la poca sangre que le quedaba. Ca, no señor: aquí mismo le damos la vuelta de costado. Pero muy despacito... No; hacia ese lado, no, que lo estropeamos... No levantarlo, sino darle la vuelta... poco a poco... ¡Cuidado!... Así. ¡Ajá!... ¡Qué barbaridad! Ni que hubieran degollado una res... Sí que nos hemos puesto buenos: como llegara ahora el juez diría que éramos los asesinos... Tú, daza, trae tu cuchillo... Es para rasgarle la espalda de la chaqueta y las mangas, Don Raúl, porque como quisiéramos sacársela a tirón se nos quedaba el hombre entre las manos.

Mientras hablaba Friand, y antes de que el negro tuviera tiempo de darle el cuchillo, se lo quitó él de la mano; y metiendo la punta entre la nuca y el cuello de la camisa del herido, rajó de un solo corte desde arriba hasta abajo las espaldas de camisa y chaqueta, a la par que decía a su subordinado:

—Tú, el agua sublimada y el algodón...

Aquí la tenemos—se refería a la herida—. Malo, malo: mucho será que escape... ¡Maldita puñalada! Bien la conozco, bien: es de gumiá, y el que la ha dado sabe lo que se hace... Miren aquí... No, ahora no se ve bien con tanta sangre: aguarden que la lave un poco... Tú, otro algodón; pero no lo escurras tanto... Ahora, ahora: miren aquí, a la derecha del espinazo, por debajo y junto a la última costilla... Y por dentro ya sé por donde ha ido la gumiá. Esos malditos las dan de abajo arriba, y con esa herramienta, más larga que un mal día, nueve veces, de diez, llegan al corazón... Esta vez es la otra, puesto que no está muerto; pero no debe haber faltado ni un pelo; y mucho será que este pobre señor pueda contarle... ¿Has preparado el percloruro?

—Sí.

—Bueno, tenlo ahí; pero antes trae la jeringuilla grande. Bueno. Ve ahora añadiendo agua, poco a poco, al sublimado... Más, más: así está bien.

—¿Pero no ataja usted esa sangre, como decía?...

—Ahora corre más prisa desinfectar por dentro: para eso he aflojado el sublimado. ¿No ve usted que esos guarros no son como nosotros, que siempre llevamos curiosas las armas, sino que las tienen llenas de gorriñerías, y a lo mejor se la hincan a un cristiano después de haber con ella degollado un cordero con viruelas o desollado un boricario recién muerto de muermo.

—¿Peo va usted a meter la jeringuilla entera en la herida? La está usted desgarrando toda.

—No se apure: es por fuera, no importa; y quiero que el desinfectante entre bien a lo hondo... Listo... Ahora trae el algodón con percloruro... Esto no tiene nada. Tú también tienes unas economías... Tráelo acá, sin el tapón: lo mejor es echar con el mismo frasco unas gotas dentro de la herida... ¿Lo ves, hombre, lo ves? Ya se paró la sangre... Aprende...; y si alguna vez tienes que apañarme a mí, acuérdate: nada de remilgos: a lo caballo: esa es la fija... Las pampelinas, para las señoritas.

—¿Y ahora cómo llevamos a ese hombre?—dijo el ingeniero—. Porque si lo metemos en la navecilla de un *side-car*, las sacudidas pueden provocar nueva hemorragia.

—Y tanto, señor ingeniero! Aquí no hay sino ir a la Residencia por el auto-ambulancia con camilla colgada.

—Voy, voy por él—exclamó Raúl, que

apenas lo había dicho estaba fuera y salía escapado como un rayo en su moto.

—¡Señor Raúl, Señor Raúl!... Y se va solo... A ver si hacen con él otra como esta. Tú, y usted, señor ingeniero, y los ayudantes que están mejor armados: echen detrás de ese cohete loco. Yo aguardaré aquí con los negros hasta que ustedes vuelvan con el auto.

Salieron los aludidos, montaron en las motos y partieron a toda marcha en pos de Raúl. Por considerarse en funciones de médico de cabecera se quedaba Friand, monologando incesantemente.

—Si no ando listo se nos iba... A ver cómo anda... ¡Uy, este pulso se va!... Mucho será que no hayamos perdido el tiempo. Aquí había que hacer algo gordo, ¡rediez!... ¡Ah, los frasquitos de la bolsa!... Yo no los he usado nunca, y dicen las instrucciones

que sólo a la desesperada; pero más desesperada que esta, ni más muerto que está... Ea, a ello... Este botecillo es el café (quería decir la cafeína); este el aceite alcanforado... ¿Le pongo la jeringuilla gorda o la chica?... Empezaré por la chica, y si no se alienta, le atizaré luego la gorda.

Y dicho y hecho: dos minutos después ya tenía el herido en el cuerpo 40 centigramos de cafeína y 80 de aceite alcanforado.

No tuvo el cabo necesidad de acudir a la gorda, porque, como él decía, alentó el herido. Por supuesto, sin volver en sí ni sin que el pulso subiera sino levemente; pero lo bastante para alejar la idea de inmediata muerte.

—Algo es algo... Pero mucho será que el hombre salga al fin de ésta. ¡Menuda puñalada le han atizado!

## XXII

### AL FIN HABLA EMMA

Llevaba Raúl tal marcha, que quienes lo escoltaban no consiguieron sino verlo fugazmente a lo lejos, alguna que otra vez, en los largos tramos donde el camino era recto y despejado; pero esto bastaba a darles confianza de poder socorrerlo en caso necesario; pues de ser por alguien atacado, podrían llegar en poquísimo tiempo junto a él. Solamente lograron darle alcance cuando, como a una legua de Techiasco, se detuvo el muchacho, al encontrarse con su padre y dos ingenieros, que en sentido opuesto venían a toda marcha en un auto, escoltado por dos *side-cars* con seis hombres armados.

Al acercarse Raúl con el traje de dril ensangrentado, le dió un vuelco el corazón a Duvery, por creer que aquella sangre era de su hijo; pero al verle saltar ágilmente de la bicicleta al suelo y correr hacia él, se le pasó el susto, dejándole lugar a que renacieran sus temores por Lobera; pues los *dazas* con éste salidos de mañana habían regresado un cuarto de hora antes, relatando el arresto y cumpliendo el encargo de los gendarmes de decir a D. Héctor que el capitán deploraba mucho la prisión, por tratarse de persona de la amistad de aquél, pero que obedecía a orden telegráfica de prender a

su huésped y de enviarlo preso a Marrakesh en el primer tren que para allí saliera.

En cuanto Duvery oyó tal relato recordó la desertión de la pareja senegalesa de Zinder; dijose en seguida que era imposible creer que teniendo Bertier a su lado a Raúl, en Agadés, nada hubiera dicho éste de tan estupenda novedad, ni que dejara de avisar a su padre: máxime habiendo tenido a su disposición el ciclista que fué y vino al pueblo la noche anterior, cuando de ser verdad la orden telegráfica de detención debía haberse recibido mucho antes; pues para que una pareja no montada en motos pudiera hallarse en Tadelaka a la hora del arresto debía haber salido de Agadés la víspera de mañana; y haciéndole todo esto sospechar que la orden de Bertier fuera mentida, se le ocurrió la idea de que aquéllo tenía todas las trazas de un audaz secuestro.

Tan pronto tuvo tal creencia, decidió salir inmediatamente para ver si encontraba en el camino alguna pista, proseguir a Agadés a dar parte oficial del atentado y hacer que, sin pérdida de tiempo, fueran perseguidos los criminales desertores, que, en su entender, habían aprovechado el uniforme para dar el golpe.

Como sólo pensaba en un secuestro para

pedir fuerte rescate, por no creer pudiera mediar allí odiosidad a un forastero recién llegado, le cogió de improviso la terrible noticia del sangriento crimen, quedando de momento anonadado al oírsele a su hijo. Mas reponiéndose en seguida, por advertir la urgencia de trasladar y prestar asistencia médica a quien se hallaba en el desesperado trance por Raúl pintado, retornó sin demora a Techiasco en busca del médico de la Compañía y del camión-ambulancia, bastante usado en el transporte de jornaleros heridos, en accidentes de las obras, a distancias con frecuencia grandes del centro de trabajos donde estaba la enfermería.

\* \* \*

Las tres de la tarde serían cuando llegaron a la casa del crimen don Héctor, Raúl y el médico, quien después de pulsar y auscultar a Lobera y de oír la explicación de su herida, hecha por el sargento Friand, no auguró bien del caso, contestando a Duvery, que le preguntó si no practicaba reconocimiento y nueva cura:

—En el reconocimiento se nos quedaría, y no lo necesito, porque conozco como el sargento esa puñalada clásica en esta tierra. Tampoco quiero levantarle el apósito, que está bien puesto; pues lo único que por ahora cabe hacer ya lo ha hecho, como yo lo habría hecho, este hombre, que al contener la hemorragia y al poner las inyecciones estimulantes, ha salvado por dos veces la vida a...

—¡Ah! ¿Entonces es que está salvado?

—No, Señor Director: no habla de lo por venir, sino sólo del momento; pues a no ser por Friand, no habríamos encontrado vivo al señor Lobera, que no por eso deja de estar gravísimo: más aún, en inminente peligro; pues aparte su terrible herida sobre la cual no cabe todavía pronóstico, lo más grave es ahora la pérdida de sangre: tanto, que mientras no lo veamos salir de hoy y de mañana, no hay para qué pensar en lo demás.

Mientras la pareja de gendarmes—la auténtica—se volvía a Agadés a enterar a su jefe del atentado, los demás regresaron con el herido a Techiasco, llegando allí bien cerrada la noche; pues el auto-ambulancia, donde junto a aquél iban Duvery y el médico, cada vez más pesimista, no pudo ir de prisa, por temor a sacudidas que provocarían nueva y mortal hemorragia.

A la puerta del cercado que circundaba los

edificios de la Residencia aguardaba Emma en compañía de su nodriza—una negra de Taflete alta y flaca, dura como el acero, que desde que nació “su niña” jamás se había separado de ella—, la cual la había ido preparando, por encargo que al marcharse la hizo Duvery, temeroso de que Lobera pudiera llegar muerto.

Hasta ahora, apenas hemos hablado de la personalidad moral de Emma, perfectamente armónica con la física, eminentemente delicada, todo lo más femenina que encontrarse pueda, cuan distante quepa imaginar del tipo de la mujer varonilmente enérgica. Apacible, dulce, tímida, más todavía, asustadiza en corrientes azares de la vida normal, todo en ella parecía débil: nervios, espíritu, carácter. Todo, menos los sentimientos; pues si a las suaves emociones y a las leves contrariedades, únicas hasta entonces experimentadas en su vida plácida, sucedieran fuertes sacudidas causadas por amor o dolor, despertarían éstas en el corazón de Emma latentes energías capaces de imponerse a nervios y carácter, de hacerla olvidar miedos y reparos, y de llegar suave y dulcemente, cual cosa natural, precisa, lógica, a cuanto el corazón pidiera, aun afrontando los más grandes sacrificios. En suma: siendo para ella el corazón la vida entera, era cobarde, y sería cobardísima mientras tenía o tuviere alegre y lleno el corazón; mas de perder tal alegría pareceríanle pequeños todos los dolores ante el dolor de sentirlo vacío, insignificante todo padecer ante el sufrimiento que la ocasionaría la imposibilidad de dar satisfacción a sus impulsos afectivos.

Sabido esto, para comprender lo que padecía mientras con vehemente temor de no verlo llegar con vida aguardaba la llegada del herido, baste agregar que en el mes largo que llevaban él y ella de cotidiano trato, y no obstante su situación externamente indefinida, pues ya sabemos no eran novios, según suele entenderse esta palabra, el corazón de Emma, lleno de Lobera, había adquirido la certeza de que el de él estaba lleno de Emma.

.....  
.....

Apenas el auto-ambulancia se detuvo a la puerta del recinto y bajó de él Don Héctor, se lanzó hacia él su hija, preguntándole ansiosa:

—¿Está muerto, está muerto?

—No, Emma, no.

—La verdad, papá. ¡Por Dios, la verdad!

—De veras, hija mía: te aseguro que viene vivo.

—De qué modo lo dices; no lo dirías con mayor tristeza si...

—Es que no quiero ocultarte que está muy grave.

Sin contestar nada a su padre, se abrazó Emma a él, rompiendo en silencioso llanto.

—Vamos, hija, vamos... Serénate... Y déjame atender a llevar a la cama a ese pobre muchacho para que el médico pueda prestarle sus primeros cuidados.

—Sí, sí: ve en seguida... Pero prométeme que en cuanto acabe el médico me llamarás.

—¿Para qué?

—Para verlo.

—¿A qué, mujer?... Lo mejor es que te acuestes.

—No discutamos, papá: no quiero detenerte; pero hasta que vayas a mi cuarto en cuanto don Gustavo—el médico—lo cure, no me acueste.

—Bueno, hija, bueno... Maka, cuida de la niña.

Maka era la nodriza, que se llevó a Emma a sus habitaciones, donde ni una ni otra despegaron los labios hasta que, pasada media hora, llegó Duvery.

—¿Cómo está?

—Un poquito menos mal—contestó él sin convencimiento.

—¿Dónde tiene la herida? ¿Lo ha curado ya don Gustavo? ¿Qué dice?

—Por ahora ha atendido a lo más urgente, poniéndole una inyección de suero para reanimarlo y ver de conseguir que cesen los colapsos producidos por la hemorragia.

—Papá, eso es que está malísimo: que hay temor de que se muera de un momento a otro.

—Se luchará, se está luchando por todos los medios—dijo Don Héctor, no queriendo matar del todo la esperanza, pero huyendo de aumentarla.

Viendo ella clara la situación, sintió un deseo tan enérgico como jamás lo había experimentado, que la hizo levantarse, enjugarse los ojos y decir con voz que su padre no la conocía, por palpar en ella resolución inquebrantable, insólita en su flaca voluntad:

—Papá, quiero verlo.

—Pero...

—Por el cariño que me tienes, por el que te tengo, llévame adonde está; tengo ansia de verlo; preferiría morirme viéndolo a vivir sin verlo.

Vibraba de tal modo la voz de Emma al

descubrir francamente a su padre, por la primera vez, el amor a Lobera; tan resuelta le pareció a aquél a no privarse del consuelo de ver al hombre amado, que conmovidísimo y arrancándole lágrimas el dolor de su hija, dió a ésta un beso y contestó:

—Ven.

Al llegar ellos a la alcoba estaban en ésta el médico y Raúl.

Se acercó Emma a la cama, miró el pálido rostro del herido, y volviéndose al médico, preguntó despacio, sin ruidosos transportes de dolor, pero anegada en silencioso llanto, y con voz tan sorda que sobrecogió a todos.

—Se muere... ¿no es verdad, don Gustavo?

—Mientras hay vida, hay esperanza... Dios puede...

—Papá, desearía que tú y yo nos quedáramos a velarlo: el doctor y Raúl estarán fatigados.

La primera intención de Duvery fué no aceptar la compañía de Emma. Había leído claro en su corazón y le asustaba el tormento terrible que sería para ella pasar toda una noche viendo avanzar la muerte sobre el hombre a quien amaba; pero a despecho de lo suave del tono y de la humildad de la mirada anhelante con que imploraba le fuera concedida satisfacción a aquel deseo, la expresión desgarradora de su rostro hizo comprender a Don Héctor que sería más cruel negarle aquel tormento que otorgárselo.

—Como tú quieras, hija mía.

Salieron el doctor y Raúl, y en cuanto Emma se vió a solas con su padre, se acercó a la cabecera de la cama y dijo:

—Papá, lo quiero con todo mi corazón; creo que lo sabe..., digo, lo sabía; pero ni nunca se lo he dicho, ni hasta ahora le he dado una sola prueba de cariño, y... y tengo ansia del alma de que antes que se muera...

—¿Qué quieres decir?

Todavía vaciló la timidez de Emma; pero sólo un instante, pasado el cual dijo resuelta:

—Que ahora que él no lo ve, y lo ves tú, quiero darle este beso.

Sintió Don Héctor henchido el corazón con la amargura del sufrir que atenazaba al de su hija, y dijo, tarde ya, pues ella no había aguardado su licencia:

—Dáselo, dáselo: tu padre lo comprende y lo autoriza...

—¡Y no lo siente, no lo siente!... ¡Va a morir sin ver cómo lo quiero!

—Basta, hija mía, basta.

Cediendo a la dulce violencia de Duvery se apartó Emma de su amado, sintiéndose en seguida rodeada por los brazos de aquél, cuyas lágrimas la caían en la cara y por ésta corrían mezcladas a las de ella: tan mudas unas como otras, tan calladas cual los besos con que trataba el padre de mitigar el padecer de la hija de su alma: sin tener en el pensamiento sino la idea: "¡Pobres criaturas, pobres criaturas!"

.....  
 .....

Sentados uno junto a otro, a los pies de la cama, la mano de ella entre las dos de él, parecían horas los minutos de aquella inacabable noche...

Al cabo, para sacudir la pesadumbre de su triste silencio, lo rompió él diciendo:

—Emma, hija mía, Emmita..., me espanta verte así...

—No, papá, no te asustes: soy más fuerte de lo que tú y yo misma creíamos... Pero duele, duele.

—Es cierto, es cierto: no la conocía— pensó él al oírla.

Pero pasado un rato lo asustó el recelo de que no fuera aquella fortaleza una excitación nerviosa, que al pasar acarreará más graves consecuencias, y procuró sacarla de la alcoba, a lo que ella se resistió diciendo:

—No, papá; sería mucho peor.

Y convencido él, al mirarla, de que efectivamente sería peor, no insistió.

De pronto, dijo Emma:

—¿Cómo ha sido? Cuéntamelo, no tengas miedo; ya ves cómo yo tenía razón al decir que soy fuerte: quiero saber todos los detalles; porque hasta ahora no sé sino que está ahí muriéndose, que el médico no puede ya hacer nada, cuando nada hace, y cuando sólo hace lo que yo: esperar en Dios.

Vaciló Duvery, temiendo que el relato de la vil emboscada impresionara peligrosamente a Emma; pero acabando por comprender que lo peor para ella era el silencio, refirió lo sabido del crimen, deteniéndose ante el paréntesis, ignorado de todos, en donde se encerraba lo acontecido desde la detención de Lobera en el camino hasta que lo encontraron moribundo; mas sin poder llegar en su relato a referir los cuidados prestados en los primeros momentos al herido, ni la venida de Raúl a Techiasco; pues tan pronto oyó Emma que el secuestro lo había perpetrado una pareja de

gendarmes senegaleses desertados, exclamó aterrada:

—¡Es mi amor, es mi amor el que lo mata! ¡Por mí, por mí se muere!

—¡Qué dices, Emma! No delires... ¡Por Dios, hija, por Dios!

—No deliro: no me creas loca, no... Pero es horrible, horrible que mi cariño sea la causa de su muerte... No, no desbarro; no me mires así...

—Entonces, explícame, por Dios: ¿qué quieres decir?

—Que no son senegaleses quienes lo han herido; que el asesino es el español del tren: Núñez.

—¡Núñez!...

—Sí, sí, estoy segura: tan segura como si lo hubiera visto.

—Pero, si no es posible.

—Lo es, lo es: yo le he visto una vez mirarnos a Lobera y a mí, y jamás olvidaré lo que vi en aquellas dos miradas... Yo sé bien cómo sus ojos me miraban y cómo lo miraban a él, y ayer he vuelto a verlos mirarme como entonces...

—¡Ayer!

—Cree que era locura mía, y ahora estoy cierta: eran los mismos.

—Pero ayer... Es imposible: es tu emoción de hoy, el trastorno de tu pena el que te hace ver...

—Ayer no tenía pena ni emoción, y hoy veo claro, clarísimo.

—Pero si Núñez huyó, Dios sabe adónde, hace ya muchos días...

—Núñez estaba ayer mañana en Techiasco: no en la aldea, sino aquí mismo, dentro del recinto, y tres horas lo menos; pues la primera vez que lo vi, al encontrarme con sus ojos a la salida del cenador, donde me había desayunado, serían las ocho, y a las once lo vi otra vez.

—Pero, ¿cómo es posible que nadie sino tú lo hayas visto? ¿Cómo, dada la vigilancia que tenemos, ha podido pasarnos inadvertida a todos tanto tiempo la presencia de un forastero?

—¿Pero no te he dicho ya que estaba disfrazado de gendarme?

—¡De gendarme!... No, no me has dicho palabra de eso.

—Sí, con la franja verde de los senegaleses.

—¡Emma! ¿Estás segura? ¿Lo has visto sin el *litzam*?

—No, sin el velo, no, porque estaba al aire libre: no he visto sino sus ojos entre

aquél y la visera del tricornio; pero no necesito más para conocer a ese hombre.

—¿Pero será efectivamente él?... ¿No habrán sido aprensiones tuyas?

—Eso me dije ayer, consiguiendo enga-

ñarme: sí, engañarme; porque al oírte hoy que dos guardias senegaleses fueron los viles asesinos, ya no tengo dudas, sino certeza plena: uno era Núñez.

## XXIII

### LA COBARDIA DE UNA MUJER ENAMORADA

En el instante de acusar Emma resueltamente a quien creía autor del crimen cometido con su amado, se removió éste en la cama, dando un suspiro que, alarmando a padre e hija, por temer fuera el último, los hizo correr a su cabecera, tranquilizándolos de momento al verlo sosegado, aunque al pulsarlo Duvery no le agradara advertir en el pulso, antes reaccionado con el suero, tendencia a decaer de nuevo; pero se lo calló. Tornaron a sentarse, y mientras la hija se absorbía en la contemplación del moribundo, meditaba el padre en las últimas palabras de ella acusando a Núñez.

Cuando una convicción se manifiesta con rotundidad tan absoluta como la que Emma había puesto en la suya, suele ser contagiosa, pues la fe de uno es con frecuencia manantial de donde nace fe de muchos.

Por esto, al recordar la de su hija, sentía Duvery el contagio, que si meramente emotivo en un principio, en seguida arraigó más razonadamente en su convencimiento de que, aun estando cruentamente adolorida, era Emma muy dueña de su juicio; y porque le hizo gran impresión saber que parejas senegalesas hubieran sido vistas en dos días seguidos en Tadelaka y en la Residencia, inclinándose a creer fueran una misma, y no de verdaderos gendarmes; pues sabiendo cuán poco fiaba Bertier de las tropas llegadas del Senegal, se resistía a creer de su amistoso interés que en vez de veteranos europeos, o cuando menos dazas o tibous, enviara de servicio tales hombres por los alrededores del centro ferroviario.

Además, enterándose por lo recién oído a su hija, que de ella estaba apasionado el falso Núñez, que, fuera quien quisiera, tenía él por un presunto cabeza de rebeldes, dicha noticia, tan inesperada como la de su presencia disfrazado en Techiasco, alarmó vivamente a Duvery, impulsándolo a aquilatar, sin pérdida de tiempo, el real fundamento de la creencia de Emma.

Refirióle ésta entonces que estando desayudándose en el cenador la víspera del atentado contra Lobera, había visto dos gendarmes cerca y enfrente de la puerta de aquél. Ni a ella ni a Maka, que le servía el desayuno, les sorprendió verlos, pues todas las parejas que por la Residencia pasaban de servicio acostumbraban entrar a descansar un rato y a refrescar, comer o cenar en ella, según la hora; y aun muchas veces pernoctaban en un pabelloncito, llamado "de los guardias", destinado a ese sólo objeto. Pero al salir del cenador, ya acabado el desayuno, encontróse de frente con los gendarmes, viendo claramente fija en ella la mirada de uno de éstos, y reconociendo en los ojos que la contemplaban la inconfundible expresión con que ella sabía la miraron los del hombre del tren.

—¿Y estaba sola la pareja o hablaba con alguien de la Residencia?

—Con ellos estuvo todo el tiempo uno de nuestros ciclistas.

—¡Un ciclista!—Duvery pensó instantáneamente en el que había entregado a Raúl el sobre abierto.—¿Lo conoces tú?

—No; pero Maka lo vió como yo, y tal vez lo conozca; pues se fijó bastante en los tres a causa de que como hora y media más tarde, estando peinándome y viendo que la pareja, con el ciclista y un obrero, venía a sentarse a la sombra, en los troncos de debajo del cobertizo de enfrente de los balcones de mi gabinete, me dijo: "Hoy la llevan larga los gendarmes: se conoce que se quedan a comer aquí."

—¿Y fueron a sentarse frente a tus habitaciones?—preguntó Don Héctor, sobresaltado.

—Sí, allá estuvieron una hora cuando menos. Yo estuve mirándolos escondida detrás de los visillos para convencerme, consiguiéndolo al cabo, de que mi creencia era cavilación; pero ahora la desgracia ocurri-



da a nuestro pobre amigo me hace ver claro que me engañé al ahuyentar ayer los temores que ese hombre me inspira desde que en el tren lo vi mirar a Lobera.

—¿Y esos gendarmes permanecieron más de una hora frente a tus balcones?

—Sí.

—¿Y dices que no solamente hablaron con el ciclista, sino con otro obrero?

—Sí: con uno que con ellos venía y a su lado estuvo sentado largo rato; y más brevemente con otro que no llegó a sentarse.

—¿Y Maka se fijó en esas gentes?...

—Fijarse..., no sé; pues yo nada le dije de mis recelos por creerlos pueriles, pero los vió perfectamente...

¡Qué pálido está!... Mira, mira, papá. Al decir esto se levantaba rápidamente Emma de su asiento y corría al lado de Lobera. Más que antes, sí... Y las manos más frías. Míralo, míralo... ¡Por Dios! Corre, corre a llamar a Don Gustavo.

Duvery, que conoció con cuánta razón se alarmaba su hija, aun cuando no quería dejárselo sospechar, contestó:

—Aunque no noto nada, voy a buscarlo para tranquilizarte. Pero, tú, no hagas ya más locuras y vete a tu cuarto.

Emma cayó de rodillas junto a la cama, diciendo:

—Déjame que a su lado le pida a Dios su vida... Y si ha de morir, no me prives ni de uno solo de los minutos que le quedan de vida: te lo pido por el cariño que a mi madre tuviste.

Vacilaba Don Héctor, temiendo que mientras él salía se muriese aquel hombre estando sola ella con él; pero al oírla repetir angustiada: "el médico, el médico", comprendió que sus vacilaciones acaso estaban comprometiéndolo una vida, y salió corriendo.

Emma cogió la mano del herido, posando los labios en ella; pero en seguida los apartó, soltando aquélla, porque el frío de los dedos la helaba el corazón. Cruzó las manos, dejó caer la frente sobre el brazo de Pepe, y al percibir en él mayor calor que en los dedos sintió renacer la esperanza, y exclamando: "Señor, todo lo puedes", comenzó a rezar.

Su padre volvió con gran rapidez, y al verla orando permaneció silencioso e inmóvil hasta que, oyendo en el corredor ruido de pasos, la levantó del suelo. Ella le dejó hacer sin decir palabra.

El que llegaba era Raúl, a quien, después que al médico, había despertado Du-

very, pero que habiéndose vestido más de prisa que aquél, se le adelantaba, aunque poco; pues a los pocos instantes llegó también el doctor, examinando inmediatamente al herido.

Este se moría despacio, sin violentas crisis, como una luz a la cual se le acaba el aceite. Duvery se acercó a la cama durante aquel examen; mas por miedo a la respuesta que pudiera oír Emma no se atrevía a preguntar nada al doctor, siendo Raúl quien preguntó:

—¿Y qué, doctor?

—Que la acción del suero va pasando demasiado de prisa.

—Es decir, que no hay remedio—dijo Emma.

El médico no contestó sino con un gesto de impotencia.

—¿Ninguno, ninguno? ¿No tiene usted ninguno?

—No veo... Es decir: sólo uno; pero no es fácil encontrar con la rapidez necesaria quien...

—¿Cuál es? Dígalo, dígalo.

—La transfusión de la sangre.

—¡Ah!

—Cien veces su peso en oro pagaré por la de quien se preste...

—No tienes que pagar a nadie: aquí estoy yo.

Al oír aquel arranque de su hermano se abrazó a él Emma, anegada en lágrimas, sin poder decir palabra hasta pasado un rato, pero besándolo entre tanto con verdadero frenesí.

Duvery luchaba entre el noble orgullo que en su conciencia de cristiano levantaba la oferta de su hijo y el egoísmo de padre temeroso de sus consecuencias. Por ello sólo dijo:

—Piénsalo bien, hijo mío.

—Mi torpeza de no sospechar la mentira del ciclista es la causa de esto; no será sino cumplimiento de un deber el remediar el daño que hice.

Sólo entonces pudo Emma sobreponerse a su emoción, diciendo con acento de resolución tan inquebrantable que desde aquel momento nadie sino ella mandó allí:

—No, Raúl: sólo yo soy quien tiene tal deber. Por amor a mí ha perdido la sangre cuya falta le mata: con la mía, con la mía, tiene mi amor obligación de darle vida.

—No, no: tú no—dijo aterrado Don Héctor.

—No: tú eres débil—contestó Raúl.

—Deber, no, Emma—objetó el médico—: actos como ese no son deberes exigibles a nadie.

—Tiene usted razón, Don Gustavo: no es deber, sino ansia de mi sangre de correr en sus venas.

Esta valiente confesión de un cariño cuyo mayor anhelo era dar la propia sangre al hombre amado, hecha por la débil y cobarde mujer que todos conocían, sobrecogió a quienes la oyeron con un escalofrío de emoción, en donde se trababan al respeto y al miedo el entusiasmo despertado en los nobles corazones por los actos heroicos; pero cuando, pasados unos segundos de augusto silencio, se repusieron de su asombro, aun insistieron el padre y el hermano en oponerse a la resolución de Emma, alegando el segundo su mayor robustez y apoyándolo el primero, por pensar que efectivamente Raúl resistiría mejor la pérdida de sangre que su delicada hermana.

—Doctor—dijo ésta—: dígame, pero pensando solamente en que su primer deber es salvar esa vida: ¿cree usted que mi sangre no tiene la fortaleza necesaria para el buen resultado de la operación? ¿Cree usted realmente en esa decantada debilidad mía?

—No—contestó el médico, temblándole la voz—: no te creo débil.

Se abrazó Emma a su padre, que aún se resistía a dar su asentimiento, diciéndole tan bajo que sólo él pudo oírlo:

—Papá, ya ves que es necesario, que es mi deber, *que tiene que ser*: 'no me amargues el júbilo de ser yo quien lo salva con la pena que me producirá...

Emma, que a tanto se atrevía, no se atrevió a acabar la frase, diciendo "tener que desobedecerte", y mirando a su padre con implorantes y cariñosos ojos atenuaba la dureza de las palabras, que no por callarlas dejaron de ser adivinadas por él, haciéndole decir con sequedad y apartando a Emma de sí:

—Doctor, mi hija es mayor de edad y tiene derecho a disponer por sí de su persona.

—No has querido evitarme la amargura que te pedía me ahorraras. Es otro dolor más sobre todos los de hoy. Don Gustavo, cuanto antes.

—No, hija mía, no... Sí, sí, doctor: doy permiso a mi hija. No quiero oponerme a tu hermosa caridad, no quiero contrariar los impulsos de tu alma.

Y volviendo a estrechar a la pobre criatura entre sus brazos, su anterior cólera se deshizo en lágrimas, diciendo:

—Perdóname, perdóname, hija mía.

—Voy en seguida a preparar lo necesario. Antes de media hora vuelvo.

—Oiga, Don Gustavo: yo no quería que esto se trasluciera; porque... no es necesario ni hay porqué...

—Es que te quedarás un poco floja y tendrás que hacer cama varios días.

—Puede decirse que estoy enferma de otra cosa.

—Además, que yo necesito un ayudante, aunque la operación es sencilla y no requiere conocimientos médicos en el auxiliar... Únicamente si Raúl se atreviera...

—¿Qué tendré yo que hacer?

—Darme los instrumentos: una ayuda puramente mecánica. Pero, claro es, que sin afectarte por tonterías; pues no se han de ver sino tres o cuatro gotitas de sangre, y lo verdaderamente impresionante en esta operación es su parte moral, lo sugestivo de ella.

—Me atrevo a cuanto sea necesario.

—Pero yo no quiero ver preparativos, y si puede ser deseo estar de espaldas a los instrumentos—dijo Emma.

—No hay inconveniente: ni verás nada ni sentirás sino un pinchacillo.

—No le extrañe a usted; ya sabe que soy muy cobarde.

—Sí, mucho: ya lo vemos. ¡Canario con la cobardía!

—Pues ¿porqué hago yo eso sino por miedo?

—¡Por miedo!

—Claro: por miedo de que se muera.

—Va a haber que darte la razón.

\* \* \*

Cuando el doctor y Raúl salieron de la alcoba estaba comenzando a amanecer. Llegados al gabinete del instrumental de la enfermería, donde faltaba el aparato para la transfusión, tuvo aquél que improvisarlo con una bomba de extracciones sinoviales y una jeringuilla impulsora, a la par que enteraba a Raúl de su sencillo papel: sujetar sucesivamente los brazos del herido y de Emma mientras él les clavaba las agujas huecas enchufadas a los extremos del tubo por donde había de pasar de ella a él la sangre, y sostener después, una con cada mano, las pinzas de sujeción de aquéllas para evitar que se salieran.

—No te asustes de lo gordo de las agu-

jas, pues él no ha de sentir el pinchazo y a Emma le anestesiamos el brazo antes de dárselo.

—¿Y no le dolerá?

—Poco, muy poco. En seguida haré funcionar la bomba que aspirará la sangre de ella y la impulsará a las venas de él. Los índices móviles de estas esferas, correspondientes a dos esfmógrafos aplicados a las muñecas de ambos, me harán ver a la par el ritmo e intensidad crecientes de las pulsaciones de él y decrecientes de tu hermana, y además vigilaré constante y directamente el pulso de Emma en la otra muñeca para suspender la extracción de sangre en el debido momento.

—La apreciación de ese momento debe ser cosa interesantísima.

—No te asustes, muchacho: si en eso peco será por quedarme corto. Vaya una cara espantada que se te ha puesto... Mira, arréglatela antes de que entremos; porque si después de estar aquí conmigo te la ven tu padre y tu hermana van a creer lo que no es.

—No tenga usted cuidado. Pero en usted confío.

Después de esto explicó el doctor que la bomba funcionaba, sin cuidarse de ella, mediante un diminuto motor que, como los de los ventiladores eléctricos, se empalmaba a la línea del alumbrado.

\* \* \*

Llevaron un catre, colocándolo cercano al lecho del que ya podía considerarse moribundo, sin dejar entre uno y otro sino el espacio estrictamente indispensable para Don Gustavo, Raúl y el estrecho trípode de la bomba; se tendió en el catre Emma, a quien cortaron por el hombro la manga del vestigo, y Don Héctor se colocó junto a ella al costado libre del catre.

Hechas las operaciones preliminares ya indicadas y puesta en actividad la bomba,

sintió la valiente muchacha una indefinible sensación, y preguntó:

—¿Ya, verdad?

—Sí, hija mía—contestó el médico.

El hermoso rostro de la abnegada criatura, a quien su padre miraba con ansiedad temerosa, brilló con belleza sobrehumana; su alma, aun más hermosa, gozó inefable dicha beatífica al pensar y sentir que de su corazón salía la sangre que llegaba al corazón del hombre amado, que sangre de ella caldeaba el yerto cuerpo de Lobera, que con su propia vida estaba ella reanimando aquella vida próxima a extinguirse; y diciéndose que viviría por ella y con la vida de ella, y que en aquel instante sus vidas eran una, se sentía cada vez más dichosa al percibir cómo aumentaba la laxitud que la sangre perdida producía en su cuerpo; pues tal debilidad era prueba de que la sangre que a ella le faltaba estaba ya engendrando vida en él.

—Ya—dijo el doctor.

—¿Bastará, bastará?...—preguntó ella.

—Sí, hija mía, sí. El pulso de este hombre es ya otra cosa completamente diferente..., gracias a esta cobarde.

.....

Entre Raúl y su padre levantaron a Emma, a quien le flaquearon las piernas al sentar el pie en el suelo; y después de dejarla mirar al herido y sentir, al cogerle una mano, la grandísima alegría de hallársela más caliente que antes, pues sobre estarlo realmente, tenía ella las suyas muchísimo más frías, entre los dos la llevaron a su cuarto.

Como en el camino, y mientras la acostaron le dieron dos desmayos, fué llamado Don Gustavo, que, después de verla, dijo:

—No hay cuidado, esto no vale nada; el desvanecimiento es más de la emoción moral que efecto físico. No, no se asuste, Don Héctor: quince días de debilidad, y después nada.

## XXIV

### DUVERY VA PENSANDO QUE SU HIJA HA VISTO CLARO

Ni Don Héctor ni Raúl sintieron el rendimiento consiguiente al ajeteo del día y a las tremendas emociones de la noche an-

terior hasta ver a Emma adormecida con un cordial administrado para hacerla reposar: cosa que no habría conseguido a

dejarle agarrados a la memoria el recuerdo de las recientes impresiones y al corazón inquieto anhelo de recibir cada cinco minutos noticias del estado del herido.

Entonces pensaron padre e hijo en irse a descansar, dejándola al cuidado de Maka; pero de pronto se acordó el primero de los gendarmes senegaleses, del ciclista y, sobre todo, de la larga estancia de ellos frente a las habitaciones de su hija, que, de ser, en efecto, uno de los primeros el falso Núñez enamorado de Emma, lo alarmaba extraordinariamente. Tales recuerdos le disiparon por ensalmo el sueño y el cansancio, ocurriéndole a Raúl lo propio al contarle su padre lo sabido por Emma, y conviniendo ambos en la urgencia de aquilatar las sospechas de ella.

Como Maka era quien podía darles los primeros datos, la llamaron al gabinetito contiguo a la alcoba donde dormía "su niña".

La nodriza conocía, efectivamente, al ciclista, que pasó varias horas con la pareja, y el cual resultó ser el autor de la gatada de los pliegos. El obrero que sólo un rato estuvo sentado con los senegaleses y el que, sin sentarse, había cruzado pocas palabras con ellos, eran desconocidos de Maka, pudiendo únicamente decir que todos eran dagatums.

Siendo lo más apremiante interrogar al ciclista para averiguar si los gendarmes que estuvieron en Techiasco eran los mismos salidos al camino a Lobera, a reserva de inquirir luego si eran senegaleses o los fingidos españoles, fuese Duvery a su despacho, enviando a un ordenanza en busca de dicho motorista, del portero de la barrera del recinto exterior y del mecánico francés de la aserradora instalada a la proximidad del cobertizo para convertir en tablazón los troncos acoplados bajo éste.

Cada estas órdenes, pensó que mientras vinieran los llamados y él los interrogara, podría Raúl adelantar otras pesquisas con ayudantes y capataces de toda confianza para enterarse de si habían visto a la pareja, de si se acompañó de otras personas además de las sabidas, y de si alguno de los dazas acompañantes de Lobera había visto a la pareja en la Residencia y si era la misma que detuvo a aquél.

A los pocos momentos de irse el muchacho regresó el ordenanza, trayendo noticia de que el ciclista faltaba desde la víspera de Techiasco. Llamado el jefe de este hombre, manifestó haberlo echado de menos la

mañana del día del crimen, al llamarlo para que llevara un recado a una sección lejana de los trabajos; que otro ciclista lo había visto salir en la moto al amanecer, y que desde entonces nada se sabía de él ni de su vehículo.

El portero dijo que la pareja había llegado dos días antes, a las siete y media de la mañana. Después la vió paseando, en compañía del ciclista, por la parte de afuera de la empalizada del recinto, a lo largo de los atrincheramientos en construcción. No podía precisar exactamente la hora; pero sí recordaba que andaban despacio y se detenían frecuentemente, como interesándose en las obras: lo cual no le extrañó en gente de tropa. Y ya no volvió a verla hasta mediodía, al abrirle el portón para franquearle la salida, sorprendiéndole se fuera, estando tan cercana la hora de comer, y pensando que el cocinero habría echado merienda a los gendarmes; pues por el camino que tomaban no encontrarían hasta la noche donde poder comer.

—¿Qué camino tomaron?

—Hacia Tadelaka y Tembella.

—¿Salieron muy de prisa?

—No, señor; al paso iban hasta que yo los perdí de vista.

—¿Vino alguien ese día a la Residencia por el mismo camino después de salir ellos?

—Sí: toda la tarde estuvieron llegando de Agadés autocamiones con carriles.

—¿Encontraron esos a la pareja?

—No lo sé.

—Pues busca y envíame a los motoristas conductores de ellos... Aguarda. ¿No tenían esos guardias ninguna seña particular por la que se les pudiera reconocer?

—No señor.

—¿Ni en su equipo notaste nada que dijera del que estamos acostumbrados a ver en los gendarmes?

—Nada... Es decir, en ellos nada me chocó; pero en los camellos, sí.

—¿El qué?

—Primero que eran dos meharis magníficos, muchísimo mejores que los que generalmente usa la gendarmería, y como por eso me fijé bien en ellos, vi además que uno tenía en el pecho un gran manchón pelado, con cicatrices de haberle dado fuego.

—¡Ah! Pues esa es una seña de importancia.

—Por cierto, que no la vi sino cuando salieron. Y si me hubieran tomado juramento, habría dicho que al llegar no tenía el mehari las cicatrices.

—Es raro eso: muy raro.

—Eso pensé yo; pero sin duda tenía telarañas en los ojos cuando entraron, porque no vi la calva; y eso que bien miré a los animales.

—Es raro, es raro... Bueno, puedes marcharte. Y avisa a los conductores de los camiones.

Al salir el portero se quedó Don Héctor dándole vueltas al último de los datos por aquél aportados, pareciéndole que lo de la mancha del cauterio tenía importancia; pero de ello le distrajo la entrada del mecánico de la aserradora, que también había reparado en la pareja sentada bajo el cobertizo y que pudo dar el nombre del jornalero que con ella y el ciclista conversó sentado.

Buscado este hombre, tampoco fué encontrado, pues había desaparecido a poco de esparcirse entre los obreros la noticia de haber sido unos desertores senegaleses quienes hirieron al americano: lo cual hizo pensar a Duvery que por estar, como el ciclista, en connivencia con ellos, había huído para evitar le echaran mano.

En esto volvió Raúl, diciendo que, preguntados los dazas, resultaba que unos habían visto y otros no a la pareja en Techiasco; pero sin poder ninguno decir si era o no la misma que les dió el alto en el camino. Mas como Duvery sabía ya algo más concreto que las anteriores generalidades, los hizo venir a su presencia para interrogarlos en forma que acaso les aclarara los recuerdos.

Mientras llegaron los dazas y los motoristas de los camiones seguía dándole que caviar la esquilada mancha del camello, tan pronto aparente como invisible.

Como sería largo puntualizar los interrogatorios de todos los llamados, sintetizaremos los resultados de ellos. Uno de los dazas había visto la consabida calva de cauterio en el camello de uno de los gendarmes que prendieron al "señor forastero". Casi todos los autocamiones que la antevíspera formaron un rosario en el camino, pues progresivamente fueron saliendo de Agadés a medida que cada uno era cargado, se habían cruzado, más temprano unos, más tarde otros, y todos entre mediodía y el obscurecer, con la pareja senegalesa, lanzada a un escape furioso: lo cual era indicio de que, si salieron al paso, fué con intento de no dejar ver a la salida la prisa que llevaban.

Se ha dicho que casi todos, pero no todos los motoristas, se cruzaron con la pareja,

porque los últimos salidos de Agadés no la vieron. Preguntados a qué horas habían partido del pueblo y a cuáles pasado por Tadelaká, se vino en conocimiento de que cuantos no hallaron en el camino a los senegaleses habían alcanzado el arranque de la senda después de anochecido: deduciéndose de ello que el no haber sido vistos los últimos entre dicho arranque y Agadés era prueba de que antes de anochecer dejaron el camino para seguir por la vereda de la casa del crimen, viniendo de la cual salieron a la mañana siguiente al encuentro de Lobera. Y ya no le iba pareciendo al ingeniero inverosímil que el móvil y el autor de la tentativa de asesinato fueran los que Emma presentía.

Dos cosas quedaban todavía obscuras: por qué el portero no había visto las cicatrices del mehari a la llegada de la pareja y si las cuatro horas largas que los presuntos criminales permanecieron en Techiasco fueron solamente empleadas en la preparación de la cobarde hazaña del siguiente día, o si los paseos alrededor del recinto, siguiendo su talanquera de seguridad y los atrincheramientos en ejecución, muy parecidos a un reconocimiento de carácter militar, tenían ulteriores objetos.

Por temor que así fuera, adoptó Duvery diversas providencias, siendo las primeras tomadas las que tenían por objeto ponerse en guardia para prevenir el intento de rapto en que sospechaba pensara el falso Núñez.

Aquella misma tarde llamó el ingeniero jefe al que dirigía los trabajos de fortificación, conviniendo con él varios cambios en el trazado de parapetos, entradas y defensas; la variación de lugar de los polvorines y de varios servicios, almacenes y dependencias, para que lo visto en su clandestina visita por el señor Núñez, si el señor Núñez era, según iba pensando Duvery el visitante, no le sirviera de nada, caso de ser un hecho los malos propósitos que la prudencia aconsejaba suponer en ella: tanto si nacían de amor a Emma, de odio a los franceses, o de ambas causas.

Mas de poner en ejecución tales proyectos antes de limpiar la Residencia de gente de lealtad dudosa y verosímilmente confabulada con enemigos exteriores, nada se adelantaría...

Pero ¿cómo saber quiénes eran los dudosos?... Por lo pronto, los dagatums; pues si alejándolos a todos acaso fuera entre ellos algún leal, de dejarlos había la certeza de

que se quedarían muchos traidores. En consecuencia, al día siguiente se reforzarían con ellos las cuadrillas más lejanas de explotación y sentado de vía, cuyo personal no pernoctaba en Techiasco, adonde se trajeron máquinas excavadoras de las explanaciones más cercanas para el vaciado de trincheras y fosos del recinto: no sólo compensando la labor de los brazos restados a los trabajos de fortificación, sino aprovechando el mayor rendimiento de las excavadoras para apresurar la terminación de los parapetos.

Simultáneamente se reconcentraron en la residencia los dazas y tibous distribuidos en los diversos tajos de trabajo: gentes de las que, si bien no cabía responder no hubiera entre ellas ningún desleal, cuando menos, tenían la ventaja de pertenecer a una de las tribus saharicas que más odian a los árabes y a los berberiscos de diversas denominaciones, por ver en ellos sus eternos expoliadores y verdugos: razón por la cual entre ellos se reclutaba la parte de gendarmería indígena que auxiliaba a la escasa veterana en su servicio (1).

\* \* \*

Al día siguiente de las pesquisas y determinaciones de que hablan los últimos pá-

(1) De los *dazas* dice Reclus en su *Geografía Universal* que, pertenecientes a las tribus verdaderamente originarias del Africa, adoptaron hace siglos el islamismo, y que si son calificados de paganos por *tuaregs* y *eulad-simanes*, es porque "conviene a éstos echar sobre ellos tal oprobio para no sentir escrúpulos al hacerlos víctimas de sus pillajes y reducirlos a la esclavitud".

En escaso número, habitan la comarca de Borkou, en la parte meridional de la de El Tibesti, viniendo a ser como una étnica transición entre los *tibous* o *tedas* del norte, raza sin mezcla árabe ni bereber, y los negros de las cercanías del lago Tchad.

Dichos *tibous* tienen la tez más clara que los negros del sur, las facciones mucho más finas que las de éstos y el pelo no ensortijado; las mujeres son, cuando jóvenes, sumamente bellas, al decir de varios viajeros: Nachtigal, Duveyrier.

*Tibous* y *dazas* son delgados, fuertes, infatigables corredores capaces de jornadas increíbles y de seguir días y días al camello en marchas forzadas. Su resistencia al hambre es pasmosa: perdidos en el desierto, sin alimento ni agua, se considera afortunado el que se encuentra un descarnado hueso de cualquier animal, que machacan, amasándolo con sangre de camello obtenida pinchando al que monta o conduce, y formando una pasta, con la que engaña su hambre, y va tirando mientras no halla mejor alimento. Cuando, perdidos o desorientados, los rinde el hambre y desesperan ya de encontrar buen camino sintiéndose morir, se atan al lomo de su montura y

rafos, ya pudo decirse, sin mentir, a Emma que aun cuando todavía no hubiera vuelto Pepe en sí, estaba decididamente mejor; al otro le levantó Don Gustavo el apósito, hizo su primer reconocimiento de la herida y la segunda cura, de la que personalmente fué a dar cuenta a aquélla: diciéndole que, de no sobrevenir complicaciones, y aunque la herida era terrible, "no presentaban mal cariz las cosas".

Aquella misma mañana se presentó en Techiasco, al frente de tres parejas no senegalesas, el sargento veterano y charlatán que hizo al argentino la cura de urgencia.

Desde el crimen no se había el hombre dado punto de reposo buscando la pista de "aquellos granujas"; pero sin resultado; y sabiendo Bertier cuántas ganas les tenía, lo llamó al recibir una nota de Duvery con relación de cuanto había averiguado, y enterándolo de ella, le dijo:

—Friand, ahí tienes un cabo. A ver si encuentras el ovillo.

Y lo envió a Techiasco con las parejas para que explorara la comarca en busca de rastros.

Lo primero que hizo Friand fué pedir a Don Héctor que lo llevara a los establos de

se fían al instinto de ésta para que llegue a un pozo o a un campamento, si alguno hay a distancia donde el animal pueda llegar sin morir antes también él de hambre, fatiga o sed.

Pero mientras tienen fuerzas es notabilísima la habilidad, que al europeo le parece don adivinatorio, con que saben orientarse en aquella inmensidad, donde falta toda señal y particularidad del terreno que parezca poder servir de indicio o referencia.

La horrible lucha por la vida de estas pobres gentes y las constantes depredaciones que sufren de los árabes y los bereberes, los hacen taciturnos y desconfiados; así, cuando en el desierto se encuentran, no ya con un tuareg o un árabe, sus enemigos naturales, sino con compatriotas, en vez de aproximarse uno a otro se detienen a distancia, se ponen en cuclillas levantando los *litzams* cuanto les es posible, sin privarse del uso de los ojos; y con la lanza en una mano y la javalina arrojadiza (*changensangor*) en la otra, se observan recelosos mientras recíprocamente se interrogan y responden sobre su nacimiento y residencia, salud, estado, etc., profiriendo a cada respuesta típicos gritos en loor de Al-lah. Durante esta ceremonia salutación a distancia, que se prolonga a intento varios minutos, se examinan, se espían y reflexionan cómo deben conducirse uno con otro.

Son inteligentes y sagaces.

Los eulad-sliman, los árabes, y los tuaregs, bereberes, saquean los oasis de los dazas de Borkou, llevándose cosechas, mujeres y niños, y matando a los que les resisten. Estos infelices pueblos llevan vida semejante a la de las alimañas feroces rodeadas de cazadores.

los camellos, donde hablando con los mozos de cuadra, sonsacó a unos la casta de los meharis de los senegaleses de marras, y a otros quién era el mozo que los había cuidado.

Preguntado este último sobre la mancha del cauterio, contestó que no había visto tal calva.

Quiso entonces Friand interrogar por sí al portero; y una vez hecho, tornó a preguntar al mozo, que *nada recordaba* si después de marcharse los guardias no había encontrado algo en los sitios donde estuvieron los camellos.

—Nada, señor sargento—fué la respuesta a tal pregunta.

En vista de esto, registró el gendarme un mal baúl donde el mozo guardaba sus efectos; curioseó debajo del camastro y entre la paja del jergón donde dormía; y al sorprender una disimulada sonrisa del dagatum, le dijo:

—Mira, no quieras presumir de listo dándotelas de tonto, pues sabes lo que busco; y como he de encontrarlo, te va a pesar el querer engañarme.

—No entiendo a usted, señor.

—Bueno, hombre: entonces vamos al estercolero... ¡Ah! No contabas con eso... Ves como soy más listo que tú.

—No sé por qué dice usted eso.

—Ya lo sabrás.

Duvery no entendía jota de aquello; pero veía tan seguro al veterano, que callaba y miraba, esforzándose, pero sin conseguirlo, en adivinar lo que buscaba. En cuanto a Friand, que presumía de perspicaz y de colmillo retorcido, nada decía para no estropear la efectista sorpresa que esperaba darle.

Sin dejar tomar parte en la faena al recién interrogado, hizo Friand que otros dos mozos esparcieran el estiércol, mirando él atentamente el fiemo, y cuando ya llevaba largo rato de aquel examen, al parecer, inútil, sacó el sable, lo metió entre las púas del rastrillo de uno de los removedores, y pinchando un pingajo pardusco e informe, y levantándolo en alto, se volvió, primeramente al mozo sospechoso y luego a Don Héctor, diciendo con aire de triunfo:

—¿Lo ves, hombre, lo ves?... Señor Director, mire usted el bisoñé que el mehari traía a la llegada y se dejó olvidado a la salida. Era un camello con peluca, que le pusieron los canallas esos para disfrazarlo y no dejar indicios tras de sí que pudieran servir para perseguirlos. A este pillastre

que lo encierren, por lo pronto. Después veremos qué se hace con él.

—Pero Friand, ¿qué es esa porquería?

—Muy sencillo, Señor Director: un pedazo de piel de camello, con la lana por fuera y un *pegumen* por dentro, para sujetárselo al animal encima de la calva. Rascándose en la cuadra se lo arrancó. Este mocito lo encontró y lo escondió aquí. Pero no contaba con la nariz del sargento Friand.

—¿Y usted qué importancia da a eso?

—Ahora lo verá usted—contestó el cabo aplazando la respuesta para darse tono manteniendo viva la curiosidad del *auditorio*—, en cuanto lea el aviso que voy a enviarle a mi capitán.

El tal aviso que, muy orondo, leyó a poco el cabo a Duvery, decía:

“Desertores senegaleses creo no son senegaleses, ni nunca fueron gendarmes; montan meharis montañeses. No sé si mi Capitán se acordará que a la otra mañana de escapar los huéspedes de Moyfsk llegaron a Agadés, y siguieron a Okhom, *camino de Zinder*, dos comerciantes de Tintelloust en meharis de allá. Si a mi capitán le parece, convendría averiguar con maña en casa del recaudador donde aquellos comerciantes pasaron unas horas, si alguno de los meharis tenía señales de fuego en el pecho; y en Tintelloust si de verdad salieron de allí tales comerciantes; que unas veces me huelen a senegaleses y otras a falsos españoles, y otras a las dos cosas.”

—Pues es verdad; tiene usted razón.

—Ya ve usted, Señor Director: en estas cosas lo primero es la nariz, y como en seguida olí que si el portero no vió la calva a la llegada de esos malditos como la vió después, era porque venía tapada, y como si la tapadera se había caído aquí, era probable hubiera sido en la cuadra; y como uno es ya perro viejo y ha visto algo...

\* \* \*

Mientras—instalando su cuartel general en Techiasco, a reserva de echarse al campo en cuanto fuera necesaria su personal intervención—, enviaba Friand parejas hacia Zinder en busca de rastros de los falsos gendarmes, y en otras direcciones a caza del ciclista y del obrero fugados, volvía Duvery a preocuparse con la urgencia de asegurar la comunicación aérea con Bertier, disponiendo que el ingeniero que estuvo en Tembella reemplazara a Lobera

en la estación lumitelefónica de Techiasco, y Raúl retornara a Agadés hasta dejar impuesto en el manejo de la del reducto al capataz que allí seguía.

Bien escoltado, pues aunque el país parecía tranquilo la experiencia enseñaba cuán peligroso era fiarse de apariencias, salió el muchacho para el pueblo llevando consigo una regular provisión de *oxiquilita* (1), explosivo muchísimo más potente que la nitroglicerina, para volar, a su paso por el cerrete de Tambellaga, los paredones que interceptaban la marcha de los lumifonemas entre la residencia y el cuartel, según efectuó, haciendo volar, no solamente los muros, sino un buen pedazo del suelo donde se asentaban; pues para tener certeza de que desaparecería el obstáculo visual, no se quedó corto en la carga.

Aquella misma tarde, a su llegada al cuartel, estrenó el aparato diciendo:

—Volé los paredones; llevo en este momento. ¿Me oye usted?

—Perfectamente, amigo Raúl—contestó el ingeniero.

—Lástima que el pobre Lobera no sea quien estrene su aparato. ¿Sigue la mejoría?

—Sí; hoy ha recobrado el sentido, si bien volvió en seguida a desmayarse; pero dice don Gustavo que probablemente dentro de dos o tres días podrá responder de él. Aquí viene su papá de usted.

—Hola, Raúl. Di a Bertier que deseo saludarlo y echar con él una parrafada.

—No está en Agadés. Ha salido para Tintelloust al asunto que usted sabe.

—Pues hasta mañana, hijo mío. Tu hermana sigue bien.

## XXV

### LA PELUCA DEL CAMELLO CONTINUA DANDO JUEGO

Las parejas por Friand enviadas en exploración no descubrieron pista ninguna del fugado ciclista. Pero hallaron en breve la del obrero huído, que no teniendo, como aquél, preparada la fuga de antemano, y por no disponer en ella de un medio rápido de locomoción, hubo de alejarse andando, sin dinero, comiendo en casas relativamente cercanas a la Residencia, y dejando rastro en pos de sí, con el cual dieron pronto los gendarmes, que a poco lo alcanzaron y prendieron, volviéndolo a Techiasco.

Aun teniendo Friand certeza de que más sabía, no consiguió sacarle, en su interrogatorio, sino que no sabía jota de cuanto se le preguntaba: para él, eran gendarmes y senegaleses los que vio bajo el cobertizo, con los cuales trabó conversación por haberles dicho el ciclista que él—el declarante—había vivido varios años en Senagambia, y haber querido ellos charlar un rato de su tierra; y si luego se había ido él del centro ferroviario, no fué por temer nada, sino por, por...

(1) La oxiquilita es un moderno y potentísimo mas no terrible explosivo, pues sin ofrecer en su manejo los peligros de la nitroglicerina, desarrolla doble potencia que ésta. Se fabrica con aire líquido, carbón y aceite.

Al llegar a esta parte de su declaración se hizo un lío, haciendo creer al cabo que ya lo tenía a punto de confesar cuanto supiera; pero se equivocó; pues estrechado ya y convicto de embustero, se acogió el hombre a un mutismo absoluto, por saber que, de hablar, "hasta debajo de la chilaba del Profeta", etc.

Y de tal actitud y tal conducta no lo sacó ya nadie.

Convencido Friand de la inutilidad de interrogarlo más, lo envió preso al cuartel de Agadés; y habiendo traído otra de sus parejas noticia de que días antes habían sido vistos los senegaleses en Gadori y Zermou—poblachos fuera del camino de Techiasco a Zinder, pero en la dirección de este último—, pensó que tal noticia merecía la pena de ir a olfatear aquellas pistas con la propia nariz, de cuyos vientos tanto presumía.

La importancia dada por él a estos informes tenía por causa que Zinder era de donde había desertado la pareja senegalesa, que según las noticias traídas por la veterana había llegado a Gadori al día siguiente de salir de Zermou; pero habiendo transcurrido cinco fechas entre su llegada a esta aldea y la salida para aquélla, lapso durante el cual no fueron vistos los desertores en



ninguno de los poblados en cien kilómetros a la redond, *ni siquiera en el mismo Zermou*: como si en dicho tiempo se los hubiera tragado la tierra.

Este extraño eclipse llamó la atención del sargento, como no se la habría llamado la absoluta y definitiva desaparición, lógica de esperar, de gentes desertadas; afirmándole en sus sospechas de que aquellos hombres, que vestidos de gendarmes se iban dejando ver en muchos sitios, no debían de ser los desertores, naturalmente interesados en ocultarse; y todo ello le decidió a salir, sin perder tiempo, con todas sus parejas para Zermou.

Mas antes de emprender sus pesquisas quiso hablar telefónicamente con su capitán para indicarle la conveniencia de que, a la vez que él de Techiasco, saliera de Agadés quien explorara, con el objeto que pronto se verá, los lugares entre dicha población y Zermou; y temiendo no fuera posible averiguar nada, si gendarmes fueran quienes lo preguntaran a los indígenas, cuya doblez iba siendo de día en día más patente, sometió a su jefe la idea de utilizar en tales indagaciones un agente seguro, cuyas preguntas fueran explicables por motivos particulares y creíbles, sin despertar en los preguntados recelo de que tuvieran relación con nada interesante para las autoridades.

—Descuida, irá Milotti—contestó Bertier—y él te dirá lo que haya averiguado.

—De perlas, mi Capitán: ni encargado... Pero si le parece a usted, para no poner a nadie sobre aviso en Zermou, lo aguardaré en Zinder, llegando allí antes que él.

—Bien pensado, Friand: él te buscará en Zinder... ¡Ah! Imposible averiguar nada en casa del recaudador: todos son mudos, sordos y ciegos: da gusto trabajar en un país así.

De Tintelloust salieron efectivamente los comerciantes, allí muy conocidos, que según dicen ellos y el recaudador, fueron quienes llegaron a casa de éste al otro día de la fuga de los otros. Seis días después regresaron a Tintelloust, pero no en los meharis en que vinieron, que en Okhom cambiaron por camellos corrientes a una caravana del Uadai; porque, según han manifestado, hicieron en el trueque un soberbio negocio. Del parche del cauterio nadie sabe nada o no quiere decirlo.

—Y Tinkert, que faltaba de Agadés desde la noche aquella, ¿ha vuelto?

—¿Quien es Tinkert?

—El capataz de camelleros de Moyfsk.

—¡Ah, sí! No, no ha vuelto.

—¿Manda algo más, mi Capitán?

—No, Adiós, y buena suerte.

—A la orden.

Al separarse del teléfono iba murmurando Friand:

—Dos comerciantes de Tintelloust y el capataz son tres. Los dos senegaleses que en la casa apuñalaron a ese pobre señor y el pillo que les guardaba las espaldas, tres también... Puede que no, pero puede que sí.

A la mañana siguiente, Friand y sus subordinados salían de la residencia, y de Agadés Milotti.

Era éste un buhonero italiano que una docena de años antes había *inaugurado* su trashumante y casi primitivo comercio llevando las heterogéneas mercaderías de él a lomos de un mal mulo, en pos del cual caminaba a pie y arrimado a su cola, aun cuando nada tenía el hombre de arrimado a la cola.

En un principio limitó sus correrías a los oasis del Air y sus transacciones a seis u ocho clases de mercancías o baratijas, siempre vendidas caras y compradas baratas: por dinero unas veces, cedidas otras o adquiridas mediante cambalaches siempre más fructíferos para el avispado buhonero que las compras y las ventas en metálico, por fortuna suya escaseante en el Desierto.

A los dos años de afanoso tráfigo, el mulo viejo y matalón se había convertido en dos casi jóvenes, casi buenos. Los viajes comerciales, sin rebasar aún los límites del Air, ya abarcaban mayores extensiones, y cuando las caballerías no iban muy cargadas ya se permitía su amo subir algún ratejo en la que lo iba menos.

Siguió pasando tiempo, no mucho a la verdad, y un mulo se trocó en camello, dando ejemplo, seguido a poco por su compañero: felices metamorfosis no registradas por Ovidio ni por Darwin en sus libros, pero por el buhonero aprovechadas para aumentar el número de artículos de su tráfico y para prolongar sus expediciones al Ahagar por el norte, al Tchad por el sur y a Bilma por el este. Y ya viajaba siempre encaramado en la alto de la jiba de un camello.

Soplando cada vez más fuerte, el viento de la fortuna, fué aumentando la recua hasta llegar en otros cuatro o cinco años a seis camellos ya conducidos por dos camelleros. La gente fué dejando de llamarlo Loti para llamarlo el Signor Milotti, y

en la época en que trabamos conocimiento con él ya transportaba sus géneros en extrañas caravanas, donde se juntaban a los camellos dos inverosímiles, estrambóticos vehículos híbridos de carreta, automóvil, *si-decar*, pergeñados con restos de todo esto: verdaderas ruinas de vetustos carruajes o desperdicios recogidos de diversos accidentes de locomoción y al parecer completamente inútiles antes de caer en las industriosas manos del aprovechado e ingenioso italiano y de ser acoplados para formar aquellos extrañísimos artefactos: que por su traza de resucitados fósiles de un automovilismo prehistórico hacían dudar de si dicho sistema de locomoción no habría sido ya usado antes del Diluvio.

Pero estrambóticos y todo, eran los autocarromatos de Milotti capaces de llevar entre los dos por cima de tres toneladas de carga, y andaban (naturalmente sin neumáticos, pues esto es cosa cara) sus buenas dos docenas de kilómetros por hora: velocidad tan ridícula para automóvil de turismo como vertiginosa en un furgón de buhonero: que así es todo en el mundo, grande o pequeño, según quienes lo miran.

Con estos nuevos medios reforzado se hinchó y se hinchó el negocio del italiano, y, claro está, al hincharse alcanzó a más espacio, llegando hasta Borku, El Tibestí, Tombuctú e In-Salah, centro este último de donde se surtía por ferrocarril y en donde colocaba las gangas que compraba en el Desierto. Y ya tenía un almacén y un *escritorio* en Agadés.

Negociando con europeos e indígenas, grandes y pequeños, estaba a bien con todos; fiando con su cuenta y razón, teniendo parroquianos, agentes y deudores en todas partes; entendiendo la aguja de marear al punto de dejar siempre a los explotados agradecidos a la taimada suavidad con que los engañaba el muy ladino; prestando a su clientela menudos servicios y haciendo comisiones al parecer de balde, pero bien cobradas en otras ocasiones, era popularísimo en todas partes el Signor Milotti, que además era prestamista a rédito, cuyo alto tipo olvidaban los deudores reconocidos a su tolerancia en el cumplimiento de los plazos de devolución de capitales; pues no prestando nunca sino a solventes, no corría riesgo en la demora, seguían cayendo los intereses y se captaba el agradecimiento de los morosos, diciéndoles: "Cuando usted quiera." "Yo no tengo priga." "Págume en lo que quiera y como quiera"; pues trafi-

cando en todo, era para él dinero cuanto quisieran darle: sal o dátiles, camellos o burros, pieles, sebo, alhajas, ganado, trapos o hierro viejo, favoreciendo con esta libertad a sus deudores, escasos por lo común de numerario y a quienes en sus destierros no les era fácil vender a nadie lo que él les tomaba, aprovechándose en los precios de la ausencia de competidores.

Y decían encantados: "A este hombre se le paga con cualquier cosa, lo toma todo." Y era verdad, pues todo lo tomaba cuando a él le valía más que la deuda, aunque para ellos valiera mucho menos.

Era Milotti, pues, una potencia en todas las aldeas o aduares adonde se extendían los tejemanajes de sus pintorescos trueques, y nadie como él tenía la sutileza y maña de averiguar cuanto deseaba, preguntando otra cosa.

Este genio del cambalache rotatorio y cíclico—perdónese el pleonasma, porque también sus cambios eran pleonásticos—; este usurero que parecía dulce y benéfico a quienes arrancaba, sin arrancarles quejas, el pellejo a tiras por haber descubierto la anestesia de la usura, salió de Agadés en el más ligero de sus fantásticos auto-vehículos como para echar un vistazo a los negocios y concertar compras y ventas que sus dependientes recogerían o servirían luego acarreándolas en su *escuadrilla* mixta de autos y camellos.

Durante los tres días que él empleó en visitar las aldehuelas de los oasis entre Agadés y Zermou, tomaba Friand del oficial de la gendarmería de Zinder noticias sobre la desertión de la pareja, que al otro día de su salida había sido vista en Zermou, pero no en los demás lugares, adonde, después, debía haber ido, según las órdenes recibidas al salir del cuartel.

No hemos de relatar las monótonas investigaciones del italiano en los poblachos visitados, todos de escaso número de casas o chozas de pocos centenares o aun docenas de habitantes, y situados fuera de las dos o tres rutas trilladas por las caravanas, por lo cual la llegada de un viajero es novedad extraordinaria que no puede pasar inadvertida en ellos. Gracias a esto pudo Milotti hacer saber a Friand, al avistarse ambos en Zinder, que a los pocos días de la fuga de los supuestos españoles había sido visto Tinkert en Okhom, donde era muy conocido por la cercanía de esta aldea a Agadés; que en días inmediatos un hombre de sus señas y un camello de las mis-

mas del hermoso mehari montañés en que cabalgaba cuando estuvo en Okhom, habían pasado por varios lugares escalonados en la dirección de Zermou, adonde *llegaron el mismo día* que los gendarmes senegaleses de Zinder, yendo a posar en la misma casa de labor donde ellos pernoctaron: la de un *itisán* (raza de origen bereber) bien acomodado y situada como a medio kilómetro de las casuchas que en desconcertada agrupación forman la aldea: por ser costumbre añeja que en dicha finca se alojaran siempre los gendarmes de paso en Zermou.

Había asimismo indagado el buhonero que en poblados diferentes de los cruzados por el jinete del mehari, que bien pudiera ser Tinkert, pero situados en la misma dirección de Zermou, y cercanos a aquéllos, había sido advertido, con tres o cuatro días de retraso respecto al paso de él por ellos, el de dos tuaregs, también en meharis, de Tintelloust, *uno con una calva de cauterio en el pecho*; pero de éstos no se podía afirmar llegaran a Zermou por perderse antes de este pueblo la pista de ellos.

Ya, respecto a lo averiguado en Zermou, resultaba que cinco días después del de llegada a casa del ricacho itisán de la pareja senegalesa había sido ésta nuevamente vista en el mismo pueblo y en el momento de salir de él; pero ya no montada en los meharis que la primera vez trajera, marcados con el hierro de la remonta de la gendarmería, sino en otros de Tintelloust sin dicha marca y con jorbas que llamaban la atención por lucientes y gordas. Otro dato interesante era que al marcharse se llevaban preso a un hombre desconocido en Zermou, jinete en igual clase de cabalgadura, sin que ninguno de los tres animales tuviera calva alguna. Y, finalmente, era de notar que la pareja había sido vista *llegar y marcharse* la primera vez, pero *marcharse únicamente y no llegar la segunda*.

Después de esto nada necesitaba el italiano contar a Friand, pues ya antes de salir de Techiasco conocía éste, por sus guardias, el camino de los falsos senegaleses desde Zermou a la residencia: falsos, sí: ya para él no cabía duda de que falsos eran. Pero, ¿qué se había hecho de los verdaderos? ¿Qué de sus camellos?

Porque soltando el uniforme y disfrazándose de dagatums, tagamas o damergús podían los desertores pasar inadvertidos y aun regresar a su tierra, no muy alejada, o internarse en la Nigricia inglesa, que

tenían al lado; pero nunca se les ocurriría a quienes desearan escapar a la persecución que habían de sufrir internarse en El Air para darse de narices con los puestos de gendarmería; y menos conservar los uniformes. No, no eran aquellos los desertores, y si llevaban los uniformes de éstos ya se había visto era para dar el golpe de Tadelaka.

Todo esto lo presentía Friand, pero el único sitio donde podía convertir el presentimiento en certeza era Zermou, donde se trasladó con sus parejas, yéndose, a la llegada, derecho a casa del itisán de quien se ha hablado, instalándose allí con sus gendarmes, y tomando como primera providencia la de detener e incomunicar a cuantos encontró en ella: con gran sorpresa del dueño, que, muy significado en el país por su lealtad a los franceses, lo explicaba todo muy satisfactoriamente, coincidiendo con él sus familiares y servidores.

Según él, los senegaleses habían pasado allí la noche del día de su partida de Zinder. Salidos de madrugada a su servicio, en lugares que no dijeron, regresaron cuatro fechas después, rayana la media noche: siendo esta la razón de que a tales horas nadie los viera en el pueblo hasta que a la mañana se marcharon de nuevo. Sin duda entonces—habla el itisán—desertó dicha pareja.

En cuanto a las monturas, en camellos de remonta llegaron y marcharon la primera vez que en su casa estuvieron; pero por hallarse él ya acostado cuando volvieron la segunda y no haberse aún levantado a la hora de su marcha, no podía saber cómo iban entonces montados.

En vista de que no daba chispas ninguno de los cogidos en la redada hecha en la casa, un gendarme vulgar habría acudido al procedimiento, clásico en las policías de todos tiempos y lugares, de refrescarles la memoria a fuerza de palizas, que es sistema de probada eficacia; pero Friand no se tenía por vulgar, ni con mucho; desdeñaba, por indignos de su ingenio, los caminos trillados; se creía muy capaz de hallar medios menos brutales, más sutiles, de que *por convicción* declararan la verdad quienes tenía él certeza de que la sabían; y buscando, buscando, dió con la *elegante solución* de olvidarse de que los siete presos solían y querían hacer sus dos comidas, amén del desayuno y la merienda, y perdurar en tal olvido en tanto no cantaran: pensando con buen juicio que cuanto más dormida

tuviera él la memoria más se refrescaría en la de los otros, el recuerdo de qué se había hecho de los senegaleses; pues sería raro que todos los presos resultaran con vocación capaz de emular la hazaña celebrísima del Alcalde de Cork. Y como no hacía falta sino que cerdeara uno...

El método, que bien se ve no podía ser más sutil, era además inofensivo, sin ofrecer el riesgo de lisiar a nadie; pues en definitiva reducíase a un mero aplazamiento nutritivo, ya que Friand no se opondría a dejarles comer a su sabor y gana, y hasta los indemnizaría de las comidas escabullidas, tan pronto los deseos de mover las mandíbulas les soltaran las lenguas; así considerado, el tratamiento no pasaba de bromita, aunque fuera pesada.

A la mañana siguiente, cuando los detenidos llevaban veinticuatro horas de rigurosa dieta, creyó oportuno substituir el almuerzo, cuya hora iba caída, con personales visitas que a todos hizo, uno en pos de otro, no siendo recibido con el mismo placer que habrían sentido de llevarles el almuerzo. Entonces los informó de que podrían comer en cuanto hablaran y lo convencieran de ser verdad lo hablado: sin sorprenderle ni apurarle que ninguno hubiera llegado aún a madurez de confidencias; pues al salir de ver al último iba pensando: "Ya hablaréis."

Y lo mismo dijo en su visita circular correspondiente a la hora de comer, no desanimándolo que tuviera el mismo negativo resultado.

—El alcalde de marras sometido a este régimen—se dijo—no se murió sino después de ocho o diez semanas; éstos llevan día y medio: hay tiempo, hay tiempo: todo es tener paciencia.

Y tenía razón, y no hizo falta mucha, porque rayando el alba del siguiente día, el gendarme de cuarto, en vela a aquella hora, lo despertó, avisándole que uno de los presos aporreaba la puerta de su improvisado calabozo vociferando que quería hablar al sargento.

El vociferante era un mozuelo de diez y seis años, en quien el hambre podía más que el miedo a los consabidos *vengadores*, a quien, según dijo Friand, *se le acababa ya la cuerda*, y que al ver entrar a éste le imploró por Al-lah, Mahoma y la salud de sus sultanas (no las de Mahoma, las del sargento, que en su harén no tenía sino a la pobre Madame Friand, ya bien machucha y averiada), le jurara no decir nunca a nadie

lo que a contarle iba; porque, a saberse la delación que el hambre le arrancaba, lo matarían *los otros*.

Después de recibir promesa de guardarle el secreto, aconsejó el muchacho a Friand que se diera una vuelta por el estercolero, la cual podría luego decir había sido casual. En cuanto allí estuviera advertiría un olor distinto del de estiércol, y si apartaba éste en la rinconada del tapial encontraría debajo...

—¿Los camellos muertos?—dijo la impaciencia de Friand.

—Ca, no señor: los gendarmes de Zinder.

—¡Zambomba!

—Los camellos se los llevaron a la noche siguiente Herbil y el que había llegado en el mehari el mismo día que los gendarmes.

—¡Ah!... ¿Y a los pocos días vinieron otros dos y se pusieron los uniformes de los muertos?

—Sí, señor.

—¿Y adónde llevaron los camellos?

—No lo sé... Sólo vi que a la salida tomaron hacia Moa y que hasta el otro día anochecido no volvieron Herbil ni el otro. Pero, ¡por Dios!, déme usted de comer.

—Tienes razón. En cuanto vea que me has dicho verdad te mandaré algo.

Pronto vió Friand que el muchacho no había mentido, pues al llegar al estercolero, al extremo de un enorme cercado que se extendía detrás de la casa, comprobó Friand que sobre el olor del estiércol, no muy fuerte mientras no es removido, sobresalía hedor a carroña.

Separado el fieno por jornaleros traídos de la aldea, apareció sobre el suelo un montón de tierra suelta recientemente removida, que al ser apartada dejó ver a poca profundidad en un hoyo, dos cadáveres desnudos en plena descompostición.

Frotándose las manos, se fué Friand al encierro de Herbil, a quien preguntó de buenas a primeras adónde había llevado los camellos de los guardias con los cuales y en compañía de su compinche lo habían visto varios habitantes de Zermou.

El hombre intentó negar, pero cogido de sorpresa, su turbación fué muy visible al oír al sargento la hora a que él y el otro habían salido con los animales, el camino tomado y que Tinkert—¡qué más querria Friand!—ya estaba preso, llegando la turbación a verdadero susto cuando éste dijo:

—Por más que lo de los animales es lo de menos para quien, como tú, ha ayudado

a asesinar a los gendarmes que enterrasteis en el estercolero.

—No, no: a enterrarlos sí ayudé, pero a matarlos, no. Lo juro, lo juro. Yo no tengo nada que ver en esas muertes. Los mataron con los polvos que les echaron en la cena: los que trajo el otro.

—¿Unos polvos? ¿Qué otro?

—El que primero vino, con el que fui a lo de los camellos y se marchó luego con los dos que llegaron después.

—¿Unos polvos en la cena!... Me parece que el Capitán tenía razón al no creer en la autopsia de Moyfsk, y se me figura que acabo de descubrir cómo y quien lo mató.

—¿Qué dice usted, señor?

—No te importa... ¿Adónde llevasteis los camellos?

—Los matamos y los dejamos en un barranco que queda a la derecha de la senda de Moa a Gufré.

—¿Y no habéis hecho más? Mira que lo sé todo y que como mientas te ira peor.

—No, nada más.

—Mira que como se te olvide la cosa más pequeña de lo que hicisteis aquella noche te dejo aquí encerrado hasta que te mueras de hambre.

—No, no: eso, no... A uno de los camellos le dimos después de muerto unos tajos en redondo con los cuchillos y le arrancamos un cacho de pellejo que...

—Que luego le pegasteis a uno de los meharis en el pecho, encima de la calva donde le habían dado hierro.

—¡Ah, lo sabía usted!

—Yo lo sé todo: sois vosotros muy torpes para engañar al sargento Friand... Los dos que vinieron los últimos son altos, y uno de ellos gordo.

—Sí, señor.

—Dos se pusieron los uniformes de los guardias, y haciendo la pamplina de que al otro se lo llevaban preso, se fueron los tres.

—Sí, señor: por la vereda de Gadof.

Terminado el anterior interrogatorio, fué Friand hablando, separada y sucesivamen-

te, con los demás presos, logrando reconstituir punto a punto el crimen cometido en la casa del itisán con su complicidad. Y no teniendo más que hacer en Zermou, echó, según él dijo, de comer a los hambrientos, los amarró después de hartos, los esposó y se los llevó a Zinder, entregándolos en dicho pueblo al oficial que allí mandaba.

A los dos días de terminada su fructífera campaña llegaba Friand a Agadés y hablaba con Bertier, quien le enteró de haber averiguado que después del atentado contra Lobera habían dormido un día los falsos senegaleses y su acompañante en un lugarejo entre Tadelaka y Agadés; pero que allí desaparecía todo rastro como si la tierra los hubiera tragado.

—He hecho registrar—agregó el capitán—todas las casas y todos los pozos e interrogar a todo el mundo para encontrar los uniformes, que estoy seguro se han quitado en ese pueblo antes de continuar su fuga por la noche, pero todo ha sido inútil.

El oficial acertaba; pues, efectivamente, donde él suponía se habían los criminales despojado de sus disfraces; pero mal podía nadie hallar los uniformes porque, pensando ellos que acaso más adelante podrían serles útiles, los llevaban consigo en paquetes a la grupa de los camellos.

Bertier y Friand se desesperaban, pues tenían la firme convicción de quiénes eran los asesinos, conocían todos sus pasos anteriores; pero tal conocimiento les fallaba en el punto preciso para saber dónde encontrarlos en aquellos momentos.

Al lector, que es quien más sabe de ellos, pues conoce las verdaderas personalidades de Ben-Cassim y Abd-el-Gahel, para todos desconocidas, no ha de extrañarle que al capitán y al sargento se les desvanecieran como el humo, porque ya ha visto cómo por donde pasaba el Gran Caíd iba encontrando obediencia, complicidad y encubrimiento en todos los hermanos africanos: siéndole facilísimos sus constantes cambios de personalidad y residencia.

## XXVI

### UNA ENTREVISTA INTERESANTE

Vista la situación que, no por frecuente en el mundo deja de ser extraordinariamente romántica, de un nombre que por

amor a una mujer desafia la muerte, y la de una mujer, y esto ya es más insólito, que salva la vida de su amado infundien-

do en su cuerpo la sangre de sus venas, ¡qué escena tan bonita, cuán vibrante, qué conmovedora podría urdirse al referir una primera entrevista a solas de dos criaturas que tal se aman y tal se lo han probado! ¡Cuán bellas cosas podrían decirse en tal escena; qué transportes de enloquecedora pasión podrían realizarla!

Pero no fantaseemos, pues por desdicha de la poesía y el romanticismo la primera entrevista de Emma y Lobera, después de los dramáticos sucesos en donde sucesivamente fueron protagonistas, tuvo lugar delante de Duvery, que, conociendo los mutuos sentimientos de los enamorados, no creía oportuno dejarlos verse a solas, cual de consuno demandaban exigencias poéticas del presente relato y vehementes deseos de los dos héroes de él.

Para proceder así tenía el ingeniero dos razones: primera, las pícaras conveniencias; segunda, su temor a las complicaciones que en las convalecencias de un hombre recién escapado a la muerte y de una mujer semiextenuada podrían surgir de la libre expansión de apasionados sentimientos, muy adecuados a repercutir en los sistemas nerviosos de organismos cuyas debilidades aconsejaba preservar de sacudidas.

Pensando en esto había deseado el padre de Emma que hasta estar su hija totalmente restablecida y fuerte se hubiera hallado a cien leguas de Lobera para hacer imposible la entrevista mientras no hubiesen ambos recuperado por completo sus fuerzas; pero no siendo así, y viendo Duvery que por saberse cerca uno de otro se consumían los dos muchachos de impaciencia de verse, le pareció excesiva crueldad, y tal vez contraproducente para la rapidez de sus restablecimientos retrasarles más tiempo la satisfacción del común anhelo que a ambos los torturaba.

Por ello, a los pocos días de dejar el lecho el argentino, y estando Emma casi repuesta ya de su debilidad, la llevó una tarde a las habitaciones del herido, que todavía no se hallaba en estado de levantarse del sillón donde a diario lo instalaban para que en él pasara algunas horas de las tardes.

Pocas antes había escuchado Duvery de boca de él la narración de la traidora forma como había sido apuñalado en Tadela-ka: relato que para no espolear la impaciencia de Emma no transmitió su padre a ésta hasta la mañana anterior a la entrevi-

ta, con anticipación bastante a la hora de ella, para dejarla tiempo suficiente de repenirse de la impresión que naturalmente había de hacerle el enterarse de aquella escena: menor, naturalmente, contada por su padre, y eso buscaba éste, del que la habría producido de oírse de primera intención al mismo protagonista.

Es decir, todo lo contrario de lo que exige la novelesca exposición de tan dramáticos sucesos.

Verdad es, pero cúlpese de ello al prosaico padre, no a quien, a fuer de fiel cronista, cuenta las cosas, no como las quisiera él ocurridas, sino cual acaecieron.

Y lo acaecido fué que, pensando Don Héctor que Emma podía aguardar a conocer más adelante los detalles de las gallardías de Lobera y la traición de su rival, estimó no había urgencia ninguna en excitar su sensibilidad con relación circunstanciada del suceso, limitándose, por lo pronto, a narrar lo más preciso de él, en la forma menos impresionante en que pudo hacerlo; y hasta previno a su hija, antes de llevarla al cuarto del que a la par había sido víctima y héroe en aquél, que siendo todavía delicado el estado de éste, le serían dañinas vivezas de expresión, dadas a provocar intensas emociones: recomendación análoga a la que al notificarle la visita de aquella tarde le hizo a él para que la tuviera en cuenta cuando hablara con Emma, convaliente de una entermeada *que había coincidido con la herida de él*. Sin decirle, por supuesto, palabra de lo de la transfusión de la sangre, por parecerle inoportuno apresurarse a hacerle conocer el sacrificio de Emma, que claramente dejaba traslucir el sentimiento que la había impulsado a realizarlo.

—Me alegre, me alegre, papá—dijo la interesada con viveza al enterarse de esta reserva de su padre—. No puedes figurarte cuánto te lo agradezco; pues me habría dañado muchísima vergüenza verlo sabiendo que él estaba enterado de eso.

—Por eso lo callé.

—Entonces... ¿podemos ya ir allá?—preguntó ella sin saber reprimir su impaciencia.

—Sí; pero antes he de informarte de algo que te callé esta mañana, por no querer simultanear otra emoción con la que había de producirte el enterarte de cómo y por qué había sido herido nuestro amigo.

—¿Qué es, papá? ¿Qué es?

—Que después de referirme la causa de lo ocurrido con esos malvados, me dijo Lo-

bera que ya no debía callarme por más tiempo la confesión del cariño que te tiene, agregando que no atreviéndose a mirar sino como ilusión su esperanza de que no te es del todo indiferente, se propone salir pronto de dudas, poniéndote en el trance de que no puedas rehuír, como hasta ahora dice has rehuído, francas explicaciones; y pidiéndome desde luego tu mano para el caso de que tu respuesta sea favorable a sus deseos.

—¿Y qué le has dicho, qué le has dicho?

—Que tratándose de persona tan de mi aprecio como él, yo nunca me opondré a lo que tú decidas.

—Tú ya bien sabes lo que he de decidir.

—Pero él no: o por lo menos quiere las cosas completamente claras.

—¿Y por qué no se las has aclarado tú?

—¡Yo!

—Buena ocasión te daba: y con ello me habrías evitado...

—¡Pero criatura!...

—Ya me conoces: ya sabes lo encogida que soy. A ti no te habría costado trabajo ninguno, mientras que a mí... Y también él: ¿qué necesidad tiene de preguntar lo que está viendo?... No le creía tan torpe: ¿o es que quiere que le regalen el oído?... Me habrías hecho un gran favor.

—No he creído, hija mía, que eso estuviera en mi papel... Y además pienso que a los dos os será más grato ser vosotros mismos quienes os entendáis: no, digo mal, deciros que os habéis entendido hace ya tiempo.

—Sí, eso sí; y sin embargo, yo habría preferido que al vernos ya lo supiera él todo.

—Eres incomprensible; y nadie creería que esta de hoy sea la misma criatura que, sin pedirme opinión y para hacerme conocer adónde llega su amor a ese hombre, tomó el breve camino, muy poco en armonía con estas tímideces, de besarlo en mis barbas.

—¡Por Dios, papá!... No me avergüences recordándomelo. Como nada me habías vuelto a decir, yo creía que habías ya perdonado aquel impulso irreflexivo de mi pena.

—Ni te lo digo para que te apures, ni tengo que perdonarte nada, ni soy un padre sin corazón que no comprenda lo que el tuyo sentía: no hago sino señalar la incongruencia entre tu decisión de entonces, tu valor al exponerte por salvarle la vida y estos remilgos de ahora.

—Es distinto, es distinto: aquello no podía verlo él, yo no tenía que decirle nada cara a cara; mientras que ahora...

—Sí, hija mía—dijo Duvery con la sonrisa retozándole en los labios—, sí; ahora te amenaza el terrible trance de decir, por la primera vez, "te quiero" al hombre por quien has probado que eres capaz de dar la vida; de confiarle el secreto que sin reparo nos dejaste ver a mí, a tu hermano y a don Gustavo.

—Sí, sí, tienes razón. Pero si soy así, ¿qué le he de hacer?

—Pues te advierto—continuó don Héctor en festivo tono—que ese horrible peligro te amenaza de cerca; porque a menos que él sea, y no lo creo, tan apocado como tú, y entonces os pasaríais la vida queriéndoos sin deciroslo, sospecho que la contestación explícita que tanto te preocupa vas a tener que dársela esta misma tarde, en cuanto hable contigo... Yo no veo sino un modo de libarte del conflicto.

—¿Cuál?

—Que cuando te pregunte si le quieres le digas que no.

—¡Qué malo eres!

—O que para no tener que decir ni sí ni no, ya que ni lo uno ni lo otro te conviene, no volváis jamás a veros—agregó don Héctor soltando la carcajada.

—¡Papá!...

—O, por lo menos, que para irte preparando a la heroicidad de hablarle claro demoremos por cuatro o cinco días la entrevista de esta tarde.

—No te burles de mí. ¿No sabes que los pasados se me han hecho inacabables? ¿No ves que me muero de impaciencia de verlo?

—Lo que veo es que la cobardía de mi hija no tiene atrevimientos sino con su padre.

—¿Y te parece mal que a ti, que has sido padre y madre para tu Emma, sea a quien únicamente no me dé vergüenza dejarte ver lo más hondo de mi alma?

—No, vida mía, no: bendita seas; bendita timidez, y bendita esta confianza con que hablas a tu padre.

Pasado un rato en que padre e hija estuvieron abrazados, dijo él:

—¿Vamos?

—Sí, sí; vamos, vamos.

\* \* \*

—Tal impresión había hecho a Duvery la anterior conversación con Emma; tan orgulloso se sentía de aquella hija; tan seguro de que ella no había menester de vigilancia, que al llegar a la puerta de la ha-

bitación donde Lobera estaba iba pensando que, a no ser por el "qué dirán" y por el temor del efecto de emociones muy vivas en la salud debilitada de Emma, no tendría él inconveniente en dejarla entrar sola, para que aquellos "pobres chicos", que tan grandes y puras pruebas se habían dado de mutuo y noble amor, tuvieran el placer de poder comunicarse sin testigos.

Pero, a despecho de esto, entró con ella, aun cuando proponiéndose arreglarse de modo que su presencia no los cohibiera más de lo inevitable.

Lobera, a quien hacía un rato consumía la impaciencia por la tardanza en ver llegar la anhelada visita, sintió que le latía desordenadamente el desmandado corazón al ver a Emma entrar delante de su padre; y olvidándose de éste y de las precauciones todavía reclamadas por su estado, el doble olvido lo levantó rápidamente del sillón, exclamando:

—Emma, queridísima Emma.

La punzada que en la herida sintió y la vista de Duvery le hicieron recaer en la butaca con el rostro contraído por el dolor y corregir lo apasionado de la frase que le había arrancado la vista de la mujer amada, diciendo:

—Señorita Duvery, muchas gracias por esta visita que...

No pudiendo seguir por impedirsele el dolor, que al hacerse visible a los recién llegados los hizo correr a él, preguntándole Emma, livida de susto:

—¿Qué tiene usted? ¡Por Dios, Lobera! ¿Qué le pasa?

—Nada, nada; mil gracias: una punzadilla en la herida.

—De la cual tiene usted la culpa: por la imprudencia de levantarse, habiéndosele encarecido que no haga movimientos bruscos.

—Muy mal hecho, muy mal hecho.. Yo que venía tan contenta, pensando hallarlo a usted muy bien.

—Y lo estoy, no se apure, amiga mía. Además, ese interés es para mí la mejor medicina... Pero ya ha pasado, ya no me duele.

—¿De veras?... ¿No lo dice por tranquilizarnos?

—Palabra que es verdad. Pero ya hemos hablado demasiado de mí... La encuentro a usted extraordinariamente pálida.

—Un poco: como yo también he estado enferma...

—Pero ¿qué ha tenido usted? Porque hasta ahora ignoro cuál ha sido su enfermedad.

—Nervios, debilidad, nada—contestó Emma confusa.

—Una pequeña anemia pasajera—dijo Duvery acudiendo en ayuda de su hija.

—¿Anemia!.. Es raro. Usted estaba fuerte, de bonísimo color...

—Sí. Pero... cuando menos se piensa.

—Es que Emma ha padecido unas fiebre-cillas, y su debilidad actual es consecuencia de ellas... Y que yo no he aplicado la palabra adecuada al llamar anemia a lo que no es sino debilidad de convaleciente.

—Pues digo a usted, Emma, que estamos los dos buenos.

—Verdad es: ha sido mucha coincidencia...

—¿Pero no se sientan ustedes? ¿O es que después de tanto tiempo de no vernos piensa usted hacerme visita de médico?... Y no lo digo por las de don Gustavo, pues el pobre me hace cuanta compañía puede... Además, ya que tengo la suerte de verla a usted aquí, no quisiera demorar... Don Héctor, ¿ha dicho usted a su hija?..

—Sí... Siéntate, Emma. No, ahí no—al decir esto colocaba don Héctor una silla cerca de la butaca del herido; y yendo él a sentarse junto a una mesa al otro extremo de la habitación, agregaba:—Lobera va a hablarte de un asunto del que estoy ya enterado. Entre tanto yo leeré el correo de hoy, que todavía no he abierto.

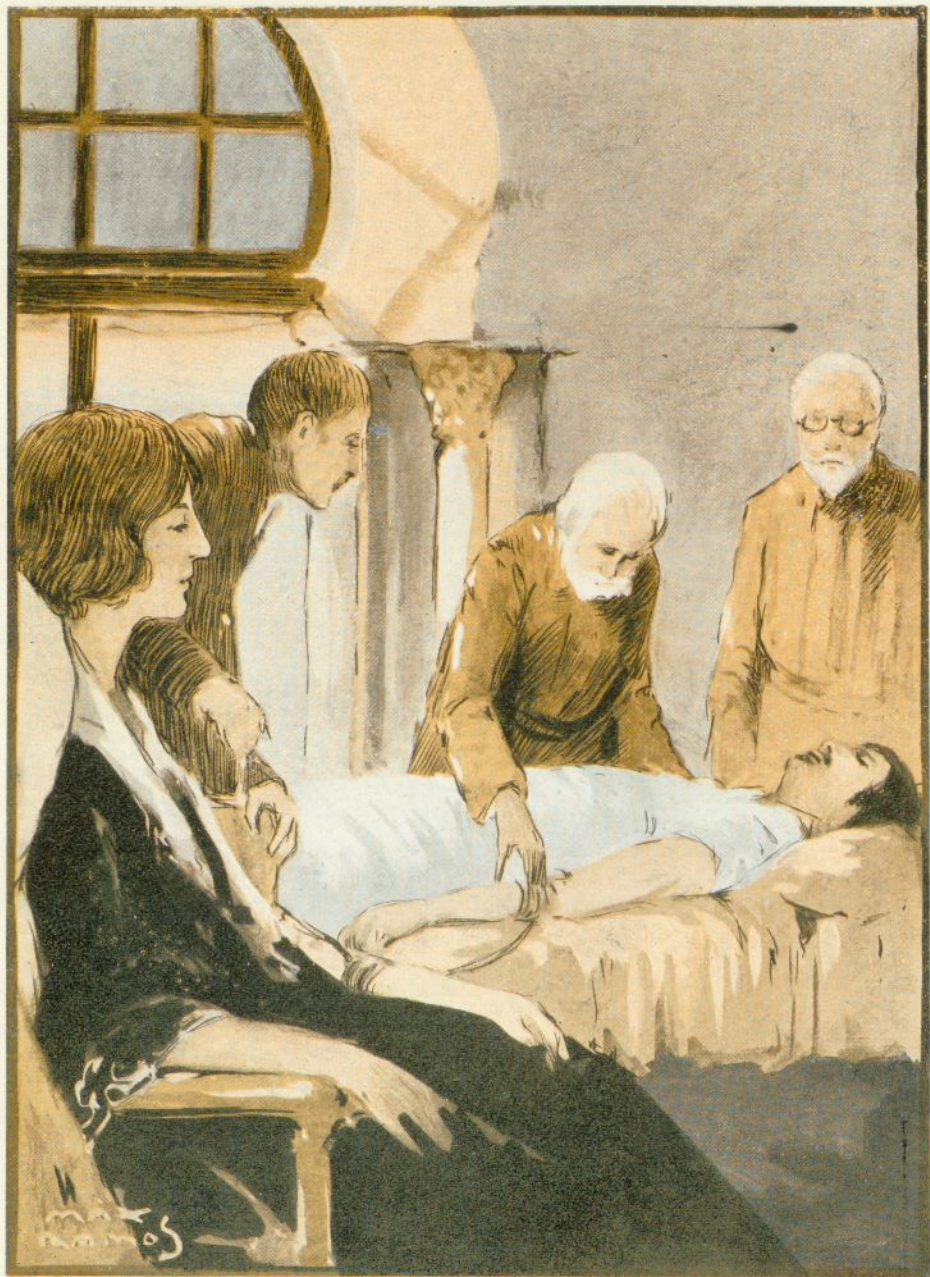
Con cara donde se peleaban alegría y rubor tomó asiento Emma junto al herido, que sin malgastar ni un minuto comenzó a hablar, diciendo:

—Seguramente no ha sido novedad para usted lo que he confesado a su papá; y como ya no puedo seguir viviendo en la duda de los sentimientos de usted respecto a mí persona...

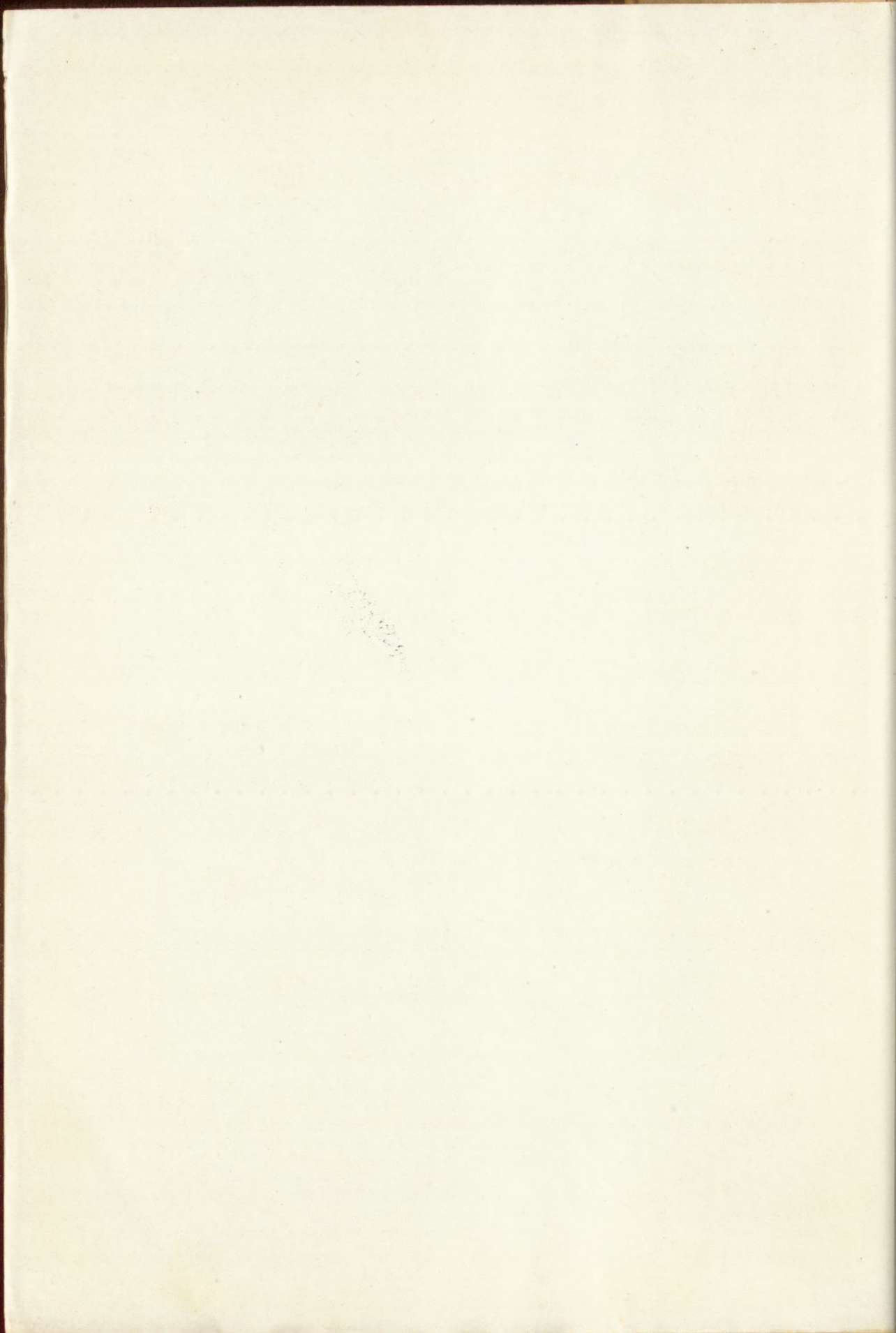
No pudo pasar Lobera de este comienzo de explicación, porque en aquel momento se abrió la puerta, dando paso a don Gustavo, que obligado a salir de improviso de la Residencia en el auto-ambulancia, ya preparado, según dijo, para ir a buscar los heridos de un derrumbamiento en una lejana sección de los trabajos, e ignorando si volvería antes del día siguiente, anticipaba su visita de la noche al americano.

Estaba visto que todo eran dificultades para los pobres muchachos, que torcieron el gesto.





... y sentir que de su corazón salía la sangre que llenaba el corazón del hombre amado...



## XXVII

## LA INDISCRECIÓN DE DON GUSTAVO

Al entrar el médico se hizo en seguida cargo de cuán inoportuna era su llegada, apresurándose a explicar el por qué la anticipaba y apresurándose a tomar el pulso a Lobera para compensar la inoportunidad de la visita con la brevedad de ella.

—Esto va perfectamente: ganamos fuerzas de día en día; y mucho más de prisa de lo que era presumible.

—A mí no me extraña, porque siempre he tenido una naturaleza robustísima.

—Miren el vanidoso. No presuma tanto; pues con toda esa fortaleza...

—No, no, señor; ya sé que sin su feliz idea de inyectarme el suero...

—Ta, ta, ta: ¿dónde estaría usted con su robusted y con mi suero a no ser por...!

—Don Gustavo, don Gustavo—exclamó Emma levantándose, acercándose a éste y diciéndole rápidamente y en voz baja:

—Eso no es lo prometido...

—Lo prometido—contestó el médico en voz alta—fué no hablar de aquello sino con los presentes, y como aunque nuestro amigo Lobera no lo sepa, no por eso dejaba de estar allí, desempeñando el primer papel, digo, el segundo, no veo por qué hayamos de dejarle más tiempo en el limbo.

—Pero ¿qué quiere decir esto?—preguntó el argentino sorprendido de la excitación de Emma, de su cuchicheo con el médico y de la noticia de que estaba en el limbo—¿Qué quiere usted decir con ese "a no ser por"...? ¿Por qué estoy en el limbo?

En virtud de una de esas contradicciones frequentísimas en las almas femeninas, Emma deseaba tanto, a lo menos, cual temía, que él supiera que al amor de ella debía el estar vivo; y su actitud confusa y sus ojos bajos transparentaban la turbación ocasionada por dichos deseos contrapuestos.

Duvery, que antes de haberle Lobera manifestado su aspiración a casarse con Emma no había querido enterarlo del sacrificio de ella, no veía ya inconveniente en que lo conociera después de que, ignorándolo, había él expuesto tal deseo, y como al fin había de saberlo, y era debido y lógico lo supiera, le complacía al padre que a su hija y a él les

evitara don Gustavo tener que darle ellos la primera noticia: por eso dijo:

—No seas tonta, mujer.. Si al cabo ha de saberlo.

—¿Pero el qué he de saber? Acabe, don Gustavo?

—Que si está usted vivo es porque tiene en las venas la sangre que ahora mismo le está faltando a ella para ruborizarse de su hermosa abnegación.

—¡Cómo!... ¿Pero entonces es que?... ¡Emma!... ¡Es posible, Dios mío!

—Yo tengo prisa: me esperan los heridos—dijo el médico escapándose rápidamente de la habitación.

.....

Es imposible expresar lo que sentía Lobera al comprender, de pronto, a qué y a quién debía la vida: su emoción fué tan grande, que después de balbucear las anteriores palabras entrecortadas, permaneció conmovidísimo unos instantes, sin poder decir más: con los asombrados ojos desmesuradamente abiertos fijos en Emma. A esta le pareció sentir su corazón sacudido por los latidos del corazón del hombre amado, y presintiendo que éste la miraba, levantó los párpados, y al leerle en los ojos lo que no podía expresar con la palabra, la vergüenza que antes obscurecía el rostro de ella fué ahuyentada por el amor triunfante, que desbordaba en la mirada que respondía a la de él.

—No puedo hablar.. No sé, no sé más sino que me muero de felicidad.

—No, morir, no.

—No tengas cuidado, hija mía: eso no mata... Pero serénece, amigo Lobera: en su estado puede perjudicarle esa excitación.

—Sí, sí, ¡por Dios!, tranquilícese...

—No, Emma, no: esta felicidad no puede quedárseme encerrada en el alma: ha de salir, ha de desbordarse: yo no puedo aguardar, porque es preciso que sepas ahora mismo que no nace de la alegría de sentirme vivir, sino de saber que me quieres... Sí, sí: porque no ha sido solamente compasión, ¿verdad? Ha sido más que caridad... ¿ver-

dad?... Sí, sí: lo veo, me lo dicen tus benditos ojos... Ahora conozco que antes no me engañaban cuando yo creía ver amor en ellos.

—Serénese, Lobera.

—Perdóneme, Don Héctor; me he olvidado que estaba usted ahí: en el mundo no veo sino a ella... Pero usted, que conoce lo noble de mis sentimientos, disculpará que al sentir esta felicidad, por ningún otro hombre jamás sentida, porque ninguno recibió la prueba que...

—Calma, hijo mío, calma.

—Sí, hijo, sí: gracias, Don Héctor, gracias: hijo, hijo...

—¡Por Dios, Lobera! Me asusta usted, temo que esa excitación... Por mí, serénese.

—No, Emma, no: no hay miedo... ¡Dios mío, qué dicha!... ¡Qué inconcebible dicha!... Cuando te iba a preguntar si querías darme para siempre tu vida, ya tu vida corría por mis venas, y ya me la habías dado. ¡Qué hermoso, qué hermoso es vivir con tu adorada sangre generosa!

—¡Por Dios, por Dios!

—Es mía, Don Héctor, ¿verdad?

—Sí, amigo mío, sí.

—Eres mía, mía; pero dímelo tú, dímelo, dímelo...

—Sí, tuya.

—¡Bendita seas! ¡Bendita herida! ¡Bendita amenaza de muerte que ha sido causa!...

—Basta, basta... Es tuya, sí: te la doy; pero acabemos de insensateces, porque de no ponerles coto acabaremos los tres locos... Ea, daos las manos... Ya nos tuteamos todos... y que os dé Dios la dicha que merecéis.

Se cogieron las manos, se las apretaron: los ojos de cada uno bebían vida en los del otro; y vidas y almas se unían a través de manos y ojos.

De pronto, volviéndose a Duvery, dijo Lobera:

—Don Héctor, no, padre mío: por la felicidad que acaba usted de darme, permítame abrazarla.

—¿Cómo?... ¡Abrazarla!... ¡Pobres chicos!... Abrazaos... Está visto, yo lo permito todo.

—Mía, mía—murmuró Lobera al oído de Emma al estrecharla entre sus brazos.

—Tuya, toda tuya desde hace mucho tiempo—contestó ella más quedo todavía.

Al disponerse Duvery a poner término al abrazo acabó éste sin necesidad de su autoritaria intervención; porque cuando con él y con la frase murmurada al oído de Lobe-

ra, hubo dado Emma expansión a sus afectos, pensó que, a estar presente don Gustavo, ya no podría decir que la faltaba sangre para ruborizarse; pues al alzar los ojos y ver sobre sí la mirada de su padre sintió a la par que la presión de los brazos ceñidos a su cuerpo, encendérsele el rostro con una llamarada de rubor; y trémula y confusa dijo bajo a Lobera al separarse de él con dulce fuerza:

—Basta ya, Pepe; basta ya, Pepe mío.

.....

Por un momento permanecieron mudos y hondísimamente impresionados los tres actores de aquella escena, hasta que, comprendiendo Duvery la inoportunidad de prolongarla, dijo:

—Ven, Emma, ven. Adiós, Lobera, hasta mañana. Serénese y descanse.

—Adiós y gracias: gracias a los dos... Pero, Don Héctor, no se vaya así; porque también a usted quiero abrazarle.

\* \* \*

Al día siguiente volvió Emma, acompañada de su padre, a la habitación de Lobera, después de haber otorgado, sin gran dificultad, el perdón a la indiscreción de Don Gustavo, que el indiscreto fué a pedir en persona, habiendo de aguantar el previo desahogo de la indignación de ella, no menos hipócrita que el aspecto contrito con que aquél lo pedía.

En aquella entrevista fué acordada la boda para cuando el herido estuviera repuesto por completo: cosa de dos o tres semanas, según dijo él, pero de cuatro a cinco, en opinión de don Gustavo, que era la que mandaba.

Cuando estaban haciendo estos planes, llegó un criado, avisando que en aquel momento planeaba sobre la Residencia, como disponiéndose a descender en el campo de aterrizaje de ella, un aeroplano en cuya popa flameaba al viento la bandera de la República Argentina.

—Manolo: de seguro es Manolo—dijo Lobera.

—¿Su hermano de usted?—preguntó Duvery.

—Sí; sí, señor.

—Entonces voy a recibirlo. Ven conmigo, Emma.

Efectivamente, Manuel Lobera era quien llegaba a consecuencia del radiograma pues to a Buenos Aires cuatro días antes, por en-

cargo de Pepe, tan pronto como el estado de éste le permitió pensar en cosas serias, y en el cual se enteraba al primero de la herida, ya no peligrosa, de su hermano y se le invitaba urgentemente, de parte de éste, a que se trasladara a Agadés y Techiasco. A dicho telegrama había contestado diciendo que se ponía en camino.

Llegado dos horas antes a Agadés, había descendido allí para pedir un práctico del terreno que, subiendo con él al avión, le indicara el rumbo de la Residencia.

El guía que Bertier le proporcionó fué el mismo Raúl, que se recordará se hallaba en el cuartel instruyendo al capataz en el manejo del fototeléfono, y que después de tranquilizar al recién venido sobre el actual estado de su hermano, le relató los detalles del crimen de que había sido víctima.

Aterrizado el aparato y recibido y conducido por Duvery el viajero junto a Pepe; pasados los primeros transportes de cariño entre éste y aquél y de efusivo reconocimiento y admiración a Emma de Manolo por su hermosa hazaña; terminadas sus congratulaciones por la boda concertada, de la que fué enterado, creyeron padre e hija discreto retirarse para dejar en libertad a los hermanos de que a solas hablaran de sus asuntos, asintiendo Pepe a que se fuera Emma, mas suplicando a Duvery no lo hiciera, por no creer correcto continuar engañando a su futuro suegro con el embuste de la fábrica de vidrio.

De acuerdo en esto ambos hermanos y solos ya con el ingeniero, expusieron a éste que, si bien continuarían recatando de todos hasta que fuera un hecho la empresa helio-dinámica que al Sahara los traía, la reserva no rezaba con él, dándole en consecuencia somera explicación de ella. Seguidamente dijo Pepe que viniendo la larga convalecencia de su herida a demorar la ya dilatada ejecución del cometido que a él lo trajo al Desierto, había hecho venir de Buenos Aires a Manuel para que lo reemplazara en los trabajos preparatorios, que él no podía realizar, conviniendo ambos en ello a fin de poder comenzar los de instalación tan pronto el convaleciente tuviera fuerzas para dedicarse a ellos.

Después de varias conferencias que, por no permitir el estado de Pepe fueran largas, consumieron cuatro días, al quinto de la llegada de Manuel volvía éste a partir en su avión, acompañado de dos prácticos del país, a reconocer el terreno de las cercanías de Azzau, señalado a aquél por su

futuro suegro como adecuado para la verdadera explotación, y a Lebezenga, donde había de contratarse la fuerza para los trabajos de instalación en tanto no se hubiera capturado la energía solar, realizando la que al enterarse de ella llamó Duvery la *mayor conquista* de la ciencia moderna.

Pero, además de esto, se pensó a última hora en la conveniencia de que Manuel prolongara su expedición al Congo con dos finalidades: primera, contratar para las faenas de remoción de tierras, pues no podía pensarse en dazas por haberlos agotado la compañía del ferrocarril, negros congolese, no musulmanes, sin la menor relación con los presuntos rebeldes del Sahara, libres de simpatías a éstos y a quienes, una vez venidos, no les fuera posible contaminarse del espíritu de rebeldía de ellos por hablar diferente idioma que los sahareños; segunda, a visitar las cataratas de Stanley Pool-Yel-lala, en el Bajo Congo, donde el año 1985 había sido montada la mayor empresa hidroeléctrica no ya del Africa, sino del mundo, con objeto de ver si la colosal potencia de dicha central, incomparablemente superior a la de Lebezenga, permitiría que la energía de ella salvara por vía aérea la distancia a Techiasco, a fin de establecer la explotación solar al lado del centro ferroviario; cosa interesantísima como medio de sumar los medios de defensa de una y otro en caso de sobrevenir la temida insurrección: pero de consecución no fácil, pues la distancia entre dichas cataratas y Techiasco es en línea recta de unos 2.200 kilómetros.

Tres días consumió la expedición de Manuel y sus investigaciones en la central de Lebezenga sobre el número de kilovatios que ésta podría poner a disposición de la proyectada *manufacturera vidriera* de Azzau: resultando de aquéllas que, después de deducidas pérdidas de transmisión, la fuerza realmente aprovechable no llegaría al número de caballos de vapor necesarios como fuerza motriz para las obras de instalación de la empresa solar.

Por tal razón, y porque al reconocer el terreno en las cercanías de Azzau le pareció a Manuel que en él serían más trabajosas las obras que a la inmediación de la residencia de Techiasco, por la mayor dureza de aquel suelo, por ser muy pobres los pozos más cercanos y estar a gran distancia, creyó oportuno hablar de nuevo a Pepe antes de seguir viaje al Congo; pues después de lo visto en Lebezenga pensaba él

que no en estas cataratas, sino en las de Stanley-Pool, estaba no la mejor, sino la única solución para ellos.

En estas conferencias o más bien estudios—pues tenía Manuel que llevar todos los cabos bien atados para tomar, cuando allá llegara, resolución definitiva sobre establecimiento a ser posible de una especial transmisión inalámbrica de fuerza a la citada distancia—, se fueron varios días, en uno de los cuales sobrevino un grave suceso, para explicar la incubación del cual tenemos que trasladarnos a otros lugares.

\* \* \*

Dos días después de la llegada a Techiasco del mayor de los Loberas se hallaban de mañana en Sabankafi, lugarejo situado a 50 kilómetros del centro ferroviario, dos cobradores de Mohamed el recaudador de contribuciones, que a la vez era proveedor del ferrocarril, quien en terrenos de la citada aldea realizaba el acopio en grandes piras y el alquitranado, antes de entregarlas a la compañía, de las traviesas traídas de los bosques de la Nigricia, donde tenía montada la corta de árboles y el aserrado de ellos.

Dichos cobradores eran Abd-el-Gahel y Ben-Cassim, que hacía días andaban por los oasis situados en torno de Techiasco; pues el primero tenía interés en ser rápidamente informado de cuanto allí ocurría: lo cual conseguía por medio de Tinkert que, reemplazando algunas veces a uno de los motoristas de los autocamiones que allá acarrearban las traviesas después de alquitranadas, aprovechaba estos viajes y sus estancias en la Residencia, mientras eran descargadas aquéllas, para oír y fisgar cuanto podía y resumir el resultado del fisgoneo de los motoristas de los demás camiones.

De lo últimamente averiguado hablaba con Abd-el-Gahel el día y en el lugar cita-

do, enterándolo de la llegada del hermano de su rival, de estar ya éste fuera de peligro y de que todos en Techiasco atribuían la venida del primero a deseo de asistir a la boda del segundo con la Señorita de Duvéry.

Primeramente se indignó Gahel con la torpeza de su tío, a quien le había fallado una puñalada casi infalible; pero al oír lo de la boda se olvidó de todo y gritó rabioso:

—¿Para cuándo, para cuándo han fijado esa boda?

—No lo sé; pero, según parece, ha de ser pronto.

—Pues no será: aunque para ello necesite pegar fuego a aquella madriguera de perros; no será... ¿Y ya no hay allí dagatums, ni más que esos estúpidos dazas?

—No, señor: al menos que yo sepa.

—Y tú y los demás motoristas, ¿no os quedáis nunca a dormir en la Residencia?

—No, señor: los transportes se hacen de modo que siempre llegan allá poco después de mediodía, y en cuanto descargan los camiones salen éstos para aquí: lo más tarde al anochecer.

—No voy a tener más remedio—dijo Abd-el-Gahel para sí, paseando arriba y abajo por la habitación como un tigre enjaulado—que reunir quinientos o seiscientos hermanos de estos alrededores y dar con ellos un asalto de noche... ¡Qué disparate! Esa mujer me ha vuelto loco, peor aún, tonto; porque comparada con tal ataque a mano armada, era un pequeñez la torpe calaverada del telégrafo, por la que les corté las cabezas a los Muffis. Y si aquello temí que me frustrara la sorpresa de la general e inesperada explosión del levantamiento, esto de ahora... No: no puede ser. Y, sin embargo, yo no me resigno a que sea de ese hombre... Ha de ser mía, mía... Vete, Tinkert, vete; déjame solo... Pero vuelve, vuelve dentro de una hora.

## XXVIII

### CASSIM PAGA LA QUE HIZO EN TADELAKA

Hasta que regresó el ex-capataz de Moyfsk estuvo debatiéndose Abd-el-Gahel entre delirantes accesos de insensata e impotente ira y cavilaciones intensísimas, que

entre aquellas negruras de su cólera le hicieron ver al cabo un hilillo de luz; y alumbrado por ella preguntó a Tinkert cuando éste volvió a presentársele:

—¿Cada cuantos días van a Techiasco los camiones?

—Lunes, miércoles y viernes.

—¿Juntos o separados?

—Juntos.

—¿Y cuántos son?

—Nueve.

—¿Son grandes? ¿Cuántas traviesas carga cada uno?

—Sí, muy grandes. Unas quinientas.

—¿Van cargadas a lo largo o a lo ancho del camión?

—En tongadas a lo largo, para utilizar toda la anchura de las plataformas, que son algo más anchas que el largo de las traviesas.

—Llévame a ver esos camiones, y haz cargar uno delante de mí.

.....

Cuando Gahel hubo presenciado la carga de un camión escribió una carta para su compinche, o más bien subordinado, el contratista, ordenando a Tinker que la enviara a Agadés urgentemente.

Aquella misma noche, modestamente disfrazado de dagatum, llegaba el Gran Caíd a Techiasco en una moto, que dejó escondida en la choza de un hermano vengador, por quien se hizo guiar, siguiendo el borde externo del foso de la Residencia hasta llegar a la parte de las trincheras más cercana al cobertizo de los troncos fronterero a las habitaciones de Emma, desde donde, disfrazado de gendarme, había él reconocido los balcones de ella.

Después de examinado el terreno se descolgaron ambos silenciosamente al foso; encaramándose sobre los hombres de su acompañante se izó Gahel hasta la arista exterior del plano de fuegos del parapeto, y tendiéndose boca abajo, avanzó por encima y a lo largo de él como un lagarto: sin mostrarse ni hacer el menor ruido que turbara el silencio de la noche.

Así consiguió ver que, precisamente frente a los balcones que le interesaban—visibles desde el parapeto por encima del tejadillo del cobertizo—hacia guardia un daza en la trinchera, pues en la Residencia habían ya montado servicio de nocturna vigilancia; y después de enterarse de que los centinelas más cercanos a éste por derecha e izquierda estaban a distancias que estimó en ochocientos o mil metros, retornó al foso, donde lo aguardaba su guía, que desde abajo lo empujó al escalar el declive para salir al glacis exterior, y a quien ya

desde arriba dió él las manos para que a su vez saliera.

Visto cuanto para sus planes necesitaba, dijo Gahel al dagatum, antes de partir en su moto para retornar a Sabankafi:

—Desde las once en adelante no has de faltar de aquí ninguna noche. Cuando una de éstas vengan unos hombres con varios meharis, les preguntarás quién los envía, y si te contestan "El Vengador", los llevarás frente al sitio por donde hemos bajado al foso, obedeciéndolos en cuanto te ordenen. Y de esto a nadie, pero a nadie, has de decir palabra. ¿Te enteras bien?

—Sí, Gran Señor.

—Pues que Al-lah te guarde.

Al decir esto partió Abd-el-Ganel, llegando al amanecer a Sabankafi, donde ya lo aguardaba Mohamed, recién llegado de Agadés en cumplimiento de la orden que la anterior mañana le había sido enviada.

—Necesito con urgencia, pero con mucha, tres hombres de confianza montados en malos camellos fáciles de alcanzar si son perseguidos; tres meharis de primera sin jinetes para mí, Ben-Cassim y Tinkert; otros tres, también buenos, de refresco, que han de aguardarnos en Abadarjen, camino de Tintelloust, y doscientos gramos de cloroformo. ¿Cuándo puedo contar con todo ello?

—Los camellos podrán estar para pasado mañana, pero el cloroformo... ¿Cómo me lo voy a procurar?

—En la botica o en el hospital del pueblo.

—Es que el boticario y los médicos son franceses y lo tendrán bien guardado.

—Pero hay enfermeros indígenas. Si alguno es hermano le ordenas que lo robe, y si no, lo sobornas para conseguir el mismo resultado. Con esta gente todo es cuestión del cuánto, y como en éste no te pongo cortapisas...

—¡Ah!

—Ya sabes que no tolero dificultades. Tres días tienes de plazo: hoy es miércoles, el sábado por la noche han de estar aquí el cloroformo y los seis camellos y en Abadarjen los de refresco. Para que tú no tengas que dar la cara en lo del cloroformo, llama a Morand el mestizo para que Zaida sea quien dé la orden o compre el cloroformo.

—Pero...

—No tengo más que decirte: *lo manda el Diván*; y como tengo mucho sueño, me voy a dormir. Ya lo sabes: el sábado.

\* \* \*

A la hora de costumbre del lunes siguiente a la expedición nocturna de Gahel llegó al centro ferroviario el convoy de los camiones correspondiente a dicho día con las traviesas; pero no, como siempre, en número de nueve, sino de ocho; pues según los conductores dijeron al portero, quedaba el otro como cuatro kilómetros atrás arreglando una avería del motor, que no debía ser pequeña; pues cuando anochecido regresaban aquéllos descargados a Sabankafi todavía estaba Tinkert acabando de repararla en el mismo sitio en donde lo dejaron; pues el carruaje por éste conducido era el averiado, que hasta las once de la noche no pudo llegar a la puerta del cercado de la residencia.

Por estar ya acostado el portero, tuvo Tinkert que aporrear la ventana hasta que, levantado, contestó que por no ser aquella hora de entrada no podía abrir la puerta.

Sabiendo que sus compañeros, en Sabankafi ya a tal hora, no podían desmentirlo, hizo Tinkert presente que no habiendo acabado de componer el motor sino un cuarto de hora antes, siendo peligroso recorrer a aquella hora el largo camino para volverse al punto de partida, y no menos arriesgado pasar la noche fuera del recinto, pues hacía varias noches que rondaban leones por las cercanías, suplicaba que por una vez se infringiera la consigna (1).

Como la razón era convincente, fué el portero a consultar el caso con Don Héctor, que ya se estaba acostando, y el cual concedió el permiso.

—Entra, hombre—dijo el portero, ya de vuelta—entra; deja el camión en cualquier parte hasta mañana que lo descarguen, y tú vete, si quieres, a dormir a las cuadras, donde no estarás mal, porque la noche está fresquita.

—No te dé cuidado de mí: levantaré unas traviesas del camión para arreglarme un nicho donde me meteré, bien arropado con mis mantas: y como un príncipe.

—No está mal pensado. Pues adentro.

El nicho de que Tinkert hablaba no tenía que hacerlo, por venir ya hecho, cubierto y disimulado con traviesas que descansaban en dos listones apoyados en la penúltima tongada, por debajo de la última, y en cruz con las demás de la carga. En

(1) "No se encuentran leones en la parte oriental del desierto; pero sí con frecuencia, y en grupos, en El Air, una especie desprovista de melena, como los de la India."—*Nouvelle Géographie Universelle*, de Reclus.

su fondo se habían echado unos coichones, cuando la víspera quedó preparado el escondrijo en Sabankafi, de donde salió vacío; pero siendo ocupado media hora antes de la llegada a Techiasco, y en el lugar donde fué simulada la avería del camión, por Abd-el-Gahel y Ben-Cassim: renegando el último, mas sólo *in pectore*, de la aventura y de la *huri maldita*, que era causante de ella.

Uno y otro habían llegado en camellos, que el camellero con ellos venido se llevó.

Una vez dentro de la Residencia, y siguiendo previas instrucciones de Gahel, el capataz guió el camión hacia el edificio principal, contorneando éste hasta llegar frente al cobertizo de la madera, y deteniéndolo, inmediato a la fachada, debajo de un balcón, después de cerciorarse de ser el séptimo de ella.

Seguidamente se subió sobre la carga del camión, tendiéndose, arrebujado en su manta, encima de las traviesas y dando con los nudillos tres golpes leves y lentos en la tapadera del escondrijo para hacer saber a sus ocupantes, con aquella seña convenida, que todo estaba hecho según lo proyectado. En seguida simuló que dormía.

Cuando, transcurrida hora y media, se acercaba la luna al ocaso, una patrulla, que iba relevando a los centinelas del recinto, rompió con su paso y el ruido de él la soledad y el silencio.

Pasado otro cuarto de hora se incorporó Tinkert, quitó las cuñas que sujetaban una traviesa y apartando ésta acercó la cabeza al hueco para oír a Abd-el-Ghel que le habló al oído y le dió un paquete, recién sacado de un bote de hoja de lata.

Hecho esto se metió aquél el paquete rápidamente en el bolsillo, se taponó las narices con dos pelotas de algodón, restableció la traviesa en su sitio y saltó al suelo, dirigiéndose, sin recatarse y rectamente, a entablar conversación con el daza de guardia en la trinchera, que viéndolo venir del interior del cercado no desconfió de él.

Después de decirle quién era, de contarle la avería del autocamión, su llegada de noche a la Residencia y que se había levantado de encima de la carga porque tendido y quieto tenía mucho frío que le impedía dormir, dijo de pronto:

—¡Calla! Parece que alguien se arrastra por el foso.

—No veo nada.

—No es por ahí, sino por ese otro lado.

Al decir esto señalaba Tinkert en direc-



ción para mirar según la cual tuvo el daza que volverle la espalda, aprovechándose aquél de ello para sacar del bolsillo el paquete de algodón impregnado en cloroformo; y mientras con una mano lo apretaba contra la boca y la nariz del centinela, le sujetaba con la otra por detrás la cabeza empujándosela hacia delante: con lo que en el primer momento no pudo gritar el pobre hombre, y mareado en seguida con la típica emanación de aquel narcótico, no acertó a defenderse, acabando a poco por caer privado, con la prolongación del efecto de ella (1).

Tan pronto estuvo así le arrolló Tinkert a la cabeza su tapabocas, sujetando sobre boca y nariz el algodón del cloroformo para que indefinidamente continuara respirándolo: a riesgo de convertir el narcótico en veneno.

Cuando hubo hecho esto entonó, como si el centinela fuera quien cantara, una monótona canción popular de los dazas de Borku, contestada desde el exterior del recinto con reiterados aullidos de perro, al oír los cuales se dijo: "Ahí están", refiriéndose a los camelleros de los meharis buscados por Mohamed el contratista, enviados por Gahel en busca del hermano que noches antes le había ayudado en su reconocimiento del parapeto, y por el último conducidos, tan pronto se puso la luna, a las inmediaciones del foso, en paraje frontero al sitio por donde ambos habían bajado y cercano al lugar donde se hallaba el capataz: pues la canción y los aullidos eran señales convenidas.

Minutos después destapaba éste el escondrijo del camión y de él salían el sobrino y el tío, que de pie en lo alto de la carga del camión fácilmente llegaban a escalar el balcón de la alcoba de Emma.

El plan, al que a regañadientes cooperaba Ben-Cassim, era penetrar en aquella descazos y sigilosamente, y mientras Gahel llegaba al lecho de ella, lo cual creía fácil hallárdola, como la suponía, dormida a aquella hora, vigilaría Ben-Cassim junto a la puerta para, si entraba Maka, hacer rápidamente con ella lo mismo que Tinkert

había hecho con el centinela, sin darle tiempo de gritar. Cuando Emma estuviera desvanecida la envolverían en una hamaca a prevención llevada para descolgarla por el balcón al suelo, donde la recibiría el capataz, que después ayudaría a llevarla hasta el parapeto, a pasarla por cima de él y a izarla al otro lado del foso. Una vez fuera de éste montarían en los meharis, y llevando Abd-el-Gahel a la *raptada* en brazos, huirían hacia Tintelloust por un camino extraviado que evitaba el paso por Agadés; mientras, los tres dagatums jinetes en los camellos de poca marcha saldrían en diferente dirección dejando visibles huellas, que no quedarían detrás del otro grupo, los meharis del cual llevaban las pezuñas envueltas en trapos; y porque cuando éstos se rompieran ya estarían a algunos kilómetros de Techiasco.

Saltada la barandilla del balcón y ya Gahel y Cassim dentro de él, cortó el primero en cuadro, con un diamante, un cristal de la vidriera previamente prendido a una ventosa portátil de goma para que no cayera produciendo ruido al romperse. Una vez arrancado el cuadro, metió aquél la mano por el agujero; levantó la falleba que, aunque poco, rechinó algo; abrió las dos hojas de la vidriera y al ir, él y Cassim, a entrar en la oscura alcoba, vieron de pronto el blanco lecho fugazmente iluminado por el resplandor de un fognazo y oyeron un disparo, gritos de "ladrones, ladrones": todo ello simultáneo con el precipitarse a ellos de un bulto, al cual se abalanzó Cassim, apretándole el algodón cloroformado contra la cara, en el instante mismo de hacer él un segundo disparo.

—Gahel, estamos descubiertos —gritó el árabe—. Escapa, Gahel. Yo estoy herido en el pecho, pero a éste no tienes que temerle. Escapa, escapa.

Al mismo tiempo que estas palabras oía el Gran Caid silbar una bala cercanísima a su oído, y al ir a lanzarse sobre su agresor, vio caer revueltos a éste y a Cassim, al cual acudió, diciendo:

—¿Pero no puedes levantarte ni andar?

—No te cuides de mí. Huye pronto; si no te cogerán.

En esto saltó Tinkert la barandilla del balcón, pues al oír el disparo y los gritos acudía en auxilio de sus jefes, con una pistola en la mano. Al verlo Abd-el-Gahel, que comprendía ya que el rapto estaba frustrado por completo, dijo:

—Ven, Tinkert: ayúdame a meter a Cas-

(1) Como la evaporación del cloroformo que empapaba el paquete se verificaba en todos sentidos, no era fácil obtener con él los efectos que se producen en las mascarillas empleadas en cirugía, por lo cual habían sido estos paquetes preparados de un modo especial que no detallamos, pues no nos proponemos poner cátedra de fechorías de esta índole.

sim en la hamaca y a descolgarlo, para llevarnoslo, antes que venga gente.

En el interior del edificio resonaban golpear de puertas, carreras y voces preguntando:

—¿Dónde ha sido? ¿Quién ha disparado?

—Tinkert, te prohíbo que ayudes a llevarme: no podéis perder tiempo en escapar. Llévatelo, sálvalo, sálvalo: es Abd-el-Gahel, el Gran Califa, el nieto del gran héroe el *anunciado Vengador*. Sálvalo, aun cuando sea a la fuerza.

Ante aquella revelación, que Cassim creía necesario hacer para salvar a su sobrino, dijo Tinkert:

—Tiene razón este hombre: hay que abandonar. Sálvate, Gran Señor... Si pierdes un minuto, serás tú el que se pierda inútilmente, sin conseguir salvarlo. Huye, huye. Oye: ya vienen.

Efectivamente, las carreras de quienes acudían del interior del edificio se oían ya cercanas.

Tinkert empujaba violentamente a Abd-el-Gahel, que comprendiendo, al verse ya junto a la barandilla, la imposibilidad de llevarse a Cassim, y que, de perder tiempo, lo cogerían a él, se decidió, saltando del balcón al camión y de éste al suelo. Después, guiado por Tinkert, corrió hacia donde yacía el daza cloroformizado.

Llegados a la banqueta del parapeto, se detuvieron un instante para mirar y ver por el balcón, iluminada la alcoba de donde escapaban y en ella bultos agrupados en torno de los dos hombres tendidos; se encaramaron al plano de fuegos y saltaron al foso; ayudados por los que en él los aguardaban, treparon al glacis; conducidos por ellos llegaron adonde estaban los meharis, y un minuto después tres dagatums montados corrían por el camino de Agadés, mientras Abd-el-Gahel y Tinkert escapaban a campo traviesa a buscar la senda de Abadarjen y Tintelloust.

—Lo vengaré, lo vengaré—murmuraba el primero pensando en Ben Cassin—; y ella será mía, será mía: si no antes, después de esa maldita boda.

\* \* \*

La explicación de lo acaecido era que la que Abd-el-Gahel creía continuaba siendo alcoba de Emma estaba ocupada a la sazón por Manuel Lobera, alojado a su llegada en las habitaciones de ella; pues la primera de las precauciones que dijimos adoptó Duvery para poner a su hija a cubierto del

rapto que pensó la amenazaba, en cuanto fué informado de la larga estancia de Gahel frente a sus balcones, fué trasladarla al otro extremo del edificio. Además, el actual ocupante de aquellos aposentos se había acostado muy tarde aquella noche, por haberse entretenido en ordenar unas notas necesarias en el viaje que iba a emprender la siguiente mañana, y dando vueltas a los asuntos de éste, estaba todavía despierto cuando oyó primero a Gahel y su tío saltar al balcón, y en seguida el chirrido del diamante al cortar el cristal; y como a causa de la vigilancia con que en Techiasco se vivía, todos se acostaban allí dejando una pistola en la mesa de noche, fácil le fué a Manuel, disparando a boca de jarro, herir a Cassim, no logrando acertar a Gahel con el segundo disparo porque el encontronazo del primero, al lanzarse sobre él para aplicarle el cloroformo, desvió la puntería. Después cayó privado.

Cassim, gravísimamente herido, cayó con él, esforzándose en mantenerle apretado a la cara el algodón; pero pronto le faltaron las fuerzas y, cuando Abd-el-Gahel huyó, ya había también perdido el conocimiento.

Al oír los disparos y las voces de ¡ladrones!, alborotó la casa el vigilante nocturno de guardia en el interior del edificio, y a los pocos minutos varios ingenieros y empleados, y Duvery con ellos, rodeaban a los que al pronto creyeron muertos, hasta que Don Gustavo tranquilizó al último respecto a su huésped, diciéndole que sólo estaba cloroformizado, y no profundamente, pues el desmayo de su agresor había evitado que la acción del cloroformo se prolongara.

Entonces se fijó Duvery en el herido, adivinando, al reconocer al *señor Pozo*, cuál era la finalidad del asalto, felicitándose de su previsión al no haber perdido tiempo en mudar a Emma de habitación; y pensando en seguida que el falso Núñez no debía de andar lejos, dió orden de registrar inmediatamente hasta el último rincón de la Residencia.

La hamaca hallada en la alcoba, el camión colocado debajo del balcón, la fuga de su conductor, el escondrijo entre las traviesas y el centinela muerto por el cloroformo, convirtieron en certeza la sospecha de Don Héctor.

Por último, a la mañana se vieron huellas de camellos que arrancaban de enfrente al sitio donde estaba el daza muerto y rastros del paso de dos hombres sobre el plano de fuegos; mas convencido, dadas las

horas transcurridas, de la ventaja que llevarían los fugitivos, y no habiendo gendarmes en la residencia, desistió por lo pronto Duvery de toda persecución; pero no perdió tiempo en telefonar a Bertier refiriéndole lo ocurrido y suplicándole se trasladara en seguida a Techiasco.

Mientras él hablaba con el capitán, recuperaba Manuel el conocimiento; pero estando sumamente mareado, le hizo don Gustavo acostarse, dejando un practicante a su cuidado, y él se llevó a Cassim a la enfermería, donde después de hacerle una primera exploración, cerciorarse de que no había que extraerle la bala, por haberle ésta salido por la espalda, y de hacerle nueva cura, lo dejó instalado en una habitación pequeña de la enfermería, en donde quedó el morro bajo llave en calidad de preso.

Inútil fué, de momento a lo menos, que a la siguiente tarde llegara Bertier, pues no ya Abd-el-Gahel, pero ni aun los dagatums encargados de embrollar pistas, fueron alcanzados; porque teniendo a su favor al país entero, minado por la rebeldía, por doquier hallaban facilidades en su huída; mientras que los gendarmes eran despistados con informes falsos. En cuanto a Ben-Cassim, por quien, dado su temple, nada se habría averiguado, caso de ser posible interrogarlo, no podía pensarse en tomarle declaración, pues era presa de altísima fiebre y frenético delirio, donde, entre incongruencias, culminaban, a modo de insistente estribillo, abominaciones y amenazas contra *una maldita huri*.

—Se cree en el paraíso y, por lo visto, se lleva mal con la odalisca que le ha tocado en suerte—decía el doctor.

Bertier había llegado con intención de llevarse el preso a Agadés para seguir allí el proceso, tan pronto hubiera tomado en Techiasco las primeras declaraciones a las gentes de la residencia, y en Sabankafi a los motoristas y a los cargadores de los camiones; pero no llegó a ir allá, pues al día siguiente de su llegada al centro ferroviario se presentó espontáneamente en éste Mohamed el contratista trayendo consigo al conductor del camión donde los foragidos habían entrado en la residencia, pero no guiado por él, a quien aquéllos habían sorprendido, dejándolo en el campo amarrado y llevándose el camión, después de quitar unas cuantas traviesas para armar el escondrijo.

Esto fué todo lo averiguado; mas de la pista de los criminales, nada. Sobre esto

no tenía Bertier esperanza sino en lo que al herido le pudiera sacar, y por ello encareció al doctor que hiciera los imposibles para que durara, cuando menos, hasta que le fuera posible prestar declaración; pero lo gravísimo de su estado le hizo desistir de llevárselo a Agadés, pues era verosímil muriera en el camino; y como la posibilidad de declarar iba, según dictamen de don Gustavo, para largo, decidió dejarlo en la Residencia mientras esto llegara, recomendando encarecidamente a Duvery lo custodiara bien.

Pero el restablecimiento del feroz africano, que por la naturaleza de su herida no podía ser cosa breve, se dilató más aún a causa de habersele inficionado aquélla, con lo cual transcurrieron veinte días, en que constantemente estuvo en riesgo de muerte: con asombro de Don Gustavo al ver que no acababa de morir, más asombrado todavía cuando al veintiuno se convenció de que no se moría. Pero ni su postración al salir de tal crisis consentía pensar en interrogatorio, ni en cuanto fué posible lo sufriera le fué a Bertier posible interrogarlo, pues entonces andaba el capitán en una revista de los puestos a sus órdenes, terminada la cual sufrió nueva demora de unos días su vuelta a Techiasco; pues cuando, recién regresado a Agadés, se disponía a salir para la Residencia, fué llamado telegráficamente a Taflete a conferencia urgente con su coronel.

Mientras el preso iba convaleciendo y recobrando fuerzas, más de prisa que él se reponía Pepe Lobera, que al sentirse completamente restablecido no se descuidó en decir a Don Héctor que ya no había razón de aguardar más para la boda, aplazada, no obstante, una semana en espera del anunciado regreso del hermano del novio; pues no parecía lógico celebrarla sin él estando ya cercano su retorno.

Y aunque la dilación se le hiciera larguísima a Pepe y, por qué no decirlo, también a Emma, y aunque en los últimos días de ella, y como consecuencia del regreso del capitán y del proceso de Ben-Cassim, estuviera ésta preocupada con algo que parecía amargarle la esperada dicha, como en el mundo todo llega, al fin llegó Manuel y amaneció el día más hermoso en las vidas de los enamorados, que de su amor se habían dado poco comunes pruebas, y cuya alegría no intentamos pintar; pues si la dicha de ambos era tan viva y tan intensa que no sabían ellos expresarla sino con los ojos, mal podría otro describirla con palabras.

## PARÉNTESIS

¡Cómo! ¿Paréntesis? ¡Paréntesis después de un desenlace!... Porque en historias como esta, en donde juega amor de hombre y mujer, el desenlace clásico es la boda; y como desenlace y fin vienen a ser sinónimos en casos como éste, y como en buena lógica después del fin no queda nada...

Así razona un lector, sorprendido del epígrafe que precede a estos párrafos, por no creer Ignotus que lo sucinto de ellos merezca nombre de capítulo; pero vamos a cuentas:

Quien en lo referido hasta ahora no se haya interesado sino con las peripecias de los que, casi sin ser novios, han llegado ya a esposos, sin importarle de otras que acaso les advengan ya casados; quien no se cuide de lo que pueda ser de Abd-el-Gahel, ni Ben-Cassim, ni le importe saber si estalló o no estalló la rebelión de los vengadores, ni enterarse de si los esfuerzos de los dos argentinos para capturar la energía del Sol fueron coronados por el éxito; quien, en suma, no halle en cuanto pendiente queda

en esta historia nada que excite su curiosidad, puede ya dar el libro por finalizado; y ateniéndose al desenlace que a Himeneo debemos, no se hará cómplice de nuestro pecado contra el clasicismo.

Pero quien sobre éste ponga su interés en trocar en respuestas cuanto en interrogante deja el párrafo anterior; quien desee saber si al fin se realizó LA MAYOR CONQUISTA científicoindustrial que los siglos presenciaron, y cómo fué alcanzada, no ha de ver en la boda de Emma y Pepe sino un mero episodio, y como todo aquello ha de contarse en LA POLICÍA TELEGRÁFICA, segundo episodio de esta historia, ya no me caben en el paréntesis, so pena de convertirlo en tomo, sino las someras noticias de que Manuel las trajo muy buenas de su expedición, en cuanto augurios de la empresa heliodinámica, y Bertier, llegado a la Residencia cuatro días antes de la boda, acompañado de tres tenientes de gendarmería, las traía muy graves en lo atañadero a amenazas políticas.

FIN DEL PRIMER EPISODIO

